



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

**el
caso
de la
viajera
misteriosa**

ERLE STANLEY GARDNER

se

Perry Mason está cenando tranquilamente en el café Golden Goose cuando recibe una misteriosa llamada telefónica. La mujer que está al otro extremo de la línea está desesperada por contratar los servicios de Mason, pero de repente desaparece tras la breve conversación telefónica.

Mason deberá hacerse cargo del asunto pese a ignorar la identidad de su cliente. Las únicas pistas: un recorte de periódico sobre un caso de chantaje, y la combinación con una caja fuerte garabateada en un papel.



Erle Stanley Gardner

El caso de la viajera misteriosa

Perry Mason - 36

ePub r1.1

Titivillus 29.12.2014

Título original: *The Case of the One-Eyed Witness*

Erle Stanley Gardner, 1950

Traducción: María Teresa Domínguez de Garza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prólogo

Dos veces cada año, ocho o diez de los técnicos más destacados en el campo de la investigación científica del crimen se reúnen en la Escuela Médica, de Harvard. Allí, bajo los auspicios de la capitana Francés G. Lee, una de las más extraordinarias personalidades en la historia de la investigación del crimen, esos técnicos dan instrucción a un selecto grupo de alumnos.

Esos cursos instructivos duran una semana llena de intensidad y de trabajo. A la vez esas clases abarcan todo cuanto puede pertenecer al campo de la criminalidad, desde la investigación para el descubrimiento del delito y el delincuente, hasta la autopsia.

En esas clases nunca hay más de dos docenas de alumnos. Para poder inscribirse en ellas, es preciso tener la autorización del gobernador del Estado, el visto bueno del jefe de la Policía del Estado o una autorización especial de la propia capitana Francés G. Lee.

En otros prólogos de tres o cuatro obras anteriores mías, me he referido a algunas de las figuras más destacadas en relación con estos cursos: la capitana Francés G. Lee, de la Policía del Estado de New Hampshire; el doctor LeMoyne Snyder, doctor en Medicina, así como también abogado que se ha especializado en el campo de la Medicina Legal; y el doctor Alan R. Moritz, de la Universidad de la Reserva del Oeste, en Cleveland, uno de los más notables patólogos de este país, así como también uno de los más inteligentes y perspicaces detectives.

En el prólogo para este libro deseo presentarles a mis lectores al doctor Robert P. Brittain, un escocés que es también un notabilísimo abogado de los tribunales y doctor en Medicina. Se trata de un hombre joven y extraordinariamente brillante, que en la actualidad actúa como conferenciante sobre Medicina Forense, en el

Departamento de Medicina Forense de la Universidad de Leeds, en la ciudad de ese nombre, en Inglaterra.

El doctor Brittain es un personaje tranquilo y un hombre físicamente de corta talla pero ágil. Sin embargo, intelectualmente el doctor Brittain es todo un gigante.

En la primera conferencia dada por él ante un grupo de alumnos de anchas espaldas que habían sido cuidadosamente seleccionados entre la flor y nata de la Policía del Estado, tuve la impresión de que la apariencia juvenil del doctor Brittain y su escasa corpulencia eran elementos que harían difícil para él el mantener el interés y la atención de su auditorio. No obstante, estaba completamente equivocado en mis apreciaciones sobre esto.

La inteligencia, la sinceridad y los vastos conocimientos imponen el respeto dondequiera que ejercen su actividad. Así, pues, el doctor Brittain despertó el interés de su auditorio a partir ya de los primeros párrafos de su conferencia. Mantuvo a aquellos hombres que lo escuchaban fascinados y había una bien perceptible actitud general de profundo respeto hacia el conferenciante en la atención de los oyentes.

A mitad de su conferencia, al ilustrar un punto referente a identificación, el doctor Brittain pidió a los miembros del auditorio que calculasen la altura y el peso que él tenía. Aquellos hombres que habían sido cuidadosamente entrenados para poder determinar con una simple ojeada el color de los ojos de un hombre, su estatura, su peso, edad y complexión, al contestar a la pregunta del conferenciante dijeron algunos verdaderos disparates. Todos ellos en sus respuestas resultaron calcular que el doctor Brittain era más corpulento y tenía más peso de lo que en realidad pesaba o medía.

En este punto quiero hacer constar respetuosamente ante el doctor Brittain que no se trató de que aquellos agentes policíacos bien entrenados careciesen de facultades de observación; lo que sencillamente ocurrió fue que se hallaban confusos al tratar de relacionar la estatura intelectual del hombre con su aspecto físico.

Me consta que esto fue así porque yo me hallaba presente en la clase y, aunque no expresé en voz alta mi opinión sobre la talla y el peso del doctor Brittain, también me hubiese equivocado al calcularlas, en el mismo grado que los otros, si hubiese revelado mi cálculo.

Más tarde fui a visitar al doctor Brittain en su hogar en Glasgow, para consultarle en relación con un caso muy difícil que el doctor LeMoyne Snyder y yo estábamos tratando de resolver. Fue entonces cuando hube de saber algo sobre sus encantos personales, sus dotes sociales y su maravilloso sentido del humor, así como sobre el ángulo poético de su carácter. Pero de momento lo primero que descubrí en él, en ocasión de hallarme sentado escuchando ante él una conferencia técnica, es que mi interés fue despertado de tal manera que aún hoy puedo repetir casi verbalmente algunas partes de aquella conferencia.

Es mi opinión que la estatura verdadera de un profesor se calibra por el hecho de que pueda o no resultar interesante y a la vez exacto. La cultura tiene el riesgo de ser pedante, fastidiosa y un tanto engolada. Recordamos solamente aquello que nos interesa y que nos impresiona. Por lo tanto, si los profesores consiguen hacer que sus conferencias sean tan interesantes que den lugar a que los alumnos se sienten inclinados adelante al borde de sus sillas, entonces ya no hay necesidad de posteriores explicaciones.

Y ante la posibilidad de que el lector pueda pensar que estoy otorgándole excesivo énfasis al programa de la capitana Lee, es oportunísimo recordar que lo más destacado en relación a nuestros agentes de policía es el dotarlos de gran preparación, y esto constituye uno de los problemas más importantes en la administración de justicia en nuestro tiempo.

Últimamente he tenido el gran privilegio de participar en los trabajos de un comité que dedica sus servicios a los fines de liberar a hombres inocentes que han sido erróneamente declarados culpables de asesinato. De esta forma he llegado a la comprobación de que cada vez que un hombre inocente resulta declarado culpable, esto no sólo constituye una gran tragedia sino que además la persona que es realmente culpable continúa disfrutando de libertad y representando una amenaza para la sociedad. Esto ha traído a mí el convencimiento de la gran importancia de que la investigación en materia de crimen mantenga su paso al mismo ritmo que marchan las realizaciones científicas en otros campos.

Nosotros disponemos ya de algunos agentes notablemente competentes en investigación y estamos obteniendo con rapidez muchos más. El agente de policía que tiene el orgullo de su

profesión y la confianza en sus conocimientos, puede llevar a cabo su trabajo con la suave cortesía originada por la capacidad.

Por el contrario, el agente que es un ignorante, enmascara su ignorancia, con excesiva frecuencia, de brutalidad y, por lo tanto, puede muy bien mandar a presidio a hombres inocentes.

La capitana Francés G. Lee es una pionera en el campo de los mayores trabajos de investigación eficiente y, por lo tanto, ella selecciona con máximo cuidado sus profesores para esos cursos semianuales de Investigación Criminal.

Las clases en esos cursos duran largas horas durante seis días consecutivos saturados de intensa actividad, no obstante lo cual rara vez se ve a alguno de los oyentes bostezar. Esos cursos son convertidos en acontecimientos que no serán nunca olvidados por hombres tales como el doctor Richard Ford, de Harvard; el doctor Milton Helpert, de Nueva York; el doctor Russell S. Fisher, actualmente médico jefe de Exámenes de Baltimore; el doctor LeMoyne Snyder, de Lansing, y el doctor Joseph T. Walker, de Harvard, y consultante de laboratorio para la Policía del Estado de Massachusetts.

Por todo ello me inclino ante esos hombres que son capaces de convertir el estudio en una cosa amena, y dedico este libro a uno de los más legítimos grandes intelectos en el campo de la Medicina Legal y de la investigación científica del crimen, el DOCTOR ROBERT P. BRITTAIN

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

El cielo nocturno estaba saturado de nubes bajas, la fría llovizna cubría las aceras de humedad, ponía una aureola en las luces de la calle y hacía sisear las llantas de los automóviles que rodaban sobre el mojado pavimento.

La mayoría de los edificios en el barrio comercial del centro estaban a oscuras, pero en la esquina la droguería era toda una explosión luminosa. A mitad de la manzana y en el mismo lado, un café abierto toda la noche irradiaba un resplandor de hospitalidad. En la acera de enfrente, el cine había apagado casi todas las luces del vestíbulo de entrada. La segunda sesión estaba a punto de terminar y antes de cinco minutos las puertas serían abiertas para desalojar al público de esta última función.

En la droguería, el empleado encargado de despachar las recetas, vistiendo una chaquetilla blanca, estaba haciendo anotaciones en un libro. El largo mostrador de refrescos y helados se hallaba vacío, pero una muchacha de aspecto cansado arreglaba los vasos y lo preparaba todo para la repentina invasión de clientes que siempre se producía cuando la última sesión del cine terminaba. Antes de siete minutos, todos los taburetes del mostrador estarían ocupados y habría incluso tres filas más de personas esperando a ser servidas. En esos momentos la cajera iría en su ayuda y el empleado que despachaba las recetas echaría también una mano.

Mientras tanto, en el establecimiento reinaba una completa calma en espera de ese último chorro de dinero que engrosaría los ingresos del día.

La mujer que venía de prisa por la avenida Vanee y que dobló entrando en el bulevar Kramer, se detuvo para mirar inquieta por encima del hombro antes de dar la vuelta en la esquina y después

siguió. Las luces del escaparate de la droguería reflejaron sus facciones, mostrando una línea de determinación en la boca y temor en los ojos.

Abrió la puerta de la droguería y entró.

La cajera, inclinada sobre un libro abierto encima del mostrador al lado de la caja registradora, prosiguió leyendo. La muchacha de la fuente de refrescos y helados miró interrogativamente. El empleado del despacho de recetas, dejó la pluma y se adelantó para atender a la mujer recién llegada.

Y entonces se hizo evidente que el interés de la mujer estaba concentrado en las dos cabinas telefónicas situadas al fondo de la droguería.

Tiempo después, al tratar de recordar el aspecto de la desconocida, todos ellos concordaron en que ésta tendría unos treinta años, con una buena figura que ni siquiera el vuelo del abrigo oscuro, con cuello de piel, lograba ocultar. La cajera observó también que llevaba un bolso de color marrón, de piel de cocodrilo.

Y hubieran podido recordar más de no haber sido porque en ese momento las puertas del cine se abrieron de par en par y un torrente de público se desbordó al exterior congestionando las aceras.

La cajera suspiró y cerró el libro. El empleado del despacho de recetas empujó adelante un aparato anunciador de píldoras de vitaminas que estaba expuesto sobre el mostrador y movió ligeramente a un lado un cartón de hojas de afeitar. La muchacha de los refrescos y helados se limpió las manos en una toalla y empezó a mezclar cuatro bolas de chocolate helado con leche malteada en una mezcladora eléctrica. Sabía que le pedirían esas bebidas antes de noventa segundos.

La mujer desconocida desapareció metiéndose en una de las cabinas telefónicas, abrió su bolso de mano y tomó de él un monedero.

Un gesto de contrariedad se reflejó en sus facciones cuando buscó inútilmente en el monedero una pieza de cinco centavos. Después se dirigió al mostrador de la cajera.

—¿Puede usted darme algunas monedas de cinco centavos? ¡Por favor, de prisa! ¡Por favor!

La cajera la hubiera observado entonces, de no haber sido

porque las puertas de la droguería fueron empujadas y abiertas por una avalancha de estudiantes adolescentes, concentrados ruidosamente en su propio pequeño mundo, cambiando entre sí palabras de burla, y dispuestos a colocarse ante un helado con plátano, crema batida, malvavisco, jarabe de chocolate y trozos de nuez.

La cajera le dio a la desconocida cinco monedas de cinco centavos, miró a la avalancha que entraba por la puerta y se fue al mostrador de los refrescos y helados para ayudar a la otra muchacha. Después, pasarían aún unos diez minutos antes de que esa misma avalancha se fuese del mostrador de servicio y se agolpase en el de la caja para pagar.

La mujer desapareció en una de las cabinas telefónicas. Ninguno la recordaba después de eso.

Arrancó una hoja de papel y la puso encima del estante del teléfono, y en un solo montón, colocó sobre el papel las cinco monedas de cinco centavos, tomó la de arriba, la echó en la ranura del teléfono y marcó un número.

La mano que agarraba el auricular estaba ligeramente temblorosa. Sus ojos se mantenían vigilando al exterior del cristal de la puerta de la cabina telefónica y observaba cuidadosamente los rostros de esa repentina afluencia de clientes tardíos.

La mujer escuchaba ansiosa mientras oía sonar el ruido del timbre del teléfono; después el auricular fue levantado al otro extremo de la línea y se dejaron oír los acordes de una música de baile de una orquesta, mezclados con la sintética dulzura de una voz que había sido cuidadosamente educada en melosos acentos.

—Sí. Hola.

—Rápido, por favor. Escuche esto. Quiero hablar con Perry Mason, el abogado. Llámelo usted al teléfono y...

—¿Perry Mason? Me temo que...

—Consiga usted de Pierre, el *maître*, que venga al teléfono. El señor Mason está con una joven en una mesa...

—Pero Pierre está muy ocupado. Tendrá usted que esperar. Y si tiene prisa...

—Busque a Pierre. Pídale que le señale al señor Mason. Y usted le dice al señor Mason que venga al teléfono en seguida. Es importante. En seguida. ¿Entendió usted?

—Muy bien. No cuelgue.

Hubo unos minutos de espera. La mujer miró impaciente a su reloj de pulsera de diamantes y después, contrariada, al teléfono, y dijo tras largo rato de espera, mitad para ella misma, mitad hacia el micrófono del aparato:

—De prisa, de prisa. Oh, por favor, de prisa.

Le pareció que había transcurrido una eternidad antes que la voz del abogado, ligeramente contrariada, llegase a sus oídos a través de la línea.

—Hola. Sí. Habla el señor Mason.

Las palabras de ella llegaban con la fuerza de una repentina descarga de arma de fuego.

—Esto es muy importante —dijo ella—. Usted tiene que entenderlo inmediatamente conforme yo se lo diga. No tendré una nueva oportunidad de...

—¿Quién está hablando? —interrumpió el abogado.

—Soy la que le envió a usted el paquete —contestó ella—. Por favor, escuche lo que tengo que decirle. ¿Tiene usted un lápiz?

—Sí.

—Por favor, escriba este nombre y dirección.

—Pero ¿por qué...?

—Por favor, señor Mason, le explicaré. Los segundos son preciosos para mí. ¿Quiere usted, *por favor*, escribir este nombre y dirección?

—Prosiga.

—Medford D. Carlin, Oeste Lorendo 6920. ¿Ya lo ha escrito usted, señor Mason?

Mason dijo:

—Espere un momento. ¿Es así, Carlin, C-a-r-l-i-n?

—Exacto —dijo ella—. Las iniciales son las mismas que la abreviatura de un médico o cirujano, MD. La dirección es Oeste Lorendo 6920.

—Sí, ya la tengo.

—Recibió usted el dinero, ¿verdad?

—¿Qué dinero?

—Oh, señor Mason, usted *debe* haber recibido el dinero. Ese paquete sobre el que yo le hablé. No me diga que no lo recibió. Oh, yo...

Su voz se extinguió sustituida ahora por un silencio de desesperación.

—¿Querrá usted —preguntó impacientemente Mason— ser tan amable de decirme su nombre y dejar de dar palos de ciego? ¿Cómo iba a suponer que recibiría algún dinero? ¿Y quién está hablando, por favor?

—No puedo decirle a usted mi nombre. Eso no significaría nada para usted. Pero el dinero, quinientos setenta dólares, estaban en el sobre. Yo... Oh, señor Mason, *por favor*, vaya a ver al señor Carlin, muéstrele a él el recorte que está dentro del paquete con el dinero y...

—Pero le digo a usted que yo no he recibido ningún paquete.

—Entonces lo recibirá usted. Está en camino. Dígame al señor Carlin que, dadas las circunstancias, él tiene que buscar otro socio. Señor Mason, yo no puedo ni siquiera decirle a usted en principio lo importante que esto es. Es un asunto de vida o muerte. No pierda un minuto cuando... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

La voz de la mujer se heló en su garganta cuando sus ojos negros e inquietos, que habían estado observando hacia la puerta del frente de la droguería, descubrieron a un hombre alto, de unos treinta y tantos años, que estaba precisamente entrando en el establecimiento.

Caminaba con el paso largo y fácil de una persona que nunca ha conocido otra cosa como no sea una buena salud y se detuvo con una ligera expresión enigmática en los ojos, inspeccionando los rostros de aquellos que ocupaban todos y cada uno de los taburetes en el mostrador.

La reacción de la mujer fue instantánea. El auricular cayó de su mano colgando al extremo del cordón y golpeando unas cuantas veces contra una de las paredes de la cabina telefónica. Después quedó balanceándose suavemente.

La mujer se deslizó fuera de la cabina, calculando la distancia que había hasta el mostrador, y después se paró con la espalda vuelta hacia el sitio de los refrescos y helados, al parecer completamente absorta en ver las revistas expuestas en línea a lo largo de unos estantes.

Hizo un gesto de sorpresa cuando los dedos del hombre tocaron su codo. Echó la cabeza hacia atrás. La indignación en su rostro se

transformó repentinamente en una sonrisa seductora.

—¡Oh! —dijo—. ¡Tú!

—Me preguntaba si no estarías aquí.

—Yo... ¿Y tú, terminaste?

—Sí. No me llevó tanto tiempo como pensaba que me llevaría.

—Oh, espero que no te hice esperar. Quería comprar un tubo de pasta de dientes y mientras estaba aquí empecé a mirar las revistas. Fue solamente un segundo o dos y yo...

El hombre deslizó su atlético brazo por la cintura de ella y la empujó hacia la sección de perfumería.

—Anda. Compra ese tubo de pasta de dientes y vámonos de aquí.

Capítulo 2

Perry Mason, sosteniendo el auricular del teléfono en la mano izquierda, mantenía el dedo índice derecho presionando sobre el oído del mismo lado para apagar el ruido de música que venía de la orquesta en el cabaret nocturno.

Della Street, la eficiente secretaria de Mason, sentada a la mesa que éste había abandonado cuando se levantó, alcanzó la mirada de él e interpretó con exactitud su rápido ademán de cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó ella yendo rápidamente a su lado.

—Hay algo muy extraño en esto —dijo Mason—. Toma uno de esos otros teléfonos y comprueba si esa inspectora de teléfonos amiga tuya está de servicio ahora, y a ver si pueden averiguar el origen de esta llamada, ¿quieres? Dile que se dé prisa. Es una mujer la que llamó. Parecía aterrada.

Della Street sacó un libro de notas, se inclinó hacia la esfera de celuloide del teléfono al que estaba Mason hablando y anotó el número de aquél. Después se apresuró a ir a llamar desde otro teléfono en el tocador de señoras.

Mason todavía estaba con el auricular al oído cuando ella regresó.

—Es un teléfono público, jefe, en una droguería en la esquina de la avenida Vanee y el bulevar Kramer. Según parece, el auricular ha sido dejado colgando fuera del gancho.

Mason colgó.

—¿De qué se trataba? —preguntó Della Street.

Mason guardó su libro de notas en el bolsillo.

—Alguien quiere que yo me ponga en contacto inmediatamente con un tal M. D. Carlin. La dirección es Oeste Lorendo 6920. Mira en la guía de teléfonos a ver si está, Della.

Los hábiles dedos de Della Street pasaban las hojas de la guía

telefónica.

—Sí, aquí está... M. D. Carlin, Oeste Lorendo 6920. El teléfono es Riverview 3-2322.

—Apunta el número del teléfono —dijo Mason.

—¿Quieres llamarlo?

—Todavía no. Será más tarde. Quiero saber más sobre esto antes de emprender cualquier acción. Pero tiene que ser algo muy importante para esa mujer. Quisiera que hubieses oído la voz de ella por el teléfono, Della.

—¿Alarmada?

—Más que alarmada. Estaba llena de pánico.

—¿Qué quería que hicieses?

—Que le dijese a este Carlin que tenía que buscarse otro socio.

—¿Ha estado ella trabajando con él en algún tiempo?

—No lo sé. Ella me dio ese mensaje y dijo que estaba en camino hacia mí un paquete con dinero. Ordinariamente yo hago caso omiso de un ofrecimiento anónimo, dejándolo de lado, pero no puedo olvidar la nota de terror en la voz de esa mujer. Cuando ella dejó el teléfono, su voz había alcanzado un punto culminante de terror mortal. Se oyó el golpe del auricular cuando cayó de su mano y después, de vez en cuando, se escuchaba el golpear de aquél balanceándose contra la pared. Pensé que quizá se hubiese desmayado.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó Della.

—Esperaremos unos minutos para ver si llega ese paquete al que la mujer se refería.

—¿Y en el medio tiempo?

Mason acompañó a Della Street de vuelta a su mesa.

—Terminaremos nuestro café, quizá bailemos un poco y procederemos como si nada hubiese sucedido.

Della Street dijo:

—No mires ahora, jefe, pero la llamada telefónica parece haber atraído la atención de la gente.

—¿En qué sentido?

—Parece que somos el sujeto de una discusión en voz baja allí en la esquina.

—¿Quiénes son ellos?

—La muchacha encargada del guardarropa, la muchacha que

tiene la concesión para hacer fotografías aquí dentro y la que vende tabaco. Espera un momento, aquí viene ahora la muchacha de los cigarrillos.

Mason bebió su café.

La muchacha con la bandeja de los cigarrillos hizo indiferente un recorrido por entre las personas que bailaban en las mesas adyacentes, y después, volviéndose a Perry Mason, preguntó con voz melosa y lenta:

—¿Puros, cigarrillos?

Mason, sonriendo, sacudió la cabeza negativamente.

Della Street le tocó ligeramente el codo a Mason.

—Bueno, deme un paquete de «Raleighs» —dijo Mason.

Ella seleccionó el paquete, lo abrió por una esquina, sacó uno de los cigarrillos un poco y se lo ofreció a Mason; después se inclinó y encendió una cerilla.

La muchacha tenía la tez aceitunada, pómulos más bien salientes y buena figura. Su vestido, de colores delicados, estaba escotado en forma atrevida, bajando bastante el escote de la línea del cuello, y las bonitas piernas las llevaba cubiertas con medias altas de bailarina.

Mason le entregó un dólar. Ella inició el ademán de darle el cambio.

—Está bien así —dijo sonriendo Mason, rechazándolo.

—Oh, es usted tan... generoso.

—No tiene importancia.

—Es usted tan generoso... al darme esto...

—¿Por qué? —la interrumpió Mason mirando a la muchacha extrañado—. ¿No recibe usted propinas, de ordinario?

—Sí, diez centavos, quince, quizá veinticinco centavos —dijo ella y repentinamente sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oiga, espere un momento —dijo Mason—. ¿Qué es eso?

—Oh, perdóneme usted. Estoy contrariada hasta el extremo de que cuando alguien es agradable conmigo no tengo dominio de mí misma. Yo no soy...

—Siéntese aquí —dijo Della Street.

—No, no, perdería el empleo. No puedo sentarme con los clientes, yo...

Mason observó el rostro de la muchacha crispado por la

emoción, vio las lágrimas rodando por sus mejillas y dejando una línea en el maquillaje.

—Aquí —ordenó Mason—, siéntese aquí.

Le ofreció una silla a la muchacha, y después de un momento de duda, ella volteó la silla de forma que pudiera poner la bandeja apoyada en su regazo y se sentó a la mesa.

—Vamos, pues —dijo Mason—; lo que usted necesita es un *brandy* y...

—No, no, por favor. Eso sí que yo no puedo hacerlo. Beber con los clientes es contrario al reglamento de aquí.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó Mason.

Della Street miró a Mason rápidamente con una expresión de advertencia.

—¿Alguna cosa desagradable en el trabajo? —insinuó Mason.

—No, no. Eso va todo bien. Es solamente un asunto privado y nada nuevo. Pero que de vez en cuando se agita como un...

Se interrumpió, y más bien en forma brusca se volvió hacia Della Street:

—Su esposo no lo entenderá, pero usted sí. Usted puede comprender lo que una mujer siente respecto a una hija.

—¿Qué ocurre con su niña? —inquirió Mason.

Ella sacudió la cabeza.

—Soy una estúpida interrumpiéndolos a ustedes en esta forma. Por favor, ¿quiere usted hacer como si estuviese escogiendo alguna cosa de mi bandeja...? El *maître* es capaz de ponerse muy desagradable...

Della Street se puso a curiosear entre los diversos pequeños recuerdos que la muchacha llevaba para la venta en la bandeja.

—Prosiga —le dijo Mason.

—No es nada. Después de todo saldrá bien. Mi niña probablemente está en buenas manos. Solamente que yo deseaba saber... Oh, cómo quisiera saber...

—¿Saber qué? —preguntó Mason.

—Dónde está mi niña. Sabe usted, es muy difícil y complicado. Yo soy..., soy en parte japonesa.

—¿Lo es usted?

—Sí. Usted probablemente no se da cuenta de ello a menos que me mire muy fijamente, pero puede verlo en mis ojos, en los

pómulos.

Mason observó a la muchacha por un momento, después asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, ya lo veo ahora. Sabía que había alguna cosa exótica en usted. Ahora ya veo lo que es. Hay unos definidos rasgos orientales en sus facciones.

—Sólo parcialmente japonesa —dijo ella—; pero yo soy norteamericana. Tan legítima norteamericana como cualquiera. Pero ¿cree usted que haya alguien que lo juzgue así? No. Para la mayor parte de la gente yo soy japonesa y eso da lugar a que me tengan como una proscrita.

—Me estaba usted diciendo algo sobre su niña —dijo Mason.

—Yo tuve una niña.

—¿Es usted casada?

—No.

—Continúe.

—Eso es todo. Yo tuve la niña y el padre de ésta se las arregló para robármela. Él la vendió. Cuando me enteré de que había sido vendida para ser adoptada, me puse frenética. Traté por todos los medios de averiguar lo que había sucedido para hacer algo, pero nada pude conseguir.

—¿Era este hombre que se llevó a su niña el padre *verdadero* de ella? —preguntó Mason.

La muchacha dudó un momento, sus ojos se entornaron, después levantó los párpados y miró de lleno a la cara de Mason.

—No —confesó—. El padre... murió.

—¿Por qué no hizo usted algo para hallar a su niña? —preguntó Della Street.

—¿Qué *puedo* hacer? Yo tengo sangre japonesa, y las gentes no quieren ayudar a una japonesa, a menos que ésta tenga mucho dinero, y yo no tengo ninguno. Yo no sé dónde está mi niña, pero estoy segura de que fue cedida para adopción. Este hombre que figura como padre de la niña y que firmó los documentos, ha desaparecido y...

—¿Qué edad tiene su niña? —preguntó Mason.

—Ella tendrá ahora cuatro años. Era una niñita de pecho cuando...

Pierre, el *maître*, mirando en torno al repleto salón,

repentinamente se detuvo al ver a la muchacha de los cigarrillos sentada a la mesa.

—Señorita, venga aquí inmediatamente —llamó con severidad—. ¡Al instante!

—Oh —dijo ella—, yo no debí de haber hecho esto. Pierre está enojado.

Sacó un pañuelo del escote del vestido en forma de V, donde parecía difícil haber siquiera espacio suficiente para guardar un sello de correos, y de prisa se limpió los ojos, y se empolvó un poco con una brocha de «compacto» de maquillaje.

—Cigarrillos —ordenó Pierre con su voz revelando la mayor impaciencia.

La muchacha dedicó a Della Street una rápida sonrisa, colocó por un instante su mano sobre el brazo de Perry Mason, le dio un suave apretón y dijo:

—Algunas veces esto me deprime terriblemente.

—Pues no deje usted que la deprima —dijo Della Street—. Usted debiera...

—Señorita cigarrera, venga usted aquí *inmediatamente* —le ordenó Pierre.

—Muchas gracias por el consuelo que usted me ha proporcionado —dijo la muchacha dándole una afectuosa palmada en el hombro a Mason, y seguidamente se marchó.

—Pobre chica —dijo Della Street.

Mason asintió.

—Los niños valen dinero —señaló Della Street—. Y me imagino que haciéndose pasar como padre de esa criatura y diciendo que la madre había muerto o se había escapado, el individuo pudo así entregar a la niña para que fuese adoptada y probablemente le pagaron por ello quinientos o mil dólares.

—¿Una niña japonesa? —preguntó Mason.

—¿Y quién iba a saber que era japonesa o no? —replicó Della Street—. Tú nunca hubieras descubierto que esta muchacha es japonesa a menos que ella te lo hubiese dicho. Sólo hay algo extraño en sus ojos y una ligerísima sugerencia en los contornos de su rostro. Por ello resulta muchísimo más norteamericana que japonesa.

Nuevamente Mason asintió con la cabeza.

—Pareces no estar muy impresionado —dijo Della Street con cierta irritación—. ¿Por qué no haces algo en relación con esa niña? Tú podrías hacerlo, jefe. Podrías averiguar el paradero de esa criatura y proceder para que se le hiciese justicia.

—¿Justicia a quién? —preguntó Mason.

—A las dos: a la madre y a la criatura.

—¿Y cómo sabes que eso sería justo para la criatura? Ésta puede encontrarse posiblemente en un buen hogar. En cambio, la madre está trabajando en un cabaret nocturno, vistiendo solamente las ropas imprescindibles para que no la detengan por escandalosa y...

—¿Y eso qué diferencia hace? Ella ama a su hija.

—Puede que así sea —dijo Mason—, pero resulta extraño pensar que la ama a tal extremo.

—¿Qué quieres decir?

—Debe hacer más de tres años que la criatura desapareció —señaló secamente Mason—. Y he aquí que ella se dirige a una pareja que le es completamente extraña, en un cabaret nocturno, y de repente rompe a llorar y viola las reglas del establecimiento para sentarse y empezar a contar todos sus problemas.

—Bueno, desde luego —admitió Della Street—, cuando lo miras de esa manera..., pero no dejaba por ello de ser espontáneo. Yo tenía la entera sensación de que ella había estado guardándose sus problemas para sí misma, hasta que finalmente se acumularon en tal forma que ya no pudo contenerlos por más tiempo.

—Tú pasas por alto la significación de la conferencia que tuvo lugar en aquel rincón, Della, después que yo fui llamado al teléfono.

—Eso es exacto. Entonces ella *debía* de saber ya quién eras.

Mason asintió con la cabeza.

—Y después trató de interesarte para que acudieses en su ayuda. Y, sin embargo, la muchacha lo hizo de una manera tan convincente... Las tuyas eran lágrimas reales, jefe.

Mason echó una mirada a su reloj de pulsera y dijo:

—Bueno, si van a producirse nuevos acontecimientos posteriormente, mejor es que empiecen ya a surgir. Va a resultar ya un poco tarde para hacer nada esta noche. Pero no puedo olvidar esa nota de urgencia, de agudo terror, que había en la voz de la mujer. Yo bien quisiera saber qué ocurrió al otro extremo del hilo de ese teléfono que fue causa de que ella...

—Aquí viene el *maître* hacia nosotros —interrumpió Della Street.

El *maître*, individuo de corta estatura, robusto y de mediana edad, trató suavemente de dar explicaciones, tanto con su inclinación de cabeza como con su voz. Sin embargo, en sus ojos había una expresión decisiva.

—Perdonarán ustedes —dijo inclinándose— que les interrumpa, señor.

—Sí, diga usted —replicó Mason.

—¿Acaso es usted el señor Perry Mason?

Mason asintió con un ademán de cabeza.

—Lo siento mucho. No le reconocí cuando entró, pero después me lo señalaron diciéndome quién era. He visto su retrato en los periódicos muchas veces, pero... —hizo con las manos un expresivo ademán— ahora que lo veo personalmente, resulta ser usted más joven de lo que creía.

—Muy bien —contestó Mason un tanto impaciente—. La comida ha sido buena y el servicio excelente. Por favor, no se disculpe usted por el hecho de no haberme reconocido y no diga a nadie que estoy aquí.

El *maître* dirigió una rápida mirada a Della Street. Su sonrisa indicaba que era capaz de ser la discreción en cuerpo y alma.

—Ciertamente, señor, así será —replicó—. Éste no es un lugar donde señalemos a la gente. Los negocios del señor son exclusivamente suyos..., ¿no? La razón por la que yo me entrometo aquí es que me ha sido entregado este sobre para el señor Perry Mason, abogado. Es de la mayor importancia que este sobre le sea entregado solamente al señor Mason.

Las manos del *maître* hicieron un rápido movimiento. Y el sobre apareció como por arte de magia, cual si las habilidades de un prestidigitador sacasen un conejo de un bolsillo de los faldones de un frac.

Mason cogió inmediatamente el sobre. Lo observó, colocado ya sobre la mesa. Era largo, de papel fino y sobre él había escrito con mano rápida, «Señor Perry Mason». Después los ojos del abogado miraron fríamente al ceremonioso y sonriente *maître*.

—¿Cómo le fue entregado esto? —preguntó Mason.

—Le fue entregado por un mensajero al hombre de la puerta.

—¿Y quién era el mensajero?

—Eso no lo sé. Nosotros no sabemos los nombres de los mensajeros. Quizá lo sepa el hombre de la puerta. ¿Quiere usted acaso que lo mande venir?

—Sí, mándelo venir.

Por un momento los ojos de ambos se cruzaron. Los del abogado inquirían con impaciente insistencia. Los de Pierre sonreían con lo que muy bien pudiera resultar ser un toque de burla. Después el *maître* apartó su mirada.

—Le será a usted enviado inmediatamente, señor, y espero que todo resulte a su entera satisfacción.

—El hombre se inclinó, volvióse y se dirigió hacia la puerta del local.

—En cierta forma —dijo Mason observando las espaldas del hombre que se alejaba—, si buscas una explicación de cómo nuestras andanzas fueron descubiertas por esa cliente en perspectiva...

El abogado rasgó y abrió el pesado sobre.

—Aquí está el asunto. Muy bien —dijo Della Street al ver el dinero y un recorte de periódico.

Mason miró el contenido y dijo:

—Aquí hay una colección de billetes de todas clases que abarcan desde billetes de cinco dólares a un dólar, y hasta un par de ellos de cincuenta.

Llevó los billetes a la nariz para olfatearlos y luego le tendió el fajo a Della Street.

Ella los olió también y comentó:

—Tienen un perfume más bien fuerte.

—Oh, ciertamente —replicó Mason—. Dólares y perfumes.

—Te mataría por decir eso —dijo Della Street sonriendo—. Y si te matase resultaría un homicidio justificado ante cualquier tribunal de este país.

—Bueno, olvidemos los dólares —dijo Mason—. Hablemos sobre perfumes.

Los ojos de la muchacha se pusieron serios y dijo:

—Es un perfume agradable, pero fuerte. Bien pudiera ser que alguna mujer haya estado ahorrando este dinero, un dólar aquí, otro allí, acaso cinco dólares, e incluso en un momento de suerte un billete de cincuenta, colocándolos en un cajón de una cómoda en

donde guardaba también sus pañuelos, ahorrando así todo este dinero para un apuro.

Mason asintió con la cabeza mientras en su rostro aparecía una expresión pensativa.

—Solamente los billetes de cincuenta dólares representan una oportunidad que ella haya tenido para cambiar por éstos un montón de otros billetes de uno y de cinco. Después que ella logró acumular todo ese dinero, tenía ya ocasión para ir a un Banco y hacer que le cambiasen el total por algo que no ocupase tanto espacio y... aquí vienen el *maître* y el portero. Della, vuelve a colocar el dinero en el sobre.

—¿No figura el nombre de quien lo envía? —preguntó Della.

—No, no hay nombre alguno —contestó Mason—. Ni tampoco ninguna nota. Sólo trae el dinero y un recorte de periódico. Es por eso por lo que ella tuvo que llamarme por teléfono para decirme lo que quería que yo hiciese. Aparentemente no tuvo tiempo de escribirme una nota. Se limitó a colocar todo esto dentro de un sobre y...

Mason se interrumpió al ver llegar hasta la mesa al portero escoltado por el *maître*.

—Aquí está el portero, señor —anunció Pierre quedándose de pie y esperando con expresión expectativa.

Mason le tendió un billete de diez dólares diciéndole:

—El servicio ha sido excelente.

Los dedos del *maître* enrollaron el billete recogiénolo en la palma de la mano. Esto realizado con tal destreza y agilidad, que el dinero pareció haberse desvanecido en el aire. En los ojos del *maître* no apareció ni la más leve señal irónica o divertida. Sus maneras eran deferentes cuando dijo:

—Es un placer el servirlo, señor. En cualquier ocasión que usted desee venir aquí, no tiene más que llamar o preguntar por Pierre, y tendrá reservada su mesa.

Y el *maître* hizo de forma que este mensaje fuese exclusivamente personal para Perry Mason, pero incluyendo a la vez en él a Della Street, mediante una rápida y casi subrepticia mirada. En seguida estaba ya inclinándose suavemente sobre otra mesa y murmurando:

—¿Todo está a satisfacción de los señores?

El portero —un hombre con un uniforme muy engalanado—

parecía tener gran prisa por regresar a su puesto, pero su mirada pareció haber percibido la cifra que figuraba en el billete que le había sido dado a Pierre de propina, a pesar de la rapidez de relámpago con la que aquél se lo había guardado. En consecuencia, pareció favorablemente impresionado.

—Se trata de este sobre —le dijo Mason—. ¿Puede decirme algo sobre esto?

—No mucho —contestó el portero—. El coche de la persona que lo trajo era corriente. No era muy nuevo. A decirle a usted verdad, no le presté mucha atención. Había mucha gente llegando en esos momentos y los dos muchachos que están encargados de atender al estacionamiento de los coches se hallaban muy ocupados. Yo me adelanté y abrí la puerta del auto y vi que había allí un hombre solo en el asiento delantero y que no parecía estar en su verdadero puesto. Me di cuenta de que no iba a apearse tan pronto como abrí la puerta de su coche. Creí que era un fastidioso que quería preguntar alguna dirección. Hay muchos de esos. Son individuos que arriman el coche a la acera para preguntar la dirección de algún lugar adonde quieren ir o dónde está la calle tal o cual.

»A uno no le importa el atenderlos si no está muy ocupado y si esos preguntones se limitan a bajar el cristal de la ventanilla y decirle a uno lo que quieren, pero cuando se quedan sentados en el coche y esperando a que les abra la puerta, entonces resultan fastidiosos. Jamás ninguno de esos tipos me dio una propina.

—¿Y éste le dio alguna? —preguntó Mason impaciente.

—Bueno, como ya le digo, yo ya sabía que él no iba a apearse. Le abrí la puerta del coche y entonces me metió el sobre en la mano y dijo: «Dele esto a Perry Mason. Está ahí dentro».

—¿Qué más? —preguntó Mason.

El portero añadió:

—Yo recordaba haberme encargado del coche de usted, pero cuando lo hice no lo reconocí, señor Mason. He oído mucho su nombre, pero... sospecho que ésta es la primera vez que usted viene aquí, ¿no es verdad?

Mason asintió y dijo:

—Continúe. ¿Y qué me dice sobre la persona que le entregó el sobre?

—Bueno, eso es todo. Yo me quedé allí de pie, creo, un tanto

desconcertado. El hombre del coche dijo entonces: «Vaya usted. Vaya usted inmediatamente a entregar esto..., apriétese los...».

El portero calló súbitamente.

—Apriétese los pantalones —completó Della Street.

—Gracias, señora —dijo el portero sonriendo—. Eso fue, en efecto, lo que el hombre dijo, y luego añadió: «Entrégueselo usted a quienquiera que esté encargado allá dentro y dígame que es importante y que es para el señor Mason». Por consiguiente, yo se lo entregué a Pierre.

—¿Y qué hizo aquel hombre?

—Cerró de golpe la puerta del coche y se marchó.

—¿No tomó usted nota del número de la matrícula o algo así?

—En efecto —dijo el portero—, no tomé nota de nada. Yo diría que era un «Chevrolet»..., un modelo de hace cinco o seis años. Era de color oscuro y un sedán de cuatro puertas. Eso es todo lo que puedo decirle a usted sobre el particular.

—¿Puede usted describirme cómo era el hombre?

—Llevaba un traje de color gris y el cuello de la camisa arrugado. El hombre quizá tenía unos seis u ocho años más que yo, y yo..., veamos, yo tengo cincuenta y tres... No tenía aspecto alguno de ser cliente de este lugar.

—¿Acaso era un obrero?

—Bueno, no tanto como un obrero. Era algo así como un hombre que poseyese algún pequeño negocio propio. Parecía..., bueno, parecía ser acomodado, pero poco instruido. Un hombre que tiene algún dinero pero que no lo gasta en ropas ni en coches, ni lo tira gastándolo en...

—¿Cabarets nocturnos? —se anticipó a decir Della Street.

Una vez más el hombre sonrió entre dientes.

Mason sacó un segundo billete de diez dólares.

—A ver si trata usted de recordar alguna cosa más —dijo—. Usted está perdiendo aquí la posibilidad de recibir propinas allá en la puerta y eso le preocupa. Podrá recordar mejor si se quita esa preocupación de la cabeza. Ésta es la señorita Street, mi secretaria. Usted puede llamar mañana por teléfono a mi oficina, preguntar por ella y comunicarle cualquier detalle que pueda recordar además de lo que ya nos ha dicho.

La actitud del portero fue enteramente diferente de la de Pierre,

el *maître*. En lugar de enrollar rápidamente el billete y hacerlo desaparecer de la vista, el portero se preocupó de observar el importe de la cifra que llevaba impresa y después asintió con la cabeza y se inclinó aprobadoramente.

—Escuche —dijo el portero—; no se preocupe de que yo pierda propinas allá en la puerta. Pero si hay alguna cosa que yo...

—Sólo trate usted de recordar..., y puede ya prepararme mi coche. Es el...

—Recuerdo su coche —dijo el portero— y también lo recordaré a usted la próxima vez, señor Mason. Cualquier cosa que desee...

—Está bien —interpuso Mason—. Por el momento todo lo que yo quiero es averiguar más sobre el mensajero que me envió este sobre.

—Continuaré pensando en ello. Y si alguna cosa más recuerdo, yo le telefonearé a usted mañana por la tarde. Estoy aquí de servicio hasta las dos de la madrugada y luego no me levanto de la cama hasta eso del mediodía. Puede que recuerde alguna otra cosa.

Mason hizo una seña con la cabeza a Della Street y dijo:

—Muy bien, Della. Llamaremos por teléfono a Carlin.

—Si se encuentra ya acostado se irritará —le advirtió ella.

—Ya lo sé —le contestó Mason—, pero vamos a correr el riesgo.

—¿No crees que eso podría esperar hasta mañana?

—Es que tú no oíste la voz de esa mujer al teléfono, Della. Trátese de lo que se trate, tenemos que actuar inmediatamente. Por lo menos yo voy a hacer una prueba.

Mason acompañó a Della Street al teléfono. La muchacha echó la moneda en el depósito, marcó el número y miró interrogadoramente a Mason, preguntándole:

—¿Quieres tomar el auricular en seguida?

—No —contestó Mason sonriendo—. Utiliza tu voz más seductora hasta que él empiece a calmarse por esta intempestiva llamada, Della. A ver si consigues aplacarle la irritación.

—¿Le digo quiénes somos y por qué lo llamamos?

—No por qué lo llamamos; basta con que le digas quiénes somos. Tú puedes...

Della Street inclinó la cabeza hacia el micrófono y dijo:

—Sí, hola. ¿Es el señor Carlin?

La secretaria esperó un momento y luego sonrió con dulzura y

dijo:

—Señor Carlin, espero que perdonará esta intromisión a una hora tan tardía. Le habla la señorita Street. Soy la secretaria particular del señor Perry Mason y es muy importante que lo veamos a usted lo más pronto posible..., confío en que no estaría ya acostado..., oh, magnífico..., sí. Caso de que sea posible..., sí, ya sé que es habitual. Le pongo al habla con el señor Mason.

Della Street colocó su mano sobre la boca del teléfono y dijo:

—Aún no estaba acostado. Parece una persona educada. Creo que todo va bien.

Mason asintió con la cabeza, tomó el aparato de la mano de Della, lo colocó al oído y dijo:

—Hola. Le habla Perry Mason, señor Carlin. Lamento muchísimo el molestarlo a esta hora tan tardía.

—Eso me dijo su secretaria —contestó Carlin desde el otro extremo del hilo—. Sin embargo, no necesita usted preocuparse por ello. Yo rara vez me acuesto antes de la una o las dos. Soy un gran lector y una especie de ave nocturna.

—Deseo verlo a usted para tratar de un asunto de la mayor importancia.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo le llevará el llegar hasta aquí?

—Estoy telefoneándole desde el «Ganso dorado» y tengo otro pequeño asunto que resolver antes, por lo cual probablemente me llevará..., bien, acaso treinta o cuarenta minutos.

—Lo esperaré a usted, señor Mason. Pero ahora veamos, ¿usted es Perry Mason, el abogado?

—En efecto.

—Ya he oído hablar de usted, señor Mason. Estaré encantado de recibirle. Voy a preparar café.

—Excelente —dijo Mason—. Tengo la impresión de que esto es una molestia para usted y ciertamente le agradezco...

—Nada de eso, nada de eso. Vivo más bien como un solterón solitario aquí y me gusta tener compañía. No es ninguna molestia, señor Mason. Estaré encantado de recibirle. ¿Traerá usted también a su secretaria?

—Sí. Ella irá conmigo.

—Magnífico —dijo Carlin—. Me agradará mucho verle señor Mason, dentro de una media hora.

—Así será —dijo Mason—. Muchas gracias —y colgó.

—Parece ser una persona muy afable —comentó Della Street.

—De verdad que lo parece.

—¿Qué es ese recorte de periódico, jefe?

—Sólo tuve oportunidad de echarle una ojeada —dijo Mason—.

Son solamente unos párrafos, y el recorte procede, según todos los indicios, de un diario de Nueva York señalando que una tal Helen Hampton ha sido declarada culpable de chantaje y condenada a dieciocho meses de cárcel. Parece ser que ella y un cómplice masculino, cuyo nombre no se da, estaban entregados a una especie de empresa de chantaje, pero al parecer todo se desarrolló con la mayor discreción. Ella se declaró culpable y el juez, al dictar sentencia, hizo mención de que el plan de extorsión era tan diabólicamente ingenioso que no quería que se hiciese público por medio de la Prensa, a causa de la posibilidad de que otros maleantes fuesen a poner en práctica el mismo plan.

—¿Y nada más?

—Nada más —dijo Mason.

—No hay fecha ninguna en él —dijo Mason—. No es más que un recorte de periódico. Ya ha empezado a amarillear, lo cual puede significar muy bien que ya es antiguo, o también que fue dejado al sol. El papel impreso de periódico amarillea mucho más pronto en esas condiciones.

—Bueno —dijo la muchacha—, ya sabremos algo más, probablemente, cuando hablemos con Carlin. ¿Qué otro asunto era ese que dijiste que tenías en la mente, jefe?

—Quiero ir a aquel teléfono público desde donde me llamaron —dijo Mason—. Supongo que estará abierto hasta medianoche, y quiero ver si allí logramos averiguar algo más sobre la mujer que telefonó.

—Bueno —dijo Della Street—. Su amigo Carlin parecía hablar con toda naturalidad.

—En efecto, parece ser afable y muy campechano —dijo Mason —y relativamente desprovisto de curiosidad.

—Así es —observó Della Street—. Estaba tratando de darme cuenta de lo que me había impresionado en relación con él. Parece

tratarse de un hombre de un gran aplomo. El promedio de las personas, en seguida hubieran estado ardiendo de curiosidad y hasta acaso con una sensación de culpa. Ya me imagino a la mayoría de las gentes diciéndome al oír mi llamada: «Bueno, ¿pero por qué diablos el señor Mason quiere verme a estas horas? ¿Qué es lo que piensa usted?», y otras cosas por ese estilo. Pero el señor Carlin no fue así en absoluto.

Mason pensó sobre todo eso y repitió lentamente:

—Parece ser afable y desprovisto de curiosidad.

—¿Algo así como si acaso él hubiera estado esperando la llamada? —preguntó Della Street ladeando la cabeza.

—Bueno —le contestó Mason—, no llegaría a decir tanto, pero ciertamente pareció haberlo tomado todo con mucha calma. Vamos, Della, salgamos de aquí y vayamos a la caza de esa cabina telefónica.

Capítulo 3

Al dirigirse con el coche a la droguería de la esquina de la avenida Vanee y el bulevar Kramer, Mason dijo:

—Della, ¿cómo supones que esta mujer supiese que yo me encontraba en el «Ganso dorado»?

—Vamos —exclamó Della Street—, una persona tan destacada como tú es señalada en todas partes y...

—Entonces tienes que comenzar por suponer que ella había estado allí en el «Ganso dorado».

—Eso no era indispensable. Ella..., espera un momento..., sí, me parece que vas acertado por ese camino.

—Desde luego —continuó Mason— ella puede que hiciese que un amigo que se hallaba presente en el cabaret, la llamase por teléfono y le dijese: «Mira, el señor Mason está aquí en el “Ganso dorado”. Ésta es tu ocasión. Todo lo que tienes que hacer es ponerte en contacto con él». O quizá el *maître*...

—Sí, es posible que ocurriese así.

—Pero en cierta forma —dijo Mason—, no creo que fuese de esa manera, pues entonces no hubiera habido esa nota de urgencia ni aquel terrible pánico en la voz de ella... No, ella debe de haber sido alguna mujer que estaba en el cabaret, que nos vio allí y entonces salió y telefoneó.

—¿Pero sabía alguien que tú ibas a ir allí?

—No lo sabíamos ni nosotros mismos —respondió Mason—. Como tú debes recordar, nosotros acabamos de interrogar a aquellos testigos y fue cuando regresábamos de allí que recordaste que Paul Drake nos había recomendado el «Ganso dorado». Drake dijo que allí servían una excelente comida y que presentaban un espectáculo de variedades muy agradable...

—Así fue —dijo ella—. Nosotros fuimos allí de manera

imprevista y nadie sabía que iríamos, ni dónde estábamos...

—Con la simple excepción de la Agencia de Detectives Drake —continuó Mason—. Recuerda que nosotros llamamos a Paul Drake desde el cabaret y le dijimos que teníamos ya las declaraciones de los testigos y que lo veríamos a él por la mañana, y yo creo que le dije a Paul que íbamos a probar ese cabaret nocturno que nos había recomendado.

—Exactamente, así fue.

—Pero —dijo Mason— Paul Drake no le hubiera dicho a nadie dónde estábamos. Después de todo, él es detective. Él sabe bien cómo mantener la boca cerrada. Oh, bueno, probablemente averiguaremos mucho más cuando hayamos hablado con Carlin. Probablemente resultará ser esto uno de esos asuntos de rutina. No hay razón para ponerse excitado sobre ello y probablemente tampoco la hay para realizar todo este trabajo nocturno.

»Sin embargo, no puedo apartar de mí la idea de que esa mujer estuvo cuidadosamente ahorrando dinero para un caso de emergencia, y cuando esa emergencia surgió, ella fue al lugar donde había estado ocultando el dinero y..., bueno, ya hemos llegado a la droguería. Vamos a ver lo que podemos averiguar aquí. ¿Entras conmigo? —preguntó a la muchacha.

Della Street ya tenía la puerta abierta y replicó:

—Intenta impedirme que entre.

El hombre que estaba a cargo del establecimiento se hallaba precisamente disponiéndolo todo para cerrar. Cuatro jóvenes que estaban charlando mientras tomaban unos helados de crema y jarabes, fueron cortés pero decididamente avisados de que era hora de que se marchasen. La muchacha del mostrador se hallaba metiendo vasos, con aire aburrido, en agua caliente que tenía mezclado un líquido para disolver la grasa, mientras a su vez la cajera estaba haciendo sus cuentas finales.

El empleado del despacho de recetas escuchó vagamente lo que le decían.

—No puedo recordar gran cosa sobre esa mujer —dijo él—. Estaba sonando el teléfono en la otra cabina y nosotros nos encontrábamos demasiado ocupados para responder. Finalmente, acudí allí y la Central Telefónica me advirtió que alguien había dejado el receptor del otro teléfono descolgado. En efecto,

comprobé que así había sido y entonces puse de nuevo el receptor en el gancho. Eso es todo lo que sé sobre ello. Usted puede preguntar también a la cajera.

Mason fue al mostrador de la cajera.

Sí, ella recordaba vagamente a una mujer. Había cambiado una moneda de veinticinco centavos. Tenía quizá unos treinta o treinta y cinco años, llevaba un abrigo oscuro con cuello de piel y un bolso de piel de cocodrilo también oscuro. No, ella no podía dar una descripción más precisa de esa mujer. Sí, el receptor había sido dejado descolgado. No, no había visto a la mujer marcharse. Estaban muy ocupados y...

—¿Cuál fue la cabina telefónica que utilizó? —preguntó Mason.

—Aquella de la derecha, la que está más cerca de las estanterías de las revistas.

—Voy a echarle un vistazo —dijo Mason.

Se dirigió a la cabina acompañado de Della Street.

—El empleado de las recetas te está observando, jefe —susurró ella.

—Probablemente cree que soy un agente de la Oficina Federal de Investigación —dijo Mason—. No creo que haya una posibilidad entre mil de que podamos averiguar qué fue lo que aterrorizó a aquella mujer, pero de todas formas echaremos aquí un vistazo. Si ella tuvo que abandonar la cabina tan repentinamente, pudiera ocurrir que dejase olvidada alguna cosa, un pañuelo, un monedero, un...

—Hay una hoja de papel sobre la tablilla y algunas monedas de cinco centavos —dijo Della Street mirando a través del cristal alargado de la puerta.

Mason tiró de la puerta y la abrió. Della Street se deslizó en la cabina telefónica y dijo:

—Hay cuatro monedas de cinco centavos apiladas aquí sobre una hoja de papel.

—¿Y qué es ese papel?

—No tiene más que números anotados, escritos rápidamente con lápiz. Aquí hay un número de teléfono que es Main 9-6450.

—Llama a ese número —dijo Mason—. A ver quién responde.

Della Street echó en el depósito una moneda de cinco centavos y marcó el número mientras decía:

—Probablemente no conseguiremos respuesta alguna a esta hora de la noche. Es..., oh, sí, hola, hola, sí, gracias..., no, no se preocupe, llamé a un número equivocado.

Della Street colocó de nuevo el receptor en el gancho y sonrió a Perry Mason diciéndole:

—Es el número del «Ganso dorado».

—Diablos. Daría lo que fuese por saber cómo se enteró de que nosotros estábamos allí. ¿Hay algo más anotado en el papel?

—Hay algunos otros números al dorso. Están escritos con cuidado, en la forma que los hubiera escrito una mujer dedicada a la contabilidad.

—¿Qué números son esos?

—Parecen ser una especie de complicados números de una licencia de automóviles.

Los números estaban escritos seguidos en una sola línea, así: 59-4D-38-31-19-2D-10I.

Mason estuvo observando esos números en el papel, con el ceño fruncido.

El empleado de las recetas se acercó a ellos rápidamente y preguntó:

—¿Encontraron alguna cosa?

Mason sonrió y sacudió la cabeza negativamente.

—Estaba tomando nota de un número.

—Oh —exclamó el empleado.

Mason deslizó el trozo de papel en su bolsillo, bostezó y dijo:

—No es nada de especial importancia. Tengo una prima que sufre de amnesia. Por alguna causa extraña, ella parece recordar mi número de teléfono incluso en los momentos en que no puede recordar quién es ella misma, ni mi nombre, ni nada respecto a su familia.

—Comprendo —dijo el empleado en un tono de voz que revelaba que no había comprendido nada en absoluto.

Mason llevó a Della Street hacia la puerta.

La llovizna había pasado a ser ahora lluvia plena y fría. Della Street saltó al interior del coche y se escurrió en el asiento, sentándose cerca de Mason y exclamando con un escalofrío:

—¡Brrrr! ¡Qué frío tengo! Los tobillos humanos necesitan algo más que estas finas medias de nylon para protegerse de un tiempo

como éste. ¿Tienes alguna idea sobre ese rosario de números que figura en el papel, jefe?

—Ese rosario de números —dijo Mason sacando el papel del bolsillo— es la combinación para abrir una caja de caudales. Cuatro veces a la derecha al cincuenta y nueve, tres veces a la izquierda al treinta y ocho, dos veces a la derecha al diecinueve, luego volver a la izquierda y parar en el diez.

—El empleado se está asomando a la puerta con disimulo —dijo ella—. Me parece que está interesado en tomar el número de la matrícula del auto, aunque sólo sea por precaución...

Mason pisó el acelerador. El coche lanzó un chirrido y se puso en movimiento mientras los limpiadores automáticos del parabrisas empezaban a funcionar con una monótona protesta contra la lluvia que golpeaba sobre el cristal y salpicaba diminutas gotas.

Mason dijo:

—Es posible que el *maître* del cabaret supiese mucho más de lo que nos dijo.

Della Street contestó:

—Bueno, espero que te busque y averigüe que eres un solterón con perfecto derecho a llevar a tu secretaria a un cabaret nocturno. Es posible que él supiese quién eras, pero lo que ciertamente no sabía, es quién era yo. Te tomó por un hombre casado que había salido subrepticamente para una noche de juerga.

—¿Y tú? —preguntó Mason.

—Yo —replicó ella— era la sirena, la voluptuosa seductora de la virtud.

—Creo que la reacción de Pierre ante ti fue causada por la forma en que me miró a mí.

—Eso es exacto —dijo Della Street con acritud—. Nunca le des crédito alguno a una mujer. El hombre siempre quiere ser el lobo seductor.

—Oh —dijo Mason—, tú puedes también ver las cosas en la forma opuesta. Pierre llegó a la conclusión de que eras una hábil vampiresa y que yo no era más que un simple hombre de negocios arrastrado repentinamente por los encantos...

—No sigas con eso —dijo Della Street riendo—. En mis funciones de contador, ¿cómo voy a asentar en los libros esos quinientos setenta dólares?

—Creo —dijo Mason— que tendrás que asentarlos en forma de «crédito a madame X», hasta que averigüemos más sobre nuestra cliente.

»Sin embargo, veamos antes lo que M. D. Carlin tiene que decir respecto a sí mismo. Quizá él pueda ilustrarnos.

—¿Qué vas a decirle, jefe?... ¿Quiero decir, sobre nuestra cliente?

—Ni una sola palabra —replicó Mason—. Y tengo la esperanza de que Carlin no haya estado bromeando en lo que dijo sobre preparamos café.

Quedaron silenciosamente pensativos hasta que Mason, al doblar para entrar en la calle Lorendo Oeste, se encontró ante el número 6800 de la misma.

—Doblé demasiado pronto —comentó Mason—. Nos encontramos, pues, en el lado contrario de la calle.

Condujo el coche hasta la otra esquina, disminuyendo la marcha mientras iba viendo los números y entonces dijo:

—Ahí es; exactamente al otro lado de la calle.

Della Street exclamó:

—¡Qué casa tan anticuada!

Mason asintió con la cabeza y dijo:

—Probablemente ésta era la residencia de un hombre que tenía aquí diez acres de tierra hace veinticinco años. Entonces la ciudad comenzó a expandirse y finalmente el dueño decidió subdividir su propiedad, pero puede verse que todavía conservó bastante terreno para él.

»Este solar debe de tener de treinta a cuarenta pies en cada lado de la casa. Probablemente se enlazaba con una finca en alguna parte. Puede verse claramente que está muy descuidada. Ya ha pasado mucho tiempo desde que fue pintada por última vez y todas esas plantas trepadoras son ciertamente una reliquia de un melancólico y lejano pasado. Bueno, sigamos adelante, Della.

Mason condujo el coche haciendo una rápida vuelta en forma de U y estacionó el vehículo frente a la casa.

—¿Cómo están tus piernas?

—Todavía mojadas.

—Esperaba que la calefacción del coche te las hubiese secado. No vayas a agarrar un resfriado.

—Espero que no. ¿Cómo están tus pies?

—Muy bien. Llevo unos buenos zapatos.

Mason apagó las luces del coche y después el motor y dio vuelta alrededor de aquél para abrir la puerta del lado de Della Street.

—Muy bien, Della —dijo él—, pongámonos en marcha.

Dando saltos sobre el paseo de cemento mojado llegaron al pórtico crujiente y sin pintura, sostenido por pilares de madera redondos y ornamentado con tallas.

Mason estaba tendiendo la mano a tientas buscando el timbre, cuando la puerta interior se abrió de par en par. Un hombre tranquilo y con voz serena dijo:

—Lo siento. No hay luz en el pórtico. ¿Es usted el señor Mason?

—Exactamente. Creo que es usted el señor Carlin.

—Sí, señor. ¿Quieren pasar ustedes?

Carlin abrió la puerta exterior de enrejado de alambre. Della Street entró seguida de Perry Mason.

—Es una noche muy mala —dijo Carlin—. Y la lluvia es fría.

—Sí, es una noche más bien desagradable —admitió Mason con tono precavido por el momento y observando tanto al hombre como el ambiente de la casa.

La tenue luz del pasillo revelaba a un hombre de unos sesenta y pico de años, de aspecto tenaz, voz tranquila y con unos ojos grises salientes detrás de unos gruesos anteojos, el cual contemplaba a sus visitantes con una paciencia un tanto irónica.

Sus ropas eran anticuadas y tan maltrechas como el exterior de la casa. Su chaqueta cruzada era de un modelo antiguo. Los pantalones necesitaban con toda urgencia que los planchasen. Después de largos meses de uso constante, la piel de los zapatos se había roto y se extendía conformada a los contornos de los pies anchos y cortos.

El hombre dijo:

—Ésta es la casa de un solterón. Yo vivo aquí solo. Una vez a la semana viene una mujer a arreglarme la casa, pero yo no me preocupo de andar por las habitaciones recogiendo cosas, barriendo y limpiando el polvo. Tienen ustedes que conformarse con el estado en que esto está.

—No tiene importancia —le aseguró Mason—. Nosotros le somos deudores de nuestras disculpas por presentarnos a hora tan

tardía. Sin embargo, la naturaleza del asunto que nos trae aquí es tal que no podía sufrir aplazamiento.

Carlin se ajustó sus lentes y observó a Perry Mason pensativamente. El lado izquierdo de su rostro era alargado y plácido. El lado derecho tenía un pequeño pliegue junto al ángulo de la boca, que subía hasta el ángulo del ojo, dándole una expresión interrogativa. El efecto combinado de estos rasgos, le daba a aquel hombre el aspecto de mirar al mundo con gran calma escéptica.

—Mi casa —dijo él— está a su disposición. Sé perfectamente lo atareados que deben ser los días para usted, señor Mason. Y ahora, por favor, vengan ustedes a la sala. Tengo café caliente al fuego.

—Eso —anunció Mason— no puede ser más oportuno.

—¿Lo quieren con crema y azúcar o negro?

—Los dos con crema y azúcar —le contestó Mason.

La sala reflejaba a perfección la personalidad de Carlin.

Había tres mecedoras de viejo estilo cubiertas de tela, dos butacas de madera, con brazos redondeados, de un tipo antiguamente clasificado como «sillas de bar». En los asientos de madera de esas dos sillas, habían sido practicados menudos agujeros formando el dibujo de una estrella. No había lámparas de pedestal ni tampoco enchufes eléctricos en la pared. Unos empalmes de corriente habían sido colocados en las lámparas que colgaban del techo en el centro de la estancia. El resultado era una telaraña de alambres y cables y de pantallas cónicas de cartón, verdes, en el exterior y blancas por dentro.

Sobre una pequeña mesa, en el centro del cuarto, había una gran pila de libros, revistas y periódicos. En el piso se acumulaban más periódicos y revistas, y otro montón de éstos, alrededor de una de las mecedoras, revelaba que el hombre que se sentaba allí leía durante largas horas y luego abandonaba lo ya leído arrojándolo simplemente al suelo.

—Pónganse cómodos —les invitó Carlin—. Volveré con el café dentro de un momento.

Carlin se fue a la cocina. Mason y Della Street observaron la estancia. Della sonrió a Mason.

—El problema ahora es saber cuál es la silla favorita de este señor —y al decir esto indicó la mecedora en torno a la cual se amontonaban en desorden libros, revistas y periódicos.

Mason sonrió y dirigióse a echar una mirada a los libros que había en una estantería de nogal oscurecida por el tiempo.

—Santo Dios, Della, algunas de estas obras son interesantes. Este hombre lee cosas de importancia. Y échale una mirada a estas encuadernaciones.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Della Street—. No trates de sacarme de aquí con engaños, jefe. He encontrado aquí un calentador de gas y este aire caliente me va muy bien.

Mason se volvió para mirarla por encima del hombro. Della Street estaba de pie ante un enrejado lleno de ornamentos. El aire caliente que venía de abajo a través del enrejado agitaba suavemente sus ropas levantando su falda unos centímetros e inflándola.

Mason rió.

—Tendrías que andar con ropas como éstas en una noche tan fría, para saber lo bueno que esto es —comentó ella—. ¿Qué hay sobre los libros?

—Son sobre varios temas —dijo Mason—, pero con toda claridad son ediciones especiales de alguna clase con encuadernaciones finas y...

Se oyeron pasos viniendo de la cocina y apareció Carlin portador de una gran bandeja sobre la que había una voluminosa cafetera de loza, algunas tazas y platillos, una botella de crema medio llena y una azucarera de cristal.

Miró en forma un tanto desconsolada a la mesa.

—Un momento —dijo Della Street—. Quizá yo pueda ayudarlo.

Della Street apartó libros y revistas. Carlin sonrió dándole las gracias, colocó la bandeja sobre la mesa y comenzó a servir el café.

Las tazas eran de varios modelos y revelaban que habían sido muy usadas.

—Lamento que no puedo hacer nada respecto a las resquebrajaduras de la loza —dijo Carlin en tono de disculpa—, pero desde luego ustedes comprenderán por adelantado que la taza que no tiene asa es para el anfitrión, y ésta es la última disculpa que yo les presentaré por la hospitalidad que puedo ofrecerles. Ésta es mi casa de solterón. Y tal cual es, ustedes son bien venidos a ella. Y ahora vamos a tomar el café y charlar.

Mason tomó su taza, miró a Della Street, sorbió el brebaje

caliente e hizo una seña aprobadora.

—De verdad que hace usted un magnífico café.

—Gracias. Me satisface que a usted le agrade.

—¿Hace usted sus propias comidas? —preguntó Della Street, y luego añadió presurosamente—: Lo siento, no era mi intención el curiosear.

—No tiene importancia —dijo Carlin—. Me gusta cocinar. Mis horas de comidas son irregulares y mis gustos variables. Cuando siento hambre entonces me preparo algo para comer. Cuando no siento hambre no como. Una de las maldiciones de nuestra llamada civilización es que estamos dominados por relojes. Hemos inventado ruedas que giran y nuestras vidas están dominadas por las revoluciones de esas ruedas.

»Muchos y muchos hombres que sufren de obesidad, es porque son esclavos de cenar a una hora determinada. Puede que a esa hora no tengan hambre, pero a menos que quieran aparecer como extravagantes, tienen que sentarse a la mesa con su familia o con sus amigos y tragarse la comida.

Mason dijo:

—Usted tiene algunos libros muy interesantes.

El rostro de Carlin reflejó una sonrisa socarrona.

—Señor Mason, prescindamos de pretextos y delicadezas. Yo bien sé que usted no vino aquí a esta hora de la noche para hablarme del tiempo, del café o de mis libros. Usted es curioso. Yo satisfaré la curiosidad de usted. Después usted satisfará la mía.

»Yo soy viudo. Llevo viviendo en esta casa cinco años. Tengo unos pequeños ingresos que me habilitan para ser relativamente independiente en cuanto a preocupaciones económicas, a condición sólo de que vigile mis gastos.

»Soy una especie de aficionado a trabajos de pasatiempo. En el sótano tengo una pequeña imprenta y un pequeño depósito de papel muy selecto. De vez en cuando, si descubro algo en literatura que me gusta, entonces lo imprimo en tipos de imprenta que me atraen y lo encuaderno en piel muy fina. De vez en cuando encuentro algún libro que a mí me parece merecerlo y entonces le quito la encuadernación y lo vuelvo a encuadernar por mí mismo, en piel y con grabados a mano.

»También soy algo fotógrafo. Tengo un cuarto oscuro y una

cámara de ampliaciones muy buena. Me gusta merodear por ahí armado de una máquina y tomar fotografías que me atraen. Cosas interesantes de luz y sombras. Los diversos estados de ánimo de la Naturaleza. La luz de la mañana filtrándose a través de las ramas de un roble. El oleaje al silbar sobre la arena de una playa después de una tempestad.

»Yo entiendo que les es dado a todos los hombres el apreciar la belleza, y aunque yo confiese voluntariamente que mi apreciación del arte en mis días de juventud se dedicaba más a los objetos animados —y Carlin sonrió reminiscente—, ahora he adoptado una virtud filosófica y adoro una belleza más impersonal.

»Y ahora, señor Mason, ya he sido franco con usted.

Mason dijo:

—Yo soy abogado, pero estoy obligado por los secretos de mis clientes. Muchas cosas que a mí me gustaría revelar, no puedo hacerlo.

—Comprendo eso —replicó Carlin—. Pero, sin embargo, oigamos aquellas otras cosas que usted sí puede revelar.

—Voy a decirle a usted con toda franqueza que no conozco la identidad de mi cliente.

—Al diablo que no la conoce usted.

—Pues así es, efectivamente.

—¿Y usted acepta clientes bajo tales circunstancias?

—Normalmente no. Pero este caso es diferente. Tengo un mensaje para usted.

—¿De qué se trata?

Mason extrajo de su bolsillo el recorte del periódico.

—Ante todo, me fue pedido que yo le mostrase a usted este recorte.

Carlin se levantó de su mecedora, cruzó la estancia, tomó el recorte de manos de Mason y dijo:

—Esto no significa nada para mí. Sin embargo, veamos de qué se trata... Hum..., bueno..., esto parece relacionarse con alguna mujer joven que fue detenida por malas actividades.

—¿La conoce usted? —preguntó Mason.

—Santo cielo, no.

—¿O acaso en algún tiempo tuvo usted algo que ver con..., bueno, perdóneme usted, señor Carlin, pero acaso hubo una época,

hubo algún intento de hacerle chantaje a usted?

—No, en absoluto. Quizá, señor Mason, el mensaje que usted debe comunicarme aclarará la situación.

—El mensaje —dijo Mason— es que usted, dadas las circunstancias, deberá tomar otro asociado.

Carlin arrugó el entrecejo:

—¿Quién le dio ese mensaje para mí?

—Francamente no puedo decírselo a usted.

—¿No puede, o no quiere?

—En cualquiera de las dos formas que usted quiera aceptarlo.

—¿Y ese mensaje era tal cual usted me lo comunica?

—Exactamente.

—¿Por escrito?

—No.

—Las palabras «dadas las circunstancias»..., ¿a qué se referían?

—Lo ignoro.

—¿Formaban parte del mensaje?

—Sí, absolutamente.

Carlin permaneció ceñudo y pensativo y después de un momento sacudió la cabeza negativamente y dijo:

—Señor Mason, yo no tengo asociados.

—¿Acaso no estará usted en algún negocio en sociedad, algo...?

—Señor Mason, yo no tengo socios ni amigos íntimos —le interrumpió Carlin.

—Quizá el mensaje se refiera a algún trato de negocios, algún...

—Pero se detuvo al ver la expresión surgida de pronto en los ojos de Carlin—. ¿Tiene usted algún trato de negocios? —preguntó Mason.

Carlin guardó silencio un instante, respiró hondo y replicó:

—No.

Mason observó al hombre.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—Bueno —dijo Mason—, ésa era mi misión.

—Pero yo no veo nada particularmente urgente respecto a eso —le dijo Carlin.

—Las circunstancias hicieron que a mí me pareciese urgente —contestó Mason.

—¿Qué circunstancias?

—Ya le dije a usted que soy abogado y que como tal soy el depositario de los secretos de mis clientes.

—Y un buen depositario que es usted, en verdad.

Mason no replicó.

—Puesto que usted no puede o no quiere decirme nada más, yo me veré obligado a hacer conjeturas.

—Siga usted.

Carlin, sosteniendo la taza sin asa en su mano de gruesos dedos, dijo bruscamente:

—Esto puede llevarme algún tiempo, pero acabaré encontrando la respuesta.

—¿Y después? —preguntó Mason.

Carlin se limitó a sonreír.

—¿Nos dirá usted la respuesta? —preguntó Della Street a Carlin.

—¿Cómo puedo saberlo yo? Primero tengo que descubrir cuál es la respuesta.

Sorbió café de la taza resquebrajada.

De pronto, Carlin dijo:

—La mente humana es un instrumento maravilloso. Nosotros podríamos resolver muchos misterios con que solamente nos concentrásemos. Podríamos resolver el misterio de la vida y la muerte si realmente lo intentásemos, pero tenemos miedo de ellos, señor Mason; tenemos un miedo terrible. Nuestras vidas están por entero dominadas por el miedo.

—¿Quiere usted decir el miedo a la muerte? —preguntó Della Street mientras dirigía una mirada a Mason revelando que ella trataría de conseguir arrancarle algo a Carlin.

—Quiero decir miedo de nosotros mismos —dijo Carlin—. El hombre tiene más miedo de sí mismo que de cualquier cosa que posiblemente pueda ocurrirle a él. El hombre tiene miedo de estar a solas consigo mismo. Tiene miedo de conocerse a sí propio. Tiene miedo de investigarse a sí mismo.

—Pues, yo no había observado eso —comentó Della. Carlin la miró interrogativamente.

—Cuando la gente se reúne para celebrar una velada, se procuran una baraja y empiezan a jugar a la canasta o cualquier otra cosa; o ponen en marcha el aparato de radio, ven la televisión;

o bien se marchan todos a una sesión de cine.

—¿No cree usted que toda la gente normal desea tener compañía? —preguntó Della Street.

—Sí. Solamente que esto no es ansia alguna de compañía. Se trata por el contrario de miedo a estar a solas con uno mismo. Por eso la gente se congrega para estar juntos.

»Pero estoy divagando. Sin embargo, se trataba de un intento de responder a su pregunta. Me concentraré en ciertos hechos pertinentes relativos a este mensaje. A fin de cuentas si eso me concierne a mí..., lo cual dudo..., yo debiera saber las cosas que usted no está en libertad de divulgar, señor Mason.

—¿Todavía cree que ese mensaje no tiene significación para usted? —preguntó Mason.

—Sí. En realidad yo creo que su cliente ha apuntado a un Carlin equivocado, señor Mason.

—No —dijo Mason—, ella me lo describió a usted. Me dio su nombre y su dirección y...

—Ciertamente —interrumpió Carlin—. Le reconozco a usted el haber realizado su parte en el asunto con toda seguridad y exactitud. El error está de parte de su cliente.

—¿En qué sentido?

—Supóngase que su cliente tenía un mensaje para ser comunicado a un individuo con el nombre de Carlin. Esa cliente no está segura de las iniciales que anteceden a ese apellido; pero, digamos, toma la guía de teléfonos y acaso debido a algún factor de complicación que usted por ahora no está capacitado para descubrir, esa mujer señala a un Carlin equivocado. Por lo tanto, por así decir, ese error le es transmitido a usted y... Bien, usted es un visitante muy distinguido y agradable, señor Mason. Ésta ha sido una excelente ocasión para pasar una agradable media hora, conocerlo a usted y hablar con usted. Pero por lo demás me temo mucho que su visita no ha tenido provecho alguno ni para ustedes ni para mí.

Y Carlin, con gran solemnidad, le tendió a Mason el recorte de periódico devolviéndoselo.

—Tenía la esperanza de que usted pudiese darme alguna información relacionada con...

—¿Relacionada con su cliente? —dijo Carlin sonriendo al ver

que Mason titubeaba.

—Quizá.

—Yo tengo entendido que el compromiso de usted, si tal puede llamarse, las relaciones de un abogado con su cliente, es una cuestión más bien reciente —dijo Carlin—. Está muy claro que usted no ha tenido oportunidad alguna de hablar con esa cliente; por consiguiente, puede que le haya sido transmitido a usted un mensaje. Debido a lo tardío de la hora, yo presumo que el referido mensaje no le fue enviado a su oficina. A causa de que la señorita Street se halla con usted, supongo que ese mensaje tampoco le fue comunicado a ella después que usted se había ido a su casa. Por consiguiente, ése es un mensaje que usted tiene que haber recibido mientras se encontraba cenando ya tarde en el «Ganso dorado», que es donde dice que se hallaba cuando usted me telefoneó.

—Usted parece deleitarse con los razonamientos deductivos —dijo Mason sonriendo.

—Sí, así es —dijo Carlin—. Después de todo, al hombre le ha sido dada una mente. ¿Por qué no habría de usarla...? No obstante, estoy abandonando mis deberes de hospitalidad. Permítanme que les sirva más café.

Y seguidamente procedió a llenar las tazas, pasar la crema y el azúcar y luego se sentó, ajustándose los lentes sobre la nariz. Su rostro adquirió una sonrisa enigmática.

—Son ustedes personajes extraordinarios —dijo Carlin—, si me permiten expresarme así. Los rostros de ustedes darían excelentes fotografías. Yo no hago con frecuencia trabajos de retratos. A mí me gusta expresar las cosas que veo en términos de luz y sombra. Me gustan las sombras alargadas de la mañana y la prolongación de los rayos del sol en el atardecer, pero de vez en cuando hago algunos retratos fotográficos. Me gusta imaginarme la forma en que las sombras y las altas luces pueden expresar la personalidad temperamental de un hombre y cómo un truco de luz puede revelar el encanto delicado y femenino de una mujer. Me agradecería retratarlos a ustedes alguna vez cuando la ocasión se presente..., cuando no sea tan tarde como hoy.

Mason miró expresivamente a Della Street. Ambos sorbieron café de sus tazas y Mason dijo:

—Bueno, tenemos que irnos. Ya es bastante tarde y...

—Debiera haberme mordido la lengua antes de haber dicho eso —dijo Carlin contrito—. No comprendo por qué una persona frecuentemente dice cosas que requieren una explicación y después comprueba que la propia explicación tiende a hacer más evidente el error.

»Esta hora no es tardía para mí. Yo estaba pensando en ustedes y..., si me lo perdonan, un fotógrafo que no confiaba demasiado en el retoque y que gusta de aprisionar el verdadero carácter en sus retratos, prefiere enfrentarse con sus sujetos fresco en la mañana más bien que captarlos al cerrarse un largo y arduo día.

»Personalmente, señor Mason, detesto el retocar. Tengo la impresión de que todo se puede hacer en fotografía con luces y sombras.

Mason miró a su reloj de pulsera.

—Por favor, no crea usted que me había referido a su observación. Ya pasa bastante de medianoche. Nosotros tenemos que marcharnos, pues de lo contrario no estaríamos frescos lo bastante por la mañana para ser fotografiados y...

—¿Quiere usted decir que vendrán ustedes por la mañana y me darán una oportunidad...?

Mason rió.

—Hablabas en términos generales. Quizá cualquier día, señor Carlin. Bueno, muchas gracias por su hospitalidad. Cualquier otro día tendré mucho placer en discutir su filosofía de la vida con mayor amplitud y a la vez ver algunas de sus fotografías.

—Será un placer para mí —dijo Carlin echando ligeramente hacia atrás su mecedora, cual si esperase a que los otros se levantaran.

Mason se puso en pie.

—Muchas gracias a ustedes por haber venido —dijo Carlin, y después sonriéndole a Della Street, añadió—: Cuando un hombre piensa que es enteramente autosuficiente en un mundo masculino y ha aprendido a apreciar las bellezas de la Naturaleza más bien que las de las formas más animadas, de pronto se produce algo que viene a demostrarle que está equivocado.

—Muchas gracias —dijo Della Street sonriendo ante el cumplido y levantándose de su silla para dirigirse al pasillo.

—Usted haría un excelente sujeto para una fotografía —dijo

Carlin esperanzado—. Confío en que antes de mucho tiempo, usted y el señor Mason encontrarán un momento libre en sus grandes ocupaciones para hacerme otra visita. No llevará mucho tiempo el que yo les haga un retrato..., oh, digamos una media hora. Con quince minutos cada uno, quedará hecho el trabajo muy bien, y usted tiene que ver algunas de mis fotografías, así como también mi estudio fotográfico. Pero comprendo que es demasiado tarde y a ustedes les espera, sin duda, un día muy atareado. Me doy cuenta que la vida de un abogado prominente y con mucho trabajo es muy agotadora.

Carlin abrió la puerta de la calle y añadió:

—Bueno, bueno, aquí tenemos buenas noticias. Ya está clareando el tiempo. Ya pueden verse los bordes de las nubes diseñadas sobre el cielo y... Vean ustedes esa luz lunar en una nube. Observen aquel plateado. Como fotógrafo, es una de mis pruebas y tribulaciones el que hasta ahora no se ha logrado hacer ninguna lente ni ninguna película lo bastante veloces para fotografiar la intensidad de la luz de la luna. No obstante, en esto estamos progresando muy rápidamente.

»Desde luego, ustedes ya comprenden que todas las fotografías comerciales de la luz de la luna son tomadas a una extraordinaria velocidad a la luz del sol. Se apunta directamente con la cámara hacia el sol con la lente inclinada y soltando el disparador a toda velocidad. Algún día seremos capaces de conseguir una verdadera fotografía del delicado encanto de la luz de la luna, y no esos crudos efectos de luz solar que se hacen pasar por aquélla.

»Pero no quiero retenerlos más. Está haciendo frío y me doy cuenta de que están ansiosos por marcharse. Tengan cuidado. A estas horas hay bastantes automovilistas borrachos cruzando a velocidad por las esquinas.

—Tendremos cuidado —prometió Mason.

—Y ustedes volverán a verme y me permitirán... Bueno, no voy a pedirles que me hagan una promesa, porque comprendo cuán difícil es en ocasiones el mantener las promesas, pero la invitación queda hecha y mi nombre está en la guía de teléfonos, como ya, desde luego, saben ustedes, puesto que me han llamado. Buenas noches, y fue un verdadero placer para mí el haberlos conocido a ambos.

Mason y Della Street dieron las buenas noches, le agradecieron la hospitalidad, esperaron a qué la puerta se cerrase lentamente y luego emprendieron el camino de regreso en la oscuridad por el paseo de cemento, hasta la acera, a cuyo borde estaba estacionado el coche de Mason.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Éste hombre me da miedo —dijo Della Street.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Acaso una intuición femenina?

—Supongo que así es.

Della Street se adelantó, antes de que Mason pudiese echar mano a la manilla de la puerta del coche, abrió ésta, saltó al interior rápidamente y después volvió a cerrar y dijo:

—Marchémonos de aquí lo más rápido posible.

Mason dio vuelta en torno al coche, subió a éste y sentándose al volante dijo:

—Dime algo más sobre esa intuición femenina, Della.

—Creo que también él tiene miedo.

—¿Crees que nuestro mensaje significaba algo para él?

—Pienso que significa mucho.

Mason puso en marcha el motor, soltó los frenos y el auto comenzó a rodar. Después dijo:

—Solamente fue sincero una vez.

—¿Cuándo? No me di cuenta de ello.

—Cuando le entregué el recorte del periódico —contestó Mason — sólo le echó una mirada ligera antes de decir que no significaba nada para él. Si él verdaderamente hubiera tratado de comprobar qué es lo que decía el recorte, lo hubiera leído por completo antes de manifestar nada. Pero, conforme hizo, lo tomó e inmediatamente dijo que no significaba nada para él. Sin embargo, si estaba fingiendo, tienes que admitir que lo hacía maravillosamente.

Della Street asintió con un movimiento de cabeza.

—No se le alteró ni un cabello. Después de eso tampoco pareció nervioso o con prisa y, sin embargo, se las arregló para librarse de nosotros con gran destreza llamando la atención a lo tardío de la hora.

—Pero ¿crees que estaba preocupado?

—Jefe, yo creo que ese hombre tenía tanto miedo como pueda ser capaz de experimentar.

—Muy bien —dijo Mason—. No estoy en condiciones de llegar tan lejos, pero concordaré contigo en que ese mensaje estaba destinado a él y significa mucho para él.

—¿Por qué aminoras la marcha?

—Es que estoy buscando a ver si encuentro una cabina telefónica.

—Entonces, mejor es que doubles para ir al bulevar —dijo Della Street—. Encontrarás alguno de esos cafés abiertos toda la noche y todos ellos tienen teléfonos públicos. ¿A quién vas a llamar?

—A la Agencia de Detectives Drake —replicó Mason—. Vamos a ver si Paul Drake se encuentra allí. Si no está en la oficina, llamaré a su número privado, lo haré levantarse de la cama y ponerlo a trabajar.

—¿Para hacer qué?

—Voy a hacer que sigan a M. D. Carlin.

Mason dobló hacia el bulevar y cuatro esquinas más abajo encontró un café desde el cual llamó por teléfono a Paul Drake.

—Ten compasión, Perry —protestó el detective—. Estoy cansado como un perro. Acabo de poner término a un caso de investigación y durante dos horas he estado tratando de obtener descanso. Estoy muy cansado.

—Esto no es nada que exija que te preocupes de ello personalmente —dijo Mason—. ¿Tienes algunos ayudantes a quienes puedas enviar rápidamente a realizar un trabajo?

—¿Qué quieres decir por rápidamente?

—Pues ahora mismo.

—No. Espera un momento. Uno de los hombres que ha estado investigando en ese otro caso, quizá quiera ponerse otra vez a actuar. No lleva descansando más que tres o cuatro horas.

—Muy bien, Paul. Anota esto: «Medford D. Carlin, Oeste Lorendo 6920. Teléfono Riverview 3-2322». Se trata de un hombre de unos sesenta años; con el rostro absolutamente desprovisto de expresión, excepto cuando sonríe socarronamente en forma peculiar; talla, un metro sesenta y nueve, aproximadamente, y peso, unos ochenta y dos kilos más o menos; vive solo.

»Quiero que tus ayudantes vigilen esa casa. Estoy

particularmente interesado en averiguar quién puede ir a visitarlo.

—¿Alguna cosa más?

—En caso de que él salga, quiero saber adónde va.

—¿Crees que saldrá?

—Tengo la sospecha de que sí. ¿Podrás poner a trabajar pronto en esta misión a tus agentes?

—¿Cuál es la dirección? Oeste Lorendo 6920. Vamos a ver. Eso llevará... Si el agente de quien te hablé quiere encargarse de este trabajo, podrá estar allí dentro de quince o diecisiete minutos, Perry. Pero ya estuvo trabajando en otro caso hoy y...

—Está bien, Paul. Empecemos por él. ¿Cuánto tiempo le llevará el conseguir a otro ayudante para ese trabajo?

—Eso depende —dijo Drake—. Espera un momento al teléfono.

Mason oyó a Paul Drake hablar con alguien que al parecer estaba sentado cerca del teléfono y después Drake dijo:

—Oye, Perry. Ya tengo un hombre preparado. Le voy a dar instrucciones para seguir a Carlin si éste sale de su casa. ¿Está bien?

—Está bien.

—Para una vigilancia de esta clase —continuó Drake— acostumbramos tener un hombre vigilando la puerta del frente y después tenemos otro situado de forma que pueda vigilar la parte posterior de la casa, y un tercer hombre en reserva. En el caso de que alguien acuda a la casa y después salga por la puerta del frente, uno de los dos primeros hombres lo sigue. Si el visitante sale por la puerta de atrás, es seguido por el hombre que vigila aquélla. Y entonces el hombre que está en reserva en la parte delantera va a colocarse en la parte posterior de la casa por si viene alguien más...

—No me interesa el aspecto mecánico de este asunto —interrumpió Mason—. Son aproximadamente las doce y cincuenta ahora y quiero que se pongan en acción. Creo que Carlin irá a alguna parte y temo que pueda hacerlo antes que tu ayudante esté allí.

—Tendrá que actuar rápido si así lo hace. Recuerda que ya tengo un hombre en camino. Este agente es un buen conductor y a esta hora no hay mucho tráfico. Estará allí en seguida. Tan pronto como cuelgues, ya pongo en acción a los otros agentes.

—Muy bien —dijo Mason—. Comunícame un informe por la mañana.

Mason colgó el auricular y dijo a Della Street:

—¿Qué te parece si comiésemos algo?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Yo no. ¿Y tú?

—Yo me siento bien.

—Lo que yo podría aprovechar era un poco de sueño —dijo Della Street—. Ha sido un día muy duro. Para el caso de que te interese saberlo, la hora exacta de tu conversación con Paul Drake eran las doce y cincuenta y dos de la madrugada.

—Toma nota de ello —dijo Mason.

—Ya la he tomado —dijo ella sonriendo.

Capítulo 4

Mason oyó el rítmico sonar de la campanilla en su teléfono privado, que no figuraba en la guía, interrumpiendo su sueño. Luchó contra éste para conseguir despertarse, extendió la mano para alcanzar la cadena del encendedor de la luz a la cabecera del lecho, cerró los ojos para defenderlos del primer resplandor, agarró el auricular y dijo:

—Hola, ¿quién llama?

La voz de Paul Drake llegó por el hilo; una voz crispada y apremiante.

—Me fastidia tener que molestarte Perry —dijo Drake—, pero me han despertado a mí y decidí pasarte el asunto a ti.

—Venga, dispara.

—La casa de Carlin está en llamas.

—¿El incendio es grande?

—Al parecer es importante. Parece que se produjo algo así como una explosión cinco minutos después de las tres de la madrugada y...

—¿Qué hora es ahora?

—Las tres y veinte.

—¿Quieres decir que el incendio comenzó hace ya quince minutos —preguntó Mason— sin que...?

—No pierdas la camisa, Perry —le interrumpió el detective—. Mi agente tuvo que ir con el coche a más de media milla de distancia para encontrar una estación de gasolina abierta de noche. Desde allí telefoneó al servicio de incendios para llamar a los bomberos y después me telefoneó a mí para informarme y yo te telefoneé a ti. Como comprenderás, todo eso llevó tiempo.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy para allá en seguida.

—Me encontraré contigo allí —le contestó Drake, y colgó.

El abogado saltó de la cama empezando ya a quitarse el pijama casi antes de poner los pies en el suelo. Corrió al guardarropa, se puso unos pantalones y unos zapatos de golf, se abrigó con un grueso jersey de cuello alto, se aseguró de que llevaba la cartera y las llaves, y ni siquiera esperó a apagar las luces cuando abandonó apresuradamente el departamento.

Unos diez minutos más tarde, un automóvil de patrulla de la policía fue a colocarse al lado del coche de Mason, que rodaba a gran velocidad. Un agente agresivo bajó la ventanilla del coche de patrulla y le gritó al abogado:

—Oiga, ¿adonde demonios va con tanta prisa? ¿A apagar algún incendio?

Mason, sosteniendo su pie sobre el acelerador, apenas volvió la cabeza para contestar:

—Yo no voy a apagarlo. Pero sí hay un incendio en Oeste Lorendo 6920.

El agente consultó una tablilla de llamadas de incendio y le dijo a su compañero:

—Así es, en efecto; la dirección está bien.

El conductor del coche de la policía dijo con tristeza sacudiendo la cabeza:

—En doce años que llevo en la policía, es la primera vez que un individuo que va a exceso de velocidad contesta con exactitud a esa misma pregunta.

Doce esquinas antes de la dirección de la calle Lorendo, Mason ya percibió un ligero resplandor de incendio en el cielo. Pero cuando llegó a las líneas del fuego, comprobó que el departamento de incendios estaba dominando el siniestro rápidamente.

Paul Drake, que ya se había puesto en contacto con los agentes policíacos y arreglado para que Mason pudiese cruzar la línea prohibitiva del siniestro, llevó al abogado hasta unos quince metros del edificio incendiado.

De pie en la parte trasera de uno de los carros de los bomberos, mientras oía el silbido del agua que brotaba de las bocas de las mangas, el rítmico zumbir de los motores de los carros y el sólido sonido de las cataratas de agua al caer contra las paredes del edificio, Mason miró a Paul interrogativamente.

—¿Quieres que te lo diga ahora? —preguntó Drake.

Mason se subió el cuello del jersey y exclamó:

—Diablos, qué frío hace. Muy bien, Paul, dímelo.

El detective miró con precaución alrededor para asegurarse de que nadie los observaba y dijo:

—No pude conseguir que los tres hombres llegasen aquí al mismo tiempo. Comprendí que querías que procediésemos con rapidez y, por lo tanto, fui enviándolos aquí tan pronto me fue posible el ir consiguiendo uno a uno.

Mason asintió con la cabeza.

—El primer hombre que se presentó aquí —continuó Drake— llegó siete minutos después de la una. Empezó a vigilar la puerta del frente. La casa estaba en sombras. Un poco antes de la una y treinta (mi agente registró esto a la una y veintiocho) una mujer dobló esa esquina, corrió calle abajo y luego subió la escalera del pórtico y entró en la casa.

—¿Llamó al timbre?

—Al parecer tenía una llave que se ajustaba a la cerradura, o de no ser así, entonces la puerta ya estaba abierta. Mi ayudante no pudo esclarecer esto.

—¿Qué aspecto tenía la mujer?

—Tenía unos treinta o treinta y cinco años y al parecer una bonita figura. Es difícil decir mucho sobre ella porque llevaba puesto un impermeable.

—¿Y entró en la casa?

—Así fue.

—¿Y cuándo volvió a salir?

—En esto —dijo Drake— nos encontramos con la gran sorpresa. No pudimos comprobar si volvió a salir.

—Continúa. ¿Qué ocurrió después?

—A la una y cincuenta, mi segundo agente llegó aquí, y a las dos y cinco o un minuto o dos antes llegó el tercer agente. Su libro de notas marca a las dos y tres de la mañana.

»El segundo de los agentes tomó posición en un lugar desde donde podía dominar con la vista toda la parte posterior de la casa, y el tercer agente estaba en reserva para actuar como sustituto en cualquier momento, seguir a alguien que saliese de la casa, así como estar presto para ir a comunicar mensajes.

»Este tercer hombre realizó unas gestiones antes de ponerse al

trabajo aquí. Él sabía que los otros dos ya se habían anticipado en llegar y quería tener una descripción de Carlin. Encontró una estación de gasolina, de servicio toda la noche, a una media milla de distancia y tuvo la suerte de ir a dar con la misma estación donde Carlin adquiriría la gasolina para su coche. Carlin tiene allí una tarjeta de crédito y le anotan en cuenta los servicios y cargas de gasolina que adquiere. Tiene un «Chevrolet» que compró en 1946, inmediatamente después que las restricciones de la guerra fueron aflojadas para la compra de automóviles.

—¿Y qué descripción le dieron de Carlin?

—Es un hombre de unos sesenta y uno o sesenta y dos años, con pómulos salientes, cabeza alargada, lleva lentes y su sonrisa es socarrona; un metro setenta y nueve de estatura y pesa ochenta y pico de kilos.

—Así es nuestro hombre —dijo Mason—. ¿Y qué más?

—Bien, mi tercer agente abandonó la gasolinera e informó que se ponía en servicio aquí. Entre los tres tenían el lugar perfectamente vigilado. El hombre que estaba vigilando por la parte del frente, informó que había una mujer dentro de la casa que bien podía o no vivir en ésta. Entre los tres arreglaron una serie de señales de forma que podían ponerse de acuerdo sobre quién de ellos había de seguir a cualquiera que saliese por la parte delantera o por la posterior de la casa.

—¿Y esa mujer no salió?

—No, a menos que ella hubiese salido por la puerta de atrás antes ya de que el segundo de mis agentes estuviese en su puesto vigilando.

—¿Y no había señales de vida en el interior de la casa? —preguntó Mason—. Quiero decir, cuando el incendio comenzó.

—Ninguna señal de vida entonces, ni tampoco después, hasta ahora.

—Eso no es muy bueno —dijo Mason.

Drake asintió con un ademán de cabeza.

—Cuéntame sobre el incendio.

—Bien, unos cinco minutos después de las tres, se produjo una explosión ahogada en el interior de la casa. Durante unos segundos no ocurrió nada, pero después, repentinamente, comenzó a producirse un resplandor en las ventanas.

»Mi ayudante saltó dentro de su coche, se dirigió a toda velocidad a la estación de gasolina, llamó al Departamento de Incendios, me llamó a mí y luego regresó aquí. Los otros dos agentes míos permanecieron en sus puestos en la parte de delante y en la posterior de la casa. Pero nadie salió de ésta. Desde luego, tuvieron que arreglárselas para no llamar la atención, pero después que las llamas atrajeron la curiosidad de los ocupantes de las casas vecinas y la gente comenzó a salir de ellas, el pasar inadvertidos ya no les fue difícil.

—¿Y están seguros de que la mujer no salió de la casa?

—Ella está todavía allí dentro, a menos que hubiera salido por la puerta posterior antes de la una y cincuenta.

—¿Hablaron con la policía? —preguntó Mason.

—No todavía, pero hablarán..., si en efecto éste es un trabajo para la policía.

—Muy bien —dijo Mason—. Dile a tus hombres que no comuniquen ninguna información.

—Así lo harán.

—Quiero decir, que no digan cuánto tiempo hacía que estaban aquí.

—Ellos no le dirán nada a nadie, Perry. Puedes confiar en esos muchachos.

Mason se detuvo para examinar la situación y dijo:

—Paul, ¿consiguen al fin dominar el fuego?

—Sí, y rápidamente —replicó el detective—. Hace diez minutos, tal parecía que la casa entera iba a desaparecer, pero ahora ya salvarán los muros y probablemente una parte de la planta baja.

—¿Y dónde comenzó el fuego?

—Al parecer fue en el segundo piso. Esta casa era una trampa de incendio. Si mis hombres no hubiesen estado aquí vigilando y no hubiesen dado la alarma tan pronto, no hubiera quedado de esto ya nada, salvo un montón de escombros. Dentro de cinco minutos los bomberos ya podrán entrar. Están inundando de agua el interior. Ya hay bomberos en el tejado. Eso demuestra que tienen el fuego bajo su control y que no creen que haya peligro de que el tejado se hunda. La parte este del techo ya desapareció, pero este lado del oeste quedó en buen estado. El incendio parece centralizado en el lado este de la casa.

Mason dijo pensativo:

—Ciertamente me gustaría ver el interior de esta casa.

—Estará completamente revuelta —le advirtió Drake—. El agua lo habrá inundado todo y el interior será una confusión de agua y madera quemada. Si te metes ahora ahí dentro, tus ropas olerán a quemado durante un mes. No podrías quitarles ese hedor.

—A pesar de eso —dijo Mason— me interesaría mucho entrar allí.

—Puedo arreglar eso —dijo Drake—. Inventaré para ello cualquier historia. Supongamos, por ejemplo, que tú eres el abogado de ese hombre, el cual estaba haciendo testamento y...

—No —interrumpió Mason—, eso no sirve.

—Bueno, entonces discurre algo que sirva.

—A eso es a lo que yo estoy dándole vueltas en mi cabeza. No va a ser cosa fácil.

—¿Por qué no decirles entonces la verdad, por una vez? —preguntó Drake.

—La verdad es que esa misteriosa cliente me requirió que le comunicase un mensaje a Carlin. Y yo no quiero que la policía sepa nada de eso... No, cuando menos por ahora.

—¿Por qué?

—No sé qué es lo que vamos a encontrar ahí dentro.

—¿Y eso haría alguna diferencia?

—Pudiera ser.

—¿Y qué otras razones hay?

—No estoy seguro de que mi cliente desee que la policía sepa que ella estaba interesada.

—¿Y quién es tu cliente?

—No lo sé.

—Entonces la policía tampoco lo sabrá.

—Pero la policía podría muy bien averiguarlo. Y entonces surgirían las preguntas embarazosas.

—Bueno —dijo Drake—, si vas a cocinar alguna historia, por amor del cielo que ésta sea una historia que suene a cosa razonable. Ahí está el jefe de los bomberos trabajando. Tendremos que hacer algo rápido. Él se volverá hacia aquí, nos reconocerá y..., oh, ahí viene ya.

El jefe de bomberos se acercó a Perry Mason y al detective.

Drake dijo:

—Hola, jefe, ¿cómo está usted? ¿Conoce usted a Perry Mason?

—¿El abogado?

—Exactamente —dijo Mason estrechándole la mano.

—Bueno, que me maldigan. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Estaba contemplando el incendio. Pero, parece ser que ustedes ya lo han dominado.

—Sí, esto ya se acabó. Ya no se trata más que de empaparlo de agua todo y asegurarse que no quedan rescoldos latentes que puedan renovar el fuego. Algunas veces, cuando los pisos se hundén, se producen unos focos de rescoldos que vuelven a resucitar más tarde. Por lo tanto, tenemos por norma el dejarlo todo bien empapado de agua, penetrar dentro y observar.

—¿Va usted a entrar?

—Muy pronto.

—¿Va usted a buscar algo específico?

—A ver si hay cadáveres.

—¡Oh! —exclamó Mason en un tono de voz indicador del máximo interés—. Tanto como eso, ¿eh?

El jefe de bomberos lo miró con agudeza y dijo:

—En una casa cual ésta y a esta hora de la noche, cuando nosotros nos encontramos con un incendio y no aparece persona alguna fuera de la casa, siempre existe la posibilidad de que alguien bebiese unas copas de más, decidiese encender un cigarrillo, se quedó dormido e incendió la cama. Esto ha ocurrido ya miles de veces y ocurrirá también miles de veces más.

Mason, dirigiendo una ojeada a Paul Drake, dijo:

—Yo estoy interesado en la técnica de ustedes para combatir un incendio de esta clase. Pero, según tengo entendido...

—Éste es un asunto técnico —interrumpió el jefe de bomberos —; tan técnico como pueda ser el practicar la abogacía, solamente que usted para combatir un siniestro no dispone de tanto tiempo para pensar las cosas. Mas en lo que yo estoy interesado es en saber por qué casualidad se encuentran ustedes dos aquí, particularmente en vista del hecho de que nosotros no hemos podido averiguar quién fue el que dio la alarma del incendio.

—Probablemente fue uno de los vecinos —dijo Mason.

—Con eso usted no ha respondido a mi pregunta.

—En principio, y en realidad, yo no estoy exactamente en posición para contestar a su pregunta —dijo Mason.

—¿Y por qué no?

—Bueno —dijo Mason sonriendo afablemente—, supongamos que yo tuviese un cliente que quería comprar esta casa y me había pedido que examinase el título de propiedad. El incendio podría resultar ser un acontecimiento importante, pero en cambio difícilmente podría revelar mi interés.

—¿Tiene usted un cliente que quiere comprar esta propiedad?

—No sea ingenuo. Yo estaba sólo señalando que si tal fuera el caso, difícilmente podría yo comunicarle a nadie ese hecho.

—Entonces debo entender que ese no era el caso.

—Yo no dije que lo fuese.

—Y yo no le estoy preguntando si lo era, sino que le pregunto si no lo era.

—Muy bien —dijo Mason riendo entre dientes—, pues no lo era. Usted no debiera haber sido bombero. Usted debiera haber sido abogado o detective.

Los ojos serenos e intensos de aquel hombre observaron el rostro de Mason, impasible y carente de expresión.

—Tengo que hacer gran cantidad de trabajo detectivesco en mi oficio —dijo el jefe de bomberos—. ¿Por qué supone que estoy aquí?

—Para apagar el incendio.

—Para eso ya están mis hombres. Yo estoy aquí porque a la jefatura del Departamento de Bomberos llegó el soplo de que este incendio había sido provocado..., de que era un trabajo *interior* provocado por una explosión de gasolina o algo por el estilo. Y yo quiero observar el interior de la casa.

—También yo —dijo Mason.

—Y yo también —aventuró Drake.

—Nones. Demasiado peligroso. Ahí dentro puede ocurrir cualquier cosa. Habrá maderos que estarán a punto de desprenderse y de caer, y pisos y escaleras que han quedado debilitados por el fuego y pueden desplomarse. Entraré yo solo.

—Desde luego —señaló Drake— usted podría proveernos de cascos y...

—Yo podría —le replicó el jefe de bomberos—, pero no voy a

hacerlo.

Uno de los bomberos hizo señales encendiendo y apagando una linterna eléctrica, y el jefe dijo:

—Ésa es la señal. Voy adentro. Ustedes dos pueden quedarse por aquí. Quiero averiguar algo más sobre todo esto.

Se alejó del abogado y del detective.

—Diablos —gruñó Drake—. Conozco al hombre que está encargado de esto. Si no hubiera sido porque el jefe de bomberos apareció aquí, habríamos tenido una buena oportunidad. Pero ahora el jefe ya sabe que estamos aquí, y si ha sido un incendio provocado, entonces él va a sentirse lleno de sospechas.

—Paul, ordénales a tus hombres que empiecen a trabajar investigando entre los vecinos y que vean si pueden descubrir algo.

—¿Y cómo vas a saber quiénes son los vecinos entre toda esta multitud congregada aquí?

—Pues muy fácilmente. ¡Vaya detective que eres! Los vecinos estarán por ahí provistos de abrigos echados encima de los pijamas, hablando unos con otros en forma excitada y haciendo comentarios. Los vecinos tendrán que conocerse unos a otros. En cambio, las gentes de calles más alejadas es más fácil que resulten extraños entre sí. Haz que tus hombres descubran los grupos donde se están haciendo comentarios y...

—Muy bien —dijo Drake—, voy a hacerlo así. Espérame aquí.

Mason permaneció observando la casa, que estaba ahora solamente iluminada por los poderosos reflectores de búsqueda de los aparatos de incendio. Ya no había rastros del fuego ni resplandores de llamas, una columna de humo brotaba del edificio llevando en si el olor característico de la madera húmeda quemada, mezclado con el olor de ropas y mobiliario también quemados.

Por el momento ya no había chorros de agua cayendo sobre los costados del edificio. Dos líneas de mangueras habían sido introducidas a través de las ventanas, y del interior de la casa llegaba el resplandor de luces, mientras grandes lámparas de mano iban de un lado a otro por el interior de la casa.

La lluvia había cesado y hacía un fuerte frío. Mason, de pie sobre la tierra mojada y fría en la madrugada, deseó haber traído un fuerte sobretodo. Los espectadores, ahora que ya no había más que el calor del fuego del edificio y que la excitación provocada por

la acción de los bomberos había cesado, empezaron a disolverse.

Drake regresó junto a Perry Mason y le dijo:

—Muy bien. Mis ayudantes están trabajando con instrucciones concretas. Los tres andan averiguando entre la gente para enterarse de todo cuanto puedan y procurarán haberlo logrado así a la hora que el jefe de bomberos vuelva a salir de la casa. Quizá no sea una mala idea si usted y yo nos marchásemos de aquí, de forma que no nos encuentren para interrogarnos. Yo ya he resuelto todo para que me informen de cualquier novedad que ocurra a mi departamento y yo tengo allí algunas cosas que creo que a usted le interesarán.

—¿De qué se trata?

—Tengo agua caliente, especias, un gran trozo de mantequilla, azúcar y una botella de ron. Y a una hora como ésta, un ron caliente con mantequilla sería...

—Entonces, ¿qué demonios estamos esperando aquí ya? —preguntó Mason.

—Eso —dijo Drake— era lo que yo estaba tratando de decidir.

—Pues ya está decidido —le replicó Mason.

Capítulo 5

La calefacción estaba apagada en el departamento de Drake, pero al encender el hornillo de gas en la pequeña cocina, así como también una estufa eléctrica, Drake consiguió obtener una temperatura agradable.

—Eso es lo que me fastidia de California —se lamentó Drake—. Aquí hace más frío que en ninguna otra parte del país y están siempre hablando del suave clima de esta región. Encienden la calefacción a las seis de la mañana, la cierran a las ocho y media, vuelven a encenderla a las cuatro y media hasta las nueve y media, y después la apagan para el resto de la noche... Toma, prueba esto.

Vertió una mezcla de ron caliente y humeante en un tazón en el cual había un pedazo grande de mantequilla, lo revolvió con una cuchara, se lo dio a Mason y volvió a llenar otra taza para él mismo.

Encendieron cigarrillos y se sentaron a fumar mientras sorbían sus bebidas y esperaban a que sonase el teléfono.

Mason cambió de posición en la silla de respaldo recto donde estaba sentado en la cocina y dijo:

—Esto era lo que necesitaba tomar, Paul.

—Es lo mejor del mundo —contestó el detective— cuando se ha estado trabajando a la intemperie. Las demás bebidas no me llaman la atención, pero el ron caliente con mantequilla es un verdadero salvavidas. Dame, que te llenaré la taza otra vez.

Tomó el recipiente de Mason, lo llenó de nuevo y llenó también el suyo.

—¿Qué es esto..., una fórmula secreta? —preguntó Mason.

—Pues es algo que yo mismo he discurrido —dijo Drake—. Un poco de canela, un poco de azúcar, una buena cantidad de ron, mantequilla, agua y luego lo pongo...

Sonó el teléfono.

Drake dejó rápido la taza en el fregadero y echó a andar hacia el cuarto inmediato, descolgó el receptor del teléfono y dijo:

—Hola.

Esperó un momento, luego hizo una seña afirmativa con la cabeza a Mason y dijo hablando al teléfono:

—Muy bien, Pete, diga usted.

Drake escuchó durante poco más de un minuto y después dijo:

—¿Nadie le descubrió a usted...? Bueno, creo que eso es todo lo que puede hacer usted esta noche...

—¿Dónde está ahora...? Muy bien, lo llamaré a usted dentro de diez minutos. Espere ahí mi llamada. No tardará más de diez minutos. Pero asegurémonos de que tengo el número exacto de ese teléfono. Vuelva a decírmelo.

Drake copió el número en un cuaderno que estaba fijado al teléfono y dijo:

—Muy bien, ya lo tengo. Gracias.

Colgó el receptor y echó a andar hacia la cocina, donde se hallaba Mason, y le dijo a éste:

—Han encontrado un cadáver.

—¿Murió a causa de quemaduras? —preguntó Mason.

—Eso —contestó Drake— es el problema. Probablemente no.

—¿Y cómo pueden saberlo?

—Gracias a nuestros ayudantes, el Departamento de Incendios llegó a la escena del siniestro mucho más pronto de lo que hubiera llegado sin el aviso de aquéllos. Los muchachos del Departamento de Incendios no están siendo muy explícitos en los comentarios, pero no creen que la víctima haya muerto a causa de las quemaduras. El fuego parece que comenzó en un cuarto adyacente adonde fue encontrado el cadáver y éste presenta quemaduras, pero no está carbonizado.

—¿Conoces bien a este jefe de bomberos? —pregunto Mason.

—Seguro —respondió Drake—. Es un muchacho inteligente.

—¿Crees que tiene capacidad suficiente para estar acertado en esto?

—Está capacitado para ello.

—Eso —comentó Mason pensativamente— complica la situación.

—Desde luego —señaló Paul Drake— eso es sólo su opinión.

Después ya veremos lo que dice el médico forense.

Mason dijo:

—Un cadáver quemado adopta lo que ellos llaman una actitud pugilística. Parece algo así como si hubiese estado de pie en el ring peleando, cuando súbitamente fue envuelto por las llamas. Los bomberos deben de haber tenido ya muchas experiencias de esas. ¿Trasladarán el cadáver de allí, Paul?

—No lo harán así con este cadáver —dijo Drake—. Telefonearon a la Brigada de Homicidios para que ésta acudiese allí. Evidentemente los de la Brigada nos llevan una buena delantera. El teniente Tragg estaba en camino para allí cuando mis agentes se escurrieron para ocultarse.

—¿Dónde está tu agente ahora...? ¿Ese que te telefoneó?

—Está en un café que permanece abierto toda la noche.

—¿Logró averiguar algo entre los vecinos? —preguntó Mason.

—Una buena cantidad de cosas. Va a poner a máquina un informe completo y dejarlo sobre mi mesa por la mañana.

—Y ese cadáver, ¿de quién era, de un hombre o de una mujer?

—De un hombre —replicó Drake—. Tenía unos sesenta años de edad y la descripción física parece corresponder a las señas personales de Carlin.

—Ya me temía eso —murmuró Mason.

—Mi ayudante —continuó Drake— me dio un informe provisional. Pero hay un montón de cosas que quiere poner por escrito. A las ocho y media de la mañana ya tendrá escrito su informe y me lo dejará; en mi mesa. Dice que en efecto fue un incendio intencionado. Fue provocado por medio de una bomba de tiempo. La policía cree que fue hecha estallar por medio de un reloj eléctrico que estaba enchufado a la corriente en el piso bajo de la casa.

—¿En el piso bajo? —preguntó Mason.

—Así fue. Se trata de uno de esos relojes fabricados para poner automáticamente a funcionar los aparatos de radio. Ya sabes, lo enchufas, pones las agujas a una hora determinada, y a esa hora exacta el reloj hace funcionar la radio. Aunque después tienes que apagarla por propia mano.

—Sigue —dijo Mason.

—Ellos encontraron uno de esos relojes conectado a la corriente

eléctrica en el piso de abajo y provisto de alambres que evidentemente se extendían hasta la parte alta. Las manecillas del reloj habían sido puestas para las tres.

—Oh, oh —exclamó Mason, y luego añadió tras un momento—: ¿Y eso en dónde deja situada a su mujer visitante?

—Probablemente en el medio tiempo y a mitad de una situación muy complicada.

—¿A qué hora llegó ella allí?

—A la una y veintiocho.

—¿Y nadie sabe el tiempo que permaneció en la casa?

—Ella no pudo estar allí más tarde de la una y cincuenta. Fue a esa hora cuando mi otro agente se encargó de la vigilancia de la puerta posterior de la casa. A partir de ese momento ya teníamos la casa vigilada por delante y por detrás.

—Cuando ella entró, ¿llevaba alguna cosa consigo..., un maletín o algo por el estilo?

—No llevaba ninguna cosa.

—Entonces difícilmente pudo transportar al interior de la casa un reloj, un recipiente de gasolina y todo lo demás.

—Exacto, así es.

—Por otra parte, cuando ella entró en la casa debe de haberlo encontrado todo dispuesto para provocar el incendio.

Drake asintió con la cabeza.

—En efecto, ella fue la última persona que entró en la vivienda.

—Entonces debe haber entrado por la puerta delantera y salido por la de atrás.

—Éso es..., ¿y qué sobre mi ayudante? Está esperando en ese café que te dije.

—Telefonéale y dile que regrese y ponga a máquina su informe; después, que se oculte para que no lo vean y que no hable con nadie.

—Debiéramos informar de esto a la policía —dijo Drake.

—Pero yo estoy representando a una cliente.

—Y yo tengo que pensar en mi licencia de detective —señaló por su parte Drake.

—Pero tú estás trabajando para mí, Paul.

—Eso no importa, pues se supone que nosotros tenemos que comunicarle a la policía lo que ocurrió allí.

—¿Y cómo vas a explicarles el hecho de que tenías a tus ayudantes vigilando allí?

—Eso es una cosa que puedo callarme —dijo Drake—. Yo podría negarme a dar el nombre de mi cliente.

Mason sonrió entre dientes y dijo:

—Eso sería igual que un candidato a diputado que se negase a divulgar por quién votó él, cuando al salir de la cabina de depositar su voto se lo preguntasen.

—¿Quieres más ron caliente, Perry?

—No, gracias. Creo que mejor será que vayamos a dormir un poco. El teniente Tragg estará ya afanoso sobre nuestra pista. Averiguará que estuvimos allí y nos buscará, lo mismo a ti que a mí. Cielos, qué frío atrapé allí.

—¿Acaso este licor no te calentó ya?

—Un poquito. Te diré lo que vamos a hacer, Paul. Vayámonos al Club y tomemos un baño turco.

—No debieras tomar un baño turco inmediatamente después de haber bebido esto.

—Ya habrán pasado los efectos del ron cuando lleguemos al Club. A nadie se le ocurrirá ir a buscarnos allí.

—Tragg va a estar furioso.

—Déjalo que lo esté.

—Bueno —dijo Drake—, voy a llamar a mi agente. Ah, escucha, Perry, hay una cosa más.

—¿De qué se trata?

—En esa casa —prosiguió Drake— había algo que no figuraba registrado. La policía cree que acaso se tratase de que el dueño se hallaba mezclado en algo así como contrabando de drogas u otra cosa de esa especie.

—¿Cómo es eso?

—Recuerda que era una casa vieja y destartalada. Había sido amueblada de cualquier manera; pero, sin embargo, se encontraba allí una caja fuerte, a prueba de fuego, colocada en el piso bajo. Era una caja bastante grande.

Los ojos de Mason brillaron.

—Cielos, Paul, de verdad que me gustaría echarle una ojeada al interior de esa caja.

—Y también le gustaría a la policía.

—Me pregunto qué posibilidades tendremos de hallarnos presentes cuando la policía abra esa caja.

—Pues aproximadamente una entre un millón —comentó Drake.

—Pero suponte que alguien le proporcionase a la policía la clave de la combinación para abrir esa caja.

Drake lo miró fijamente.

—¿Te refieres a la combinación de esa caja?

—Sí, a la combinación de esa caja.

—¿Estás burlándote de mí?

Mason empujó a un lado la taza todavía medio llena de ron caliente con mantequilla y dijo:

—Muy bien, Paul. Llama a tu agente y dile que se eclipse y procure no ser visto. Tú y yo nos vamos a ir al Club a tomar un baño turco, donde Tragg no nos podrá encontrar.

—Me fastidia el tener que tirar por el fregadero un licor tan bueno como éste, Perry...

—No lo tires por el fregadero —le dijo Mason—. Déjalo ahí, de forma que podamos probarle con él a Tragg que yo estaba lleno de frío hasta los huesos. Y fue solamente entonces, cuando el ron con mantequilla caliente no me produjo ningún efecto, que yo te sugerí que nos fuésemos a tomar un baño turco. Eso hará que nuestra historia resulte merecedora de crédito.

—¿Oh, sí? —dijo Drake con expresión escéptica, dirigiéndose en seguida al teléfono y descolgando el auricular.

El detective marcó el número del café que estaba abierto toda la noche y en el cual se hallaba esperando su ayudante. Después dijo hablando por encima del hombro:

—Si tienes la combinación para abrir esa caja fuerte, Perry, no hay tiempo bastante entre este momento y el mediodía de mañana para discurrir ninguna historia que resulte digna de crédito para el teniente Tragg... Hola..., oh, hola, Pete. Aquí habla Drake. Muy bien. Váyase usted a casa. Ponga todos esos informes por escrito y que estén sobre mi mesa de trabajo a las ocho de la mañana. ¿No lo vio a usted nadie ahí? Me refiero a nadie que lo haya reconocido..., ¿no conoció usted a ninguno de los bomberos...? Muy bien..., oh, seguro, ellos lo señalarán a usted alguno uno de mis agentes, pero no sabrán cuál de ellos es. No se deje usted ver hasta que yo le avise..., muy bien..., adiós.

Drake colgó el receptor y dijo a Mason:

—Vámonos. No sé por qué estás quejándote tanto del frío. Estás metido en agua caliente y ésta se va a poner más caliente que nunca a partir de ahora.

Capítulo 6

Mason y Paul Drake eran los únicos hombres que se encontraban en el salón de baños a esta hora de la mañana. Estaban tendidos en sillas de madera alargadas, con sábanas colocadas bajo ellos, toallas húmedas envueltas en forma de turbantes en sus cabezas y con los pies metidos en calderos de agua caliente.

Todo un surtido de radiadores colocados a lo largo de las paredes de la estancia mantenían la temperatura lo bastante elevada para provocar el sudor casi inmediatamente que se entraba allí. La madera de las sillas estaba casi demasiado caliente para tocarla, salvo allí donde era enfriada por las sábanas empapadas en sudor.

—Esto —admitió Mason— sienta muy bien. Caramba, agarré frío mientras estuve allí de pie sobre el pavimento mojado. Mis pies se pusieron tan fríos que casi no los sentía.

—Pues los míos están todavía helados —dijo tristemente Drake—. Bien quisiera saber con exactitud adonde me llevas y en qué me has mezclado.

—¡Cómo! —exclamó Mason—. Mis cartas están sobre la mesa, Paul. Yo te dije...

—Esa combinación de la caja de caudales... —dijo Drake—. Tú no me habías dicho nada respecto a eso.

Mason vaciló.

—Bueno, Paul, fue..., oh, oh.

Drake siguió la mirada de Mason a través del grueso cristal de la puerta oscilatoria.

Un hombre alto y fuerte, cuyos hombros llevaban el inconfundible sello de un boxeador entrenado, estaba hablando con el empleado del establecimiento, con la espalda vuelta a la sala de baños.

El empleado señaló con el dedo pulgar hacia la sala de baños, y

entonces el hombre se volvió, miró a las dos figuras desnudas y sudorosas, sonrió entre dientes y abrió la puerta.

—Bueno —dijo el hombre—; ustedes, amigos, parecen no estar muy contentos de verme.

—¿A qué se debe tanta excitación? —preguntó Mason.

El teniente Tragg se quitó la chaqueta.

—Ustedes, amigos, están cometiendo un error táctico. La última vez que se eclipsaron de la vista, yo me prometí el comprobar sus andanzas y averiguar dónde habían estado. Y averigüé que estaban aquí y, por lo tanto, pensé que bien podía...

Mason interpuso con prontitud:

—Yo atrapé un resfriado. Estuve presente en un incendio esta noche y jamás en mi vida pasé tanto frío. Me olvidé de llevarme un sobretodo y...

—Ya me he enterado de eso —dijo Tragg—. Usted llevaba puesto un jersey de golf. Debió saltar de la cama y vestirse con una rapidez inusitada.

El teniente sacó un pañuelo del bolsillo, se secó la frente y dijo:

—¿Qué les parece, amigos, si salieran ustedes de aquí y vinieran ahí afuera?

—Ni pensar en eso —le contestó Mason a la vez que miraba significativamente a Paul Drake—. Ahora atraparíamos frío. Acabamos exactamente de empezar a sudar. ¿No le parece a usted mejor, teniente, que se quite las ropas y tome un baño turco?

—Tengo un trabajo que realizar. Usted sabe perfectamente bien que yo atraparía un resfriado si permaneciese aquí y después saliese afuera sin haber pasado tiempo suficiente para enfriarme.

—Bueno, eso es lamentable —dijo Mason—. Pero continúe usted, teniente, nosotros contestaremos a sus preguntas con sumo gusto.

Tragg dijo irritado:

—Maldita sea, yo no puedo estar aquí dentro.

—Bueno..., pues nosotros no podemos salir afuera —le contestó Mason.

Tragg se pasó el pañuelo por el interior del cuello de la camisa y después se limpió la frente.

—¿Qué es lo que estaban ustedes dos haciendo en el lugar del incendio?

—Pues estábamos contemplándolo.

—No se las dé de inteligente. ¿Cómo fue que se enteraron de que había ese incendio?

—Paul Drake me telefoneó —dijo Mason.

—¿Y cómo lo supo Paul Drake?

—Le avisó uno de sus agentes.

—¿Cuál de ellos?

—El que estaba vigilando la casa —dijo Mason.

—¿Y puedo preguntarle por qué fue usted tan afortunado para estar vigilando la casa en espera de que produjese el incendio y...?

—Oh, nosotros no estábamos esperando a que se iniciase el incendio —dijo Mason—. Ésa fue una completa sorpresa.

—Muy bien —replicó Tragg irritado—, ustedes dos están metidos en algo. Drake tenía a un ayudante allí vigilando la casa. Quiero saber qué fue lo que ocurrió. Quiero saber cuánto tiempo llevaba allí. Y en especial quiero saber quién entró y salió de la casa. Drake intervino:

—Mi agente todavía no ha escrito su informe, teniente.

—Demonios, no puedo continuar aquí dentro. Tengo trabajo que hacer. Deme usted el nombre de ese agente. ¿En dónde podremos encontrarlo?

—No sé dónde podrán encontrarlo ustedes —replicó Drake—. Es uno de mis agentes nocturnos. Está preparando un informe en alguna parte en estos momentos. Yo le dije que podía irse a su casa. Como ya he dicho, va a preparar un informe.

—¿Y cuándo va usted a recibir ese informe? Vamos, acabe de decirlo. Rápido, Comuníqueme cualquier información que tenga usted. Él debe de haberle dicho ya a usted todos los detalles importantes.

Drake miró suplicante a Perry Mason.

Mason dijo con suavidad:

—Drake está actuando bajo mis órdenes y yo soy completamente responsable.

—Usted no es responsable de nada, por lo que a la policía se refiere —dijo Tragg con una mueca—. Paul Drake dirige una agencia de detectives. Por lo tanto, tiene una licencia. Y yo supongo que él quiere conservar esa licencia. Por nosotros no hay inconveniente, pero cuando él tiene informaciones referentes a un

homicidio...

—¿A un homicidio? —interrumpió Mason.

—Sí, homicidio —repitió el teniente Tragg—. Y ahora, escúcheme. Quiero que me digan todo lo referente a esto y que me lo digan ahora mismo.

Mason dijo:

—Es una larga historia.

Tragg replicó angustiado:

—Demonios, yo no puedo estar aquí. Ustedes, amigos, vengan ahí afuera.

—Ya le he dicho que no podemos salir afuera ahora. Acabamos exactamente de sudar.

Una vez más, Tragg se pasó el pañuelo, ya empapado, por su frente sudorosa y por el cuello de la camisa y dijo:

—Muy bien. Ustedes ganaron. Yo no puedo ponerme a sudar aquí de pies a cabeza y luego salir al viento frío de la calle. ¿Cuándo tendrá usted en su poder ese informe de que me habló, Drake?

—Por la mañana.

—¿A qué hora?

Drake miró a Mason.

—A las ocho —dijo el abogado.

El teniente Tragg manifestó:

—Si ustedes saben algo que pudiera ayudarme a averiguar quién mató a Medford D. Carlin, quiero que me lo comuniquen ahora mismo.

—Yo estoy seguro de que no sé quién lo mató —dijo Mason—. Conforme ya le dije a usted, teniente, mis relaciones, con Carlin constituyen una larga historia y...

Tragg le interrumpió:

—Yo estaré en la oficina de usted a las ocho de la mañana, Mason. Esté usted allí también, Drake. Si usted tenía a algunos agentes vigilando la casa de Carlin, llévelos con usted a esta entrevista. Si usted no está allí y esos ayudantes suyos tampoco, entonces ustedes serán citados a la oficina del fiscal del Distrito, y si eso no produce resultados, serán ustedes convocados a comparecer ante un gran jurado. No quiero más bromas con esto.

El teniente Tragg se volvió bruscamente sobre sus talones y salió

rápido de la caldeada estancia.

Mason miró a Drake y dijo:

—Se supone que la policía hace que los testigos suden sus informaciones, pero por esta vez fuimos nosotros, los testigos, quienes hicimos sudar a la policía endemoniadamente.

—Eso nos da tres horas de tiempo —dijo Drake fastidiado—, y después de eso ya realmente tendremos que dar la cara.

—Quedarás sorprendido de lo que tendrás que hacer en esas tres horas —le dijo Mason.

—Ten compasión, Perry. Tú sabes endiabladamente bien que nosotros no podemos ponernos a sudar aquí y después salir afuera al frío viento sin que...

—Tú puedes sudar lo suficiente, tomar después una ducha fría y luego sentarte ante un teléfono y realizar una buena cantidad de llamadas —le contestó Mason.

Drake sacudió negativamente la cabeza.

—Él nos pilló con las manos en la masa, Perry. Tú sabes, tan bien como lo sé yo, que tiene razón. Él puede obligarme a mí a presentar a mis ayudantes allí y entonces les hará preguntas y ellos tendrán que contestarlas. Tú puedes proteger a tu cliente, pues ése es un privilegio que le concede la ley al abogado, pero yo no puedo proteger a nadie. Yo tendré que poner mis cartas sobre la mesa.

—Así es —le dijo Mason—, pero sólo las cartas que llenes hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —repitió Drake—. ¿Qué quieres decir?

—Que nosotros precisamos tener un puñado de triunfos que podamos jugar inmediatamente después de haber hablado con Tragg esta mañana.

—¿Qué clase de triunfos?

—Oh, de varias clases. Esa misteriosa cliente me llamó a mí al «Ganso Dorado», esto es, al cabaret que tú me recomendaste.

—Ah, ah —dijo Drake con entusiasmo—. Buena comida, buena música para bailar y buenos varietés. Es un establecimiento pequeño, pero...

—Ya sé —interrumpió Mason—. La cuestión es que tú me lo recomendaste a mí. Della y yo fuimos allí como resultado de esa recomendación. Fuimos bajo la impresión del momento. Pero alguien sabía que nosotros estábamos allí; y ahora, ¿por qué sabía

alguien que nosotros estábamos allí?

—Es preciso que alguien os siguiese.

—Yo no lo creo así, Paul. Nosotros habríamos llegado a medio camino del infierno para cazar a un testigo y conseguir de él una declaración. Y si alguien nos hubiese seguido, nos hubiéramos dado cuenta.

—Entonces es que alguien estaba vigilando en el cabaret para telefonarle a la otra persona cuando vosotros llegaseis allí y...

Mason meneó la cabeza negativamente.

—Ellos no podían haber hecho eso por la sencilla razón de que nadie sabía que iríamos allí. No lo sabía ni siquiera yo mismo.

—Entonces ¿cómo es posible que esa misteriosa cliente supiese que estabas allí?

—Tuvo que ser alguien que estaba ya en el cabaret, Paul. Alguien que estaba allí dentro cuando nosotros llegamos. Alguien a quien le fui señalado yo y después ella salió y me llamó por teléfono.

—Eso suena a cosa lógica.

—Y —prosiguió Mason— la persona que me señaló a mí, puede muy bien haber sido el *maître*.

—¿Y crees que él recordará eso?

—Yo creo que él lo recordará, pero es posible que no quiera hablar. Esa mujer me vio allí, Paul. Ella abandonó aquel lugar, se fue en su coche a casa, abrió un cajón de pañuelos donde guardaba un nido de billetes para un caso de emergencia, metió el dinero en un sobre y me lo envió rápidamente al cabaret por un mensajero. Después, se fue a un teléfono y me llamó.

—¿Y por qué hizo ella todo eso? ¿Por qué no fue simplemente junto a ti y...?

—Porque —interrumpió Mason— ninguna mujer podría estar en el «Ganso Dorado» sin un acompañante. Y esta mujer no quería que su acompañante se enterase de nada relacionado con el interés de ella por mí. Ella probablemente presentó cualquier pretexto para abandonar el local y marcharse a su casa. Tiene que haber ocurrido en esta forma.

Drake asintió con la cabeza.

—¿Y bien?

—Eso quiere decir que esa mujer se encontraba presente en el

cabaret acompañada de su marido.

—Pues yo no comprendo eso. A mi entender, ella pudo haberle dicho al hombre que se encontraba en compañía de ella, que tenía dolor de cabeza...

—Pero en esa forma ella no hubiera conseguido librarse de él con tanta rapidez. Y si se hubiera tratado de un amigo y no de un esposo el hombre que estuviese con ella, después que se hubiese librado de él, ella hubiera llamado al «Ganso Dorado» desde su propio departamento y me hubiera pedido una cita o tratado de que yo fuese a hablar con ella a su casa. Yo apostaría que ella estaba acompañada de su esposo, que ocurrió algo que le produjo miedo, que yo le fui señalado a ella y que esto le sugirió una idea.

Drake se pasó una toalla por el cuerpo.

—Bien pudiera haber ocurrido así —admitió el detective.

—La mujer —continuó diciendo Mason— presentó cualquier excusa: que había dejado el gas encendido en su casa o que había olvidado cerrar la puerta con llave. Después de esto, salió del local y se fue a su casa. Su esposo, desde luego, estaba allí con ella. Después que la mujer se fue a su casa, «recordó» algo que quería comprar en la droguería antes de que ésta cerrase. Mi cliente es una mujer casada, Paul, y vive a corta distancia de esa droguería. Yo quiero que tus ayudantes la localicen a las ocho y media, pero enténdelo, que no sea ni siquiera un minuto antes de esa hora.

—Ésa es una orden bien extraordinaria —dijo Drake frotándose con la mano el enrojecido pecho—. Yo ya no puedo permanecer aquí mucho más tiempo.

—Pero nosotros tenemos que permanecer aquí —dijo Mason—. Tenemos que esperar en este sitio hasta que podamos estar seguros de que el teniente Tragg se marchó efectivamente de este establecimiento para dedicarse a sus asuntos. Una vez que estemos seguros de ello, tú, Paul, irás a ver si consigues un teléfono. A las ocho y media de esta mañana quiero saber con toda seguridad quién es esa cliente misteriosa.

—Pero Tragg estará en tu oficina a las ocho, según anuncié, Perry.

—Así será, en efecto —replicó Mason sonriendo entre dientes—. Y yo no quiero tener esa información mientras Tragg esté allí, pero sí quiero recibirla inmediatamente que él se marche de mi oficina.

Drake se ajustó la toalla mojada sobre la frente y contestó irritado:

—Siempre me haces los encargos más malditos, en las horas más endiabladas.

Capítulo 7

A las ocho de la mañana, Tragg entró en el despacho privado de Perry Mason, encontrando a éste, a su secretaria Della Street y a Paul Drake en plena conferencia.

Mason parecía muy animoso. Drake estaba claramente preocupado y Della Street hallábase sentada a su mesa de secretaria, con un lápiz a punto y una libreta de taquigrafía abierta y mirando al teniente Tragg con un saludo de bienvenida que en cierta forma parecía forzado.

—Hola, Della —dijo el teniente Tragg—. Considerando los meticulosos preparativos que han hecho ustedes para la entrevista, ésta debe de ser todavía mucho más importante de lo que yo había pensado.

—¿Acaso soy yo un preparativo meticuloso? —preguntó Della Street.

—Maldito si no lo es usted —dijo Tragg sentándose, desprendiéndose bruscamente de sus maneras un tanto presuntuosas y volviéndose hacia Mason y Drake para decirles—: Se ha cometido un asesinato. Y yo me encuentro con que ustedes dos, amigos, se hallaban presentes en la escena del crimen muy poco después de las tres de la madrugada. ¿A qué se debe eso?

La voz de Mason sonó con toda naturalidad, pero en cambio sus palabras eran completa y cuidadosamente escogidas, como las de alguien a quien le han comunicado una declaración escrita que muy bien pudiera ser de la mayor importancia.

—Por lo que a Paul Drake concierne, teniente, yo tomo por entero la responsabilidad de que él se hallase allí. Él estaba allí a solicitud mía y bajo mis órdenes.

—¿Y qué hay sobre el interés de usted en ese asunto?

—Mi interés por Carlin era debido enteramente a una cliente.

—¿Qué cliente?

—No puedo decírselo a usted.

—Ya veo que continuamos dando vueltas a ciegas —interpuso Tragg irritado— y esto no me agrada. Bien sé que se supone que usted protege...

—Por favor, compéndame usted —interrumpió Mason—. Le dije que yo no podría decírselo a usted, teniente, no que no quería decírselo.

—¿Y por qué no puede usted?

—Porque yo no sé quién es.

—Al diablo que no lo sabe usted.

—Pues es así.

—¿Y cómo se puso en contacto con usted?

—Por teléfono.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Confidencialmente le diré que era una mujer. Pero no quiero que esto se lo comunique a la Prensa. No quiero leer nada sobre esto en los periódicos.

—¿Y qué fue lo que ella le dijo que le apremió a usted de tal manera para poner a Paul Drake a trabajar?

—Ahora sí, esto ya es una cosa que no quiero decirle a usted —replicó Mason.

Tragg pensó sobre esto por un momento y después se volvió hacia Paul Drake:

—A mí me desagradan estos abogados con sus privilegios profesionales y demás tonterías. Supongámonos que usted y yo celebramos una conversación hablando con el corazón en la mano, Drake. Usted tenía a sus agentes operando. ¿Por qué se encargaron esos hombres de tal trabajo y a qué hora?

Drake sacó una libreta de notas de su bolsillo y dijo:

—El primero entró de servicio siete minutos después de la una.

—¿Y había más?

—Sí. Otro entró a la una y cincuenta.

—¿Tenía usted más que esos dos?

—Sí, tenía tres.

—¿Y qué me dice del tercero?

—Éste llegó tres minutos después de las dos.

—¿Y por qué mandó a tres hombres para ese servicio?

—Yo quería vigilar a cualquiera que saliese de la casa.

—¿Y por qué todas esas complicadas precauciones?

—Porque así eran las instrucciones que yo había recibido.

—¿Salió alguien de aquella casa después que los agentes de usted entraron de servicio allí?

—Desde la una y siete minutos mis agentes no vieron que nadie saliese de aquella casa por la puerta del frente.

—¿Y qué me dice de la puerta de atrás?

—Después de la una y cincuenta tampoco salió nadie por la puerta de atrás.

—Pero el incendio comenzó poco después de las dos, ¿no es así?

—Efectivamente, así fue.

—¿Dónde estaban sus ayudantes cuando comenzó el incendio?

—Allí mismo, de servicio.

—Y entonces, ¿por qué no dieron la señal de alarma?

—Sí, la dieron.

—¿Y por qué no me lo dijo usted?

—Porque usted no me lo preguntó.

—Muy bien —dijo Tragg—. Entonces lo pregunto ahora. Le estoy preguntando hasta las cosas más sencillas que tengan alguna importancia, para que me las comunique. ¿Uno de esos hombres hizo un informe?

—Sí.

—¿Dónde está ese informe?

—Aquí lo tengo.

—Vamos a verlo.

Drake sacó de su bolsillo el pliego doblado que contenía el informe y se lo tendió al teniente Tragg.

Tragg fue volviendo las páginas mecanografiadas y en un aparte dijo a Perry Mason:

—Estos amigos siempre hacen que sus informes suenen cual si ellos constituyesen un cuerpo policiaco secreto oficial. Estos informes son en verdad impresionantes. Yo bien quisiera que mi gente me sirviese informes como éstos. Escuchen esta pieza selecta: «Sabiendo ya que otros dos agentes estaban de servicio para tener el lugar completamente vigilado, yo quise obtener una descripción física del individuo y recorrí las vecindades hasta que al fin di con una estación de gasolina donde el individuo compraba ésta y el

aceite para su coche, con una tarjeta de crédito, y entonces, mediante hábiles preguntas, obtuve la información que...».

Tragg levantó la mirada y sonrió entre dientes, añadiendo:

—Ustedes ya saben lo que esto significa; que cuando hubo recorrido unas cuantas esquinas desde aquella casa, vio una estación de gasolina que estaba abierta. Por lo tanto, se detuvo allí y le preguntó al empleado si conocía a Carlin. El empleado dijo que sí y que Carlin compraba allí su gasolina, y este detective empleó cinco o seis minutos en decirle que había estudiado en la Universidad con un individuo llamado Carlin y que sabía que éste vivía en algún punto de aquellas vecindades, pero que no sabía exactamente dónde; le dijo también que había buscado en la guía de teléfonos y que había encontrado el nombre y la dirección de aquel hombre, pero que no quería molestarle sin estar antes seguro de que se trataba de su antiguo condiscípulo.

»Así, pues, el empleado de la gasolinera le dijo que debía haber un error, pues este Carlin que él conocía tenía probablemente treinta años más que el individuo que estaba preguntando por él. Entonces el agente hizo unas cuantas preguntas más y...

—Tenga usted compasión —le interrumpió Drake riendo entre dientes—; está desperdiciando toda esa información ante uno del oficio. Usted probablemente cree que mi agente anduvo por todo el distrito armado de un rastrillo tratando de encontrar el sitio donde Carlin compraba su gasolina, y entonces...

—Sí, ya lo sé —interrumpió Tragg—, y, sin embargo, se las arregló para hallarse en su puesto de vigilancia solamente trece minutos después que el segundo hombre había llegado. Pero ahora dígame algo sobre esa niña que entró en la casa a la una y veintiocho.

—Ahí —dijo Drake—, ya me atrapó usted. Ella debe de haber salido por la puerta de atrás antes de la una y cincuenta.

—¿Y ninguna persona más entró en la casa después de eso?

—Hay una posibilidad. Pero es sólo una posibilidad. Esa mujer pudo haber salido antes de la una y cuarenta, digamos, y poco después de esa hora alguien pudo haber entrado por la puerta de atrás, permanecido dentro diez minutos y conseguir salir otra vez por la puerta posterior antes de que mi agente llegase allí para vigilar, a la una y cincuenta.

Tragg le preguntó a Mason:

—¿Y por qué toda esa premura, Perry?

—Yo estaba protegiendo los intereses de mi cliente.

—¿Y cómo es eso de que usted empezase a gastar dinero en todo este servicio detectivesco de alto costo si usted no sabía ni sabe quién era su cliente?

—Pues porque ella me envió un anticipo.

—¿En qué forma?

—Por un mensajero.

—¿Adonde?

—A un cabaret nocturno donde nosotros estábamos cenando.

—¿Qué cabaret?

—El «Ganso Dorado».

—¿A qué hora?

—Oh, yo diría que a eso de las once y diez minutos de la noche.

—¿Y a qué hora lo llamaron a usted por teléfono?

—Exactamente a eso de las doce. Quizá cinco o diez minutos después.

—Muy bien —dijo Tragg—, eso fue la noche pasada. ¿Y ha tenido noticias de ella esta mañana?

Mason sacudió la cabeza negativamente.

—Bueno, no me cuente usted a mí esas cosas, Mason. Usted sabe perfectamente bien que ella leyó la primera edición del periódico esta mañana, se encontró con que Carlin había sido encontrado muerto y lo llamó a usted por teléfono.

Mason meneó otra vez la cabeza denegando.

—No he vuelto a saber ni una palabra de ella.

—Pues recibirá sus noticias.

—Quizá.

—Y si usted las recibe quiero saber quién es esa mujer. Quiero hablar con ella.

—Eso, desde luego —replicó Mason—, dependerá de que ella quiera a su vez hablar con usted.

—Eso es un caso de asesinato, ya lo sabe usted.

—¿Y qué es lo que hace que parezca un asesinato?

Tragg sonrió.

—El jefe de la Policía es un hombre de mentalidad muy estrecha en estas cuestiones, Mason. Él tiene la idea anticuada de que las

funciones de las fuerzas policíacas en un caso de asesinato consisten en reunir información pero no en distribuirla.

—¡Qué agudeza! —comentó Mason.

—Ya lo sé, pero se da el caso de que ese jefe es el que dirige el Departamento.

Mason dijo con toda naturalidad:

—Tengo entendido que había una caja de caudales bastante valiosa en la residencia de Carlin.

Tragg hizo una pausa, observó al abogado con ojos interrogantes y preguntó:

—¿Con qué intención dice usted eso?

—Me limité a preguntarlo.

—Muy bien, usted ya ha hecho la pregunta..., pero ¿era en efecto una pregunta?

—Es que es posible que yo pueda ayudarlo en esa cuestión.

—¿En qué forma?

—¿Cómo está la caja? ¿Está damnificada por el fuego? Quiero decir, ¿está muy caliente?

—No, está en el piso de abajo. Y el fuego causó los mayores daños en el piso de arriba y en el techo. ¿Qué es lo que sabe sobre esa caja?

—Puede que no sepa nada respecto a ella —dijo Mason—, pero hay una posibilidad, Tragg, una posibilidad entre cien de que yo tenga la clave de la combinación para abrir esa caja.

—¡Qué demonio va a tenerla usted!

—Quiero decir que es posible que sea capaz de abrirla y...

—No se preocupe por todo eso. Lo que yo quiero saber es cómo consiguió usted esa clave.

—No sé con certeza si la tengo.

Tragg dijo enfadado:

—Escuche, Mason, esa caja constituye un elemento importante en esta situación. Nosotros queremos que sea abierta lo más pronto posible. Tengo un hombre dedicado a eso y sin hacer otra cosa, desde las cuatro de la mañana, telefoneando. —Tragg sonrió—. Los empleados de la compañía que fabricó esa caja no han dormido gran cosa desde esa hora. Se encuentran en sus oficinas revisando los ficheros. Y su representante aquí deberá presentarse con todo lo que consiga antes de mucho. Pero el tiempo es un factor

importante. Y si usted está sentado aquí teniendo en el bolsillo la clave de la combinación de esa caja...

—No sé si en efecto la conozco.

—Bien, pero, ¿cómo demonios vamos a comprobarlo?

—Pues probándolo en la caja.

—¿Cómo la consiguió usted? ¿Dónde la consiguió? ¿Cuándo la consiguió? ¿Por qué le fue dada a usted?

—Usted ha complicado la situación ahora, teniente.

—Maldito si no tiene usted razón.

—Bueno, teniente, cuando consiga usted la combinación para esa caja tendré mucho placer en discutir con usted sobre ello. Por ejemplo, si se diese el caso de que la primera cifra es cincuenta y nueve cuatro veces a la derecha..., bueno, entonces es posible que yo sea capaz de ayudarlo a usted.

—¿Y cómo espera usted que nosotros averigüemos que la primera cifra es cincuenta y nueve cuatro veces a la derecha?

—¿Para qué sirve su técnico de la fábrica entonces?

Tragg gruñó:

—No sé si él tendrá la combinación. Probablemente tendrá que hacer perforaciones en la cerradura y convertirlo todo en pedazos. Y nadie sabe cuánto tiempo le llevará eso. Vamos, Mason, me lo llevo a usted a dar un paseo.

—¿Adonde?

—Con toda claridad —dijo Tragg— debo decirle que no puedo traer esa caja aquí y ponérsela a usted en el regazo. Por lo tanto, es usted quien va a ir a la caja.

—¿Y después, qué?

—Va a decirme la combinación y yo la probaré.

—No puedo dársela a usted. No estoy en libertad de hacerlo. Ésta es una cuestión confidencial.

—Muy bien —dijo Tragg—, usted mismo probará su combinación en la caja. Vamos, va usted a visitar nuevos lugares.

—¿Y qué sobre los hombres que están esperando en la oficina de Drake? —preguntó Mason.

—Que se vayan al infierno —contestó Tragg—. Esto es muchísimo más importante.

Mason se levantó con una expresión de máxima contrariedad.

—Muy bien —dijo—. Supongo que esto es lo que ocurre cuando

se trata de prestar ayuda. Ahora tengo que perder la mañana para ir a probar el cierre de una caja de caudales, y todo al servicio del Departamento de Policía.

Y Mason miró a Della Street haciéndole disimuladamente un rápido y significativo guiño.

Capítulo 8

El interior de la casa siniestrada estaba oscuro y sombrío. El olor de madera carbonizada, de fuego que había sido extinguido con toneladas de agua, se aferraba a aquel lugar como un aura ingrata.

La gran caja de caudales sé hallaba en el rincón más alejado de lo que evidentemente había sido un cuarto de trabajo.

El cuarto contenía mobiliario que ya estaba maltrecho, incluso antes de que el agua negra, impregnada de partículas de carbón en las maderas que habían ardido arriba, hubiese caído a través de los agujeros en el techo y empapado los tapizados hasta el punto de la saturación.

Tragg señaló a la caja y dijo:

—Vaya usted y ábrala.

Mason sacó del bolsillo una pluma fuente que era en realidad una linterna eléctrica y se aproximó a los discos de cierre de la caja.

El teniente Tragg se situó a su lado.

—No me eche la respiración en el cuello. Me pone usted nervioso —dijo Mason.

—Es que quiero ver lo que usted hace.

—No puedo trabajar de esa manera.

—Haga lo mejor que pueda.

Mason se inclinó tan cerca de la combinación de la caja y mantuvo la pequeña lámpara apresada en su mano tan cerca del disco, que resultó imposible para el teniente Tragg el ver las cifras que iba marcando rápidamente en el disco, conforme a la serie de números que figuraban en el trozo de papel que el abogado había recogido en la cabina telefónica.

El abogado acabó de marcar los últimos números del disco hasta el diecinueve dos veces a la derecha, y después viró a la izquierda hasta que la combinación paró en el diez.

Subrepticamente colocó su mano sobre la manivela. Pero la caja no se abrió.

—¿Acabó usted? —preguntó Tragg.

—Ni siquiera he empezado —dijo Mason—. No puedo manejar esta combinación con usted ahí de pie empujándome a un lado para ver lo que estoy haciendo.

—Bueno, pero ya ha trabajado duro en ello. ¿Qué ocurrió?

—Creo que me olvidé de una cifra.

—Usted ni siquiera ha tratado de ver si la puerta se abre.

—Estoy seguro de que me olvidé de un número.

El teniente Tragg dijo:

—Ya sé lo que quiere. A causa de que yo estaba observando para ver cuál era la combinación, usted ha decidido alejarme de aquí y enviarme a cazar patos salvajes.

Sonó una sirena. Tragg y Mason acudieron a una ventana.

En el exterior, un coche de patrulla de la policía, provisto de radio, paró junto a la acera y dos agentes operadores de radio escoltaron a un individuo alto, de unos sesenta y pico de años, conduciéndolo a la casa.

—Este señor es Cornig, de la compañía que fabricó la caja —dijo uno de los policías.

—Encantado de conocerlo. ¿Podría usted abrir esa caja sin tener que volarla? —preguntó el teniente Tragg.

—Así lo creo.

—¿Con sólo manejar los cierres?

—No creo que sea necesario otra cosa, teniente.

—¿Por qué no?

—Porque la caja tiene un número. Se le instaló una combinación en el cierre cuando la caja salió de la fábrica. En la empresa se han revisado los ficheros relativos a esta caja en todos los aspectos. La venta de ella fue hecha a Carlin hace unos seis meses.

»Está establecido que el agente vendedor puede cambiar la combinación de las cajas cuando éstas son vendidas. En este caso no fue hecha ninguna solicitud para que se cambiase la combinación. La fábrica tenía un registro de la combinación original. Y, por lo tanto, dudo que la combinación haya sido cambiada.

—Pues entonces intente abrirla —dijo el teniente Tragg.

Cornig caminó con cuidado entre el montón de escombros que

había en el suelo y dijo:

—Siempre tengo miedo de clavarme un clavo en el pie. Una vez un amigo mío...

—Ya sé —interrumpió el teniente Tragg—, murió del tétanos. Vamos a ver si abrimos esa caja.

Todos observaron en silencio mientras Cornig sacó un pequeño libro de notas, con las pastas de cuero negro, de su bolsillo y empezó a manipular en el disco con sus largos y sensitivos dedos, haciendo girar la combinación.

Se oyó un chasquido revelador en el interior del mecanismo. Cornig hizo girar las dos manijas gemelas de la caja, dio un paso atrás y abrió de par en par la doble puerta.

Los oficiales policíacos se agruparon delante.

—Bueno, maldita sea —exclamó el teniente Tragg.

Mason avanzó también para mirar por encima de los hombros de los otros al interior de la caja.

Pero allí no había nada, excepto un montón de papeles carbonizados.

—Vaya una caja de caudales —comentó Tragg—. Una caja de lata hubiera sido lo mismo. Este incendio...

—No diga usted tonterías —dijo Cornig—. El fuego ni siquiera le quitó la pintura a la caja. Estos papeles fueron quemados y puestos en la caja después, a menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Tragg.

—A menos que hubiesen sido impregnados con alguna sustancia química antes de ponerlos en la caja, de forma que se produjese después una combustión espontánea en caso de incendio, o a menos también que alguien se las arreglase para planear algo con lo cual...

Tragg, bruscamente, le ordenó silencio con una seña a Cornig y se volvió hacia Perry Mason para decirle:

—Creo que ya no lo necesitaremos a usted más, consejero. En realidad, estoy seguro de que no.

Capítulo 9

Mason llamó a Paul Drake desde una droguería.

—Hola, Paul —le dijo el abogado al detective cuando éste se puso al habla—. ¿Qué has descubierto? ¿Quién es mi cliente?

—¿Qué hay sobre la caja de caudales? —preguntó a su vez Drake—. ¿Acaso conseguiste...?

—No —interrumpió Mason—, no conseguí abrirla. Pero eso ya no importa, pues puede esperar. ¿Qué hay sobre mi cliente?

—Puse algunos agentes míos a trabajar en el «Ganso Dorado». Pero estos agentes se acuestan a eso de las tres de la madrugada y no se levantan hasta después del mediodía. El tratar de hacer que se levantasen y conseguir información de ellos, fue una labor tremenda. Uno no puede averiguar dónde viven algunos de estos agentes y...

—Déjate de lamentaciones por tu mala suerte —interrumpió Mason—. Ya me hablarás sobre eso cuando me presentes la cuenta. Lo que quiero saber ahora es quién es mi cliente.

—Bueno, hay otra multitud de cosas de las que debieras enterarte además de eso, según creo —replicó Drake—. Para empezar, ese sujeto llamado Pierre, el *maître*, sobre el cual querías que investigásemos. Ése es un tipo suizo, de unos sesenta años..., y no puedo llegar a ninguna conclusión sobre él.

—¿Acaso no quiso hablar?

—Es que no puedo encontrarlo por ninguna parte.

—¿Quieres decir que desapareció?

—Abandonó el cabaret a eso de la medianoche última y nadie lo ha visto desde entonces; simplemente no podemos encontrarlo en ninguna parte. Y nadie sabe dónde vive. Hay una dirección suya anotada en el registro de empleados y recibe el correo allí, en efecto, pero es uno de esos lugares en los que uno puede tener una

dirección para encubrirse, un sitio donde alquilan despachos con servicios de oficina y mobiliario, o también se puede recibir el correo allí pagando un tanto por cada carta, y por el servicio telefónico si uno lo quiere así.

—Muy bien. ¿Y qué hiciste en relación a los otros?

—La única pista que conseguí fue mediante la muchacha del guardarropa. Siguiendo tus presentimientos, le dije que estaba interesado en las parejas que acudían a ese cabaret con regularidad que conociesen a Pierre, que probablemente estuviesen casados y que se habían marchado temprano.

»Bueno, después que ella nos maltrató un poco verbalmente por interrumpir su hermoso sueño y luego de darle veinte dólares para suavizar sus sentimientos heridos, y tras de refrescar su memoria, conseguimos la información de que dos parejas habían abandonado el cabaret de manera apresurada. La descripción que ella nos dio de esas parejas era más o menos vaga, pero nosotros comprendimos que dos parejas que eran clientes habituales del establecimiento habían abandonado éste aproximadamente a la misma hora que nosotros indicamos.

»Ahora no te voy a facilitar todos los detalles menudos. Ella no sabía sus nombres. A uno de ellos, la muchacha del guardarropa lo conocía, pues le llaman «doctor», y cree que en efecto es médico. Y averigüé que los muchachos que se encargan de estacionar los coches de los clientes, juntan las propinas con las del portero y toman nota de los números de los coches que estacionan... Bien, de todas formas tengo en mi poder un par de nombres y direcciones para ti. Y ahora te diré que uno de ellos es médico.

—¿Acaso vive en algún lugar cerca de la droguería, está en la esquina del bulevar Kramer y la avenida Vanee?

—No, éste vive al otro extremo de la ciudad.

—Desde luego —dijo Mason— mi teoría es que la mujer debió de haber ido caminando a la droguería, a menos que ellos tuviesen dos coches y que ella consiguiese llevarse el suyo sin llamar la atención. Pero aun así, ella tuvo que haber actuado con gran prisa y acudido al teléfono más próximo. Pero dame esa dirección, Paul.

—Doctor Robert Alton —contestó Drake—, que residía en el número 2.270 de Evenrude.

Mason tomó nota del nombre y la dirección.

—¿Ya has hecho comprobaciones sobre él, Paul?

—Comprobé la dirección. Figura en la lista de teléfonos.

—Muy bien. ¿Y cuál es la otra?

—Sobre ésta —dijo Drake— ya no estoy seguro. Este hombre va con frecuencia solo al «Ganso Dorado». La muchacha del guardarropa lo ha visto allí frecuentemente. Cree que la mujer que estaba allí con él la noche última era su esposa. El coche está inscrito a nombre de Myrtle Fargo. No pude conseguir su dirección. No encontré a esa Myrtle en la guía telefónica. Tampoco en la de votantes. Hay un par de docenas de personas que figuran en la guía de teléfonos con el nombre de Fargo, pero ninguna con el de Myrtle. Su coche es un convertible «Cadillac»; por lo tanto, parece ser que estamos operando sobre gentes adineradas, pero hasta ahora no he podido encontrar a ninguna Myrtle.

»El registro del coche da la dirección de Myrtle en Sacramento, por consiguiente ella debe de haber abandonado esa ciudad el año pasado. Ahora bien, si quieres pagar los gastos, Perry, puedo poner hombres a trabajar investigando en Sacramento y averiguar los pasos de ella a partir de allí, pero no sé hasta qué punto quieres meterte en gastos en esta cuestión.

—Lo endiablado de ello es que yo mismo tampoco lo sé, Paul. ¿El nombre de ella es Myrtle Fargo?

—Así es. Hasta ahora sólo hemos conseguido eso, pero recuerda que todavía es muy temprano esta mañana. Puede que se haya trasladado aquí hace poco tiempo. Es posible que esté viviendo en un departamento de hotel donde tienen centralita telefónica y que ella reciba su servicio telefónico en esa forma. El hombre que estaba con ella en el cabaret puede ser su esposo, o quizá sólo un amigo, y uno y otra utilizaban el «Ganso Dorado» como lugar para citarse.

—Comprueba todos los Fargo que figuran en la guía telefónica. Comprueba sus direcciones. Mira si hay algún Fargo en la lista que tenga su dirección cerca de la avenida Vanee esquina al bulevar Kramer.

Drake replicó:

—Ya tengo en estos momentos a una de mis muchachas haciendo eso. Espera un momento, aquí está la respuesta, creo yo. No cuelgues...

Reinó silencio por unos momentos y después Drake dijo:

—Hay dos con ese nombre en aquellas vecindades, Perry. Hay un Arthman D. Fargo que vive en el número 2.281 de la ruta Livingdon, y hay también un Ronald F. Fargo que vive en el 2.830 de Montcrief.

—Échale un vistazo al plano —dijo Mason—. ¿Cuál de ellos vive más cerca de la esquina del bulevar Kramer y la avenida Vanee?

—Arthman D. Fargo vive a tres esquinas de allí, y Ronald F. Fargo a unas ocho esquinas.

—Muy bien —contestó Mason—, entonces escogeré a Arthman.

—¿Vas a ir allí directamente y plantear el asunto? —preguntó Drake.

—No lo sé, Paul. Voy a echarle un vistazo al individuo y después jugar con mis presentimientos. Te veré dentro de una hora aproximadamente.

Mason colgó el receptor y se fue en su coche a la ruta Livingdon. Había allí una casa con la fachada de yeso muy limpia y ante ella se extendía un pequeño jardincillo de hierba bien cuidado, en el centro del cual había un letrero montado sobre una barra de hierro que tenía escrito el nombre de Arthman D. Fargo — agente de compra-venta de inmuebles.

Mason estacionó su coche y se dirigió a la puerta de la casa y tocó el timbre.

Pasaron unos instantes antes de que oyese movimiento alguno en el interior de la vivienda y luego escuchó ruido de pasos, se abrió la puerta y apareció un hombre que era casi tan alto como Mason, pero, con la contextura de un atleta, el cual dijo:

—Buenos días.

Mason no pudo percibir en su rostro el más ligero cambio de expresión.

—Estoy buscando al señor Fargo.

—Yo soy el señor Fargo.

—Deseaba hablarle respecto a algunas propiedades.

—Pase usted, por favor.

El hombre mantuvo la puerta abierta y Mason entró.

El olfato de Mason captó en seguida el olor de humo de tabaco así como también un ligero olor a cocina. El recibidor estaba amueblado simplemente, pero con gusto. Había algo de sugerente en la forma en que los periódicos se hallaban a medio abrir

abandonados sobre una silla, lo que daba la sensación de que no hacía ni siquiera un par de minutos que habían sido dejados allí.

—Mi despacho está por aquí —dijo Fargo—. Es un pequeño cuarto que he arreglado para servirme de despacho.

El hombre dobló a la izquierda penetrando en lo que evidentemente en su origen había sido diseñado para ser un dormitorio de la planta baja, y abrió la puerta, la cual descubrió una pequeña oficina en la que había una otomana, una mesa, una caja de caudales, unas cuantas sillas, dos archivadores y una máquina de escribir colocada sobre una esquina de la casa.

La estancia estaba fría y oscura, con las cortinas venecianas completamente echadas.

Fargo se apresuró a disculparse.

—Estaba haciendo un trabajo relacionado con inscripciones esta mañana, y así, pues, este despacho todavía no está caldeado. Como usted sabe, llovió la noche pasada e hizo frío. Voy a enchufar el calentador eléctrico y no tardará sino unos segundos en calentarse esto.

Colocó el enchufe y casi inmediatamente un ventilador oculto comenzó suavemente a hacer circular una corriente de aire caliente.

—Esto no tardará más de un minuto en calentarse —explicó Fargo—; siéntese usted y dígame cuál es el objeto de su visita.

Mason dijo:

—Tengo algún capital disponible. Quiero comprar una casa si puedo encontrar algo que constituya una buena adquisición.

Fargo asintió con la cabeza.

—Quiero comprar algo cuyo precio esté muy por debajo de los que imperan en el mercado. Quiero estar seguro antes de que no venden esa propiedad porque sus vecindades van a depreciarse o porque hay allí hormigas u otra clase de inconvenientes depreciadores.

—¿Cuánto dinero estaría usted dispuesto a gastar y qué clase de casa tiene en la mente?

—Yo quiero comprar para especular. No tengo una cifra límite para la compra, excepto que quiero conseguir algo que verdaderamente esté por debajo de su valor. De lo contrario no me interesaría.

—Desde luego una cosa como la que usted quiere no va a ser

muy fácil encontrarla —dijo Fargo—, aun cuando tengo para vender algunas buenas gangas. ¿Proyecta usted alquilar esa casa después o vivir en ella mientras espera conseguir una ganancia?

—Quiero alquilarla.

Fargo se sentó ante su mesa y empezó a buscar entre las tarjetas de un fichero.

—Tengo algunas propiedades anotadas para vender, pero ninguna que pueda considerarse verdaderamente una ganga. ¿Cuándo tendría usted oportunidad para ver algunas de esas propiedades si yo pudiese preparar una lista de ellas? —preguntó Fargo.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Se da el caso de que tengo muy poco tiempo disponible esta mañana. De ordinario estoy sumamente ocupado.

—Ya veo. ¿No le importaría a usted dejarme su nombre, señor...?

—No todavía —replicó Mason—. Quizás un poco más adelante. No es ninguna cuestión personal, ¿comprende usted?, pero en este negocio de compraventa de fincas...

—Ya comprendo —se apresuró a interrumpir Fargo. Después miró al teléfono que estaba sobre la mesa y dijo—: Si a usted no le importase esperar durante unos minutos, señor, desearía ir a comprobar en mis ficheros, pues los datos de las propiedades los tengo en otro lugar de la casa.

—Está muy bien —dijo Mason.

Fargo se levantó y dijo:

—No tardaré mucho. Acomódese usted bien, por favor, en seguida volveré.

Se apresuró a salir del despacho.

Mason se dirigió hacia la ventana y entreabrió la cortina de forma que pudiese ver la parte delantera de la casa en donde él había dejado estacionado el coche.

Cuando vio que Fargo, que evidentemente se había deslizado por la puerta de atrás de la casa, se dirigía de puntillas hacia su coche, Mason, que había tomado la precaución de quitar de aquél la tarjeta de registro antes de haberlo estacionado, se dirigió apresuradamente a la caja de caudales que estaba detrás del escritorio.

La caja estaba cerrada.

Mason manipuló el disco marcando en él las cifras de la combinación que figuraban en la hoja de papel que había encontrado en la cabina telefónica de la droguería. Probó la manija de la puerta de la caja y los cierres cedieron.

Mason oyó pasos y tuvo sólo tiempo para volver a sentarse en su butaca, cuando Fargo entró en el despacho diciendo:

—Acabo de comprobar las listas de propiedades que tengo. Una de ellas ha sido retirada de la venta. Lo siento, pues era la que le convenía.

—Es lamentable —replicó Mason.

Los ojos de Fargo se fijaron en los del abogado a la vez que le preguntaba:

—¿Le gustaría comprar esta casa?

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

Mason sacudió la cabeza negativamente.

—Conforme le dije a usted ya, lo que yo busco es una ganga. Y difícilmente usted vendería esta casa en las condiciones que yo quiero.

—¿Y qué es lo que le hace pensar a usted así?

—El que pertenece usted a este negocio.

—Pues podría usted llevarse esta casa casi regalada..., pagándola al contado y en dinero.

—¿Cuánto?

—Dieciocho mil dólares tal cual está e incluyendo el mobiliario. Yo la abandonaría inmediatamente.

—Eso es demasiado. La casa los vale, en efecto, pero yo ando buscando casas cuyo precio sea tan bajo...

—Diecisiete mil... con el mobiliario.

—Ése es un buen precio, pero...

—Dieciséis mil quinientos, y ése es ya el último precio.

—Vamos a echarle un vistazo.

—Puede estar dispuesta para verla dentro de una hora y...

—Pero ya me encuentro aquí. ¿Por qué no puedo ahora mismo? Fargo titubeó.

—¿Está usted realmente interesado en ella por ese precio?

—Si es amueblada, sí.

Fargo vaciló.

—Mi mujer está en Sacramento visitando a su madre y yo no soy gran cosa en cuanto al cuidado de la limpieza y demás. Yo...

—Yo estoy interesado en el edificio —dijo Mason— no en su escrupulosidad en la limpieza de la vivienda.

—Bueno, si quiere echarle un vistazo, venga usted.

Fargo echó a andar delante y saliendo por la puerta cruzaron el recibidor y entraron en la cocina.

—Es una bonita cocina —dijo Fargo—. Es muy moderna, con buen refrigerador, cocina eléctrica, lavador de platos eléctrico...

Mason interrumpió:

—¿Dijo usted que su esposa está ausente?

—Sí. Marchó esta mañana a Sacramento. Tomó el avión de las seis de la mañana. Yo mismo la llevé al aeropuerto.

—¿Y está usted seguro de que ella estará de acuerdo en la venta de la casa?

—Oh, sí; se da el caso de que hemos estado discutiendo esto desde hace algún tiempo y ya tengo la firma de ella estampada en un documento de venta dispuesto para ser firmado.

—¿Y no necesitaría esa firma una certificación notarial? —preguntó Mason.

—Yo puedo resolver todo eso —dijo Fargo.

—Veamos un poco más —le dijo Mason.

Fargo le mostró a Mason el piso bajo y después, al empezar a subir las escaleras para lo alto, dijo:

—Hay un cuarto que no le puedo mostrar a usted,

—¿Y por qué no?

—Es uno de los dormitorios. Es el cuarto de mi esposa y las cosas están allí en desorden.

—¿Qué es lo que ocurre con ese cuarto? —pregunto Mason fríamente—. Yo desearía ver la casa entera antes de decidirme.

—Ciertamente, ciertamente —dijo Fargo conciliador—. Claro que la verá usted. Usted quiere verla toda, pero este cuarto tendrá que verlo más tarde. Es que... bueno, mi mujer hizo el equipaje apresuradamente y... usted ya sabe lo que ocurre cuando se quiere tomar un avión temprano por la mañana. Sus ropas íntimas y demás están..., yo estoy seguro de que ella no querría que nadie viese ese cuarto por el momento. Puede usted fijar cita y volver. Yo le

mostraré los otros cuartos ahora.

Fargo se volvió con aire decidido y le mostró a Mason los dos cuartos de baño de la parte alta, así como también tres de los cuatro dormitorios.

Mason tuvo cuidado de observar la puerta del dormitorio cerrado y de hacer ostensible su desaprobación frunciendo el ceño, pero Fargo se mantuvo firme. La puerta de aquel dormitorio estaba cerrada, y cerrada permaneció.

—Bueno, echaremos un vistazo ahora al exterior —dijo Mason—. El sitio parece estar muy bien. Puede ser que le haga una oferta.

—Me temo que no podré tomar en consideración una oferta —dijo Fargo tratando de mantener firme el tono de su voz—. Ya le he dado el precio más bajo. Es ya sólo cuestión de tomarlo o dejarlo.

—Bueno, ya hablaremos de eso cuando haya visto todo el lugar —dijo Mason.

El abogado bajó las escaleras, siguió a Fargo al patio de la parte de atrás de la vivienda, bajaron a un sótano y después, por el camino de entrada para coches, llegaron a un garaje doble. En éste había un «Cadillac» convertible.

—Yo solamente tengo un automóvil —dijo Fargo— pero hay amplio espacio aquí para dos.

—Ya veo —contestó Mason—. Estos «Cadillac» son magníficos, ¿no es así? Éste es de usted, supongo.

—Sí, claro que lo es. Está registrado a nombre de mi mujer, pero es mío. Y ahora, si usted anda buscando gangas, ninguna puede aventajar a esta propiedad.

Mason dijo:

—Yo tengo otra persona..., bueno, esto es, quizá yo pudiera vivir aquí yo mismo. En ese caso...

—¿Quiere usted decir que desearía que su esposa viese la casa?

—No es mi esposa —dijo Mason—, es la joven que..., bueno...

—Ya comprendo —dijo Fargo.

—No estoy seguro de ello.

—¿Pero causa alguna diferencia el que no lo comprenda?

—No.

Fargo sonrió.

Mason dijo:

—Podría traerla a ella aquí un poco más tarde.

—Pero puede que yo esté ausente —dijo Fargo—. Estoy entrando y saliendo todo el día.

—Está bien. Le telefonearé para una cita.

—Eso será satisfactorio. ¿Quiere usted decirme ahora su nombre?

—No todavía —dijo Mason—. En las transacciones de fincas he comprobado que es una buena idea el permanecer anónimo.

—Pero necesitaría saber su nombre de forma que cuando usted telefonee yo...

—Puede usted llamarme Dinero —dijo Mason— y mis iniciales son M. D.

—El señor M. D. Dinero —dijo Fargo.

—Está bien, y las iniciales. M. D. significan muy duro, de forma que el nombre completo es Muy Duro Dinero, o si usted prefiere, dinero muy duro de soltar.

Mason estrechó la mano de Fargo, caminó rápidamente a su coche y se dirigió a la droguería de la avenida Vanee y bulevar Kramer, y desde la misma cabina telefónica que él había recibido la misteriosa llamada la noche antes, llamó a Paul Drake.

—Hola, Paul —dijo Mason manteniendo la voz baja y hablando con rapidez—. ¿Tienes algunos hombres preparados ya para ponerlos a un trabajo?

—Sí los tengo. Siempre tengo algunos agentes de reserva aquí en la oficina.

—He descubierto algo importante.

—¿En lo de Fargo?

—Sí.

—¿Cuál de ellos?

—El agente de compraventa de fincas del número de la ruta Livingdon.

—¿Su mujer es tu cliente?

—Al parecer, sí —dijo Mason—. Pero a ella no la vi.

—¿Y cómo sabes entonces que es ella tu clienta?

—Porque —replicó Mason— ya tengo la combinación para la caja fuerte del despacho de Fargo.

—¡Oh, oh!

—Manda aquí inmediatamente algunos ayudantes, Paul. Quiero que sea vigilada la casa de Fargo. Necesito agentes bastantes para

que puedan seguir a cualquiera que salga de la casa. Y tienes que darte prisa.

—¿Crees que va a salir alguien de allí?

—Creo que saldrá él.

—¿Y sabes adonde puede ir?

—Sólo sé que va a salir —dijo Mason—. Él quiere sacrificar su casa, mobiliario y todo lo demás y largarse. Yo aparenté que era un tonto y él enseñó los dedos. Cree que me va a vender la casa con todo cuanto contiene.

—Bueno, entonces él no puede largarse antes de que le des una respuesta —dijo Drake.

—No estoy seguro de que lo haga. Se escurrió afuera y trató de ver mi tarjeta de registro del coche. Cuando no pudo encontrarla, entonces tomó el número de licencia de mi auto. Así, pues, irá a comprobarla. Y la respuesta que obtenga puede hacer que se largue y desaparezca.

—Pero escucha, Perry, si le fuiste señalado a él en el cabaret, debe de saber ya quién eres.

—Evidentemente yo no le fui señalado a él —dijo Mason—; a quien le fui señalado fue a su mujer. Yo juraría que él no me conoce. Su rostro no cambió de expresión, ni siquiera en una fracción de milímetro, cuando me abrió la puerta y me vio allí de pie en el pórtico.

—Pero tienes que haberle sido señalado a la esposa.

—Eso sí es verdad.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Fargo me contó que la había llevado a ella al aeropuerto esta mañana para tomar el avión de las seis con destino a Sacramento. Me dijo que ella iba a visitar a sus familiares.

—¿Y no crees que eso sea verdad?

—No creo que se hubiese marchado.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo Mason— hubo llovizna hasta media noche. No creo que él hubiese podido dejar su coche estacionado junto a la acera. Y hay una puerta que conduce directamente desde el garaje a la cocina de la casa.

—Bueno, ¿adónde vas por ese camino? ¿No llevó él el coche al garaje?

—Sí, así lo hizo —dijo Mason—, lo llevó adentro sólo una vez. Hay un camino de grava que conduce al garaje. Y está bastante blando. El coche estaba en el garaje y había solamente unas huellas de ruedas en dirección adentro. Si él hubiese sacado el coche para llevar a su esposa al aeropuerto y luego lo hubiera vuelto a meter en el garaje, entonces tenía que haber tres juegos de huellas.

—¿En dónde crees que está su mujer?

—Bien, puede estar muerta.

—¿En la casa?

—Pudiera ser —dijo Mason—. Yo lo convencí de que me enseñase la casa. Pero había un cuarto cerrado, y mientras nos hallábamos de pie frente a la puerta de ese cuarto, oí perfectamente la respiración de alguien al otro lado de la puerta, alguien que estaba escuchando con el oído pegado al agujero de la cerradura.

—¿La esposa? —preguntó Drake.

—Ignoro por qué, pero no lo creo así.

—Muy bien. Vamos a ponernos a actuar.

Mason dijo:

—Yo voy a regresar allí para vigilar esa casa. Manda tus hombres tan rápido como te sea posible. Me encontrarán con el coche estacionado en un lugar desde donde yo pueda seguir al coche de él si se va. Tendremos que trabajar rápido. Él aún no sabe quién soy yo por ahora, pero ya lo sabrá cuando consiga comprobar el número de la licencia de mi automóvil.

—Muy bien —le respondió Drake—. Entonces les diré a mis agentes que te busquen por las inmediaciones de la casa.

Capítulo 10

Mason dobló con su coche en la esquina y lo estacionó junto a la acera. Desde ese lugar no podía ver la puerta del garaje de Fargo, pero sí el camino de grava para vehículos que conducía al mismo.

El abogado encendió un cigarrillo y se acomodó en el asiento para esperar hasta que los agentes de Paul Drake llegasen a sustituirlo.

Apenas había dado la primera chupada al cigarrillo, cuando un coche retrocedió rápidamente por el camino de grava saliendo a la calle. Al penetrar en ésta, giró de forma que la parte posterior del vehículo quedó en dirección a Mason; luego, el tubo de escape lanzó unas nubecillas de humo y el coche avanzó rápidamente calle abajo.

Mason tiró del contacto de su coche, puso en movimiento el motor y emprendió la persecución del «Cadillac». No tenía tiempo para andarse con discreciones, ni tampoco posibilidades de disfrazar el hecho de que en efecto iba siguiendo al otro automóvil.

Cuando Mason imprimió velocidad a su coche, el que iba delante hizo lo propio, hasta que ambos iban ya lanzados a sesenta millas por hora rodando por un distrito residencial de los suburbios y revelando con toda claridad que el conductor, del «Cadillac» estaba consciente de que el coche que iba detrás lo seguía y tratando, por consiguiente, de escapársele a su seguidor.

El techo del convertible estaba levantado y la ventanilla de atrás, relativamente estrecha, era insuficiente para que Mason tuviese cualquiera oportunidad de percibir algo más que una vaga impresión del conductor.

El auto delantero pasó aminorando la velocidad por una bocacalle del bulevar, pero sin detenerse en ella, cual estaba ordenado. Mason lo siguió. El abogado oyó un quejido de ruedas

patinando, cuando otro coche que venía por el bulevar dio un frenazo para detenerse.

Pero Mason mantenía sus ojos fijos en el coche que iba delante. Éste dio vuelta en una esquina a toda velocidad, patinando las ruedas, y desapareció. En ese momento un policía motociclista se situó al lado del coche del abogado. Se oyó el gemido de una sirena.

—Pare usted.

Mason replicó:

—Escuche, agente, estoy siguiendo a aquel coche que va delante y...

—Pare usted.

—Es que voy siguiendo a aquel otro coche. Yo...

—Pare usted.

El abogado, con el rostro enrojecido por la indignación, paró el coche.

El agente de policía dejó su motocicleta junto a la acera, y volvió junto a Mason.

—Usted no puede ir a esa velocidad. Yo lo observé a usted...

—Es que iba siguiendo a un coche que iba delante. Pudiera ser...

—¿Quién era el que iba en él?

—Alguien relacionado con un caso que investigo.

—¿Es usted detective?

—No. Yo...

—¿Está usted relacionado con el Departamento de Policía?

—No.

—Entonces vamos a echarle una ojeada a su licencia.

Contrariado, Mason presentó su licencia de conducir y dijo:

—Soy abogado.

—Oh, es usted Perry Mason, ¿eh? Bueno, bajo estas circunstancias le dejaré irse con una simple advertencia, señor Mason, pero no obstante las circunstancias, ha de tener más cuidado en los cruces de las calles. Usted iba corriendo toda clase de riesgos con esa velocidad. Otro automovilista tuvo que meter los frenos para evitar el choque con usted. Que esto no vuelva a ocurrir.

—Gracias —dijo Mason—. ¿Puedo dar aquí una vuelta en U?

—Me pareció que dijo que iba siguiendo a un coche.

—Sí, iba... —replicó Mason con claro sarcasmo.

El agente de tráfico dijo:

—Podía imponerle a usted una multa..., ya lo sabe.

—Ya lo sé —le contestó Mason.

Hubo unos momentos de silencio y después el agente de tráfico volvió a su motocicleta, le levantó el soporte y con un gran estampido del motor se alejó en ella.

Mason dio una vuelta en U y regresó a la residencia de Fargo.

Dando vueltas en torno a la manzana, no tuvo dificultad en encontrar a uno de los agentes de Drake estacionado en su coche, casi en el mismo sitio donde antes había estado Mason.

Mason arrimó su auto delante del coche del detective se apeó y se encaminó hacia el hombre que estaba sentado detrás del volante de un sedán sin descripción especial.

El hombre bajó la ventanilla.

—¿Es usted un agente de Drake?

El hombre miró a Mason con pensativo silencio.

Mason le presentó su licencia de conducir y dijo:

—Soy Perry Mason, el abogado. He tomado a mi servicio a la Agencia para actuar en este caso.

—Muy bien —dijo el hombre.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Unos cinco minutos.

—¿Observó usted alguna cosa?

—Que en la casa no entró ni salió nadie.

Mason dijo:

—El coche que yo quería que ustedes siguieran hizo una escapada. Yo traté de seguirlo, pero tuve mala suerte.

—Eso no es difícil que ocurra —dijo el agente lamentativo—. Cuando una persona se da cuenta de que lo están siguiendo, casi siempre se las arregla para deshacerse del seguidor. Todo lo que tiene que hacer para ello es meterse entre el tráfico y rodar constantemente hasta que se encuentra con un cambio de señales a punto de producirse y entonces avanza rápidamente y deja al otro que va detrás para que discuta con la señal de tráfico, si quiere.

—En mi caso —dijo Mason— la discusión fue con un agente de tráfico en carne y hueso.

Los ojos del hombre lo miraron con simpatía.

—Bueno, usted tiene una ventaja con eso.

—¿Qué ventaja? —preguntó Mason.

—Que no tiene que explicarle cómo ocurrió a Paul Drake, ni tiene que escucharle a él explicarle a usted lo difícil que va a resultar explicarle el asunto a su cliente.

—Sí, me imagino eso —comentó Mason sonriendo—. Creo que el caballo ya ha sido robado, pero de todas formas vigilaremos el establo.

Mason se fue con el coche hasta la droguería, telefoneó a su oficina y cuando Della Street estuvo al habla le dijo:

—¿Quieres tomar un taxi y venir aquí a reunirme conmigo?

—¿Dónde te encuentras?

—En la droguería que hay en la esquina de la avenida Vanee y el bulevar Kramer.

—¿Quieres que vaya inmediatamente?

—Sí, ahora mismo.

—Entonces estaré allí dentro de diez minutos —dijo la muchacha.

—Muy bien —le contestó Mason—. Estaré en el mostrador de la droguería tomando una taza de café ¿Hay algo de nuevo?

—Nada de importancia.

—Muy bien, entonces ven a encontrarte conmigo aquí.

Mason colgó, compró una revista en la sección de Prensa del establecimiento, se fue al mostrador, pidió una taza de café y estuvo matando el tiempo hasta que un taxi depositó a Della a la puerta de la droguería.

Mason pagó el café y fue a reunirse a su secretaria,

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ella.

—Estoy comprando una casa. Y tú vas a ser la novia.

—¡Oh, oh!

—No puedes pasar fácilmente por mi esposa —dijo Mason.

—Tú me menosprecias un poco. ¿Por qué no sirvo?

Mason sonrió entre dientes:

—Eres muy critica.

—Ah, ¿era eso? ¿En qué soy critica?

—En todo.

—No me gusta el carácter que me estás atribuyendo. Eso no tiene nada de novia.

—Lo sé —dijo Mason—. Tú estás planeando el cazarme hasta

que estés seguro de que me tienes amarrado. Quieres casarte, pero estás nerviosa e irritable.

»Y ahora que acabamos de comprometernos, en cada ocasión que te sientas demasiado crítica, te retractas y para suavizar las cosas haces algún pequeño ademán afectuoso. Después que ya estemos casados, podrás ponerte impertinente. Nada de cuanto yo hago estará bien. ¿Crees que podrás representar a ese tipo de joven?

—Detesto hasta la simple idea del modelo.

—Particularmente —añadió Mason sonriendo—, si nosotros encontramos uno de los dormitorios cerrados, tú deberás manifestarte contrariada. Dices que quieres ver el interior de ese dormitorio antes de que puedas decidirte respecto a la casa.

—¿Acaso estamos planeando comprar una casa?

—Sí.

—¿Cuál?

—La residencia de Arthman D. Fargo. Vamos a comprarla amueblada y la conseguiremos barata.

—¿Y ahora precisamente vamos a inspeccionarla?

—Exactamente..., siempre que podamos entrar. Salió un coche de ella hace breve tiempo. Es posible que fuese Fargo quien iba guiando, o puede que fuese cualquier otra persona..., quizá su amante..., haciendo comprobaciones por estos alrededores.

—¿Está casado?

—Sí.

—¿Y dónde está su esposa?

—El dice que fue a visitar a su madre en Sacramento. Sin embargo, es posible que su cadáver estuviese oculto en el departamento de equipajes de la parte posterior del «Cadillac» que salió de aquí hace unos minutos.

—¡Qué casa tan divina para una pareja de recién casados! —exclamó Della Street—. Ya me siento encantada con ella por anticipado. Vamos a verla. Siguiéron en el coche de Mason hasta la residencia de Fargo. El abogado estacionó el vehículo directamente frente a la casa y le dijo a Della Street:

—Recuerda que esto es el período de noviazgo y de compromiso. Nosotros todavía no hemos llegado al punto en que nos arrojam mutuamente observaciones hirientes, excepto cuando no nos damos cuenta de ello, y después siempre atenuamos las cosas

mostrándonos un poco de afecto; por lo tanto, espera a que te dé la señal para que comencemos a zaherirnos.

Mason salió de detrás del volante, dio la vuelta por detrás del coche para abrir la puerta por el lado de ella, ayudándola a bajar a la acera.

Ella le sonrió y deslizó su mano en la del abogado. Así enlazados caminaron por la acera.

—Estará muy bien que echemos una mirada por los contornos antes de entrar, Della, para observar las ventajas que ofrece este sitio, e incidentalmente darme a mí una oportunidad para observar las huellas de las ruedas del coche en el camino de grava que conduce al garaje.

Mason llevó de la mano a Della Street al camino de grava.

—Hay un punto blando directamente frente al garaje —dijo él—. Y había solamente las huellas de un juego de ruedas cuando estuve aquí un poco más temprano. Ah, sí, ahora hay las huellas de dos juegos de ruedas. Me temo que nuestro pájaro ha volado.

—¿Qué pájaro? —preguntó Della Street.

—Bueno, digamos la amante de Fargo.

—¿Y él la trae aquí a su casa?

—Ésas son mis suposiciones. Él me dijo que su mujer había tornado el avión de las seis de la mañana para Sacramento.

—La ratita no perdió mucho tiempo en juegos al encontrarse el gato ausente —dijo Della Street.

—Pero —prosiguió Mason— las huellas del coche me indican que él no llevó a su mujer al avión de las seis de la mañana.

»Además de eso —continuó Mason— hay algo en relación con el señor Fargo que decididamente no me agrada. Trató de impresionarme haciéndose pasar por un hombre que tenía muchas cosas en la cabeza. Bueno, regresemos a la parte del frente de la casa ahora, Della. Tocaremos el timbre y entonces tendrás ocasión de formarte tus propias opiniones sobre Fargo.

Mason deslizó su brazo en torno a la cintura de la muchacha y dijo de pronto:

—Della, ¿sabes?, nosotros no necesitamos fingir sobre esta compra; en realidad podríamos actuar ya para quedarnos con ella.

En la risa de la muchacha había algo de adivinatorio.

—Y después yo tendría que estar en esta casa y tu irías a la

oficina y tomarías otra secretaria para que llevase tus asuntos y...

—No —dijo él—, tú podrías continuar siendo mi secretaria.

—¡Nooo! Eso nunca marcha bien y tú lo sabes.

—¿Por qué no marcha bien?

—Maldito si yo lo sé —replicó ella—, pero es así. Supongo que un hombre puede decirle cosas a su secretaria que nunca podría decírselas a su esposa y... Bueno, ya sabes que eso no marcharía bien. ¿Vas a llamar al timbre, o vas a quedarte aquí de pie y...? Jefe, la puerta no está cerrada. Hay una abertura de media pulgada entre la puerta y el marco.

Mason asintió con la cabeza. Después apretó el pulgar contra el botón del timbre. Pasados cinco segundos, volvió a llamar; esperó otros cinco y luego apoyó, sin apartarlo, el pulgar contra el botón.

Desde el exterior podían oír el ruido del timbre dentro de la casa.

Mason frunció el ceño.

—Sabes, Della, es la coincidencia más extraña el que yo tenga la combinación para abrir esta caja de caudales de la oficina.

—¡Oh!

—Desde luego, claro que yo no correría el riesgo de abrirla en ausencia del señor Fargo, pero puesto que la puerta está en parte abierta, podríamos atisbar por la ranura y ver si...

Mason observó por el espacio abierto de la puerta y de pronto lanzó una exclamación y empujó aquélla con el hombro.

La puerta cedió escasamente una pulgada y después se detuvo al tropezar con algún obstáculo que le impedía abrirse.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Della Street.

—Parece ser el pie de un hombre que está tendido boca arriba y se halla completamente inanimado. Creo que haríamos mejor en probar por la puerta de atrás, Della.

Una alegre voz, detrás de ellos, dijo:

—Bueno, bueno. ¿Qué problema es en el que se encuentran estos dos angelitos? ¿Tienen algunas dificultades para realizar su allanamiento de morada?

El teniente Tragg, tomando ventaja de la preocupación de ellos ante la puerta parcialmente abierta, había caminado siguiéndolos con gran suavidad.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? —preguntó Mason

irritado.

—Bueno —dijo Tragg sonriendo—, ocurrió que quería ponerme en contacto con usted, Mason, y puesto que usted parecía un poco difícil de encontrar, entonces decidí mantener una vigilancia corriente sobre la señorita Street y comprobar si ella abandonaba la oficina apresuradamente. Cuando mis vigilantes me informaron de que ella iba evidentemente a toda prisa en un taxi a una cita, les ordené que la siguiesen y me comunicasen las direcciones. Estos coches provistos de radio receptor emisor, son un excelente invento. Y así ya veo que se encuentran ustedes en dificultades para entrar en la casa. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso el hombre que está del otro lado de la puerta no quiere cooperar, o tienen ustedes miedo de ser acusados de allanamiento de morada?

Tragg se adelantó a Perry Mason, puso su mano sobre el tirador de la puerta, atisbo al interior y de pronto se puso rígido.

—Bueno, maldita sea.

—Nosotros acabábamos de llegar aquí, Tragg, y...

—Sí, ya sé que acaban de llegar —dijo Tragg—. Los he seguido a ustedes todo el tiempo desde la droguería donde se reunieron. Mi coche está estacionado a la vuelta de la esquina. ¿Tocaron el timbre?

—Tocamos el timbre —dijo Mason— antes de que la señorita Street observase que la puerta no estaba cerrada. Yo la empujé para abrirla y ver...

—¿Ver qué? —preguntó Tragg al observar que Mason titubeaba.

—Bueno —dijo Mason—, yo quería asegurarme de que el timbre funcionaba y comprobar si había alguna persona en la casa.

—Sí, sí —dijo Tragg—, eso es muy interesante. Supongamos que damos la vuelta hasta la puerta de atrás, Mason.

—¿Quiere que vayamos con usted?

—Sí, quiero que vengan conmigo, Mason. Ahora no quiero perderlo ya de vista. Parece cosa cierta que hay el cuerpo de un hombre tendido allí en el suelo bloqueando la puerta.

—Quizá se trate de un caso de un ataque al corazón —dijo Mason.

—¡Oh, indudablemente! —dijo Tragg—. O bien pudiera ser que se hubiese quedado dormido por casualidad, ¿sabe usted? Pero seguramente habrá usted observado ese coche que está en la

esquina, Mason. Uno de mis agentes está interrogando al conductor de aquél. Yo no quedaría en absoluto sorprendido si descubriésemos que el conductor es uno de los ayudantes de Paul Drake. En realidad me pareció ya reconocerlo cuando pasamos junto a él. Y él hizo señales muy nerviosas cuando me reconoció, tratando de llamar la atención de usted, agitando su mano en el aire y encendiendo y apagando las luces de su coche. Se da el caso de que usted estaba entonces sumamente preocupado conversando con la señorita Street y, por lo tanto, no se dio cuenta de esas señales. Y yo tendré que preguntarle a él cuál era la causa de que estuviese haciéndole a usted esas señales furtivas.

»Sabe usted, Mason, usted está desarrollando últimamente la maldita costumbre de tomar a su servicio agentes de Paul Drake para vigilar una casa, y casi invariablemente el ocupante de esa casa muere al mismo tiempo que esos agentes llegan allí. Si esto continúa así, vamos a tener que ponernos en contacto con las compañías de seguros de vida. Probablemente tendrán que cambiar sus estadísticas, o las tablas de mortalidad, o como quiera que ellos llamen a eso... Vamos a ver, yo creo que será mejor que vayamos por aquí. Usted estuvo también mirando en el garaje, Mason. ¿Cuál era la razón?

—Estaba simplemente viendo este sitio —dijo Mason—. En realidad estaba pensando en comprarlo.

—Oh, ¿de veras? Bueno, usted no me dijo que estaba interesado en la adquisición de inmuebles aquí.

—Lo siento —dijo Mason—, lo siento mucho, mucho. Nosotros hemos estado terriblemente ocupados en la oficina y olvidé de notificárselo a usted. Pero ahora debo decirle que he estado pensando en comprar algunas acciones de los ferrocarriles y creo que también he colocado algún dinero en bonos del Estado. ¿Le parece eso una buena inversión?

—Los sarcasmos no me molestan en absoluto —le replicó Tragg—. En realidad me agradan. Pero ahora vamos a puntualizar esto, Mason. ¿Es verdad que quería usted comprar esta casa?

—Sí.

—¿Ya había hablado usted con el dueño?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—Poco después que le vi a usted.

—Ya comprendo. Usted tenía una cita conmigo para discutir el caso de asesinato y seguidamente corrió aquí para comprar esta finca.

—Andaba buscando en qué invertir dinero.

—¿Entonces usted ha estado en esta casa?

—Sí.

—¿Mientras este hombre..., como quiera que se llame..., estaba con usted?

—Sí.

—¿No es una broma eso?

—No es una broma.

—¿Estuvo con usted todo el tiempo que permaneció dentro de la casa?

—Sí.

—¿No era él un cliente de usted? ¿No lo mandó a buscar a usted y le pidió que viniese aquí?

—No. Yo vine a verlo a él. Le dije que andaba buscando en qué emplear dinero. Ni siquiera le di mi nombre. Él no sabía quién era yo.

—Bueno, eso suena tan turbio como el infierno, Mason, pero dejémoslo así como constancia por el momento. Y ahora echémosle una mirada a ese garaje. Puede, que podamos entrar por aquí.

Caminaron por el camino de grava y Tragg dijo:

—Hace muy poco tiempo que un coche entró o salió por aquí.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Della Street.

Tragg replicó:

—Eso es elemental, mi querida señorita Street. Usted observará que en el camino de grava hay un punto bajo. La grava fue aplastada muy claramente en ese sitio hasta formar una masa de fango y un charco y observará que el agua del charco está fangosa. Si estas huellas no hubiesen sido hechas recientemente, el agua del charco hubiera estado clara. Observe usted que no ha llovido desde la medianoche.

»Veamos ahora, Mason; esta puerta del garaje es de esas que se bajan automáticamente para cerrar. Evidentemente si se aprieta este

botón, la puerta se abre, y después de un intervalo de dos minutos aproximadamente, vuelve a cerrarse de manera automática. Es un nuevo invento que están poniendo en las puertas de los garajes. Muy interesante.

Tragg apretó el botón y la puerta del garaje fue elevándose por medio de un contrapeso, descubriendo que aquél estaba vacío.

—Supongo que en estas circunstancias —dijo Tragg apartándose a un lado—, yo debo ser el anfitrión. Por lo tanto, si quieren ustedes pasar, por favor...

Entraron en el garaje. Tragg echó una rápida mirada en torno y dijo:

—Un garaje para dos coches. Pero evidentemente aquí sólo guardan uno. La otra parte del garaje la utilizan para almacenar cosas. Y ahora supongo que esa puerta comunica directamente con la casa. Vamos a probarla..., ah, sí, no está cerrada con llave.

Tragg hizo una pausa para dirigir una rápida mirada al garaje, y mientras estaba haciendo esto, un mecanismo de reloj chasqueó, puso a funcionar un contacto eléctrico y la puerta del garaje comenzó a bajar y cerrarse lentamente, cortando así gran parte de la luz diurna.

Tragg abrió la puerta de la cocina y dijo:

—Y desde este momento, Mason, creo que usted y la señorita Street harán mejor en seguirme. Y ahora por favor, tengan sumo cuidado en no tocar nada. Conserve sus manos fuera de todo. ¿Comprendieron ustedes?

Mason dijo:

—Como cuestión de hecho, teniente...

—No entablemos conversaciones en este momento si a usted no le importa, Mason. Yo quiero ir por aquí al vestíbulo del frente. Quiero echarle una ojeada a ese hombre que está bloqueando la puerta.

Tragg abrió la puerta oscilatoria de la cocina, para entrar en el comedor; pasó de éste al vestíbulo, y después, repentinamente, se detuvo al observar por la puerta abierta el interior de un dormitorio que estaba en la planta baja y que había sido arreglado para servir de despacho.

—Bueno, bueno —dijo Tragg—; parece ser que han hecho aquí un registro muy apresurado.

Mason miró por encima de Tragg y vio que la puerta de la caja, en el rincón del despacho, estaba completamente abierta. Un montón de papeles y libros había sido colocado sobre el suelo. Había libros de contabilidad abiertos o parcialmente abiertos, unos boca arriba, otros boca abajo y otros de pie sobre sus extremos. Grandes pilas de cheques cancelados se hallaban esparcidos por el suelo. También estaban desparramadas muchas cartas, y una bandeja que evidentemente había contenido tarjetas de fichas de propiedades por orden alfabético, había sido arrojada al suelo de forma que las tarjetas estaban todas desparramadas.

—Muy, muy interesante —dijo Tragg—. Con toda seguridad se trató de alguien que buscaba alguna cosa con gran urgencia. No tuvo tiempo de proceder con orden.

Tragg se volvió de pronto hacia Mason y dijo:

—Quizá pueda usted decirme exactamente qué es lo que ellos buscaban aquí, Mason.

El abogado sacudió negativamente la cabeza.

—Muy bien, entonces miraremos por ahí —dijo Tragg—. De momento el caballero que está tendido en el vestíbulo frente a la puerta merece la preferencia. El... Oh, oh, observe la escalera, Mason.

Habían entrado en el vestíbulo de recepción.

Un reguero de sangre corría escalera abajo. Sangre que parecía haber comenzado apenas a secarse y conservaba su rojo color brillante, más bien que el oscuro en que había de transformarse más tarde.

—Ahora usted y la señorita Street harán mejor en permanecer aquí, Mason. No se muevan. Y no toquen nada.

Tragg avanzó solo y miró al cadáver que estaba tendido sobre la espalda en el vestíbulo, en el piso de madera encerada.

—Parece que usted movió el cuerpo un poquito, Mason, cuando abrió esta puerta. Es decir, usted movió el brazo izquierdo, y hay también una leve insinuación de que quizá movió el cuerpo más o menos una pulgada.

Tragg se inclinó para tomarle el pulso.

—No hay muchas posibilidades de que viva después de una hemorragia como ésta... No, como yo sospechaba, está muerto, pero no hace mucho tiempo que murió. ¿Lo reconoce usted, Mason?

Adelántese un poco para qué pueda verle la cara.

Mason miró abajo a las facciones, ya pobladas con el color de la muerte, de Arthman D. Fargo.

Mason dijo:

—Éste es el caballero que al parecer vivía aquí. Me dijo que su nombre era Arthman D. Fargo, cuando yo hablé con él no hace mucho tiempo.

Tragg miró escaleras arriba siguiendo el reguero de sangre.

—Evidentemente, él fue apuñalado arriba en el segundo piso. Aquí no hay rastros de arma alguna. Fue un terrible corte en el cuello. Después, trató de correr y salir por la puerta del frente, quizá para pedir auxilio, quizá para tratar de escapar; tropezó en la cima de la escalera, cayó por ésta y ya estaba muerto cuando llegó al fondo.

»Y ahora lo siento mucho, pero creo que tenemos que hacer algún trabajo, Mason, y si usted y su estimable secretaria se vuelven por ahí, teniendo sumo cuidado de no tocar nada, yo los acompañaré fuera de la casa por el mismo camino que venimos y luego les voy a pedir a ustedes esperen en su coche, si a usted no le importa, hasta que pueda hacerles algunas preguntas.

»Antes de que yo pueda hablar con usted, Mason, quiero hacer una inspección aquí. Tendré que notificar a la Jefatura y hacer que vengan algunos fotógrafos y un médico forense. Y por todos los medios tendremos que interrogar al detective del señor Drake, que se da la circunstancia de hallarse tan oportunamente apostado ahí fuera en la esquina. Dígame usted, Mason, ¿acaso se las arregla usted para que se produzcan estos asesinatos a unas horas convenidas? Es una coincidencia muy interesante, ¿verdad?

—Sí, muy interesante —dijo Mason.

—Así, pues, usted estaba interesado en comprar esta casa —continuó Tragg, revelando en su voz agudo interés—. Y yo supongo entonces que usted llamó por teléfono a Drake y le pidió que pusiese un ayudante ahí fuera para asegurarse de que no viniera otro comprador y ofreciese más precio que usted. Creo, Mason, que para tratarse de una persona que no sabe quién es su cliente, usted en realidad tiene una habilidad extraordinaria para determinar dónde va a producirse el próximo asesinato. Por aquí, por favor. Voy a hacerle señas a mi conductor para que venga aquí y después

de un rato ustedes y yo vamos a celebrar una charla franca; pero primero quiero saber algo más sobre la situación aquí en esta casa, si a ustedes no les importa.

—En absoluto —dijo Mason—. Hay días en los que no tengo nada que hacer en mi oficina, nada en absoluto.

—Estoy seguro de que así es —dijo Tragg—, por lo tanto, ustedes se divierten escogiendo los sitios donde se van a cometer asesinatos y hacen que Paul Drake sitúe vigilancia allí. Usted es un excelente perro cazador de pájaros, Mason.

Capítulo 11

Mason sólo tuvo disponibles unos breves y presurosos momentos para decirle unas palabras a Della Street, mientras el teniente Tragg iba hasta el borde de la acera para comunicarle sus instrucciones secretas al policía que lo había acompañado a la casa de Fargo.

—¿Contestamos a las preguntas? —preguntó Della Street.

—Todavía no —replicó Mason.

—Él querrá saber en qué forma descubriste este lugar y querrá saber también...

—No puedo decírselo a él, todavía no.

—¿Por qué no?

—Aparentemente mi cliente es la señora Fargo. El presentimiento a que más me inclino es que va a resultar que ella ha desaparecido, pero no puedo estar seguro.

—¿Crees entonces que él la mató?

—Eso es lo que yo pensaba antes. Pero ahora ya no estoy seguro. Alguien le clavó un cuchillo a él. Puede ser que su mujer descubriera que él proyectaba matarla y ella se le adelantó y lo mató a él. En ese caso fue en defensa propia, pero nos va a costar un trabajo infernal el probarlo. También puede ser que él haya matado a su mujer, mandó venir a su amante, le dijo a ésta lo que había hecho y le pidió que se fugase con él. Es posible que ella se negó a hacerlo, dadas las circunstancias. Es posible que ella le dijese que no quería saber nada de eso y que lo amenazara con comunicárselo a la policía; entonces él comenzó a proceder con dureza... y fue apuñalado... Un caso también de legítima defensa propia. Nadie sabe..., todavía no.

—¿Y puedes decirle a Tragg todo eso?

—Suponte que yo estuviese equivocado.

—¿Entonces, qué?

—Yo no puedo decirle a Tragg nada de lo que mi cliente me dijo a mí en forma confidencial.

—¿Es la esposa tu cliente?

—Nosotros recibimos dinero de ella y es de presumir que era la esposa. Ella... Pero cállate, Della, ahí viene Tragg.

El teniente Tragg dijo:

—Métase en el coche con ese agente, por favor, señorita Street, y usted también, Mason. Procuraremos no retenerlos ahí afuera más tiempo que el absolutamente necesario, pero hay unos cuantos hechos que quiero averiguar inmediatamente después que termine mi inspección aquí.

—Siempre encantado de complacerlo a usted, teniente —dijo Mason alegremente.

El abogado y Della Street entraron en el coche. Allí esperaron largo tiempo, durante el cual otros automóviles oficiales llegaron sonando las sirenas, para detenerse luego ante la casa. Aparecieron reporteros, fotógrafos de los periódicos, una ambulancia de un establecimiento funerario, que acudió para levantar el cadáver, y al fin el teniente Tragg apareció apresurándose por el camino de coches, mientras la grava crujía bajo sus enérgicos pasos.

—Siento mucho haberlos hecho esperar tanto —dijo Tragg satisfecho—: pero había unos cuantos ángulos que precisaba comprobar. Y ahora iremos a la jefatura, si a ustedes no les importa.

—¿Por qué no nos hace usted las preguntas aquí, Tragg, y nos ahorra...? —sugirió Mason.

—No, gracias, Mason. Yo creo que la jefatura es el lugar adecuado. Allí tenemos a nuestra disposición todas las facilidades taquigráficas para el caso de que usted quiera hacer una declaración.

—Puedo hacer una declaración aquí mismo.

—A la jefatura —ordenó Tragg haciendo una señal al agente que conducía el coche, y saltó al interior de éste cerrando la puerta tras sí.

Mason comprendió que serían inútiles las protestas y, por lo tanto, se sentó tranquilamente mientras la sirena gemía pidiendo paso a través del tráfico.

Tragg llevó a sus visitantes rápidamente a su despacho en el departamento destinado a homicidios y llamó al taquígrafo de la

policía.

—Siéntese usted ahí y póngase cómodo —dijo—. Y ahora, Mason, desearía saber lo ocurrido.

—Ya le dije a usted, en términos generales, lo ocurrido hoy temprano.

—¿Sobre Carlin?

—Así es. Que me había contratado.

—Sí, sí, ya comprendo. Algún cliente misterioso. Usted no quiso ni quiere mencionar de quién se trata. Es una mujer creo yo. ¿Acaso no pudiera ser la señora Fargo?

—No lo sé.

—¿Y cómo ocurrió que se encontrase usted allí, Mason? ¿Cómo ocurrió que tuviese usted a uno de los ayudantes de Drake operando allí?

—Estaba tratando de averiguar algo sobre mi cliente, sobre la persona que me había telefoneado.

—¿Y lo consiguió usted?

—Francamente no lo sé.

—¿Por qué no?

—Porque no tuve ocasión de desarrollar mis informaciones.

—Pero ¿tenía usted una pista que lo llevaba a Fargo?

—Así es.

—¿Y cómo la consiguió usted?

—Mediante un pequeño trabajo detectivesco.

—¿No le importaría decirme cómo consiguió la pista?

—Por pura deducción, teniente. No pude conseguir averiguar quién me había hecho la llamada telefónica, pero hallé la manera de averiguar el origen de aquélla y..., bueno, Fargo resultó ser uno de los pasibles.

—¿El propio Fargo?

—Quizá su mujer.

—¿Y dónde está ahora su mujer?

—Me inclino a creer —respondió Mason— que está muerta.

Los ojos de Tragg se pusieron por un momento duros como el acero.

—¿Otro más?

—Otro más.

—Usted parece estar dejando un rastro de asesinatos esta

mañana, Mason.

—No, lo que estoy es siguiendo un rastro de asesinatos, teniente.

—Sí. Yo soy quien tengo la razón. Díganos algo sobre la señora Fargo.

—Hablé con Fargo temprano esta mañana. Fingí que estaba interesado en comprar su casa. Dicho sea de paso, Della y yo íbamos a ir allí fingiéndonos una pareja de novios próximos a casarse, que se hallaban interesados en comprar una casa en la que pudiesen establecer su hogar.

—Muy elogiable —comentó Tragg—. ¿Debo presentarles mis felicitaciones?

—Todavía no. Aún no me ha sido posible convencer a Della de esta idea.

—Podría usted encontrar otra cosa peor —dijo Tragg a Della Street—. Pero yo, en verdad, no le aconsejaría a usted que le diese el sí hasta que usted sepa el desenlace de esta última aventura, porque puede muy bien hallarse metido en un lío más serio de lo que él cree.

Mason encendió un cigarrillo.

—¿Y por qué cree que ella está muerta? —preguntó Tragg.

—Porque Fargo me dijo que ella había tomado el avión de las seis de la mañana para Sacramento. Pero no creo que lo hiciera.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que el coche hubiese salido del garaje.

—El coche había sido sacado esta mañana. El...

—Seguro —dijo Mason—, el coche había salido. Tenía que haber salido.

—Y por la misma razón, alguien tuvo que haber salido con él.

—Así es.

—¿Tiene alguna idea de quién?

—En cuanto a la identidad, no. En cuanto a términos generales, podría decir que sí.

—¿Y quién?

—Quizá la amante de Fargo.

En ese momento entró un sargento en el despacho de Tragg, dejó sobre la mesa de éste una hoja de papel doblado y sin decir una palabra volvióse y salió de la estancia.

Tragg desdobló el papel y lo leyó cejijunto.

—¿Conque la amante de Fargo? —repitió hablando lentamente
—. Encuentra usted a la mujer, ¿eh?

—Exacto.

Los ojos de Tragg eran fríos, duros y penetrantes.

—¿Tenía Fargo algo de lo que usted quería, Mason?

—¿Qué?

—Un papel por ejemplo.

Mason meneó la cabeza negativamente.

—¿Está usted seguro de que no me oculta nada?

—Le estoy diciendo todo cuanto me es posible.

—Eso significa cuanto quiere decirme.

—Bueno, quizá.

—¿No es posible acaso que la señora Fargo lo empleó a usted para resolver sus asuntos y que usted estuviese particularmente ansioso de conseguir algún documento que Fargo tenía en su posesión y...?

Mason denegó con la cabeza.

—Tenga usted cuidado ahora —dijo Tragg—. Voy a comprobar los pasos de usted.

—No hay cuidado —replicó Mason—. Ése no es el caso.

—Le dije a usted que ella había ido a Sacramento, ¿eh?

—Así fue.

—¿Y usted no cree que fuese?

—No.

—¿Usted no cree que ella salió de la casa?

—No tengo la prueba más ligera de eso, teniente. No quiero que me sean atribuidas esas suposiciones. Me encontraría en una situación muy embarazosa si usted le hiciese saber a la Prensa cualquier declaración indicando que yo había dicho cosa semejante. Pero si yo estuviese en el lugar de usted, si yo estuviera a cargo de la Sección de Homicidios, conseguiría el número de licencia del coche de Arthman D. Fargo, que dicho sea de paso está registrado a nombre de su mujer, y ordenaría por todos los ámbitos del Estado, por medio de la radio, que lo capturasen. Yo trataría de encontrar ese automóvil lo más pronto posible, y lo primero que haría sería inspeccionar el departamento de equipajes.

—Muy bien, gracias por su consejo —dijo Tragg—. Es de apreciar. Demuestra que está usted desarrollando una mente

profesional, Mason. Pero ya hemos hecho eso. Y ahora, si usted estuviera en mi lugar, ¿qué haría con un señor llamado Perry Mason, quien parece poseer ciertas informaciones que está ocultando?

—¿Qué cree usted que estoy ocultando? —preguntó Mason.

—Las cosas que no me dice a mí.

—Yo tengo virtualmente todas mis cartas sobre la mesa, teniente. Las únicas cosas que no puedo revelarle son ciertos asuntos confidenciales que pueden estar relacionados con mi cliente.

—¿Me lo ha dicho usted todo?

—Todo.

—Entonces —dijo Tragg inclinándose de pronto hacia delante y poniendo en su voz un filo de autoridad—, ¿querrá usted tener la amabilidad de decirme cómo, conforme a esta información que me acaba de ser traída, se da el caso de que las huellas dactilares de usted aparecen en la caja de caudales? ¿Tendrá la amabilidad de decirme la razón de por qué cuando usted trató de abrir la caja de Carlin dio vuelta a la combinación cuatro veces a la derecha y paró en el cincuenta y nueve en un primer movimiento? ¿Por qué la caja de Fargo tiene una combinación que comienza con cincuenta y nueve cuatro veces a la derecha?

Mason dio una larga chupada al cigarrillo.

—Bueno —dijo Tragg—, estoy esperando por su respuesta.

—Me temo —replicó Mason— que no pueda decirle a usted nada más de lo que ya le he dicho.

—¿Abrió usted o no abrió usted la caja de caudales de Fargo, sea antes o después del crimen?

—Ni siquiera miré al interior de la caja —dijo Mason.

—Las huellas dactilares de usted están impresas en toda la combinación.

—No puedo tener culpa de eso.

—Bien quisiera usted no tenerla —manifestó el teniente—. Le estoy dando a usted una oportunidad para justificarse. Si está representando como abogado a una mujer que quería conseguir ciertos documentos de la caja de Fargo, ahora es la ocasión de que usted lo diga.

—Ése no es el caso..., por lo menos no lo es por cuanto yo sé.

—Creo que usted sustrajo un documento de esa caja, Mason.

—Ya le he dicho a usted que ni siquiera miré al interior de esa caja —dijo Mason fríamente—. Prosiga usted y pruébeme lo contrario.

—Pues sí creo que podré probárselo —le contestó Tragg—. Eso es todo. Pueden irse.

Capítulo 12

A una esquina de distancia de la jefatura de policía, Mason se detuvo con su coche para telefonar a la oficina de Paul Drake.

—¿Estás enterado ya de los últimos acontecimientos en el asesinato de Fargo, Paul?

—Seguro —le contestó Drake—. Mi ayudante se las arregló para obtener información y transmitírmela antes de que la policía se apoderase de él. Yo situé a otros hombres en este trabajo, por si acaso. ¿Dónde estás ahora, Perry?

—Aproximadamente a una esquina de la Jefatura de Policía. Della y yo acabamos de ser dejados libres.

—Muy bien —dijo Drake—, venid aquí. Tengo alguna información para ti.

—Muy bien, pero vas a tener que conseguir todavía alguna más —dijo Mason—. Quiero que averigües quién era la amante de Fargo. Quiero que averigües...

—Ya tengo en mi poder la mayor parte de lo que quieres —replicó Drake—. Descubrí que la investigación que estaba realizando en esa otra cuestión conducía directamente a...

—¿Quién es la muchacha? —interrumpió Mason.

—Celinda Gilson —dijo Drake—, que vive en los «Departamentos Farlowe». Ésa es la muchacha que tiene la concesión en el «Ganso Dorado» para tomar fotografías al magnesio de aquellas personas que quieren que el resto del público reciba la impresión de que son casi celebridades, o bien que desean perpetuar el recuerdo de alguna juerga.

—¿Son los «Departamentos Farlowe»?

—Sí.

—Cualquier otra cosa que sepas ya, puede esperar —le dijo Mason—. Te envío ahora mismo a Della a la oficina. Dale a ella un

información completa y ella la pondrá en limpio mecanografiada y clasificada. Yo voy a ver si consigo anticiparme a la policía visitando a Celinda Gilson.

—¿Crees que la policía la anda buscando?

—Creo que puede haber sido ella quien mató a Fargo cuando descubrió que éste había matado a su mujer y que había matado igualmente a Medford D. Carlin. Estoy lo suficientemente comprometido en todo esto y, por lo tanto, quiero averiguar todo lo posible antes de que la policía me cierre todos los caminos. Por descuido dejé mis huellas dactilares en la caja de caudales de Fargo y eso pudiera resultar para mí bastante perjudicial.

—¿Cómo demonio ocurrió que dejases tus huellas en esa caja? —preguntó Drake.

—Estaba tratando de comprobar la clave de una combinación que tenía, con objeto de averiguar si mi cliente era realmente la señora Fargo.

—¿Y abriste la caja?

—Por favor, no cometas la misma equivocación que cometió el teniente Tragg —dijo Mason—. Él estuvo preguntándome repetidamente si yo había abierto la caja. Pero no la abrí. Lo único que hice fue abrir la combinación. Y eso es algo enteramente diferente. Tragg omitió hacerme esa pregunta.

—Muy bien —dijo Drake—, ¿quieres que yo ponga un agente a vigilar a esa muchacha Gilson?

—Santo cielo, no —dijo Mason—. Si pones un agente a vigilarla y la policía lo descubre, jamás conseguirás ya una licencia de detective privado en el resto de tu vida. Ya hemos tenido demasiadas coincidencias hasta ahora, Paul. Voy para allá ahora.

—¿Crees que estará en su casa? —preguntó dubitativo Drake.

—Ésta es mi única oportunidad. Si ella anda por ahí con el coche, la policía la detendrá. Ya han lanzado por radio la descripción del coche de Fargo y no será más que cosa de minutos que aquél sea localizado. Y ahora, Paul, quiero saber todo lo que puedas averiguar sobre la señora Fargo. Creo que ella realmente tiene sus familiares en Sacramento. Quiero saber quiénes son éstos y dónde viven. Actúa rápido en este asunto porque apenas llevamos de ventaja unos pasos a la policía y necesito que la conservemos. Tiene que haber alguna relación entre Carlin y los Fargo. Quisiera

averiguarla... Muy bien, Paul, actúa rápido. Yo me marcho ya.

Mason colgó el auricular y le dijo a Della Street:

—¿Tienes dinero bastante en tu bolso, Della?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Entonces toma un taxi y a la oficina —continuó Mason—. Paul Drake estará allí. Tiene alguna información para ti. Haz que te comunique todo cuanto sepa. Separa el trigo de la broza. Haz que averigüe quiénes son los familiares de la señora Fargo en Sacramento. No creo que haya una posibilidad entre mil de que ella haya tomado el avión de las seis de la mañana, pero comprueba esto y asegúrate de ello. Yo estaré de regreso en la oficina tan pronto como me sea posible. Y en el caso de que esa muchacha Gilson haga una confesión, quiero que estés dispuesta y pronta para saltar a un taxi, reunirte conmigo allí y tomar taquigráficamente lo que ella diga. Ten a mano dinero en abundancia. A lo mejor tenemos que ocultarnos por algún tiempo.

—Ya me pongo en marcha —le contestó Della Street—. ¿En dónde vive esa muchacha llamada Gilson?

—En los «Departamentos Farlowe».

—¿Y sabes dónde están?

—No.

—Voy a verlo entonces —dijo Della Street.

—No, tú vas a la oficina —le dijo Mason—. Yo buscaré la dirección. Consigue un taxi. Puedes encontrar uno ahí afuera.

—Ya me voy, pues —dijo finalmente Della Street, y salió presurosa por la puerta.

Mason buscó en la guía telefónica, encontró la dirección que necesitaba, corrió a su coche y fue deslizándose por entre el tráfico, tan rápido como le era posible, hasta llegar a los «Departamentos Farlowe». Tratábase de un edificio de tipo medio, sin ostentación, dedicado a departamentos y que tenía la puerta de la calle cerrada. Al lado izquierdo de la puerta había una serie de tarjetas con los nombres de los diversos inquilinos, cada una de ellas provista de un botón para llamar, colocado a la izquierda de la tarjeta, y de tubos de comunicación individual para hablar por ellos colocados a la derecha.

Mason encontró un nombre que había sido cortado de una tarjeta de visita grabada en relieve. Ese nombre decía: «Celinda

Gilson Larue». Pero sobre el segundo apellido habían sido trazadas dos líneas tachándolo y quedando sólo, pues, el «Celinda Gilson».

Mason apretó con un dedo el botón correspondiente a esa tarjeta.

Tocó tres veces más antes de que se produjese una especie de silbido en el tubo de comunicación, y después una voz soñolienta de mujer preguntó:

—¿Quién es?

—Un amigo.

—Oh, ¿sí?

—En efecto.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero hablar con usted antes de que lo haga la policía.

—Pero ¿de qué está usted hablando? —preguntó la voz que bajaba por el tubo.

Mason permaneció en silencio.

Hubo una pausa que duró varios segundos y luego la puerta comenzó a producir un zumbido indicando que estaba siendo abierta por medio de un botón eléctrico desde arriba.

Mason tomó nota de que el número del departamento era el 325, empujó del todo la puerta, entró y no se preocupó de esperar por el ascensor sino que subió la escalera de dos en dos.

El pasillo en el tercer piso era más o menos igual a miles de pasillos en casas de departamentos similares. Mason experimentó alguna dificultad en ajustar su vista a la luz escasa que iluminaba el pasillo, pero por fin encontró el departamento que deseaba y llamó con los nudillos a la puerta.

La joven que abrió se estaba restregando los ojos y bostezando al propio tiempo que observaba a Mason con cierto humor interrogante.

Estaba vestida con bata de casa y zapatillas. No llevaba en el rostro maquillaje alguno. Dijo:

—Así, pues, se supone que es usted un amigo. Y siendo un amigo, ¿es capaz de hacerme levantar a esta hora?

—Oh, vamos —contestó Mason—. A una hora tan tardía...

—No lo es para mí. ¿Qué es lo que usted desea?

—Quiero hablar con usted.

—Pues hable usted entonces.

—Pero no quiero estar aquí de pie y hablar.

—Éste es un departamento de un solo cuarto. Y yo estoy en la cama. Sea usted sensato.

—Es que no quiero hablar aquí en el pasillo. Sea usted sensata.

—El hecho de que usted quiera hablar conmigo no significa que va usted a venir a imponerse en mi casa... ¿De qué quiere hablarme?

—De Fargo —dijo Mason.

No había luz bastante en el pasillo para poder descubrir la expresión en los ojos de la muchacha. Éstos miraron fijamente a Mason por un momento y luego la joven se echó para atrás abriendo del todo la puerta y dijo:

—Entre usted.

Mason entró y ella cerró tras ellos.

Era un departamento sencillo y pequeño, amueblado y provisto de una minúscula cocina y baño. Había una falta absoluta de gusto individual en aquel lugar y era singularmente poco acogedor. El mobiliario estaba todo a un lado de la pared para dejar sitio a la cama empotrada, que había sido bajada. Una sola lámpara de pie despedía escasa iluminación.

—Las sillas están todas empotradas en la pared —dijo ella—. Y esa butaca con relleno no es muy cómoda. Arrástrela usted y siéntese. —Ella se descalzó las zapatillas, saltó sobre la cama, metió los pies bajo el cuerpo, tiró de los cobertores hasta cubrirse las rodillas, puso los almohadones unos sobre otros contra la baranda de la cama metálica y dijo—: Muy bien, prosiga usted y dispare lo que traiga.

—¿Sabía usted que Fargo era casado? —preguntó Mason.

Ella vaciló un momento, después sus miradas se encontraron y dijo:

—Sí.

—¿Cuándo lo vio a él por última vez?

—Anoche.

—¿A qué hora?

—A eso de las diez. Estuvo en el establecimiento donde yo trabajo.

—¿El «Ganso Dorado»?

—Sí. También usted estuvo allí. Lo vi con una muchacha. Ya sé

quién es usted. Usted es Perry Mason. Dejémonos de andarnos por las ramas. ¿Qué es lo que quiere? Usted es abogado. ¿Representa a la esposa?

—No estoy dispuesto a hacer declaraciones.

—¿Qué es lo que ella quiere?

—No puedo contestarle a eso.

—¿Y qué es lo que quiere usted?

—Información.

—¿Respecto a qué?

—¿No le importa que fume? —preguntó Mason.

—No, en absoluto —contestó ella señalando a una taza de cobre que hacía las veces de cenicero y que estaba a medio llenar con colillas.

—¿Quiere usted fumar también? —preguntó Mason.

—Yo..., bueno.

Mason sacó su pitillera del bolsillo, le dio un cigarrillo a la muchacha, tomó otro para sí y encendió los dos con un fósforo.

La muchacha aspiró una larga bocanada de humo, después se quitó el cigarrillo de los labios, lanzó el humo en columnas gemelas por las comisuras de la boca y dijo:

—Prosigamos, pues, con esta inquisición.

—¿Es usted la amiga de Fargo? —preguntó Mason.

Ella dudó y luego, mirando a los ojos del abogado, dijo:

—Sí.

—¿Muy amiga?

—Íntima, si es eso lo que usted busca averiguar.

—¿Cuánto tiempo hace que son ustedes... íntimos?

—¿Le interesa a usted acaso eso?

—Creo que sí.

—Pues unos seis meses.

—¿Le habló él de casarse con usted?

—No sea usted tonto. Él ya está casado.

—¿Y eso qué le importa a usted?

—Usted es abogado. Por lo tanto, puede contestarse a sí mismo esa pregunta.

—Muy inteligente, ¿eh?

—Pues no lo parece, ¿verdad?

—En realidad, ¿qué esperaba usted obtener de esa amistad? —

preguntó Mason.

—No puedo decirlo.

—Pero seguramente que usted esperaba algo.

—Eso es cosa de él.

—¿Discutió usted alguna vez eso con él?

—No.

—¿Es él un casado feliz?

—No.

Mason dijo con naturalidad:

—Usted ya sabrá seguramente que él murió.

La muchacha saltó convulsivamente sobre la cama como si se hubiera producido una explosión en las inmediaciones y después trató de dominar su sistema nervioso contra la sorpresa.

—¿Lo sabía usted? —preguntó Mason.

—¿Es eso una broma? ¿Está usted bromeando?

—Está muerto —dijo Mason—. Creo que fue asesinado.

—Entonces fue ella quien lo hizo —dijo Celinda Gilson con acento convencido.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ella estaba dispuesta a hacerlo. Él..., él esperaba que lo hiciese.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque él me lo dijo.

—¿Entonces Fargo había tenido dificultades con ella?

—Sí.

—¿Qué clase de dificultades?

—No lo sé —dijo ella con desaliento—. ¿Cómo le llaman ustedes a las dificultades que experimentan dos personas que están casadas y viven juntas hasta que se sienten tan terriblemente cansadas una de otra que quieren romper y separarse, pero no tienen la posibilidad de hacerlo? Se atacan el uno al otro los nervios, se molestan, y la mujer probablemente amó en otra época al marido, pero eso ya pasó, y lo que él hace ahora es irritarla al último extremo, pensando sobre todo que está unido a ella día y noche..., y a su vez él piensa lo mismo de ella.

»La mujer dice cosas que hieren los sentimientos del marido, y por su parte, él dice cosas que hieren a la mujer.

»Él está siempre agresivo con ella, y a su vez ella cree que ya no

hace nada que pueda agradarle a él. La mujer trata de hacer lo mejor que puede, y entonces el autorrespeto la lleva a entregarse a sí misma, aferrarse a su criterio y luchar contra el marido. Y al final, lo primero de que se dan cuenta es de que son como un perro y un gato encerrados en una jaula y por último explota todo y van al divorcio.

—¿Es eso lo que usted hizo en una ocasión?

—Eso es lo que yo hice —contestó ella—. Es por ello por lo que usted vio mi tarjeta abajo, señor Mason, con el nombre de Larue tachado. Yo saqué de mi vida a aquel hombre y taché su nombre de la lista.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ocho meses.

—¿Está usted divorciada?

—Todavía no. Me limité por ahora a tachar su nombre.

—¿Y por qué no está divorciada?

—Porque él no quiere pagar los gastos, y maldito si yo voy a gastar el dinero que gano tan duramente para comprar la libertad de él. Él anda por ahí con unas y con otras, y más pronto o más tarde algún bomboncito con faldas lo atraparé y querrá meter las uñas en el dinero de él. Él se dejará atrapar y entonces querrá su libertad. En ese momento, él vendrá a mí para ver de conseguir el divorcio.

—¿Y usted qué hará?

—Probablemente resistiré hasta que me dé algún dinero —replicó ella—. Después de todo, yo viví con ese sujeto durante cinco años. Por lo tanto, tengo derecho a algo. Hace cinco años yo tenía mucho que ofrecer, pero ahora yo..., bueno, una gran parte de mis encantos ya se han desvanecido.

—Parece ser muy filosófica.

—Trato de serlo. Cuénteme sobre Arthman. ¿No está usted hablando en broma?

—No. Está muerto.

—¿Asesinado?

—Creo que fue asesinado.

—¿Dónde está su esposa?

—Se supone que está visitando a su madre en Sacramento.

—¿Cuándo se marchó?

—Ésta mañana.

—¿Y cuándo fue asesinado Arthman?

—Hace una hora y media o dos.

—Usted compruebe dónde está su esposa —dijo la muchacha convencida—. Y entonces descubrirá que fue ella quien lo mató.

—¿Y usted no sabe nada sobre esto?

—Nada en absoluto.

—¿A qué hora se acostó usted?

—A eso de las cinco de la mañana.

—¿Vive aquí sola?

—¿No lo parece así?

—¿Estaba usted dormida cuando yo toqué el timbre?

—Así es.

—¿Y estaba usted en la cama desde las cinco de la mañana?

—Sí, estaba.

—¿Dónde estaba usted a eso de las diez de la mañana de hoy?

—Exactamente aquí, con mi cabeza sobre esta almohada. ¿Por qué? ¿Acaso alguien trata de cargarme a mí el crimen?

—¿A qué hora cierra el «Ganso Dorado»?

—A eso de las dos.

—¿Y dónde estuvo usted entre las dos y las cinco?

Ella sacudió la cabeza negativamente y dijo:

—Eso no es asunto de usted. Eso implica a otras personas. Yo trato de no ser hipócrita. Le digo a usted las cosas que sólo me conciernen a mí y así está bien, pero cuándo conciernen a alguien más, ya es diferente.

—¿No estaba usted sola? —preguntó Mason.

—No —contestó ella burlona—. Yo no estaba sola. Hay multitud de cosas por las cuales yo he pagado un precio. Y estoy logrando más cosas por las que también pagaré su precio. Estoy viviendo mi propia vida y me he ganado el derecho de ser independiente.

—Hablemos en términos realistas.

—Yo creí que ya lo estábamos haciendo.

—A eso de las diez y media esta mañana, ¿no estaba usted en un dormitorio con la puerta cerrada de la casa de Arthman Fargo, en el número 2.281 de la ruta Livingston?

—No.

—¿En dónde estaba usted?

—Aquí exactamente.

—¿Sabe usted conducir?

—Seguro.

—¿Y no sacó usted el «Cadillac» de Arthman Fargo fuera de su garaje hace un par de horas aproximadamente y...?

—No sea usted tonto.

—¿No sacó usted el coche?

—No.

—¿Qué es lo que sabe sobre la señora Fargo?

—Nunca he hablado con ella. La he visto a ella... en el «Ganso Dorado». Él la acompañó allí anoche.

—¿Y qué es lo que sabe de ella?

—Eso no creo que debe ser mencionado, a menos que..., bueno, a menos que sea verdad que Arthman ha sido asesinado.

—Es verdad.

—¿Y cómo puedo comprobarlo yo?

—Usted lo comprobará más pronto de lo que espera. A menos que se estime muy por debajo el grado de inteligencia del teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, usted va a ser interrogada muy a fondo.

—Por mí no hay inconveniente. Yo soy libre, de raza blanca, tengo veintiún años y vivo mi propia vida.

—¿Y qué sobre la esposa de Fargo?

—Si Arthman Fargo está muerto, señor Mason, entonces fue asesinado por Myrt.

—¿Quién es Myrt?

—Myrtle, su esposa.

—Parece estar muy convencida.

—Sí lo estoy.

—¿No le importaría decirme qué es lo que usted sabe para que esté tan segura de ello?

—Ella es una tontuela llena de vanidad. Ella no lo quiere. Ella preferiría encontrarse en otro lugar.

—¿Dónde? ¿Lo sabe usted? —preguntó Mason.

—¿Dónde qué?

—¿Dónde le gustaría encontrarse?

La muchacha meneó la cabeza negativamente y dijo:

—Es muy reservada.

—¿Cree que hay algún otro hombre?

—Desde luego.

—¿Y qué es lo que le hace pensar eso?

—Multitud de cosas.

—¿Usted no tiene idea de quién pueda ser él?

—No tengo ni la más remota idea y no creo que Arthman la tuviese tampoco.

—Dejémonos de andar con rodeos. Yo tengo razones para creer que usted estaba en un dormitorio del piso alto de la casa de Fargo esta mañana. Tengo razones para creer que usted sacó el «Cadillac» de Fargo y realizó una rápida carrera en torno a la ciudad tratando de desprenderse de alguien que la iba siguiendo. Creo que usted abandonó el coche en algún lugar donde no lo relacionarían con usted. Tengo razones para creer que el cadáver de Myrtle Fargo puede encontrarse en el departamento posterior de equipajes de ese coche. Eso, desde luego, es un conjunto de suposiciones. Usted bien pudiera tener algo que ver con el asesinato de Myrtle Fargo, o también pudiera ser que no supiese nada de ello. ¿No quiere que hablemos sobre eso?

—Yo no quiero ya hablar de nada. Usted está jugando sus cartas con demasiada rapidez, muchachote. Yo he tratado de seguir su juego. Hasta ahora lo hice bastante bien. El problema es que usted sabe cuáles son los triunfos y yo no.

—Cuando la policía haya encontrado el coche —dijo Mason— descubrirá las huellas dactilares de usted en el volante.

—¿Y cómo sabe usted que las encontrarán?

—Porque la policía ha comenzado a buscar a la mujer implicada en este caso.

—¿Quiere eso decir yo?

—Quiere decir usted, y revisarán todo ese coche en busca de huellas dactilares.

—Está muy bien.

—Y —prosiguió Mason— si usted mató a Arthman Fargo, puede resultarle mucho mejor el que se adelante y diga que lo mató y que tuvo que matarlo en defensa propia después que usted descubrió que él había matado a su mujer. Es preferible para usted esto que el tratar de andar con rodeos y al final encontrarse acusada de asesinato. Yo no quiero ser el defensor de usted. No estoy en

condiciones de aconsejarla, ni lo estoy haciendo como abogado, pero eso es algo en lo que usted debe de pensar. Se trata de un sentido común acertado.

Ella se deslizó hasta el borde de la cama mientras la bata se le enrollaba hacia lo alto descubriendo sus piernas y revelando que no llevaba puestas ningunas otras ropas. Después se puso en pie, se envolvió en la bata y dijo:

—Míreme bien, señor Mason.

—Ya la estoy mirando.

La muchacha añadió:

—Usted cree que yo soy una mujer endurecida. Usted cree que yo ya estoy más allá de todas las cosas. Usted piensa que yo trabajo en un cabaret. Usted cree que yo ando sólo a sacar dinero. Pues bien, siga y piense todo lo que quiera.

»Tengo veintiséis años. He visto mucho en este mundo. Cada hombre que he conocido iba a lo suyo. Muchas veces me he dicho a mí misma: «Bueno, y ¿por qué no, Celinda? ¿Por qué no seguir adelante y andar a lo tuyo?». Pero entonces, por una causa o por otra, siempre me he dominado. Siempre he tratado de subir. Me gusta Arthman Fargo. Si está muerto, eso va a ser algo terrible para mí. Pero puedo soportarlo. He soportado multitud de cosas en mi vida. Me han tirado de la alfombra de debajo de mis pies, precisamente cuando yo pensaba que estaba más firmemente sobre ella. Después que usted se marche de aquí, me sentaré y me destrozaré los ojos llorando y tendré un aspecto horrible cuando vaya a trabajar esta noche. Pero en estos momentos mantengo la cabeza alta y lo miro a usted cara a cara.

»Bien sé que usted no está interesado en mis sentimientos ni en mi pena. Yo suponía que usted tenía alguna razón para venir aquí. Yo suponía que cualquiera que sea su razón, está tratando de lograr algo que resulte en beneficio de su cliente y no en beneficio mío. Yo suponía, que debería mirarlo a usted como a un enemigo. Pero parece una persona decente y tiene fama de ser un jugador honrado. Y ahora esa es mi historia y yo...

La muchacha se detuvo al oír el insistente zumbido del timbre.

—¿Qué es eso? —preguntó Mason.

—El timbre de la puerta —contestó ella.

—¿De la puerta de la calle?

—No, de la puerta del departamento, aquí. Algún mendigo probablemente. No le dé usted importancia. Entran y llaman durante un rato, pero después se van y...

El timbre sonó de nuevo. Se oyeron golpes de nudillos sobre la puerta y una voz dijo:

—Abran.

Mason se puso en pie y dijo:

—Bueno, gracias por su entrevista. Creo que hará usted mejor en abrir. Esa voz me suena a la de alguien que yo conozco.

La muchacha se dirigió a la puerta y abrió.

El teniente Tragg y un detective vestido con ropas de paisano estaban de pie en el corredor.

—Celinda Gilson, el teniente Tragg. Celinda, éste es el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios. Quiere preguntarle a usted algunas cosas respecto a Fargo.

Tragg no fue capaz por completo de ocultar su sorpresa y respondió:

—Maldito si no había de estar usted aquí, Mason. ¿Es ésta su cliente?

Mason meneó la cabeza denegando.

—Bueno —dijo Tragg con forzada delicadeza—. No queremos interferir en sus incontables ocupaciones, Mason. Ésta es una ocasión en que no vamos a retenerle.

—Muchas gracias —replicó Mason con tono irónico, y después dirigióse a la puerta y se fue.

Capítulo 13

Eran bien pasadas las dos de la tarde, cuando Mason abrió la puerta de su despacho privado y penetró en él, encontrándose allí a Paul Drake y Della Street, sumidos en una conversación en voz baja.

—Hola —dijo Mason alegremente—. Parecéis una pareja de conspiradores.

—Y lo somos —contestó Della Street.

—Creo que hemos encontrado el hilo, Paul. Y es esa Celinda Gilson. Ella trató de fingir que estaba profundamente dormida cuando toqué el timbre, pero se denunció a sí misma. Es una gran fumadora y, no obstante, cuando estaba frotándose los ojos y haciendo todos los aspavientos para aparentar que acababa de despertarse, no se preocupó en forma alguna por un cigarrillo. Sin embargo, cualquier persona que sea realmente fumadora, un cigarrillo es lo primero que necesita al despertarse por la mañana. El cenicero revelaba que es una tremenda fumadora. Yo le ofrecí un cigarrillo y no se mostró muy deseosa de él, sino que dudó un momento antes de aceptarlo. Pienso que estaba a punto de contestarme instintivamente que había fumado demasiado o algo por el estilo y... ¿Qué es lo que ocurre?

Drake dijo:

—Tu teoría es falsa, Perry.

—¿Qué teoría?

—La de que Fargo mató a su esposa.

—¿Por qué es falsa?

—Porque no la mató.

—Dispara lo que sepas.

—Al fin conseguimos obtener los antecedentes de los Fargo, excavando hasta encontrar su solicitud de matrimonio. En ella encontramos el nombre y dirección de la madre. Ésta vive en

Sacramento. La llamamos a ella, como precaución elemental.

—Caramba —dijo Mason—. ¿Y qué dijo ella?

—Dijo que su hija estaba ahora camino de Sacramento en un autobús y que llegaría esta noche.

—Personalmente no creo que eso sea verdad. Sin embargo, si lo es estamos metidos en un tremendo conflicto.

—¿Cómo es eso posible si ella es tu cliente y está sana y salva y...?

—Y su marido ha sido lindamente asesinado clavándole un cuchillo en la garganta. ¿A qué hora salió ese autobús de aquí?

—Probablemente es el autobús que sale de aquí a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana.

Mason comenzó a pasearse por la estancia.

—Tenemos que conseguir noticias de esa mujer de alguna manera.

—¿Cómo es eso? —preguntó Drake.

—Porque ella va a necesitar presentar una coartada, Paul.

—Bueno, pero si ella está de viaje en un autobús, eso ya constituirá una buena coartada.

—Ella va a necesitar una coartada muy sólida —replicó Mason—. Éste es un caso de asesinato. Nadie puede saber lo que ocurrirá. Quizá Tragg decida atribuírselo a ella. Ella necesitará saber el nombre de sus compañeros de viaje que puedan confirmar que... Della, contrata un avión privado. Quiero uno rápido. Paul, consigue el horario de ese autobús y sus puntos de parada. Della, vienes conmigo. Recoge todos los informes que tengas, así como los de Drake y todos los datos. Consigue la dirección de la madre. Lleva todos los informes de hechos que ya tengamos. Vamos a tener que comenzar por obtener las pruebas necesarias para una coartada, y lograrlo rápidamente.

Della Street tomó el auricular del teléfono que conectaba con la centralita y dijo:

—Gertie, ponme en comunicación con la empresa de alquiler de aviones. Diles que queremos contratar el avión más rápido que podamos para llevarnos a Sacramento...

—Stockton —rectificó Mason—. Vamos a Stockton.

—Stockton —dijo Della Street al teléfono—. Tan pronto como consigas hablar con la persona necesaria, comunícame con ella.

—¿Por qué a Stockton? —dijo Drake.

—Porque —replicó Mason— tú vas a ponerte al teléfono, hablarles a tus representantes en Sacramento, hacer que envíen agentes a la casa de Myrtle Fargo allí y que consigan que ella vaya a nuestro encuentro a Stockton. Allí, nosotros esperaremos por el autobús. Ella nos presentará a su hija. Nosotros haremos que nuestros agentes se mezclen con los pasajeros y consigan nombres y direcciones de éstos. Vamos a precisar de testigos, de muchos testigos.

—¿Crees que la cosa es tan seria? —preguntó Drake.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —dijo Mason—. Pero si resultase ser serio en extremo, no quiero que nuestras pruebas se encuentren esparcidas a los cuatro vientos. Consigamos testigos y vayamos a buscarlos.

Capítulo 14

Los altavoces de la estación de autobuses estaban precisamente anunciando la llegada del autobús número 320, de Modesto y en ruta para Sacramento, cuando Mason fue abordado por un hombre delgado, de aspecto profesional y de unos cincuenta y cinco años de edad, vestido tan discretamente que hasta sus ropas parecían de una moda anticuada. El hombre, después de observar de arriba abajo al abogado, preguntó:

—¿Es usted el señor Mason?

Mason asintió con la cabeza.

—Yo pertenezco a la filial de la Agencia de Detectives Drake en Sacramento. Tenemos aquí a la señora Ingram. ¿Quiere usted hablar con ella? El autobús está a punto de llegar. Viene completamente lleno. Es un autobús de cruce por aquí, sabe usted, y no venden billetes para él en esta parada, salvo cuando tienen asientos libres. Nosotros tenemos ya dos billetes que fue todo lo que pudimos conseguir.

—¿Cuánto tiempo para el autobús aquí?

—Cinco minutos.

—¿Hay alguien más con usted?

—Sí, tengo conmigo a otro agente.

—Muy bien, ustedes se llevan los dos billetes. Suban al autobús. Consigan los nombres y direcciones de todos los pasajeros. Tendrán ustedes que proceder con tacto y...

—Ciertamente —dijo el detective—, ése es mi oficio. Comprendemos todo eso, señor Mason.

—Muy bien. Consigan esos nombres y direcciones —continuó el abogado—. Sobre todo quiero los de los pasajeros que realizan el viaje completo. Y los de aquellos que hayan hablado con una señora joven que nosotros le señalaremos a usted.

—Aquí vienen los pasajeros —dijo el detective.

—Ahora voy a hablar con la señora Ingram —manifestó Mason.

El abogado avanzó para ir al encuentro de una mujer de labios finos, de unos cincuenta y tantos años, que parecía completamente desconcertada.

—Entonces es usted el señor Mason —dijo ella—. Bueno, sólo Dios sabe que ignoro todo de cuanto se trata. Dicen que usted es un abogado muy bueno y yo ciertamente espero que sepa lo que está haciendo. Mi hija es una buena muchacha, señor Mason, una buena muchacha. No tenga usted la menor duda de esto. Ella no puede hallarse mezclada en nada turbio. Yo no sé a qué se debe todo este lío, pero voy a hacerlo a usted responsable de lo que ocurra. Eso de proceder en esta forma...

Mason la interrumpió para decirle:

—No estamos por completo seguros de que su hija venga en este autobús.

—Desde luego que viene. Ella anunció que vendría.

—Han ocurrido algunos hechos extraordinarios y totalmente inesperados, señora Ingram. Hay una posibilidad de que su hija...

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

La señora Ingram se volvió. Su mirada se ablandó ligeramente, pero su boca de labios finos permaneció firme y dura.

—¡Cómo, Myrtle! Bueno, santo cielo, la forma en que tú le das sorpresas a la gente..., tú...

—¿La forma en que yo doy sorpresas? Tú eres la que me has dado una sorpresa a mí. En nombre del cielo, ¿qué estás haciendo aquí?

La señora Ingram dijo:

—Yo no soy la causante de todo esto. Éste es el señor Perry Mason y ésta la señorita Street, su secretaria.

Los ojos de Myrtle Fargo se posaron en la cara de Mason. Por un momento el rostro de la mujer se llenó de rubor y sus ojos se agrandaron.

—¿El señor Mason? —dijo ella con una voz que apenas si era más que un susurro.

—¿Me conoce usted de vista, señora Fargo?

—Sí. Yo... Me fue usted señalado... ¿Qué es lo que está usted haciendo aquí?

—No tenemos tiempo para explicaciones ahora. Las cosas están muy serias. ¿En qué sitio del autobús venía usted sentada?

—En el..., veamos, el segundo sitio a contar del frente, a mano izquierda.

—¿Por el lado de la ventanilla o del pasillo?

—En el de la ventanilla.

—¿Sabe usted quién venía sentado a su lado?

—Sí. Una mujer muy simpática. Ella...

—¿Dónde subió ella al autobús?

—Bien, no lo sé. Ah, sí, en algún lugar en el Valle. Vino conmigo durante bastante tiempo.

—¿No estaba ella en el autobús cuando salieron ustedes de Los Ángeles?

—Cielos, no lo sé. No me di cuenta de ella hasta algún tiempo después.

—¿La ve usted ahora por aquí?

—Claro que sí, allí está de pie junto al puesto de periódicos.

La voz del micrófono tronó:

—El autobús número 320 sale para Sacramento. Por favor, tomen asiento los pasajeros.

La señora Fargo preguntó:

—Pero, por favor, ¿a qué se debe todo esto? Mamá, ¿puedes venir conmigo? Puedes...

—No, ustedes van conmigo —dijo Mason—. Nosotros vamos a ir a Sacramento en un coche de alquiler. Llegaremos allí antes que el autobús, de forma que podremos interrogar a algunos de los pasajeros.

Los pasajeros enfilaron por las puertas y subieron al autobús. Mirando por las ventanillas al interior, Mason vio al detective y a su ayudante actuando ya, sonriendo afablemente a la par que con todo tacto hacían preguntas a los pasajeros y obtenían sus nombres y direcciones.

—Y ahora —dijo Myrtle Fargo—, ¿tendría usted la bondad de decirme la causa de todo esto?

—Bueno, lo mismo diría yo —interpuso la señora Ingram—. Esta manera de proceder me tiene desconcertada. Tengo la impresión de que no puedo serenarme. Jamás me vi precipitada en nada semejante, trayéndome y llevándome de un sitio para otro. Myrt,

¿qué es lo que has hecho?

—Nada en absoluto, mamá.

—Quizá podríamos aplazar la mayor parte de esas preguntas hasta más tarde —dijo Mason.

—Tonterías, señor Mason. No tengo nada en absoluto que ocultarle a mi madre.

—¿Dijo usted que yo le había sido señalado a usted?

—Sí.

—¿Dónde?

—En un cabaret nocturno. Déjeme ver, fue..., caramba, si fue anoche mismo. La señorita Street estaba con usted, ¿no es verdad, señorita Street?

—¿Usted, en principio, proyectó tomar el avión de esta mañana, señora Fargo?

—¿Tomar el avión?

—Sí.

—Cielo santo, no. El tiempo para mí no es tan precioso como todo eso. A mí me gusta viajar en autobús. En los autobuses se conoce a gentes muy interesantes...

—¿No le dijo usted a su esposo que iba a tomar el avión?

—No.

—¿No la llevó él a usted al aeropuerto esta mañana?

—¿Que mi esposo me llevó al aeropuerto? No diga tonterías. ¿A qué hora de la mañana? Pero si él no sería capaz de levantarse y perder su sueño por nada de este mundo. Yo me deslicé a la planta baja de la casa, me preparé un pequeño desayuno, tomé el tranvía y después el autobús de las ocho y cuarenta y cinco.

—Pues él me dijo que la había llevado a usted en el coche al aeropuerto.

—¿Arthman Fargo le dijo a usted que me había llevado al aeropuerto?

—Sí.

—¿Cuándo le dijo a usted eso?

—A eso de las nueve de esta mañana.

La mujer sacudió la cabeza negativamente y dijo:

—Debió de estarle tomando el pelo. Él sabía muy bien que yo iba a tomar el autobús. Yo siempre viajo así, ¿verdad, mamá?

—Pues claro, así lo creo. La mayor parte de las veces. Desde

luego, tú viniste aquí en el avión en una ocasión.

—Pero me puse enferma a mitad del camino y entonces decidí que no viajaría más en avión. Y luego he viajado siempre en estos autobuses y disfruto con ello enormemente.

—Sí, así me parece —interpuso la madre—, pero, por favor, ¿querrá alguien explicarme qué es lo que ocurre? Yo ya no soy una mujer joven y me han traído y llevado de un lado para otro hoy al extremo de que ya no puedo...

—Señora Fargo —dijo Mason—, a ver si nos ponemos de acuerdo definitivamente. Usted no precisa decirme más de lo que usted quiera, pero usted fue a una droguería en la esquina de la avenida Vanee y el bulevar Kramer la noche pasada e hizo una llamada telefónica, ¿no es verdad?

La mujer meneó lenta y negativamente la cabeza y después de un momento replicó:

—¿Y qué tendría eso que ver con lo demás?

Mason dijo impaciente:

—No me mienta usted. La cuestión es demasiado importante para eso.

—Señor Mason —interrumpió bruscamente la señora Ingram—, es a mi hija a quien está usted hablándole así. Y ella es una buena muchacha. No se atreva usted a acusarla de mentir. Ella no le mentiría a nadie. No es una muchacha de esa clase. No tiene por qué mentir. Es una mujer decente, respetable, casada y...

—Muy bien. No tenemos tiempo para proceder con tacto. Su marido ha muerto —dijo Mason.

—¡Cómo! —exclamó la señora Ingram.

Myrtle Fargo se tambaleó ligeramente. Sus ojos se agrandaron y exclamó:

—Arthman... muerto.

—Así es —dijo Mason—, y por lo que a nosotros concierne, precisamos dejar de lado todas las manifestaciones dramáticas y demás. Tengo idea de que la policía va a entrar en acción en este asunto dentro de una hora o dos. Y nosotros tendremos que recorrer mucho camino y con toda rapidez. Y ahora dejemos de andar jugando a quién tiene el botón.

—¡Arthman..., cómo, es imposible! Estaba en perfecta salud. Él...

—Fue asesinado —interrumpió Mason.

—¿Cómo?

—Alguien le clavó un cuchillo a un lado de la garganta. Al parecer, este pequeño rasgo de afecto, si tal podemos llamarlo, tuvo lugar en el piso alto de su casa a alguna hora entre las diez y las diez y media de esta mañana. Él trató de correr fuera de la casa. Consiguió llegar hasta la cima de la escalera y allí, al parecer, perdió el sentido, rodó por aquéllas y quedó tendido en el vestíbulo de recepción, a unos dos pies de distancia de la puerta. ¿Sabe usted algo sobre eso?

—¿Que si sé algo sobre eso? ¿Cómo, señor Mason, qué quiere usted decir? Usted es la primera persona que me lo ha comunicado, yo... ¿Sabías ya algo de esto, mamá?

La madre meneó la cabeza en forma negativa.

—Bueno —dijo Mason—, usted va a ser interrogada. La policía va a tratar de averiguar en dónde estaba usted.

—¿A qué hora fue eso?

—Probablemente a las diez o las diez y media.

—Bueno, gracias a Dios, yo estaba ya lejos de allí. Me encontraba en el autobús a las diez y media.

—¿Y habló con alguien?

La mujer frunció el ceño pensativamente y dijo:

—Sí, hablé. Había un hombre muy simpático y ya de edad, un hombre que parecía muy leído. Creo que pertenece al negocio de petróleos o algo por el estilo. Se apeó del autobús en Bakersfield. Había un borracho sentado a mi lado y había una mujer con la que yo hablé entre Bakersfield y Fresno. No sé quién era ella. Cambié de sitio en Fresno y en el asiento contiguo iba una mujer que se dirigía a Sacramento para declarar como testigo en el juicio de divorcio de su hija. Creo que dijo que su nombre era Olanta. Era un nombre feo. Pero estoy casi segura de que era así..., señora Olanta. Pero el nombre de su hija es Pelham y el juicio se resolverá —me refiero al de divorcio— mañana por la mañana. Recuerdo que ella habló bastante sobre divorcios, sobre maridos y mujeres y sobre las dificultades que su hija y su esposo habían tenido para convivir.

Mason miró a su reloj de pulsera, se volvió hacia Della Street y dijo:

—Si hemos de llegar a Sacramento para hacer allí algo de

provecho, es preciso que salgamos inmediatamente.

Della Street asintió con la cabeza y se dirigió al lugar donde se hallaba de pie el chófer del coche que habían alquilado. Mason se volvió hacia la señora Fargo y su madre y dijo:

—Ahora, pues, vamos a ir todos en un coche alquilado. El chófer oirá lo que hablamos. Por lo tanto, no podemos hablar. Ésta es nuestra última oportunidad, señora Fargo, para preguntarle, ¿me telefoneó usted la noche pasada, o no?

Ella miró a los ojos del abogado y replicó:

—No.

—Vamos —contestó cortante Mason.

Myrtle dijo impulsiva:

—Yo no le telefoneé a usted la noche pasada, pero si mi marido ha muerto y si hay alguna posibilidad..., bueno, si es preciso que yo encuentre una coartada o demuestre dónde he estado o lo que he hecho, bien, entonces quiero que usted me represente. He oído hablar mucho de usted y..., sencillamente, no puedo creer, señor Mason, que...

—Escucha, Myrtle, mejor será que tengas cuidado con lo que estás diciendo —le aconsejó la madre—. Tú no necesitas abogado. Yo no sé qué objeto tiene el tratar de presionarte hasta ese extremo para que tomes un abogado y...

—Señora —dijo Mason—, nadie está tratando de presionar a nadie en nada. Yo estaba actuando bajo la impresión errónea de que representaba a su hija.

—Entonces, ¿no sabe usted quién es su cliente? —preguntó brusca la señora Ingram.

—Al parecer, no —dijo Mason.

—Bueno, usted ha hecho apear a ese autobús a mi hija y usted me ha arrastrado a mí aquí. Tiene usted que llevarnos de regreso; por lo menos tiene usted que hacer eso. Caramba, yo no sé cuáles son los derechos de las personas, pero me parece a mí que una debe de recibir alguna compensación cuando usted viene con un montón de detectives a molestar a la gente.

—Tiene usted toda la razón —dijo Mason—. La llevaré a usted de regreso a Sacramento, si tiene la bondad de subir a mi automóvil.

Caminaron hasta el coche espacioso, con cabida para siete

pasajeros, que estaba esperando al borde de la acera. Mason dijo al chófer:

—Quiero que alcancemos el autobús que acaba de salir de aquí, en Sacramento. ¿Podremos conseguirlo?

—Fácilmente, porque el autobús hace varias paradas.

—Muy bien —dijo Mason—. En marcha.

Mason no dio pie a ningún intento de conversación mientras rodaban hacia Sacramento. El chófer, al parecer movido por la curiosidad, trató de señalar varios puntos de interés local y claramente hubiera deseado obtener respuestas de sus pasajeros, pero al fin abandonó sus esfuerzos cuando se le hizo evidente que éstos no obtendrían fruto.

Varias veces Myrtle Fargo le habló en susurros a su madre. Mason y Della Street mantuvieron los labios completamente cerrados.

Al fin el coche disminuyó la marcha en los arrabales de Sacramento y paró por último junto a la estación de autobuses de la ciudad. Mason le entregó cincuenta dólares al chófer y después una propina de cinco.

Transcurrieron unos diez minutos antes de que el autobús llegase.

Mason dijo a Myrtle Fargo:

—No hay necesidad de que usted espere aquí. Yo voy a recoger a mis agentes. Usted me espera en casa de su madre. Tomaré un taxi para ir allá.

La señora Ingram y su hija se apearon del coche y todos se alejaron del conductor. La señora Fargo dijo:

—Espero que usted no crea que somos ingratas, señor Mason.

—No tiene importancia —dijo Mason—. Por unas horas yo creí que la estaba representando a usted, señora Fargo. Pensé que podría arreglar las cosas de manera que usted tuviese una coartada ya dispuesta y hacer que la policía no fuese a estar ladrando en el árbol equivocado.

—¿Para que así pudiesen entonces ir a ladrar en el árbol acertado? —preguntó Myrtle Fargo.

—Quizá.

—¿Desearía usted saber quién fue el que cometió el crimen, señor Mason?

—Eso podría servirnos.

—Pues fue la amante de él. Arthman a duras penas podía esperar el verme a mí fuera de la casa para que ella fuese a reunirse con él. Honradamente, señor Mason, yo tengo un criterio amplio, pero todo tiene su límite.

Mason comentó:

—¿Usted no parece muy apenada en relación a la muerte de su marido?

—No lo estoy —replicó ella—, si quiere usted que le sea sincera. Hemos estado a punto de romper más de media docena de veces. Yo he venido aquí para ver lo que ocurriría. Pensé que quizá el que yo lo dejase le devolvería el sentido, pero en lugar de eso se ve claramente que él interpretó mi partida como una ocasión para llevar a esa muchacha a nuestra casa. Durante algún tiempo he tenido la impresión de que él pensaba en convertir todo en dinero y fugarse con esa mujer. Ahora ya estoy convencida de ello.

—¿Y sabe usted quién es esa mujer? —preguntó Mason.

—No de manera específica. Yo solamente sé que se trataba de una muchacha. Una muchacha por la que él estaba loco. Durante el mes pasado él apenas paraba en casa. Siempre tenía alguna disculpa para estar fuera. Decía que era cuestión de negocios. Que tenía que ir a hablar con un cliente y conseguir informes sobre fincas. Desde luego se trata sólo de un capricho temporal. Yo sé que él no le hubiera sido fiel a ella. Pero aún la noche pasada, cuando nosotros estuvimos en el cabaret, estuvo cambiando miradas con la chica que hace fotografías, y por la forma en que él la miraba se hubiera dicho que quería envolverla en papel de seda y llevársela a casa. Le era imposible apartar los ojos de las piernas y de las caderas de ella y...

—¡Myrtle! —la interrumpió la señora Ingram—. Vaya una forma de hablar que tienes ante un hombre extraño.

La señora Ingram les dio la espalda y se dirigió hacia donde se hallaba de pie el chófer junto a la puerta del coche de alquiler y después se detuvo para asegurarse de que no perdía ni una palabra de la conversación.

Mason dijo:

—Al margen de lo que pueda usted sentir personalmente, es necesario tomar en consideración las reacciones de las demás

personas. Usted será interrogada, la policía le hará preguntas y también quizá algún reportero de la Prensa, dependiendo todo esto de la discreción que ellos hayan mantenido sobre el asesinato y de la forma en que quieran actuar.

—Oh, ya comprendo —dijo ella—. Mostraré una pena decente, pero no llevaré esto al exceso, señor Mason. No quiero ser hipócrita.

—Yo estaré en casa de su madre dentro de una hora, provisto de nombres y direcciones de testigos y probablemente con una o dos declaraciones escritas. Haré todo eso por usted. En el medio tiempo, usted podrá pensar a fondo si usted me tomó como abogado la noche pasada.

—Oh, yo no lo hice.

—Trate usted de pensarlo un poco más.

—Pensaré. Y mientras tanto, si alguien me pregunta, ¿qué es lo que debo decirles?

—Dígales usted lo que quiera. Si usted no es mi cliente yo no puedo aconsejarla.

—¿Ni siquiera como un amigo?

—No. Esta amistad es excesivamente unilateral.

—¿Debo yo fingir sorpresa cuando ellos me digan que él está...?

—No sea tonta —dijo Mason cortante—, yo vine al encuentro de usted en Stockton, la saqué del autobús y le dije que su marido había muerto. Eso es lo que tiene que decirles.

—Y si ellos me preguntasen por qué lo hizo usted, ¿qué debo responderles?

—Dígales simplemente que yo soy una persona generosa y con un gran corazón. Y ahora vaya a reunirse con su madre. El autobús está llegando.

Y Mason se alejó dejándola allí de pie dudando entre si había de seguirlo o ir junto a su madre.

Al fin se volvió y acompañada de su madre entró en el coche de alquiler y partieron.

Mason se dio cuenta que Della Street se hallaba a su lado y ésta le preguntó:

—¿Te gustaría ver la prueba A?

—¿Qué dices?

Della le metió un trozo de tela en la mano y dijo:

—Éste es el pañuelo de Myrtle. Se lo escamoteé del bolso. Tiene

el mismo perfume del que estaba impregnado el dinero en el sobre.

—Diablos —exclamó Mason. Se volvió para ver a Myrtle Fargo, pero ya era demasiado tarde. Había subido al coche y se había marchado.

Mason tomó el brazo de Della Street y se lo apretó con sus largos y fuertes dedos, conduciéndola hacia el trozo de camino para los autobuses, donde los pasajeros que acababan de llegar estaban apeándose y entrando en la estación de aquéllos.

La austera apariencia del detective de Mason no tenía nada de sonriente cuando el hombre se apresuró a adelantarse a vanguardia de los pasajeros. Observó un guiño de Mason y se fue con éste a un lado.

—¿Tiene usted los nombres de los testigos? —le preguntó Mason.

El hombre asintió.

—Muy bien, a ver si conseguimos algunas declaraciones escritas de ellos. ¿Cree usted que podríamos encontrar algunos de esos testigos, ofrecerles una compensación por él tiempo que pierdan y...?

—Ya tengo media docena de declaraciones escritas en mi bolsillo —dijo el hombre—. Están trazadas con muy mal pulso debido al movimiento del autobús, pero todas se hallan en orden y firmadas. Aquí están.

—Magnífico —dijo Mason guardándose las declaraciones en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—Acaso no sirvan.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que este autobús salió a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana —dijo el detective—. Nosotros encontramos algunas personas que se sentaron al lado de ella desde Fresno. Encontramos también una mujer que habló con ella en Bakersfield. Pero no encontramos ninguna que viniese en el autobús desde Los Ángeles que...

—Está bien —dijo Mason—. Ella habló con un hombre que se apeó en Fresno y...

—Un momento —interrumpió el detective tranquilamente y con toda cortesía, pero con aire de gran firmeza—. Nosotros encontramos una mujer que se da el caso que la observó de manera

particular y que está presta a jurar que ella no venía en el autobús cuando éste salió de Los Ángeles, que ella llegó a toda velocidad en un taxi y que apenas consiguió alcanzar el autobús por el espeso de un cabello en Bakersfield.

—Esa mujer debe de estar equivocada.

—Pues es una mujer del tipo que no comete errores.

—Caramba —dijo Mason—, eso podría causar complicaciones.

¿Consiguió usted una declaración escrita de esa mujer?

—Sí. Está en el paquete que le entregué a usted.

—¿Dónde vive ella?

—En Los Ángeles. Su dirección está en el informe.

—¿Y la oficina de usted está aquí?

—Sí.

—Deme usted una tarjeta suya. Por ahora yo no sé en lo que va a desembocar toda esta situación, pero quiero que usted mantenga la boca cerrada, ¿me comprende?

El hombre asintió con la cabeza y Mason dijo:

—¿Me pasa usted la cuenta a mí o se la pasa a la Agencia de Detectives Drake?

—A la Agencia de Detectives Drake.

—¿Puede usted confiar en sus ayudantes?

—Seguro, pero no nos interpretemos mal, señor Mason. Si la policía empieza a preguntarme cuestiones específicas, yo les responderé con respuestas específicas.

—Eso es muy justo —dijo Mason—, pero mientras tanto yo me imagino que usted no le dio su nombre a ninguno de los pasajeros.

—A mí me emplean para conseguir información, no para darla.

—Muy bien.

—Desde luego la policía averiguará que había alguien en el autobús haciendo preguntas. Es decir, si la policía investiga.

—Ya comprendo.

Mason condujo a Della Street de regreso adonde estaba estacionado el taxi y dijo:

—Me parece que hemos sido un tanto excesivamente optimistas, Della.

—¿Ya tienes esas declaraciones escritas?

—Sí.

—Sería una buena idea el que me las entregases a mí y así si

alguien le preguntase a usted dónde estaban esas declaraciones, usted ya no las tendría encima.

Mason le pasó silenciosamente el paquete con las declaraciones a su secretaria.

El abogado le dio al conductor del taxi la dirección de la residencia de la señora Ingram. El chófer bajó la bandera y puso en marcha el vehículo.

Della Street le apretó la mano a Mason mientras el taxi sorteaba su camino a través del tráfico.

—Después de todo, ella ha negado ser cliente de usted, jefe.

Mason asintió con la cabeza en silencio.

Fue cuando llegaron frente a un chalecito muy pulcro que Della Street dijo suavemente:

—Quizá no quería hablar delante de su madre.

—Eso es sólo la mitad de la cuestión —dijo Mason entregándole un billete al chófer—. Vamos, Della.

Subieron la escalera del pórtico. El conductor del taxi miró al billete, sonrió entre dientes y apagó el motor del vehículo para quedarse sentado allí esperando. Mason apretó el botón del timbre.

La señora Ingram acudió a la puerta y dijo:

—Hola, bien. Parece que la ayuda de usted no sirvió de gran cosa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo creía que un abogado tenía por misión aconsejar a su cliente.

—¿Y bien?

—Bueno, usted no estaba aquí cuando vino la policía. Usted dejó que mi hija tuviese que dar cara a todo ello sola.

—¿La policía ha estado aquí?

—Ellos estaban esperando.

—¿Y dónde se encuentran?

—Yo no lo sé. Sólo sé que se fueron.

—Bueno, está bien —dijo Mason—. Hablaré con su hija y...

La señora Ingram replicó indignada:

—Eso es lo que estoy tratando de decirle a usted.

—¿Entonces quiere usted decir que la policía se llevó a su hija?

—La policía se llevó a Myrtle. Ella le dejó a usted esta nota.

La señora Ingram le entregó a Mason un sobre cerrado sobre el

cual aparecían escritas a lápiz estas palabras: «Señor Perry Mason».

El abogado abrió el sobre y extrajo de él una hoja de papel sobre la cual había sido escrito simplemente:

«Lo siento, señor Mason, yo no tenía idea de que todo esto fuese a resultar de esta manera. Espero que me comprenderá.

Myrtle Fargo».

Mason se guardó el papel y el sobre en el bolsillo y dijo:

—¿Su hija escribió esto, señora Ingram?

—Sí, claro que sí. Y ahora quiero saber de qué se trata. Quiero saber...

El timbre del teléfono interrumpió lo que al parecer amenazaba con transformarse en un monólogo de la señora Ingram. Ésta dijo:

—Un momento —se volvió sobre sus talones y fue a contestar al teléfono. Estuvo de regreso en seguida diciendo—: Es una llamada de larga distancia para usted. Dicen que es muy importante.

La señora Ingram los condujo al teléfono y se quedó allí de pie para poder oír la conversación.

Mason dijo:

—Hola —y oyó la voz ansiosa de Drake al otro extremo del hilo.

—Gracias a Dios que consigo hablar contigo, Perry —dijo Drake—. Este caso Fargo es un asunto infernal.

—¿Qué hay sobre ello?

—La policía ha encontrado el coche de Myrtle Fargo.

—¿En dónde?

—En el parque de estacionamiento del depósito de autobuses de la Unión Terminal. Se da el caso de que el encargado del estacionamiento recuerda a la persona que dejó el coche allí, o por lo menos así lo cree.

—¿Y da una buena descripción de ella?

—Mejor que eso —dijo Drake—, o a bien decir, peor que eso, conforme quieras llamarlo. Él identificó una fotografía de la señora Myrtle Fargo, la viuda del muerto, como la mujer que se apeó del coche. Él la observó porque se dio el caso de que la vio acercarse personalmente y llamar un taxi. El chófer del taxi le dijo que era contrario a las ordenanzas el recoger pasajeros enfrente de una estación de autobuses, y entonces el testigo le indicó un

estacionamiento de taxis en la parte sur de la estación.

»La policía tomó a partir de ahí la pista de ella, así como la de un cómplice masculino que alquiló un avión para ella diciendo que tenía que estar en Bakersfield antes de la una. Como el viento soplabla de cola, el avión llegó rápidamente a Bakersfield. Aquí ella tomó un taxi en el aeropuerto y le dijo al chófer solamente que tenía que tomar el autobús de la una y diez que salía de Bakersfield. El taxista la llevó a la estación de autobuses, llegando allí dos minutos antes de la salida del autobús que ella iba a tomar.

Mason dijo:

—Evidentemente la policía ha actuado con gran rapidez.

—Así es. Yo pensé que debía advertírtelo para que estés prevenido y no te vayas a mojar los pies.

—Ya los tengo mojados.

—¿Hasta qué punto?

—Tan mojados como sea posible —dijo Mason, y colgó el auricular para volverse y encontrar la mirada interrogadora de la señora Ingram.

—Y ahora, señor Mason —dijo ella—, yo soy la madre de esa muchacha y sería bueno que celebremos una franca conversación. ¿Qué va usted a hacer en favor de mi hija?

—Si yo pudiese echarle la mano a su hija en estos momentos —dijo Mason en tono agrio—, le rompería el cuello.

Capítulo 15

Perry Mason se recostó hacia atrás en la silla giratoria en su despacho, y leyó los relatos de los periódicos que Della Street había recortado cuidadosamente de varios de aquéllos y colocado sobre su mesa.

El criterio general parecía ser que cierto abogado había tratado de preparar una coartada para Myrtle Fargo y había fracasado por completo en el intento.

Sumado a esto, como la policía parecía poseer en sus manos todos los triunfos y ser dueña ya de una completa solución respecto al asesinato de Arthman D. Fargo, Agente de Compra-Venta de Inmuebles, que había sido asesinado de una puñalada en su residencia del número 2. 281 de la ruta Livingston, los rostros de los funcionarios de policía de la Brigada de Homicidios estaban singularmente libres de preocupación.

Uno de los diarios llegaba a manifestar que:

El rostro de un muy conocido abogado criminalista, sin embargo, no está exactamente resplandeciente de sonrisas. Es muy difícil asegurar con exactitud qué fue lo que ocurrió desde el punto de vista del abogado, puesto que éste contesta a todas las preguntas con un concreto, «Sin comentarios».

Sin embargo, parece ser que este abogado estaba firmemente convencido de que la señora Fargo tomó el autobús número 320 que salía de Los Ángeles a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana y debía de llegar a Sacramento a las diez y cinco de esa misma noche. Tan convencido estaba él de que tal era el caso, o bien de que podía ser presentado como tal, que sacó a la mujer del autobús en Stockton con objeto de conducirla a Sacramento en un coche de alquiler y colocó detectives privados en el autobús

para reunir las pruebas necesarias.

Los detectives, en efecto, reunieron pruebas. Esas pruebas indicaban que la mujer no había tomado el autobús en Los Ángeles sino que lo había tomado en Bakersfield, a la una y diez minutos de la tarde.

La policía se adueñó de las listas de nombres y direcciones que habían recogido los mencionados policías privados.

El hombre asesinado deja viuda a Myrtle Fargo y deja también un hijo llamado Stephen L. Fargo, de diez años de edad. El muchacho es uno de los estudiantes más conocidos en las Escuelas Preparatorias, cerca de Sacramento, y goza de muchas simpatías tanto entre profesores como condiscípulos. Está considerado como muy inteligente, leal y cooperador.

La preocupación fundamental de la señora Fargo parecen ser las consecuencias que su detención producirá en su hijo.

En efecto, Stephen L. Fargo era ayer un muchacho feliz. La Facultad lo había elogiado por su aplicación en el estudio y había sido elegido presidente de su clase. Y hoy se encuentra con que su padre ha sido asesinado, que su madre está detenida por la policía como sospechosa de asesinato y que un cierto grado de escándalo desagradable lo ha alcanzado a él mismo así como también a la Institución en donde está estudiando.

Los directivos de la Facultad han arreglado de forma para mantener al muchacho virtualmente aislado de modo que no sea importunado por los reporteros de la Prensa. Esos profesores no ocultan su desagrado por el hecho de que se haya concedido tanta notoriedad lo mismo al alumno que a la Institución. Sin embargo, otros estudiantes amigos de Stephen Fargo que se prestaron a hacer manifestaciones para la Prensa, declararon que la popularidad de Fargo no sufría perjuicio alguno y que sus amigos, lo mismo en la Institución que los estudiantes, se solidarizaban con él.

Mason dejó los recortes de Prensa a un lado en la mesa, se puso en pie y comenzó a pasear por el despacho lenta y pensativamente. Metió los pulgares en las bocamangas del chaleco y caminó con paso firme y monótona regularidad de un extremo a otro de la estancia.

Della Street, sentada en su despacho de secretaria, continuaba golpeando en el teclado de la máquina de escribir y de cuando en cuando dirigía una mirada a su jefe pero sin hacer comentario alguno.

El teléfono sobre la mesa de Della Street sonó suavemente. La muchacha tomó el auricular, dijo, «Hola», y oyó la voz de la empleada de la centralita que le transmitía un mensaje.

Después de un momento, Della dijo:

—Muy bien, Gertie, entendido. Gracias.

Colgó el receptor, se levantó y se quedó de pie en el umbral de la puerta de su despacho, esperando.

Mason continuó paseando durante un minuto más antes de darse cuenta de que su secretaria estaba allí. Después se concentró, y alzó la mirada hacia la muchacha con el ceño fruncido, gesto que era como el punto final a los pensamientos que había estado dedicando al caso.

—¿Qué ocurre, Della?

—La señora Fargo ha sido encarcelada ya en la prisión local.

—Eso —dijo Mason— significa que ellos la han exprimido extrayéndole gran cantidad de declaraciones escritas y ahora ya lanzan a la circulación todo para que pueda ser aconsejada por un abogado en relación con sus «derechos constitucionales».

Della Street, que conocía bien a Mason y comprendía su estado de ánimo, permaneció discretamente silenciosa.

—Eso, desde luego —dijo él con acritud— se ajusta al modelo corriente. Ellos tienen en su poder una orden judicial de detención de una persona a la que arrestaron en Sacramento. Si esa persona no hablase, les llevaría diez días el poder traer al prisionero aquí para ser ingresado en la cárcel del condado.

»Sin embargo, si el prisionero se deja seducir por la policía en el sentido de que ésta no quiere acusar a una persona inocente y que sólo están ansiosos de convencerse de la inocencia del prisionero, entonces contratan un avión y encarcelan al prisionero casi antes de que esté seca la tinta de las declaraciones.

—Aquí está una edición temprana del periódico de la tarde —dijo Della Street.

—Llegó hace unos minutos pero no quise interrumpirte.

Mason tomó el periódico, se quedó con los pies ampliamente

separados y los hombros erguidos, abrió el periódico y echó una mirada al retrato de Myrtle Fargo que ocupaba gran espacio en la primera página en unión de otras fotografías de la casa donde Fargo había sido asesinado, un sencillo plano mostrando los contornos de aquélla y su interior y una fotografía del interior del despacho de Fargo con la puerta de la caja de caudales completamente abierta y los documentos esparcidos por el suelo.

Mason leyó por encima la crónica y después hizo una pausa y se volvió hacia Della Street.

—Escucha esto —dijo él—. «La policía anda buscando a un cómplice masculino. Se trata de una persona lo suficientemente amistosa para la señora Fargo para arriesgar incluso su vida bajo una acusación de ser cómplice de un asesinato.

»El aviador que llevó a una mujer, la cual aquél insiste que era la señora Fargo, al aeropuerto de Bakersfield, declara que le fue alquilado el avión por un hombre de media edad. Su pasajera permaneció sentada en un automóvil hasta que todos los arreglos y preparativos estuvieron a punto. Después el hombre le pagó al aviador en dinero contante e hizo seña a la mujer despidiéndose.

»No fue hasta que el avión se encontró ya en la pista de despegue con el motor ya caliente y listo para arrancar, que la mujer, que llevaba un espeso velo, compareció y tomó su sitio en el asiento posterior del avión. La mujer no habló una sola palabra durante todo el vuelo a Bakersfield.

»Un chófer de taxi que recogió a esta mujer en el aeropuerto de Bakersfield y la llevó a toda prisa a la estación de autobuses, declara también que su pasajera no dijo nada en todo el viaje y que aquélla mantuvo el velo echado sobre el rostro. Él supuso que alguna persona de la familia de la pasajera había fallecido súbitamente y aquélla ocultaba su pena, y, por lo tanto, el chófer guardó un respetuoso silencio.

»Es interesante observar que entre el taxi y el autobús la mujer se había quitado ese velo y el sombrero al que estaba unido.

»Algunos empleados de la estación de autobuses de Bakersfield informan haber encontrado un sombrero con un velo espeso y negro en uno de los recipientes para la basura. Como el sombrero parecía estar en excelente condición, fue entregado al Departamento de Objetos Perdidos y Encontrados y sólo después, cuando la policía

realizó una minuciosa investigación, se descubrió la significación del sombrero y el velo referidos.

»Este elemento de prueba fue, pues, localizado y recogido gracias al excelente trabajo policiaco realizado por la policía de Bakersfield en cooperación con el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios Metropolitana.

»La policía posee una descripción completa del cómplice masculino que al parecer contrató el avión. Es un hombre de unos sesenta años, al parecer notablemente bien conservado, con una voz bien modulada y ojos grises. Es de corta estatura, fuerte y bastante bien vestido. La policía cree que fue este hombre el cerebro que preparó la falsa coartada.

»Pero, sin embargo, esta coartada hubiera producido su efecto de no haber sido por el excesivo celo de un prominente abogado, cuyos intentos para reunir pruebas no sólo destruyeron sus propósitos sino que colocaron en manos de la policía una lista que contenía los nombres y direcciones de varias personas que figuraban como pasajeros en el autobús que iba rumbo al Norte.

»La señora Newton Maynard, de treinta y un años, residente en el número 906 de la avenida Gredley, está absolutamente segura de que la señora Fargo tomó el autobús en Bakersfield.

»La referida señora declaró a la policía: “Recuerdo muy bien haberla visto llegar al autobús en un taxi. Me impresionó de manera particular el hecho de que ella llevaba un sombrero negro con un grueso velo también negro y le entregó al chófer del taxi un billete, y no esperó por el cambio, sino que se apresuró a ir a los lavabos para señoras de la estación de autobuses.

»”Yo pensé que debía ser alguien a quien se le había muerto algún familiar y que se hallaba bajo una profunda pena. Decidí entonces que trataría de animarla y consolarla si se me presentaba la ocasión mientras fuese en el autobús.

»”Imagínense mi sorpresa cuando después esta mujer salió de los lavabos para señoras y se situó en la fila de pasajeros que esperaban para tomar el autobús. Parecía un tanto excitada pero no deprimida. El sombrero y el velo se habían desvanecido y llevaba puesta una boina de terciopelo, negra, pequeña, que muy bien podía haberse llevado guardada en el bolso. Yo observé entonces que se preocupó particularmente de hablar con diversas viajeras antes de que

llegásemos a Fresno.

»"Esa mujer era la señora Fargo. Estoy tan segura de ello como de que estoy aquí de pie. Soy muy buena fisonomista para recordar rostros y naturalmente sentí curiosidad por esa mujer, porque la había visto llegar en el taxi y cubierto el rostro con un grueso velo. La observé cuidadosamente preguntándome qué es lo que habría detrás de aquella brusca transición entre una mujer tocada con un velo espeso y que parecía tratar de evitar a la gente, y aquella otra mujer, tan vivaz y sociable, que parecía tan ansiosa de entablar conocimiento con las demás personas que iban en el autobús.

»"Además de esto, soy uno de los pocos pasajeros que tomaron el autobús en Los Ángeles. Algunos de estos pasajeros se apearon en Bakersfield, otros en Fresno y otros en Stockton. La señora Fargo no estaba en el autobús cuando salimos de Los Ángeles. A mí me gusta hablar con la gente cuando viajo y así, pues, eché una mirada a los pasajeros que formaban línea esperando para tomar el autobús en la terminal de Los Ángeles; volví a observarlos ya dentro del autobús y estoy absolutamente segura de que la señora Fargo no se hallaba en el vehículo cuando éste salió de Los Ángeles, sino que lo tomó en Bakersfield"».

Mason dobló el periódico, lo echó sobre su mesa y dijo:

—Bueno, ahí estamos, Della.

—Sí, ahí está ella, jefe.

Mason, añadió:

—Della, ¿has observado que la descripción del hombre que contrató el avión coincide con las señas personales de alguien que nosotros conocemos?

Ella pensó por un momento y replicó:

—¿No querrás decir Pierre, el *maître* del «Ganso Dorado»?

—No quiero decir exactamente que sea él —dijo Mason—. Pero la descripción se ajusta a él.

—En verdad que así es —admitió la muchacha—. Jefe, ¿supones acaso que...?

De nuevo sonó el teléfono sobre la mesa de Della Street. Ésta tomó el receptor y dijo:

—Hola, —y luego añadió—: Un momento, señor Sellers. Creo que él quiere hablar con usted.

Della dijo a Masón:

—Clark Sellers con el informe sobre aquel escrito.

Mason se adelantó, tomó el receptor y dijo:

—Sí, Clark, ¿qué hay de nuevo?

Clark, el perito calígrafo, dijo:

—He hecho un cuidadoso examen de lo escrito en el sobre que usted me dio, comparándolo con el ejemplar escrito por Myrtle Fargo. Ambos han sido escritos por la misma persona.

Mason vaciló por un momento y luego dijo:

—¿Quiere usted decir que Myrtle Fargo escribió en aquel sobre «Señor Perry Mason»?

—Sí, ella escribió los dos ejemplares, así es. Todos fueron escritos por la misma persona. Desde luego yo no puedo referirme a la identidad de individuos sino solamente a la identidad caligráfica. ¿En qué situación lo coloca a usted esto, Perry?

—Pues en una situación bastante desagradable, me temo —dijo Mason y colgó.

—¿Malo? —preguntó Della Street.

—Malo —replicó él—. Ya nos está llegando el agua al cuello en este caso Fargo. Fue ella quien envió el dinero.

—Pero tú no tienes por qué aceptarlo.

Mason meneó la cabeza negativamente.

—Fue aquella voz aterrada la que me impresionó. Ella se encontraba en situación apurada y ahora está peor que nunca. Mi oficio es representar a personas que se encuentran en dificultades y yo hago lo mejor que puedo por ellos.

—¿Qué quieres decir? No puedes permitirte el representarla ante los tribunales. Ella es absolutamente culpable y...

—¿Cómo sabes que es culpable?

—Bueno, echa una mirada a las pruebas —dijo Della Street.

—Exactamente —dijo Mason—. Echemos una mirada a las pruebas y olvidemos la historia contada por ella. Supongámonos que ella se encontraba encerrada en aquel cuarto de la casa cuando yo estaba allí. Ella había pensado en tomar el autobús de las ocho y cuarenta y cinco. Su marido riñó con ella. Y ella le hizo saber que estaba enterada de lo de su amante. Él trató de asfixiarla. Entonces corrió hacia el dormitorio y se encerró allí.

»Después que yo salí, ella trató de escapar. A su vez él trató de agarrarla y nuevamente de estrangularla. Entonces ella lo apuñaló.

»Eso es lo que en realidad indican las pruebas. Pero ella creyó que podría valérselas sola. Por lo tanto, corrió al coche, se fue en él a la estación de autobuses, estacionó allí el coche, llamó a algún amigo e hizo que éste le contratase un avión para ella.

—¿Algún amante? —preguntó Della dubitativa.

—Lo dudo, probablemente era el mismo mensajero que utilizó para llevar el sobre con el dinero al «Ganso Dorado»... Lo que ella cuenta la hace aparecer culpable de asesinato. Pero las pruebas indican más bien a una mujer que estaba aterrorizada por su marido, que actuó en defensa propia y después cometió un error por tratar de evitar el escándalo.

»Nosotros vamos a hacer inmediatamente que Paul Drake trate de encontrar a ese mensajero. Ahora que Clark Sellers dice que la dirección en el sobre que contenía el dinero está escrita de la misma mano que la nota que ella dejó para mí en casa de su madre, ya no tengo elección posible. Ella es mi cliente. Yo empecé a representarla y voy a continuar haciéndolo.

El abogado permaneció en silencio unos instantes y luego dijo:

—El aspecto interesante de esto es que la coartada de Myrtle Fargo hubiera producido resultados si no hubiera sido precisamente tan magnífica. Los pasajeros hubieran recordado que ella había tomado el autobús y la policía nunca hubiera sido capaz de encontrar a todos los pasajeros que iban en aquél y...

—Pero ¿no hubieran comparecido acaso todos ellos cuando el asunto hubiese recibido amplia publicidad? —preguntó Della Street.

—Sólo el diez por ciento de ellos —dijo Mason—. Suponte que tú ibas en ese autobús. El promedio de los ciudadanos no tiene interés en verse envuelto en un caso de asesinato y dejarse agarrar para ser sometido a un interrogatorio riguroso por unos abogados sobre una cuestión de identificación. Suponte, pues, que tú vas en un autobús. Tú probablemente recordarás a la persona que va sentada a tu lado si entablas conversación con ella, pero ¿podrías identificar con seguridad a algún otro compañero de viaje que tú no observaste en particular? Y aun en el caso de que creyeses que sí, ¿creerías también que su identificación sería lo suficientemente positiva para poder resistir al fuerte interrogatorio de un abogado que estuviese tratando de descalificarte como testigo?

—Por ejemplo, supón que el abogado dijese: «Muy bien, señorita

Street, puesto que usted ha sido capaz de identificar a la acusada como uno de los pasajeros en el autobús, describanos entonces a todos los demás pasajeros que iban en ese vehículo. Comience usted por los dos que iban en el asiento de enfrente a mano izquierda y continúe por los que iban sucesivamente detrás. Y haga usted una descripción completa, por favor». ¿Qué harías?

—Probablemente me desmayaría —dijo Della Street sonriendo entre dientes.

—Lo ibas a pasar muy mal con tus descripciones, antes de llegar muy lejos —dijo Mason.

Luego continuó:

—Después el abogado se volvería hacia el jurado y diría: «Ahí está. Ella se hipnotizó a sí misma con la creencia de que recuerda todo lo relativo a la acusada, porque la vio retratada en los periódicos, porque fue llamada para identificarla en la cárcel y además en razón del testimonio de otros testigos, pero el hecho es que ella no puede recordar claramente las señas personales de ningún otro pasajero en ese autobús. Tomemos, por ejemplo, al hombre que ocupaba el asiento exactamente detrás de ella. Solamente recuerda que era un hombre de cierta edad y con traje gris. En cambio, no puede recordar si tenía un bigote espeso o no, si llevaba lentes o no, si su cabello era gris o negro, si fumaba o no, cómo eran sus ropas y cuál era el color de su corbata.

»En cuanto a la mujer que iba sentada delante de ella, dice que tenía el cabello liso y eso es todo lo que sabe sobre ella. No obstante, esta testigo comparece ante el Tribunal e identifica a la acusada, que a lo sumo no era más que un pasajero corriente en el autobús y a la que ella no pudo observar sino también de una manera casual...».

—Ahórrate más detalles —dijo Della Street cuando Mason, casi automáticamente, comenzó a hacer grandes ademanes—. Ya me has convencido.

Mason sonrió y dijo:

—Por un momento creí que estaba disertando ante un jurado. Pero ésa es la respuesta, Della. Muchos de esos pasajeros se hubieran ido a sus asuntos y no hubieran querido en forma alguna soportar las penalidades de un interrogatorio. Muchos de ellos solamente hubieran identificado a la acusada como una compañera

de viaje, pero no hubieran podido jurar el punto donde ella había tomado el autobús.

—¿No proyectaba la policía interrogar a los otros pasajeros cuando éstos se apearon del autobús en Sacramento? —preguntó Della Street.

—Al parecer, no. Su idea entonces era simplemente detener a Myrtle Fargo. Ellos tenían una especie de orden de detención telegráfica que el teniente Tragg se había apresurado a enviarles y se suponía, por lo tanto, que se limitarían a aprehenderla tan pronto se apease del autobús. La idea de que ella se estuviese preparando así una coartada, ni siquiera se les había ocurrido.

—Específicamente y en vista de este informe de Clark Sellers, dime con exactitud, ¿qué es lo que vas a hacer ahora, jefe?

Mason fue a recoger su sombrero.

—Voy allá a visitar a mi cliente y ver lo que puedo salvar de todo este naufragio..., y tengo la impresión de que lo que consigamos salvar en estas circunstancias va a resultar, desgraciadamente, muy poca cosa.

Y dicho esto, Mason abandonó sus oficinas.

Capítulo 16

Perry Mason se enfrentó a los reporteros de los diarios con una sonrisa.

—Espere un momento —dijo uno de los fotógrafos de Prensa.

Se produjo un resplandor de una fotografía al magnesio.

—¿Acaso no va usted con la cabeza demasiado alta, consejero? —preguntó a Mason uno de los reporteros.

—¿Y qué diferencia puede hacer eso? —replicó Mason—. Mi cabeza está siempre sobre el cuadrilátero y, por lo tanto, bien puedo llevarla alta.

—De todas formas su cabeza no es su punto más vulnerable —le dijo el reportero.

—Concretamente, señor Mason, queremos que nos responda a esto: ¿está usted o no está usted representando a Myrtle Fargo? —preguntó otro reportero.

—Sin comentarios.

—Pero ¿viene usted a visitarla a ella?

—Así es, en efecto.

—Y bajo los reglamentos de la cárcel, ¿no tiene usted acaso que ser el abogado de una persona para poder hablar con ella?

—Eso es erróneo.

—Bueno, pero tiene usted que ser abogado.

—Y yo soy abogado,

—Muy bien que sea como usted dice. Usted fue a Stockton para representar a Myrtle Fargo, ¿no es esto cierto?

—Sin comentarios.

—¿Contrató usted detectives para conseguir testigos entre los viajeros de aquel autobús?

—Exacto.

—Usted creía entonces que ella le había pedido a usted que la

representase, ¿no es así?

—Sin comentarios.

—¿Hizo usted considerables gastos con objeto de ir a Stockton?

—Exacto.

—¿Usted pagó esos detectives de su propio bolsillo?

—Así fue.

—¿Recibió usted en algún momento alguna cantidad de dinero de Myrtle Fargo en calidad de anticipo?

—No, que yo sepa,

—¿Le ha pagado a usted alguien más para representarla a ella?

—No, que yo sepa.

—Usted no acostumbra interesarse por ningún caso a menos que haya sido usted nombrado para él, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿puede usted explicarnos su interés extraordinario en el caso Fargo?

—No.

—¿Quiere usted decir que no sabe de lo que se trata o que no puede explicarlo?

—Sin comentarios.

—Usted no nos está siendo de mucha ayuda.

—Es que no es mucha la ayuda que yo puedo prestarles.

—Y si ella desea que la represente como abogado, ¿lo hará usted?

—Ella todavía no me lo ha pedido.

—¿Va usted a verla ahora para comprobar si ella quiere que usted la represente?

—Yo nunca hago solicitudes de ese género, si es eso a lo que usted se refiere.

—Usted ya sabe que no es eso lo que quise decir.

—¿Qué es lo que quiso usted decir, entonces?

—Ya le hice a usted la pregunta oportuna.

—Entonces yo también le he dado la respuesta.

—¿Sabe usted algo respecto al cómplice masculino de la señora Fargo?

—Ella no hubiera podido tener un cómplice, a menos que fuese declarada culpable, ¿no es así?

—Pero suponiendo que ella es culpable, ¿sabe usted algo

respecto a su cómplice?

—No.

Y suponiendo que ella es culpable, ¿la representaría usted?

—Un abogado no puede aceptar nunca por anticipado que su cliente es culpable. Eso sería algo como pedirle a un reportero de Prensa que acepte publicar una cosa que no debe.

—¿Usted nunca supone por anticipado que un cliente suyo sea culpable?

—¿Por qué había de hacerlo?

—Puede usted formarse una opinión sobre eso, ¿no es así?

—Muchas personas interpretan erróneamente los deberes de un abogado. Un abogado tiene el deber de procurar que su defendido sea objeto de un juicio equitativo. Si el abogado se convence de que su defendido es culpable y, por lo tanto, no va a representar a ese acusado, eso no sería otra cosa que pedirle a otro abogado que lo sustituya con sus propios prejuicios y sus propios conceptos por los de un tribunal y un jurado.

—¿Supongamos que usted ya sabe de antemano que un cliente es culpable?

—Ahí está la diferencia.

—¿No sabe usted si la señora Fargo es culpable?

—No, y presumo que no lo es.

—¿Sabe usted entonces que ella no es culpable?

—Yo sé solamente que ella está acusada de un delito, y que tiene derecho a un juicio equitativo ante un jurado, y con objeto de que disfrute de ese juicio será necesario para ella tener un consejero. Si el consejero se negase a comparecer en nombre de un acusado y defenderlo, entonces no podría haber juicio.

—Y entonces el Tribunal le ordenaría a un abogado que representase al detenido bajo esas circunstancias, ¿no es así?

—Sí, pero entonces el acusado siempre estaría representado por un consejero.

—¿Acaso no estaremos hablando dando vueltas a un círculo, señor Mason?

La sonrisa de Mason desarmó a su interlocutor.

—Así lo creo.

Los reporteros gráficos tomaron algunas fotografías más de él y después lo dejaron tranquilo. Mason encontróse poco después

sentado en una silla frente a la separación de alambre que se extendía a lo largo de una mesa dividiéndola en dos partes iguales. Una matrona de la prisión trajo por el otro lado de la alambrada a Myrtle Fargo y ésta se sentó a su vez.

Su rostro estaba pálido y rugoso y había grandes círculos negros bajo sus ojos.

Mason dijo:

—Supongo que no ha dormido nada.

—Me tuvieron en pie toda la noche interrogándome, acorralándome y haciendo que yo les contase mi historia, obligándome a firmar una declaración y después me metieron en un avión y me trajeron aquí, donde me sometieron al mismo proceso. No he podido dormir ni un solo minuto.

—¿Fue usted quien me telefoneó pidiéndome que le llevase un mensaje a Medford Carlin?

Ella lo miró a los ojos y respondió:

—No.

—¿Mató usted a su esposo?

—No.

—¿Me mandó usted dinero a mí?

—No.

—¿Se da usted cuenta de que está acusada de asesinato?

—Sí.

—¿Se da usted cuenta también de que apenas si tiene usted defensa alguna?

—Al parecer, no la tengo. Antes creí que sí la tenía, pero ahora me parece no tenerla.

Después la mujer añadió:

—Señor Mason, estoy en una situación horrible. No tuve absolutamente nada que ver con la muerte de mi esposo. Puedo darme cuenta de la posición en que me encuentro, pero lo que me preocupa más que ninguna otra cosa es el efecto que todo esto va a producir sobre Stephen, mi hijo.

La señal de asentimiento que Mason hizo con la cabeza, estaba impregnada de simpatía.

—Lo he sacrificado todo por él. Yo..., yo no puedo decirle a usted todo cuanto he sacrificado con objeto de que él tuviese las mejores posibilidades. Y pensar ahora lo que va a ocurrir, es más de

lo que puedo soportar.

Mason preguntó:

—La cuestión es ésta: ¿quiere usted que yo la represente?

—Señor Mason, yo no tengo dinero que ofrecer. Murió un tío mío y me dejó algún dinero, que mi esposo invirtió. Pero creo que él falsificó las cuentas. Y yo quiero que todo cuanto dinero haya sea para pagar la carrera de mi hijo. Tengo un seguro de vida, pero nunca podré cobrarlo en cuanto..., bueno, a menos que sea declarada inocente de la acusación de asesinato.

—¿Dispone usted de algún dinero en efectivo?

—De muy poco. Tenía quinientos dólares cuando me detuvieron, pero me los han quitado.

—¿Usted tenía quinientos dólares cuando la detuvieron?

—Sí..., eran míos.

—¿Quiere usted que yo la represente?

—Ya le he dicho a usted que no dispongo de dinero para pagar abogados.

—¿Quiere usted que yo la represente?

—Sí.

—Muy bien —dijo Mason—. Usted me está mintiendo en multitud de cosas. Usted me telefoneó; usted dejó un pedazo de papel con la clave de la combinación de la caja de caudales escrita en él, en la cabina del teléfono; usted me envió el dinero, el sobre estaba escrito de mano de usted.

—No, no —repitió ella.

—Pero aun cuando yo no logre hacerla a usted decir la verdad, voy a representarla. Y aquí está lo que quiero que usted haga. Quiero que usted se mantenga firme y no le declare nada a nadie. Probablemente la dejarán a usted tranquila y acaso no le pregunten mucho, porque ya la tienen a usted crucificada. ¿Firmó usted sus declaraciones?

—Sí.

—¿Ante un notario público?

—Sí.

—¿Usted hizo sus declaraciones y éstas fueron tomadas taquigráficamente?

—Sí, yo les dije todo.

—Muy bien —dijo Mason—. Compense usted eso ahora no

diciendo nada por algún tiempo. Vamos a ver, ¿sabe usted alguna cosa que pudiera ayudarme para preparar su defensa?

—No.

—¿Su esposo tenía un negocio de compraventa de casas?

—Sí.

—¿Y alguna cosa más?

—No, eso era todo.

—¿Ganaba mucho con el negocio de compraventa de inmuebles? ¿Tenía éxito?

—Sí, bastante, pero últimamente los negocios estaban un tanto paralizados.

—Comprendo. Ahora, señora Fargo, le voy a decir a usted algo con toda franqueza. Voy a decirle a usted algo como abogado suyo. Le voy a decir lo que yo creo que ocurrió.

—Sí, diga usted.

—Creo que usted me llamó al «Ganso Dorado» y creo también que usted me dio una misión para llevar a cabo y...

Ella lo interrumpió agitando su cabeza lentamente en señal negativa.

—Por favor, déjeme continuar —dijo Mason. Creo que usted me envió todo el dinero que tenía, el cual había estado ahorrando para un caso de emergencia. Y creo que usted se encontró en ese caso. Pienso que en cierta forma su esposo descubrió lo que había ocurrido y que a la mañana siguiente, en lugar de tomar usted el autobús para Sacramento como había planeado, se encontró en un ajuste de cuentas final con su esposo. Creo que usted sintió miedo de él y, se encerró en su dormitorio; creo que su esposo la persuadió finalmente de que le abriese la puerta y que entonces él trató de asfixiarla a usted. Creo que usted tenía un cuchillo y le dio una puñalada en defensa propia; después fue dominada por el pánico, ante la idea del escándalo en la Prensa, que haría las cosas difíciles para usted y para su hijo, y entonces trató de prepararse una coartada. En principio había proyectado irse en el autobús de las ocho y cuarenta y cinco de la mañana; usted sabía que su madre esperaba que llegase en ese autobús y entonces pensó que si podía encontrar alguna forma de tomar ese autobús y llegar a Sacramento en él, todo resultaría bien.

»Creo que usted mató a su esposo, pero no que lo asesinó. Creo

que usted procedió en defensa propia. Creo que usted se envolvió a sí misma en las mayores complicaciones al tratar de contar una historia que nadie creería.

»Ahora, pues, eso es lo que pienso en relación a su caso.

Ella permanecía denegando con la cabeza.

—¿Es eso verdad?

Ella evitó la mirada del abogado.

—Señor Mason, yo..., yo quisiera..., oh, yo quisiera poder decirle a usted lo que...

—¿De qué tiene miedo? —dijo Mason—. Todo cuanto usted le diga a su abogado es confidencial. ¿No es ésa la forma en que todo ocurrió, señora Fargo?

—Yo..., no.

—¿No fue así?

—No.

—¿Cómo ocurrió entonces?

—He dicho siempre la verdad en esto. Yo salí en ese...

—¿No mató usted a su esposo en defensa propia?

—No.

—¿Por qué no confiesa usted, que me llamó al «Ganso Dorado» y...?

—Yo no llamé.

—Está usted haciendo en extremo difícil para mí el que la represente.

—Le he dicho a usted todo cuanto podía.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a representarla a usted. Pero ahora quiero que usted entienda una cosa.

—¿Qué?

—Si yo la represento a usted, voy a tratar de conseguir que sea absuelta.

—Naturalmente.

—Pero no habrá jurado en el mundo capaz de creer la historia que hasta ahora ha contado usted.

—Lo siento. No puedo hacer nada respecto a eso.

—Por lo tanto —dijo Mason—, voy a tratar de darle al jurado algo que ellos creerán.

—Pero yo no puedo ayudarlo a usted, señor Mason, yo no puedo...

—Desde luego que usted no puede —dijo Mason—; usted se ha comprometido a sí misma ya. Usted ya ha hecho sus declaraciones, las ha firmado y se ha puesto a sí misma en tal posición, que está atada de pies y manos. Usted está amarrada a una serie de circunstancias que la van a enviar a usted a presidio para toda la vida, aun en el caso de que no la envíen a la cámara de gas, pero mis manos no están atadas.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Lo que creo será mejor para los intereses de usted.

—Pero, señor Mason, usted no puede... En vista de lo que yo he dicho, usted no puede encontrar defensa para mí en una mentira.

—Yo puedo encontrar defensa en cualquier cosa que quiera —replicó Mason— y ésa no es una mentira, a menos que usted la diga. Así, pues, usted se ha metido a sí misma en un conflicto, y yo voy a tratar de sacarla de él. Recuerde que bajo nuestras leyes la acusación tiene que demostrar que usted es culpable *más allá de toda duda razonable*, antes de que el jurado pueda declararla convicta. ¿Comprende usted esto?

—Sí.

—Y yo voy a plantear una duda razonable en las mentes de los miembros del jurado.

—¿Cómo es eso?

—Yo voy a hacer que aparezca que usted mató a su esposo en defensa propia.

—Pero yo no lo hice.

—Sí, usted lo hizo. Pero usted tiene miedo de confesarlo así a causa de ciertos hechos que usted quiere ocultarle al público, hechos que usted cree que serán la desgracia de su hijo.

—No, señor Mason, honradamente le estoy diciendo a usted...

—Yo haré que usted no comparezca en el estrado de los testigos y voy a dejar a los de la acusación que arrojen todos cuantos documentos quieran ante el jurado. Eso no puedo evitarlo, pero voy a provocar una razonable duda en las mentes de los jurados respecto a lo que ocurrió. Eso es todo lo que puedo hacer, y la única forma en que puedo hacerlo es utilizando el testimonio de los testigos de la propia acusación. Ahora, pues, quiero que usted permanezca tranquila y callada a partir de este momento. ¿Me comprende?

—Sí.

—¿Puede usted hacerlo?

—Creo que sí.

—Pues inténtelo —dijo Mason, y le hizo seña con la cabeza a la matrona indicándole que la entrevista había terminado.

Mason tomó el ascensor para bajar a la planta baja del Palacio de Justicia, y allí encontró una cabina telefónica y llamó a Paul Drake.

—Paul —le dijo—, voy contra la corriente en todo este caso Fargo.

—¿Acaso te das cuenta de ello ahora? —dijo Drake.

Mason replicó:

—Estoy completamente envuelto en él.

—No hagas eso, Perry; abandona ese caso como puedas. Procura no tener nada que ver con él. Es un asunto que no tiene defensa posible.

—A pesar de ello. Estoy completamente decidido a tomar la defensa, Paul, y voy a necesitar algunas municiones que pueda disparar ante el Tribunal.

—Todo lo que puedas conseguir para disparar, va a resultar lo mismo que un petardo explotando al lado de un cañón de dieciséis pulgadas —le contestó Drake.

—No importa, Paul. Tengo que encargarme del caso tal cual se presenta. Y ahora, esa señora Maynard es el más peligroso de los testigos. Por lo tanto, quiero que averigües todo lo que puedas sobre los ojos de la señora Maynard.

—¿Qué ocurre con sus ojos?

—Ella tiene treinta y uno o treinta y dos años. El retrato de ella en los periódicos la presenta sin lentes. Y hay una posibilidad de que esté acostumbrada a usarlos. Es posible que tenga un par de lentes que se pone cuando no se siente demasiado preocupada por la impresión personal que produce. Sin embargo, cuando se presenta en público se quita los lentes.

—Multitud de mujeres hacen eso mismo —dijo Drake.

—Pero —dijo Mason— si una testigo va a identificar a una cliente mía y tiene su lentes guardados en el bolso en lugar de tenerlos sobre la nariz yo me propongo hacer de esto una cuestión de principio.

—Ya te comprendo —dijo Drake.

—En realidad, es una tontería y una falsa impresión el creer que una mujer no parece bien cuando lleva lentes, pero algunas mujeres se han formado un complejo sobre ello y yo tengo el presentimiento de que la señora Maynard puede ser una de esas mujeres.

—Lo averiguaré.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre ella; todo sobre su pasado, su presente, sus gustos, las cosas que le desagradan, adonde va, lo que hace...

—Será mejor que lo tomes con más calma, Perry —dijo Drake—. Ya sabes lo que ocurrirá. Ellos clamarán que estás intimidando al testigo de la acusación.

—A mí no me importa nada lo que ellos clamen —dijo. Mason—. Yo no voy a amenazarla a ella. Voy a tratar simplemente de descubrir hechos. Y ahora pon manos a la obra y ve lo que puedes hacer. Ella debe de estar de regreso en Los Ángeles. Comienza por interrogar a los vecinos. Consigue un esquema general sobre ella.

—¿Y particularmente sobre sus lentes? —preguntó Drake.

—Y *muy* particularmente sobre sus lentes —replicó Mason.

Capítulo 17

Al día siguiente por la tarde a la anterior conversación, Paul Drake tenía ya dispuesto un informe para Mason en relación con el principal testigo de la acusación.

—Esta señora Maynard —dijo Drake pasando las páginas del informe— es una mujer muy retraída. Nadie sabe mucho respecto a ella. Es viuda y al parecer tiene un pequeño seguro que la capacita para vivir tranquila y simplemente, sin tener que pedir favores a nadie. Vive mucho para sí misma y tiene un pequeño coche, viste ropas bastante buenas y se ausenta de su casa con mucha frecuencia.

—¿Trabaja? —preguntó Mason.

—No, no trabaja, pues sale de su casa a horas muy irregulares, y a veces está ausente durante días seguidos. Tiene un teléfono que no está a nombre de ninguna persona, pero...

—Bueno, puedes averiguar adónde va de ahora en adelante —dijo Mason—. Que la sigan adondequiera que ella vaya.

—Ya lo estamos haciendo —respondió Drake—, pero desde que mis agentes la están vigilando no ha salido mucho. Sin embargo, aquí hay algo que puedes utilizar, Perry.

—¿Qué es ello?

—Ayer le fueron llevados a su casa unos lentes enviados por un óptico.

—¿Y cómo lo sabes? Todavía no estaba vigilada.

—No, pero esta mañana uno de mis agentes, al hablar con la vecina de la puerta de al lado de la señora Maynard, descubrió que ayer un chico mensajero estuvo tocando el timbre en la casa de esta última y no obtuvo respuesta, y finalmente esta vecina llamó al mensajero y le dijo que le dejase el paquete a ella. El muchacho lo hizo y la vecina recuerda la etiqueta del paquete, porque se da el

caso que conocía el nombre del óptico, cuyo establecimiento está solamente a unas pocas esquinas de su casa.

—Ése es un buen detalle, Paul.

—Sí. Si los lentes de ella se habían roto cuando estaba realizando aquel viaje en el autobús y ella...

—Ahora ya empezamos a ir a alguna parte —exclamó Mason—. Sigamos ese hilo. ¿Quién es el óptico?

—El doctor Carlton B. Radcliff. Éste tiene un pequeño establecimiento donde vende anteojos de larga vista, artículos de óptica, hace arreglos de lentes y...

—¿Qué clase de individuo es?

—Es ya bastante viejo, alrededor de los setenta años, diría yo. Vive en el piso de encima de su tienda. Al parecer sabe cómo vivir..., es un hombre tranquilo y paciente que gana para vivir con su tienda. ¿Quieres que trate de averiguar algo más sobre...?

—Yo me encargaré de eso —dijo Mason—. Eso puede resultar muy importante.

—Aún tengo algo más para ti.

—¿Qué es?

—Me dijiste que hiciese averiguaciones sobre Celinda Gilson.

—¿Y qué conseguiste, Paul?

—En la tarjeta de su departamento dice: «Celinda Gilson Larue». El Larue ha sido tachado y...

—Ya lo he visto —interrumpió Mason.

—Y —prosiguió Drake— el apellido del *maître* en el «Ganso Dorado» se da la coincidencia de que es Larue también.

—¿Pierre?

—Exactamente.

—Pierre Larue —repitió Mason.

—Así es.

—Santo Dios, Paul, ¿no querrás decir que él es el marido?

—Al parecer, lo es. No puedo hallar nada que pruebe que estén verdaderamente divorciados. Sin embargo, están separados y..., bueno, de todas formas, ésa es la historia. Al parecer, en lugar de haber hecho cualquier clase de arreglo en sus intereses económicos mutuos, Larue le consiguió un empleo a su mujer en el «Ganso Dorado», que implica la concesión para fotografías en aquel local. Ahora, pues, trata de enlazar todos esos datos y a ver qué respuesta

logras de ellos.

—Una respuesta que no encaja en nada con el problema.

—Entonces mejor será que cambies el problema —dijo Paul Drake—. Los hechos son consistentes.

—Maldito si lo son —admitió Mason—. ¿Averiguaste dónde vive Pierre?

—Nadie lo sabe —dijo Drake—. Cuando se marcha del «Ganso Dorado», nadie sabe adónde va.

—Muy bien —dijo Mason—, si él está hasta ese extremo atado al caso, si él es el esposo de esa muchacha Gilson, entonces haz que lo sigan. Vamos a averiguar adónde va cuando sale del trabajo.

—Vas a gastar muchísimo dinero antes de que hayamos llegado al final de todo esto —le advirtió Drake.

—Está bien —le replicó Mason—. Quiero obtener resultados. Vamos a ver a ese óptico.

—¿En mi coche o en el tuyo?

—En el mío. En el tuyo nos llevaría todo el día llegar allí.

—Bueno —replicó Drake amoscado—, pero también ir contigo conduciendo constituye siempre una gran aventura. Vamos.

Mason le comunicó a Della Street adonde iban y luego él y Drake fueron en automóvil a la oficina del doctor Carlton B. Radcliff.

A pesar de sus diversos títulos, el doctor Radcliff evidentemente trataba de procurarse un retiro en su pequeña tienda.

Un letrero colocado sobre el mostrador, al fondo del establecimiento, y que podía ser leído por todo el mundo al entrar, proclamaba:

NO QUIERO QUE ME MOLESTEN NI QUIERO QUE ME DEN
PRISA

En la parte delantera de la tienda había un mostrador de reparación de relojes y cuando Mason y Drake entraron, el doctor Radcliff estaba sentado a ese mostrador con una lupa en el ojo reuniendo las partes integrantes de un reloj.

—Un momento —dijo a los recién llegados por encima del hombro, y continuó con su trabajo, recogió cuidadosamente una ruedecilla con diamantes y la colocó con las pinzas en su sitio en el

reloj.

Después de unos momentos, echó atrás su silla, se acercó al mostrador y observó a los dos hombres con mirada paciente en la cual había como una chispa de interrogante humor.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

Mason sonrió.

—Deseábamos obtener alguna información.

—Ustedes pueden obtener mejores informaciones en cualquier otra parte.

—Pero yo creo que esta información nos la puede dar usted —contestó Mason.

—Yo soy un viejo y sólo he estudiado un puñado de cosas. El mundo se ha movido rápidamente y ahora hay muchas cosas que ignoro.

—Nosotros queremos una información relativa a lentes —dijo Mason.

—Si se trata de lentes es distinto —concedió el hombre—. Sobre lentes y relojes, sí sé. He estudiado sobre esas dos cosas. Las he estudiado durante toda mi vida y ésta ha sido demasiado corta. ¿En qué puedo servirles a ustedes?

—Queremos saber algo en relación con los lentes de la señora Newton Maynard —dijo Mason.

—Maynard, Maynard, sus lentes..., oh, sí, el par de lentes que se le rompió. Pero ya se los he enviado. Ella tenía mucha prisa para que se los enviase.

—Quiero saber algo sobre los propios lentes —dijo Mason—. ¿Estaban rotos?

—Uno de los lentes estaba astillado. Pero los dos estaban en mal estado a causa de..., pero ¿para qué desean ustedes saber esto?

—Quiero saber si ella podría ver sin esos lentes.

—¿Si ella podría ver?

—Sí.

—Caballeros, ¿para qué son estas informaciones que ustedes quieren?

—Porque es necesario que las logremos.

—¿Son ustedes amigos de la señora Maynard?

Mason vaciló. Drake dijo:

—Sí.

El óptico sonrió cortésmente.

—Entonces eso es fácil. Ustedes podrán obtener la información de la propia señora Maynard.

—Doctor Radcliff, yo soy abogado —dijo Mason—. Estoy tratando de averiguar ciertos hechos y quiero...

El hombre ya estaba meneando la cabeza negativamente antes de que Mason hubiera terminado la pregunta.

—Yo no doy nunca informaciones respecto a mis pacientes o a mis clientes. No.

—Pero —dijo Mason— esta información puede resultar muy importante. Puede significar que como testigo...

—Como testigo, sí. Usted es abogado y conoce las leyes. Yo soy solamente óptico, joyero y relojero. No sé nada de leyes. Pero ésta sí que la sé. Yo creo que como testigo usted me entrega un papel y entonces yo acudo ante el Tribunal, usted me coloca en el estrado de los testigos, yo juro decir verdad y digo la verdad. Entonces respondo a sus preguntas. Después el juez me dirá que tengo que contestarlas. Pero ahora no contesto preguntas, no tengo por qué hacerlo. ¿Nos entendemos?

Había una sonrisa cortés en los ojos de aquel hombre, pero también algo inflexible en sus maneras que era duro como el granito.

—Nos entendemos. Muchas gracias, de todas formas —le dijo Mason—. Vámonos, Paul.

Se volvieron y abandonaron el establecimiento.

De regreso en el automóvil de Mason, dijo Drake:

—¿No crees que hubiéramos podido averiguar un poco más si...?

—No —dijo Mason—. Todo lo que posiblemente hubiéramos logrado hacer era irritarlo. Pero ya sabemos esto: que había un par de lentes rotos que fueron llevados a arreglar por la señora Maynard. Ahora, pues, Paul, cuando la llamemos al estrado de los testigos voy a interrogarla sobre sus ojos y sobre sus lentes, y hasta qué punto puede ver sin ellos, y después trataré de demostrar que es imposible que llevase los lentes puestos cuando iba de viaje en el autobús, porque los tenía guardados en el bolso y estaban rotos.

—¿Crees que ella los llevará puestos al comparecer ante el Tribunal?

—Yo creo que los llevará puestos constantemente a partir de ahora —dijo Mason—, pero no creo que ella los llevase puestos cuando iba en aquel autobús.

—Eso va a ser difícil de demostrar —dijo Drake.

—Ésa es la razón por la que yo no quise interrogar al doctor Radcliff más a fondo.

—No te comprendo, Perry.

—Pues quiero decir que si yo hubiese insistido más, él hubiera ido junto a la señora Maynard y le hubiera dicho que nosotros andábamos investigando. Pero tal cual procedimos, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que él ni siquiera mencione esto. Como nosotros no hicimos de ello una cuestión decisiva y los lentes ya le habían sido enviados a la mujer, entonces él volverá a su trabajo y nada más. No es de esa clase de hombres que andan con murmuraciones. Es un sujeto de boca cerrada y un hábil trabajador que lo único que quiere es que lo dejen tranquilo y solo con su trabajo.

—Creo que en efecto tienes razón en eso, Perry.

—Sin embargo —dijo Mason—, nosotros le enviaremos una citación tan pronto como la fecha para las audiencias preliminares sea fijada.

—¿Y cuándo será eso?

—Eso —contestó Mason— podrá ser muy pronto.

Drake dijo con gran interés:

—Perry, no tienes ni una sombra de posibilidades en este caso y lo sabes. ¿Por qué no te retiras de él?

—Yo no sirvo mucho para hacer retiradas. Voy a procurar obligar a la acusación que pruebe cada elemento que figure en su caso más allá de toda duda razonable. La verdad puede ser una cosa y la historia que cuenta la señora Fargo puede ser otra..., pero ellos van a tener que probar que ella es culpable, Paul.

—Ellos pueden probarlo —dijo Drake—. Yo bien quisiera que tú estuvieses al margen de todo esto, Perry.

—Ya veremos si pueden probarlo —dijo Mason, y luego añadió—: No me siento muy feliz de verme metido en esto yo mismo, Paul, pero ya lo estoy. No te equivoques respecto a ello. Estoy completamente comprometido.

Capítulo 18

Las audiencias preliminares del caso de Myrtle Fargo por asesinato de su esposo habían atraído muy poco interés público.

Los funcionarios del Tribunal que habían seguido la espectacular carrera de éxitos de Perry Mason, sospecharon que el interrogatorio por éste de la señora Newton Maynard constituiría el punto culminante del caso y valdría la pena ver si el astuto defensor sacudiría el testimonio de la mujer; pero aquellos que habían hablado con los ayudantes en la Oficina Fiscal del Distrito, estaban apostando al extremo de veinte a uno de que lo que ella contaba no podría ser desmentido en ningún punto particularmente importante. La señora Maynard se preparaba para ser un testigo positivo, hábil, de lengua despejada y capaz de hacer frente con su propio ingenio al de cualquier abogado.

Hasta ahora, por lo que al público en general concernía, la señora Fargo era considerada culpable, y eso era todo lo que importaba. Ella había tratado de prepararse una coartada y había sido sorprendida con las manos en la masa. El caso, pues, apenas valía el tiempo que se perdía en él.

Por esta razón Mason se encontró —una de las pocas veces en su carrera en los Tribunales— con que la sala de la audiencia no estaba completamente llena de público. Aparte las primeras cuatro o cinco filas de asientas del frente, la sala estaba vacía de espectadores.

Todo esto constituía un fastidio y contrariedad para Hamilton Burger, el fiscal del Distrito, que había tomado el caso de manos de sus ayudantes, decidido a llevarlo por cuenta propia. Aquellos que estaban en los círculos íntimos del Tribunal, sabían que Burger había tomado este caso en manos personalmente, no porque lo considerase en particular importante, sino porque quería satisfacer

una ambición de toda su vida de obtener un aplastante triunfo sobre Perry Mason.

Y puesto que este triunfo resultaría tan dulce para un fiscal del Distrito que había sufrido una larga serie de derrotas, Burger estaba prolongando el proceso todo cuanto le era posible.

Pacientemente fue llamando a los testigos para instituir el proceso, pero, sin embargo, al mismo tiempo trataba de guardar secreto el máximo de información.

Burger presentó un plano de la casa donde había tenido lugar el asesinato, así como fotografías de aquella y de cada cuarto. Un médico forense declaró sobre las causas de la muerte. El arma del crimen había sido encontrada y presentada como prueba. Se trataba de un cuchillo de cocina bien afilado y puntiagudo, cubierto con siniestras manchas, pero desprovisto de huellas dactilares.

Burger incluso había encontrado un testigo que declaró que le había pagado a Arthman D. Fargo quinientos dólares en billetes la noche antes de ocurrir el asesinato y que en su presencia Fargo había guardado este dinero en la caja de caudales y le había dado al testigo un recibo. El testigo fue interrogado sobre el valor de los billetes que había entregado. Los billetes, explicó, eran diez de a cincuenta dólares, haciendo un total de quinientos dólares. Él había retirado esos billetes del Banco aquella misma tarde.

Después Burger presentó la prueba de la caja de caudales abierta, con el contenido desparramado por el suelo, donde había sido arrojado sacándolo de la caja. Después, como un toque coronándolo todo, un oficial de policía declaró que en el momento de la detención de la señora Fargo, ésta tenía en su bolso diez billetes de cincuenta dólares.

Seguidamente comenzó la procesión de los dramáticos testigos, aquellos que iban a demostrar la huida de la acusada de la escena del crimen. Burger llamó a Percy R. Danvers, el encargado del parque de estacionamiento en la Unión Terminal.

Danvers declaró que sobre las once de la mañana del día del crimen, una mujer había estacionado su coche en su sección. La mujer había recibido el acostumbrado boleto de estacionamiento. La otra parte del boleto había sido colocada bajo el limpiador automático del parabrisas del automóvil. Él había salido de servicio dos horas antes de que la policía hubiese encontrado el coche.

El testigo declaró el número de licencia del auto y el del motor y el nombre del certificado del registro de aquél, que era Myrtle Ingram Fargo.

Después surgió la dramática pregunta:

—¿Podría usted identificar a la mujer que le dejó a usted ese coche?

—Sí puedo. Sí, señor.

—¿La volvió usted a ver después?

—Sí, la he visto.

—¿Dónde?

—En una rueda de identificación de presos en la Jefatura de Policía.

—¿Cuántas mujeres estaban con ella?

—Cinco.

—¿Todas ellas aproximadamente de la misma estatura, peso, edad y complexión?

—Sí.

—¿Y usted señaló entre ellas a la persona que había visto estacionando el coche?

—Sí, la señalé.

—¿Y quién era?

El testigo señaló apuntando dramáticamente con un dedo:

—La señora Fargo, está acusada.

—Puede usted repreguntar —dijo Burger triunfalmente a Mason.

Mason sonrió tranquilamente hacia el testigo y le dijo:

—Señor Danvers, hizo eso muy bien.

—¿Qué hice bien?

—Apuntar con su dedo.

—¡Oh!

—¿Cómo fue que usted apuntó directamente a la acusada cuando la identificó?

—Porque ella era la misma que yo había visto.

—Pero usted no necesitaba señalarla con el dedo. Usted simplemente pudo haber dicho que la mujer que había visto era la acusada.

—Bueno, yo no quería que hubiese error alguno en ello. Y la señalé.

—Ya sé que usted la señaló —dijo Mason—. Y ahora, dígame

usted, ¿quién le dijo que la señalase con el dedo?

El hombre pareció repentinamente intranquilo.

—Vamos, vamos, señor Danvers —dijo Mason—; su ademán difícilmente fue espontáneo. Había en él algo de estudiado, como si lo hubiese usted ensayado antes. Y ahora recuerde que está usted declarando bajo juramento. ¿Le dijo a usted alguien que la señalase con el dedo cuando le fuese pedido que esto parezca como una cosa natural, como una cuestión corriente, no que identificase a la testigo?

—Sí.

—¿Quién?

—Oh, Su Señoría —exclamó Hamilton Burger con la voz cuidadosamente modulada para demostrar que su paciencia había sido ya puesta a prueba más allá de la resistencia humana—. Todo este bordadito minucioso de detalles que carecen de significación, no es forma procedente de interrogar. El testigo identificó a la mujer. La cuestión es si esa mujer es la misma o si no es la misma, y no si a él le dijeron que la señalase cuando la identificara... Sí, yo estoy perfectamente decidido a estipular que yo le dije a este testigo en mi oficina, cuando traté del caso con él, que si la acusada sentada en la sala del Tribunal era la mujer que él había visto, debía señalarla de forma que no pudiese haber malas interpretaciones. Yo tomaré la responsabilidad de esto.

Y Hamilton Burger miró a los espectadores cual si les estuviera diciendo: «Vean ustedes cómo esa bomba de Perry Mason no tenía nada dentro, después de todo».

—Muchas gracias —dijo Mason a Hamilton Burger—. Estoy completamente seguro de que usted le dijo al testigo que señalase con el dedo y estoy también completamente seguro de que sus desesperados intentos para hacer que esto parezca como una cosa natural, como una cuestión corriente, no han, en realidad, engañado a nadie.

Mason se volvió al testigo.

—Así, pues, el fiscal del Distrito le dijo a usted lo que tenía que hacer cuando declarase. ¿Y le dijo a usted también entonces lo que tenía que decir?

—Oh, Su Señoría —gritó Hamilton Burger—, eso está enteramente fuera de orden. Es improcedente, no hace al caso y

carece de significación. Eso no es forma adecuada de interrogar:

—La objeción queda desestimada. Responda el testigo a la pregunta —ordenó el juez.

—Bueno, él me dijo que señalase a esta mujer y apuntase con el dedo cuando yo indicase quién era.

Hamilton Burger, con el rostro congestionado, se sentó lentamente pero permaneció al acecho al borde de su butaca, revelando claramente que estaba dispuesto a erguirse con toda contundencia para proteger los derechos del Pueblo por una parte, y la dignidad del fiscal del Distrito por otra.

—¿De qué color eran las medias que llevaba esta mujer? —preguntó Mason al testigo.

—No lo sé. No observé cómo iba vestida.

—¿Qué clase de falda llevaba?

—Ya le digo que no lo observé, pero creo que era algo así como de un color... oscuro... oh, no puedo decirlo.

—¿Y de qué color eran sus zapatos?

—No lo sé.

—¿Llevaba sombrero?

—Sí, creo que sí.

—¿Sabe usted de qué color era?

—No.

—¿La observó usted de muy cerca?

—Bueno, yo no observé sus ropas pero sí observé su rostro. Ella estacionó el coche y después quiso tomar un taxi, lo cual era poco corriente y, por lo tanto, lo recuerdo. El público acostumbra estacionar sus coches e ir directamente a la estación de autobuses.

—¿Sabe usted acaso qué porcentaje de personas estacionan sus coches en su local y después toman un taxi?

—No. Todo lo que sé es que esta mujer me pidió que le consiguiese un taxi.

—¿Acaso ignora usted, dicho sea de paso, que a un gran número de personas no les agrada conducir entre el denso tráfico y utilizan el parque de estacionamiento en la Unión Terminal y luego toman taxis para realizar sus gestiones en la ciudad?

—Bueno, supongo que así es.

—Bien, ¿pero usted no lo sabe?

—Bueno, yo no lo sé, porque no lo sé..., no les pregunto a ellas.

—Así pues, en este caso, cuando esta persona le preguntó a usted sobre el medio de conseguir un taxi, ¿esto le causó a usted una gran impresión?

—Sí.

—¿Y esa fue la primera vez que usted en realidad observó a la persona a la que ahora identifica como la acusada?

—Sí, señor.

—¿Y ella salía del lugar destinado para el estacionamiento de automóviles?

—Sí, señor.

—¿Había muchos automóviles llegando al parque de estacionamiento a esa hora?

—Había bastante movimiento, sí.

—Y ahora, díganos: según yo entiendo, señor Danvers —dijo Mason—, los clientes conducen sus coches hasta llegar a la entrada del parque de estacionamiento. Usted le entrega a cada uno un boleto y coloca la otra parte de éste bajo el limpiador del parabrisas del automóvil; después usted recibe alguna cantidad de dinero y el cliente introduce su coche en el parque, busca sitio para dejarlo, se apea, lo cierra y vuelve atrás para marcharse a pie.

—Así es.

—Por lo tanto, transcurre algún tiempo siempre entre el momento en que le es entregado el boleto y aquel en que la persona se marcha por sus propios pasos.

—Sí, transcurre un minuto o dos.

—¿Y no pasa más tiempo algunas veces?

—Oh, sí.

—Veamos, la primera vez que usted observó a esta persona a la cual identifica ahora como la acusada fue cuando ella salió del parque de estacionamiento y le preguntó a usted dónde podría conseguir un taxi. ¿Es esto verdad?

—Sí, señor.

—¿Y usted la observó después?

—Bueno, no lo suficiente para poder decirle a usted lo que llevaba puesto, pero sí lo bastante para estar seguro de que está acusada es aquella mujer.

—Oh, entonces está usted muy seguro —dijo Mason.

—Sí, señor.

—¿Pero usted no está absolutamente seguro?

—Bien, yo creo que lo estoy.

—¿Por qué no lo dijo usted entonces? ¿Por qué dijo usted que estaba muy seguro?

—Bueno, porque estoy muy seguro.

—¿Pero está usted absolutamente seguro?

—Bien, creo que sí.

—Veamos cuál es: ¿*muy* o *absolutamente*?

—Bien, yo creo que absolutamente.

—¿Usted cree que absolutamente?

—Estoy seguro.

—¿Entonces por qué dijo usted que estaba muy seguro?

—Bien, yo quería otorgarle a la acusada todo el beneficio de la duda.

—Ah, entonces existe una duda.

—Bueno..., yo no dije que tenía una duda, yo dije que le estaba dando a la acusada todo el beneficio de cualquier duda.

—¿De qué duda?

—De cualquier duda.

—Entonces, según yo entiendo, usted tiene duda y es para resolver esta duda en favor de la acusada que dijo que estaba *muy* seguro y no *absolutamente* seguro. ¿Es esto así?

—Yo creo que sí.

—Ahora, pues —dijo Mason—, si usted está solamente *muy* seguro de que era la acusada la persona que salió de aquel lugar de estacionamiento y si cuando ella salió fue la primera vez que la observó en particular, usted no puede estar *absolutamente* seguro de que ella era la mujer que guió el automóvil de Fargo a aquel sitio de estacionamiento, ¿o sí puede usted?

—Bueno, resulta razonable que tenía que ser ella.

—Yo no estoy hablando de lo que resulta razonable —dijo Mason—. Yo le estoy preguntando si usted lo sabe.

—Bien, si usted quiere plantearlo de esa manera, yo entiendo que ella es la misma persona. Tiene que haberlo sido.

—Pero usted no lo sabe.

—No, yo no lo sé.

—¿No está usted seguro entonces?

—Bien, no estoy *absolutamente* seguro.

—¿Y está usted *muy* seguro?

—Bien, yo..., yo procedí en el supuesto de que...

—Ya sé que usted lo hizo —dijo Mason—; usted procedió en el supuesto de que ella tenía que haber estacionado ese coche allí, pero usted no observó de una manera particular al conductor de ese coche cuando llegó allí, ¿verdad?

—No, particularmente, no.

—Usted simplemente siguió su rutina acostumbrada de entregarle al conductor un boleto, recibir el dinero por el servicio de estacionamiento y colocar la otra parte del boleto debajo del limpiador del parabrisas. ¿No es eso así?

—Sí.

—Y bajo tales circunstancias usted nunca observa de una manera particular a los conductores, ¿verdad?

—Bueno, sólo algunas veces.

—Muy bien, señor Danvers —dijo Mason—, ahora describa usted a los conductores de los dos coches que llegaron allí antes que la acusada.

—No puedo recordarlos ahora.

—Ni siquiera sabe si eran hombres o mujeres, ¿o sí?

—No.

—Y a esa hora no había razón especial alguna para que usted observase a la mujer que usted ahora afirma es la acusada. Ella no había dicho nada ni hecho nada que le llamase a usted la atención.

—No.

—Esta persona estuvo en el lugar de estacionamiento durante varios minutos. En ese espacio de tiempo, ¿llegaron allí otros coches?

—Creo que sí. Tengo que suponer eso.

—¿No puede usted recordarlo?

—No.

—Entonces usted vio a una mujer que salía del parque de estacionamiento y que le preguntó a usted algo respecto a un taxi.

—Exacto.

—Y el fiscal del Distrito le dijo a usted que cuando subiese al estrado de los testigos tenía que señalar a la acusada y decir: «Ésa es la mujer».

—Sí —dijo el testigo antes de que Burger pudiese presentar una

objeción.

Burger dijo:

—Su Señoría, yo pido que esta respuesta sea tachada del acta, de forma que yo pueda interponer una objeción. Eso es asumir un hecho sin prueba. Es una falsa acotación de la evidencia previa.

—El testigo ya dio su respuesta —dijo Mason.

—Y yo pido que la respuesta sea eliminada para que el Tribunal pueda tomar en consideración mi objeción.

—El testigo ya ha dicho «Sí» —replicó Mason—. Y él está declarando bajo juramento. ¿Pretende usted que la respuesta no era exacta?

—Yo pretendo y quiero que la respuesta sea anulada para que yo pueda interponer una objeción basada en que eso es presumir un hecho que no figura en prueba.

—Pues yo creo que es una forma de interrogar adecuada —intervino el juez—. Y yo mantengo que la respuesta figure en acta.

—Pero eso no está de acuerdo con los hechos —replicó Hamilton Burger—. Eso no...

—Hamilton Burger puede prestar juramento y declarar, como testigo, si así lo quiere, para refutar a su propio testigo —dijo Mason.

—Oh, después de todo es una cuestión mezquina —declaró Burger resignándose de mala gana y sentándose.

La voz de Mason perdió su tono solemne para adoptar otro de diálogo.

—Veamos —dijo con naturalidad—, la policía acudió a usted en primer lugar y le pidió la descripción de esa mujer, ¿no fue así?

—Así fue.

—¿Y usted le comunicó esa descripción?

—Sí, lo mejor que pude en esa ocasión.

—¿Y después le mostraron a usted varias fotografías de la acusada?

—Sí.

—¿Usted examinó cuidadosamente esas fotografías?

—Sí.

—¿Usted no se limitó a echarles sólo una mirada?

—No, yo las examiné cuidadosamente.

—¿Le dijo usted a la policía que aquellas fotografías eran de la

mujer que había estacionado allí su coche?

—Yo les dije que observaba algo familiar en su rostro.

—¿Y qué más?

—Les dije que podía ser muy bien la mujer..., que podía ser ella.

—¿Usted no afirmó positivamente que lo era?

—No.

—Después, más tarde, cuando usted vio a la acusada en la rueda de identificación entre otras mujeres, usted la reconoció en seguida por las fotografías, ¿no es así?

—Sí, desde luego.

—Y cuando usted la vio en aquella rueda no puede estar absolutamente seguro de que la señaló porque recordaba su rostro por haberla encontrado en el lugar de estacionamiento, o bien porque había visto usted su retrato, ¿puede usted?

—Bien, desde luego...

—¿Puede usted?

—Bien, quizá fuese un poco de cada una de las cosas.

—Exactamente, incluso entonces usted no la identificó positivamente, ¿verdad?

—Bien, yo dije que ella parecía alguien a quien yo había visto antes.

Mason le sonrió al testigo y dijo:

—Eso es todo.

—¿Quiere usted volver a interrogar al testigo? —preguntó el juez al fiscal.

—Volviendo a lo que ya he dicho —dijo Hamilton Burger—, ¿no es un hecho que todo cuanto yo le dije a usted fue que cuando usted señalase a la acusada debía apuntar con el dedo?

—Sí.

—Eso es todo.

—Un momento —dijo, Mason cuando el testigo se disponía a abandonar el estrado—. Quiero hacerle nuevas preguntas.

El testigo volvió a sentarse.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en la oficina de Hamilton Burger en la ocasión en que le dijo a usted que señalase a la acusada con el dedo?

—Oh, creo que una media hora.

—¿Y de qué hablaron ustedes?

—Un momento, Su Señoría, un momento —interrumpió Hamilton Burger—. Ésa no es forma propia de interrogar. Es impropia, no hace al caso y no es procedente. Esa pregunta exige que sea revelada una conversación que goza de privilegio y que no tiene nada que ver con la declaración del testigo.

Mason dijo:

—Su Señoría: al volver a interrogar al testigo, Hamilton Burger le preguntó qué había dicho allí. Eso fue en interrogatorio redirecto. Bajo la bien familiar regla de que cuando uno de los abogados hace una pregunta que requiere una respuesta sobre parte de una conversación, el abogado contrario tiene el derecho de preguntar por el resto de la conversación completa y, por lo tanto, quiero saber todo cuanto fue dicho en aquella conversación.

El rostro de Burger tenía ahora el color del hígado crudo. Burger gritó:

—Su Señoría: rechazo por completo el que una conversación confidencial sea traída y revelada aquí de esa manera. Yo tengo unos derechos en mi cargo de fiscal del Distrito para investigar todas las fases de un caso y...

—Pero usted hizo una pregunta en interrogatorio redirecto requiriendo que se revelase una parte de una conversación —dijo el juez—, y este hombre no es un cliente sino sólo un testigo. Su objeción queda rechazada.

—Prosiga usted —dijo Mason al testigo—. ¿De qué hablaron ustedes allí?

—Bueno, nosotros hablamos sobre mi testimonio.

—¿Y qué se dijo allí?

—Bien, yo le dije al señor Burger lo que ya he dicho aquí. Después él me dijo que señalase a la acusada con el dedo y eso fue todo.

—Ahora, pues —preguntó Mason—, dígame, ¿no hubo alguna cosa que él dijo que usted no debía mencionar, a menos que le fuese preguntada específicamente?

—Bueno..., sí.

—¿Y qué fue ello? —preguntó Mason.

—Respecto a que la mujer no llevaba ningún maletín de viaje.

—Oh, ya veo —dijo Mason—. ¿Entonces cuando esta mujer salió del parque de estacionamiento no llevaba ningún maletín de viaje?

—No, señor.

—¿No llevaba nada en sus manos?

—Nada, excepto un pequeño monedero de piel.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí.

—¿Y Hamilton Burger le dijo a usted que no debía decir nada respecto a eso?

—Sí, que no dijese nada a menos que me preguntasen.

—Muchas gracias, señor Danvers —dijo Mason en tono sarcástico—. Eso es todo.

—No tengo más preguntas que formular —murmuró Hamilton Burger y después trató de ocultar su desconcierto llamando apresuradamente a su próximo testigo.

Ese testigo era el piloto del avión, quien declaró que había sido contratado por un hombre para llevar por vía aérea a una mujer a Bakersfield; que se le había dicho que era necesario para la mujer el encontrarse en la estación de autobuses de aquella ciudad a la una de la tarde. Él había accedido a llevarla comprometiéndose a que estuviese allí a tiempo, y así lo había hecho. La mujer llevaba un espeso velo sobre el rostro y no le había visto éste, pero recordaba la forma en que ella iba vestida. Él había prestado alguna atención a sus ropas a causa del velo. También había observado en particular el tipo de la mujer y su aspecto general.

—¿Ve usted a alguien en esta sala cuyo tipo y aspecto general sean los mismos que los de la mujer que llevó usted en el avión a Bakersfield? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí, señor.

—¿Y dónde está?

Mason interrumpió diciéndole al testigo:

—Si el señor Burger le dijo a usted que la señalase con el dedo, puede usted hacerlo.

—Él no me dijo que la señalase con el dedo —manifestó el testigo—, él sólo me indicó que dijese, «La acusada».

Hubo una explosión de risa en toda la sala.

Hamilton Burger gritó enfurecido:

—Pero usted la había visto previamente a ella en el despacho de la matrona y me había dicho que le parecía la misma mujer. ¿No es eso exacto?

—Un momento —gritó Mason—; me opongo a eso por considerarlo como inductor y sugestivo y como un intento de interrogar al propio testigo con carácter de repregunta y también como un intento por parte del fiscal del Distrito de declarar él mismo.

—En efecto, eso es inductor y sugestivo —intervino el juez—. Igualmente es un intento de repreguntar al propio testigo. Sin embargo, la objeción es aceptada sólo sobre la base de que la pregunta es inductora.

—Bien, pero ¿no la había visto a ella antes? —preguntó Burger.

—Sí.

—¿Y esa mujer era la acusada?

—Se parece a ella.

—Puede repreguntar —disparó Burger dirigiéndose a Mason.

El abogado de la defensa preguntó:

—¿Cuántas veces había usted visto a la acusada antes de verla ahora en esta sala?

—Una vez.

—Eso es todo. Gracias —dijo Mason.

—Un momento —volvió a gritar Burger—. El testigo interpretó mal la pregunta. Él quiso decir que la vio sólo una vez a los fines de identificación. Pero la vio dos veces. Una cuando la identificó y otra cuando ella subió al avión y realizó el viaje. Esto es exacto, ¿no es así? —dijo Burger volviéndose hacia el testigo.

La serena tranquilidad del tono de Mason estaba en agudo contraste con el tono del fiscal del Distrito cuando Mason dijo:

—Me opongo, Su Señoría, a esa pregunta sobre la base de que es inductora, de que presupone un hecho que no figura en prueba y finalmente sobre la base de que es bastante palpablemente un intento por parte del fiscal del Distrito de dirigir al testigo en relación a la respuesta que tiene que dar a la pregunta que el fiscal acaba precisamente de hacerle.

—El fiscal del Distrito, por favor, debe de limitar sus manifestaciones a las preguntas directas al testigo —determinó el juez.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger dominándose con gran dificultad. Se volvió al testigo para decir—: Cuando usted declaró previamente que había visto a la mujer sólo una vez antes, usted

quería decir..., bien, díganos lo que usted quería decir.

—Oh —interpuso Mason—, debo estipular que el testigo no es tan estúpido como para no haber comprendido ya lo que el fiscal quiso decir antes. Debo manifestar que así él declararía ahora que quería decir que la había visto una vez a efectos de identificación.

—Sí, creo que es eso —manifestó el testigo.

—Eso es todo —dijo Burger.

—Un momento —dijo Mason—. Antes de que usted abandone el estrado quizá deberíamos averiguar algo más sobre ese hombre que hizo las gestiones para contratar el avión. ¿Lo reconocería usted si volviera a verlo?,

—Sí.

—¿Lo ha vuelto usted a ver otra vez?

—No.

—¿Puede usted describirnoslo en particular un poco?

—Bueno, era un hombre de unos sesenta años aproximadamente y parecía un poco incierto en sus movimientos. Tanto que yo pensé que quizás estuviese borracho, pero su aliento no olía a alcohol. Puede que estuviese bajo los efectos de alguna droga o algo semejante. Tal parecía andar a tientas y..., bueno, lo observé y por la forma de caminar y el aspecto que tenía daba una impresión de incertidumbre.

—¿Era alto?

—No, era de corta estatura y ancho y, como ya dije, tendría unos sesenta años. No recuerdo gran cosa respecto a él. Yo di por hecho que era el padre de la muchacha.

—Y ahora, respecto a esta identificación, dígame: ¿La identificó usted en una rueda de presos?

—No, estaba ella sola en el despacho de la matrona.

—¿Y el señor Burger se la señaló a usted?

Burger interrumpió:

—Responda a eso solamente sí o no.

—No.

—¿Y la policía?

—No, exactamente.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bueno, ellos me dijeron que tenían detenida a una mujer para que yo la identificase. Me condujeron a la oficina de la matrona y

allí había solamente una mujer además de la matrona.

—Exactamente —dijo Mason—. Y ahora dígame, ¿no le dijeron también ellos que no podría haber duda alguna en el mundo de que aquélla era la mujer que usted había llevado a Bakersfield, que fuese usted allí al despacho y la identificase y que estuviese seguro de no cometer ningún error en lo que usted decía?

—Bien, fue algo por el estilo. Me dijeron que no me fuese a desmayar o a proceder como si yo no estuviera seguro, pues de lo contrario un abogado inteligente me arrancaría las tripas cuando me presentase a declarar.

—¿Entonces usted manifestó que estaba seguro?

—No, no lo hice. Yo no estaba seguro. Dije que creía que era la misma mujer. En realidad, yo tuve que esperar hasta el día siguiente antes de que estuviese absolutamente seguro.

—¿Y en el medio tiempo la policía continuó hablándole a usted?

—Yo diría que sí.

—Eso es todo —admitió Mason.

—No tengo más preguntas que formular —dijo a su vez Burger—. Llamaré a mi siguiente testigo.

El siguiente testigo era el chófer del taxi de Bakersfield que había transportado a la mujer del espeso velo desde el aeropuerto a la terminal de los autobuses. El chófer declaró, sin embargo, que no podía identificar a la mujer, que ésta llevaba un espeso velo, que no le había visto el rostro y que no había observado en particular cómo iba vestida. Él solamente sabía que era una mujer que medía poco más de un metro sesenta de estatura y que pesaba cerca de sesenta kilos.

—¿Oyó usted la voz de la acusada Myrtle Ingram Fargo? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí, señor.

—¿Y observó usted alguna diferencia entre la voz de la señora Fargo, la acusada en este caso, y la de la mujer a quien usted transportó a la estación de autobuses de Bakersfield?

—No, señor.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Burger a Mason.

—¿Observó usted alguna diferencia? —preguntó Mason.

—No, señor.

—¿Podría usted, por otra parte, señalar algunos puntos de

similaridad?

—Bueno, sus voces sonaban muy parecidas.

—Pero usted no puede identificar a la mujer como siendo la misma por la voz, ¿o puede usted?

—No de una manera absoluta.

—¿Usted no puede identificarla a ella por su voz en absoluto?

—Bueno..., cual ya dije, yo no puedo observar puntos de diferencia particular sobre los cuales yo pueda jurar.

—En otras palabras —dijo Mason—, usted también tuvo una conversación con Hamilton Burger, ¿verdad?

—Seguro. Yo le dije a él lo que sabía.

—¿Y él le preguntó a usted si podía identificar a la acusada por la voz? ¿Y usted le dijo a él que usted no podía?

—Bien, sí.

—Así, pues, él le dijo a usted: «Yo voy a presentarlo a usted en el estrado de los testigos y preguntarle si había algunos puntos particulares de diferencia entre las voces de las dos mujeres y usted puede decir que no observó ningún punto de diferencia». ¿No es eso lo que ocurrió?

—Bien, yo..., yo no lo recuerdo exactamente.

—La sugestión de que usted declarase si había algunos puntos de diferencia, ¿procedió de Burger?

—Sí.

—Eso es todo —dijo Mason.

Hamilton Burger dijo:

—Eso es todo. Mi próxima testigo es la señora Newton Maynard y yo espero, señor Mason, que usted la interrogará con bastante amplitud.

—Ya está bien —interrumpió el juez—. No permitiré comentarios adicionales por parte de ninguno de los abogados.

Mason sonrió ante la actitud enfurecida de Burger.

Cuando la señora Maynard tomó asiento en el estrado de los testigos, era aparente que había sufrido alguna herida. Su ojo izquierdo estaba apretadamente vendado. Levantó su brazo derecho para jurar y se acomodó en la butaca de los testigos.

Hamilton Burger le preguntó algunas cuestiones preliminares y luego inquirió:

—¿Dónde estaba usted el día veintidós de setiembre de este

año?

—Pues estuve en Los Ángeles y después en Sacramento; en ambos sitios el mismo día.

—Muy bien, señora Maynard, ¿y cómo fue usted desde Los Ángeles a Sacramento?

—En el autobús de línea.

—¿Y sabe usted a qué hora salió de Los Ángeles?

—Lo sé. Sí, señor. Salí de Los Angeles a las ocho y cuarenta y cinco.

—¿Y a qué hora llegó usted a Sacramento?

—A eso de las diez y diez minutos de la noche. Debíamos de haber llegado a Sacramento a las diez y cinco, pero llevábamos cinco minutos de retraso.

—En ese día veintidós de setiembre, ¿tuvo usted ocasión de hablar con la acusada en este caso, Myrtle Ingram Fargo?

—Sí, hablé. Sí, señor.

—¿Cuándo la vio usted por vez primera?

—Yo la vi a ella por primera vez cuando se apeó de un taxi en Bakersfield.

—¿La había visto usted antes?

—No, señor.

—¿Usted iba en el autobús que se dirigía de Los Ángeles a Bakersfield?

—Iba. Sí, señor.

—¿Y la acusada iba también en el autobús en ese trayecto?

—Ella no iba en el autobús.

—¿Está usted segura de ello?

—Estoy positiva y absolutamente segura.

—Si ella hubiera ido en el autobús en ese trayecto, ¿la hubiera visto usted?

—La hubiera visto y la hubiera observado. Esa mujer no estaba en el autobús entre Los Ángeles y Bakersfield. Ella llegó a la estación de autobuses en Bakersfield llevando un grueso velo y llegó en un taxi. El taxi era conducido por el hombre que acaba ahora de declarar en este estrado.

La señora Maynard apretó sus labios firmemente con un gesto de honradez y seguridad y miró a Mason como diciéndole: «Y ahora agárrese a eso. A ver si es usted capaz de hacer tambalear mi

declaración».

—¿Y habló con la acusada? —preguntó Burger.

—Sí, hablé. Sí, señor.

—¿Y habló mucho tiempo con ella?

—Sí, señor.

—¿Querría usted explicarle al Tribunal la forma en que eso ocurrió, señora Maynard?

—Bueno, yo creo que soy curiosa. Quizá lo sea y además no me gusta permanecer aislada. Cuando viajo me gusta que el viaje constituya una amplia experiencia y esto no se consigue permaneciendo sentado y envuelto en la propia personalidad y...

—Ya comprendemos —interrumpió el fiscal del Distrito—; pero, por favor, concretemos la cuestión, señora Maynard. ¿Querrá decirme cómo ocurrió que...?

—Eso era lo que le estaba diciendo a usted. Y ahora, por favor, no me interrumpa —replicó ella.

Se produjeron risas por toda la sala y el propio juez también sonrió ampliamente.

—Continúe usted —dijo Hamilton Burger condescendiente—, pero trate de hacer su declaración lo más concisa posible.

—Nos hubiéramos ahorrado mucho tiempo si usted no me hubiera interrumpido —dijo la mujer en forma truculenta—. Ahora veamos, ¿dónde iba yo? Ah, sí. Estaba diciéndole a usted que cuando vi a esta persona apearse del taxi y llevando sobre la cara aquel espeso velo y todo lo demás, eso me produjo curiosidad. La observé y ella se dirigió al lavabo de señoras y cuando regresó ya no llevaba puesto el velo.

»Cuando dieron la orden por los altavoces para que subiésemos al autobús y vi que ella también iba a tomar éste, hice de forma para ponerme en la fila cerca de ella y empezar a hablarle; después, algunos pasajeros se apearon en Fresno para quedarse. Cuando de nuevo subimos al autobús en Fresno, se presentó la ocasión de que pudiese sentarme junto a ella. Ocupé, pues, ese sitio y empezamos a hablar.

»Estoy perfectamente inclinada a admitir que yo trataba de averiguarlo todo de ella. Tenía curiosidad por saber por qué había llevado puesto aquel espeso velo.

—¿Y se lo preguntó usted? —interrogó Burger.

—Traté de hacerlo así, pero no tuve ocasión. Esto es, empecé a llevar la conversación hacia ese punto y ella misma me dijo, de propia voz, que había venido en él autobús desde Los Ángeles y yo pensé para *mí*: «Caramba, mentirosilla, usted...».

—No se preocupe por lo que usted pensó para sí misma —interrumpió Burger, pero había en su voz una nota de triunfal satisfacción—. Relate solamente lo que ella le dijo.

—Bueno, así es. Yo comencé a preguntarle algo sobre el viaje que ella realizaba y quise averiguar por qué había ido tan velada y con tanta prisa para tomar el autobús en la estación y...

—Bueno, supongamos que usted nos dice, no con generalidades sino tan específicamente como pueda, cómo se desarrolló esa conversación —dijo Burger.

—Bien, según todo lo que puedo recordar, le dije que yo esperaba que no fuese a creer que estaba intentando meterme en sus asuntos privados, pero que yo era curiosa por naturaleza..., y ella me interrumpió para decir que no le importaba nada eso, que estaba contenta de tener alguien con quien hablar y que había venido sentada junto a un hombre que estaba un poco borracho, desde que habíamos salido de Los Ángeles. Le pregunté si él se había permitido molestarla, y ella dijo que no, que solamente era un borracho y que temió sentirse intoxicada con el aliento a alcohol que el hombre despedía.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, señor. Yo traté de probarla. Y le dije: «Bien, y ¿dónde está ese hombre? Yo no lo he visto», y ella entonces se puso a mirar en redor y dijo: «Bueno, supongo que debió de quedarse en Bakersfield». ¡Que se había apeado en Bakersfield! —dijo sarcástica la señora Maynard—. Ese hombre no iba en el autobús. Creo que debo saberlo, pues yo iba en el autobús todo el trayecto desde Los Ángeles y no había en él ningún hombre borracho y además ella misma no iba en el autobús.

—¿Está usted segura de eso?

—Estoy completamente segura.

—Y ahora dígame, ¿qué más ocurrió en ese viaje?

—Pues bien, nosotras nos sentamos una junto a otra todo el trayecto desde Fresno a Stockton y luego ella abandonó el autobús y subieron dos hombres. Uno de esos hombres pretendió que yo

jurase que ella había ido en el autobús todo el trayecto desde Los Ángeles. Inmediatamente comprendí que en todo aquello había algo feo y...

—No se preocupe usted con sus propias conclusiones —le dijo Hamilton Burger—, ni queremos saber nada de cualquier conversación que haya podido tener lugar fuera de la presencia de la acusada. No se preocupe por el momento de esos hombres. Acaso le preguntaremos sobre ello más tarde, pero yo quiero saber ahora cuánto tiempo ocupó usted el asiento inmediato al de la acusada en ese autobús.

—Durante todo el tiempo desde Stockton. Desde luego, nos apeamos en las estaciones de parada del trayecto, pues a veces la parada era larga, pero mientras el autobús rodaba por la carretera yo permanecí sentada al lado de ella desde Fresno y charlamos bastante durante ese tiempo.

—¿Observó usted cómo iba vestida?

—Lo observé todo en relación con esa mujer —dijo la señora Maynard con la contundencia de quien está absolutamente seguro de sí mismo.

—¿Cómo iba vestida?

—Discretamente, lo mismo que iba yo; de hecho creo que comenté que nuestras ropas eran muy parecidas y ella dijo que sí, que le gustaba vestir discretamente cuando viajaba, pero con buen gusto, e hizo algún cumplido sobre mis ropas. No recuerdo exactamente lo que fue, excepto que dijo que mis ropas eran de buen gusto, pero luego dijo algo sobre que yo era una mujer ya de edad y eso no me agradó. Puede que yo sea un año o dos más vieja que ella, pero no mucho más vieja, y no ha faltado quien me haya dicho que no represento los años que tengo...

—Estoy seguro de que no —dijo Hamilton Burger, y después, volviéndose hacia Mason y haciendo una pequeña inclinación sardónica, dijo—: Y ahora, ¿quiere usted interrogar a la testigo, señor Mason?

—Oh, sí, sin duda —dijo Mason levantándose de su butaca frente a la mesa de la defensa y sonriendo afablemente al dar vuelta en torno a ésta para quedar de pie a unos diez pies de distancia de la testigo—. Ciertamente que usted no representa su edad, señora Maynard —le dijo.

—¿Y cómo lo sabe usted? —replicó ella—. Todavía no le he dicho a usted la edad que tengo.

—Exactamente —dijo Mason sonriendo—. Cualquiera que sea su edad usted no la representa.

—A mí no me importa nada eso —dijo la señora Maynard—. Eso contiene en sí todos los elementos para constituir algo de mal gusto.

—No era ésa mi intención —dijo Mason—. He observado que usted tiene un ojo enfermo, señora Maynard.

—Sí, señor, tengo una infección en este ojo. Lo herí y se me infectó. Y ahora tengo que traerlo fuertemente vendado.

—¿Y por qué fuertemente? —preguntó Mason.

—Pues para poder ponerme encima los lentes —dijo ella—. De lo contrario, si fuese un vendaje abultado, no podría ponerme los lentes encima. Pero vendándolo muy ajustado con esparadrapo puedo usar mis lentes.

—Oh —dijo Mason—, entonces usted tiene que llevar lentes.

—No tengo que llevarlos. Quiero llevarlos.

—Pero ¿usted usa lentes, entonces?

—Los uso. Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo hace que usa usted lentes?

—Pues unos diez años, creo yo.

—¿Y los lleva siempre?

—No, señor.

—¿No?

—No.

—¿Cuándo se los quita usted?

—Pues cuando me acuesto a dormir y cuando me lavo la cara.

Hubo grandes risas en la sala.

Mason esperó a que cesaran las risas y preguntó:

—¿Y cree que el usar lentes mejora su visión?

—Bien, no me los pongo para tratar de mantener mi nariz en línea —replicó la mujer.

El juez golpeó con su mazo sobre la mesa y dijo:

—La testigo procurará contestar a las preguntas y evitar el hacerse la graciosa.

—Entonces que él haga preguntas que tengan sentido, Su Señoría —le replicó enfurecida al juez la testigo.

—Continúe usted, señor Mason —dijo el juez sonriendo

ligeramente.

—¿Y usted puede ver bien con los lentes puestos, señora Maynard?

—Ciertamente.

—¿Y qué cuando se quita usted los lentes?

—Naturalmente, entonces no veo tan bien.

—¿Y tiene usted muy enfermos los ojos?

—No los tengo enfermos. Lo que ocurre es que no veo bien sin los lentes.

—Y, por ejemplo —dijo Mason—, ese reloj que está al fondo de la sala, ¿podría usted decir la hora que marca?

—Ciertamente.

—Y ahora quítese usted los lentes a ver si puede usted decir la hora que marca.

—Oh, un momento —dijo Hamilton Burger—. Su Señoría, creo comprender adonde quiere llegar el defensor, pero parece no haber fundamento alguno para ese estilo de interrogar. Si él va a llevar las cosas en la forma que parece tratar de hacerlo, debiera haber primero una prueba preliminar de que la testigo no llevaba sus lentes puestos en el momento a que se refiere la declaración que está haciendo.

—Bien, yo llevaba mis lentes puestos —dijo la señora Maynard—. Los llevaba puestos cada minuto que duró el viaje y...

—Con la venia del Tribunal, creo que tengo derecho a que la testigo responda a la pregunta. Creo que es importante asegurarse sobre el grado de visión que ella tiene sin los lentes —dijo Mason.

El juez vaciló y luego dijo:

—Señora Maynard, ¿tiene usted alguna objeción que oponer a quitarse por un momento los lentes?

—No, en absoluto.

Se quitó los lentes sosteniéndolos en la mano y miró al juez.

—Ahora, pues —dijo Mason—, ¿puede usted decirnos qué hora es en el reloj que está al fondo de la sala?

La mujer parpadeó el ojo que tenía sin vendar y dijo:

—Muy bien, ya que usted quiere saberlo, sin los lentes soy tan ciega como un murciélago. Pero, espere usted, yo estoy declarando bajo juramento y entonces debo aclarar que no quiero decir tampoco que sea ciega, sino que no puedo ver lo bastante bien para

poder desenvolverme; pero quiero que ustedes entiendan que yo llevaba puestos los lentes todo el tiempo que duró el viaje en aquel autobús. Los llevé puestos todo el tiempo desde Los Ángeles a Sacramento.

—Ya comprendo —dijo Mason—. Puede usted ponerse los lentes otro vez, señora Maynard. Puesto que usted depende hasta tal punto de ellos yo deduzco que tiene más de un par.

—¿Qué quiere decir con ello?

—Que usted lleva un par con usted en el bolso que tiene sobre el regazo en este momento, de manera que en el caso de que un par se le rompiese...

—¿Y cómo van a romperse mis lentes? —replicó ella—. Ciertamente que no. Un par de lentes no es como una rueda de automóvil. No se revientan, y por ello no es preciso llevar siempre un repuesto de lentes.

—¿Quiere usted decir que solamente tiene un par de lentes?

—Sí, eso es todo. Y es bastante, ¿o no? No se ve mejor con dos pares de lentes que con uno. Incluso no se ve tan bien, creo yo.

—Pero ocasionalmente los lentes se rompen o se estropean, ¿no le ocurre a usted esto, señora Maynard?

—No.

—¿Y sus lentes estaban buenos ese día del veintidós de setiembre?

—Sí.

—¿Son éstos los mismos lentes que tiene puestos ahora los que llevaba puestos entonces?

La testigo vaciló.

—¿Son los mismos?

—¿Hay acaso alguna razón para que no lo fuesen?

—Yo no lo sé —dijo Mason—. Por eso se lo pregunto, señora Maynard. ¿Son éstos los mismos lentes?

—Sí.

—Entonces —dijo Mason con naturalidad—, ¿cómo ocurrió que usted fue al establecimiento del doctor Carlton B. Radcliff para que le pusiesen cristales nuevos en esos lentes alrededor del veinte de setiembre?

Por un momento pareció cual si la testigo no hubiese podido sentirse más desconcertada si Mason la hubiese golpeado de

repente.

—Continúe usted —dijo Mason—. Conteste a la pregunta.

La testigo miró en torno a ella como si buscara algún medio físico de escapar del estrado. Se humedeció los labios con la lengua y después dijo:

—Yo no llevé a arreglar estos lentes.

—Bien, entonces —dijo Mason—, puesto que usted no tiene ningunos otros lentes para sustituirlos, ¿cuáles fueron los que llevó al óptico, señora Maynard?

—Un momento, Su Señoría —interpuso apresuradamente Hamilton Burger para tratar de darle tiempo a la testigo para rehacerse—. Yo creo que ésta no es forma adecuada de interrogar; después de todo, no se había dicho nada sobre esos lentes y...

—La objeción queda desechada —interrumpió el juez con sus ojos fijos en el rostro de la testigo, al propio tiempo que hacía seña con la mano al fiscal del Distrito para que se sentase—. Veamos qué es lo que esta testigo tiene que decir en respuesta a esa pregunta, sin que se produzcan un montón de interrupciones. ¿Puede usted responder a esa pregunta, señora Maynard?

—Pues, claro, desde luego, yo puedo responder a esa pregunta.

—Bueno, pues hágalo, por favor.

—Bien, yo... creo que no tengo que dar cuenta de todo lo que hago.

—La pregunta fue —dijo el juez Keith—: ¿Qué lentes fueron los que llevó usted al óptico, en el caso en que no tenga ningún otro par además de éstos pertenecientes a usted?

—Eran unos lentes que pertenecían a un amigo.

—¿A qué amigo? —preguntó Mason.

—Yo..., yo..., eso no le importa a usted.

—¿Responderá a la pregunta? —preguntó Mason.

Hamilton Burger estaba ya en pie y dijo:

—Su Señoría: debo decir que esto está yendo demasiado lejos. La testigo ha declarado positivamente que ella llevaba los lentes puestos en el momento en que hizo la identificación y ha declarado que tenía sus lentes puestos durante todo el tiempo que concierne a lo que ella ha declarado. Y ahora el defensor ha tratado de demostrar lo que hubiera ocurrido si ella no hubiera tenido los lentes puestos. Y aún va más lejos en su intento de demostrar algo

que ocurrió antes del sucedido en cuestión.

—Todo con el propósito de plantear, por lo menos, la posibilidad de que ella no llevaba los lentes puestos en esa ocasión —dijo Mason.

—Bien —decidió el juez Keith—. Yo creo que la defensa ya ha hecho patente su punto de vista y si hay alguna prueba en poder suyo que demuestre que la testigo no llevaba sus lentes puestos en esa ocasión, el defensor está en libertad de presentar dicha prueba como parte de su caso.

—Exactamente —exclamó Hamilton Burger—. La testigo le ha dado a él toda la información que pudiera pertenecer al caso.

—Creo que debo aceptar la objeción contra cualquier interrogatorio que siga esa línea —dijo el juez Keith—. Señor Mason, usted ya ha planteado su punto de vista y si tiene cualquier prueba que pueda presentar tendente a demostrar que la testigo no llevaba sus lentes puestos en la ocasión de referencia, eso desde luego será pertinente.

—Lo que yo quiero es descalificar a esa testigo —dijo Mason.

—Para descalificarla tiene usted que hacerlo sobre una cuestión que se refiera a partes relevantes de su testimonio..., en otras palabras, a que llevase o no llevase puestos los lentes en aquel específico momento, no en un momento posterior. Continúe.

—Y ahora dígame —continuó Mason dirigiéndose a la testigo—. Cuando vio usted a la acusada, ¿ésta llevaba un espeso velo?

—Sí, señor.

—¿Y ese velo le impidió verle las facciones?

—Sí, señor. Y ocultarlas era el objeto del velo. Eso era por lo que ella lo llevaba.

—Pero cuando ella salió del lavabo para señoras en la estación de autobuses de Bakersfield, ¿no llevaba ya el velo?

—Así es.

—¿Entonces ésa fue la primera vez que vio el rostro de la acusada?

—Sí, señor.

—¿Entonces cómo sabía que la persona que usted vio primero era la misma persona que había entrado en el lavabo de señoras con un velo puesto?

—Bien..., por sus ropas, creo yo.

—¿Y puede usted describir aquellas ropas?

—Bien, no puedo hacerlo de manera detallada. Yo..., yo sólo sé que era la misma mujer que había entrado, eso es todo.

—¿Y no sabe usted cuántas mujeres había en los lavabos de señoras en aquellos momentos?

—No.

—¿Usted sencillamente vio a una mujer que entraba llevando un espeso velo y después vio a esta acusada salir y por algún proceso de razonamiento mental por parte de usted llegó a la suposición de que era la misma persona?

—Bien, yo sé que era la misma persona.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque la reconocí.

—¿Por qué?

—Por sus ropas.

—¿Cómo iba vestida?

—Bueno, a estas fechas yo no puedo ya decirle a usted exactamente cómo iba vestida, pero sí aproximadamente. Puedo decirle a usted lo que yo llevaba puesto y recuerdo que ella iba vestida de forma muy semejante. Nosotras comentamos sobre eso y...

—Ya comprendo eso —dijo Mason—, usted ya lo declaró antes, pero ¿puede usted decirnos exactamente cómo iba vestida la acusada?

—Solamente porque recuerdo que sus ropas eran aproximadamente del mismo color de las mías y que hicimos algún comentario sobre ellas, y así, pues, sé cómo yo iba vestida y...

—Le estoy preguntado a usted —dijo Mason— si puede usted recordar de memoria y exactamente cómo iba vestida la acusada.

La mujer replicó:

—Y después si yo le digo a usted eso, entonces usted me preguntará cómo iba vestida la mujer que ocupaba el asiento de delante de mí y cómo iba vestida la que ocupaba el asiento de atrás, y cuando yo no pueda responderle a esas preguntas, usted me cubrirá de ridículo.

La sala estalló en carcajadas.

El juez Keith golpeó con su mazo para imponer silencio, pero estaba sonriendo ampliamente cuando le dijo a Mason:

—Continúe usted.

—¿De forma que usted no puede recordar cómo iba vestida la acusada?

—Todo lo que yo puedo recordar fue que nosotras hablamos de que nuestras ropas eran casi del mismo color. Y ahora, si usted quiere saber cómo iba yo vestida...

—No lo quiero —dijo Mason—. Únicamente estoy tratando de poner a prueba su memoria para ver si es capaz de recordar cómo iba vestida la acusada.

—No puedo recordarlo.

—¿Entonces, cómo puede usted estar segura de que fue a la acusada a quien vio entrar en los lavabos de señoras llevando puesto un espeso velo negro?

—Bueno, es que es de toda razón el que fuese ella. Ella es la que salió de allí..., no puedo recordar exactamente qué ropas llevaba, pero sí sé que la mujer que salió de los lavabos sin el velo era la misma que había entrado allí con un velo puesto. Puedo jurar eso.

—Y ahora —dijo Mason— si usted erróneamente cree que llevaba puestos los lentes en esos momentos, si usted no tenía sus lentes entonces, usted no hubiera podido hacer una identificación verdadera, ¿o sí?

—Yo llevaba puestos mis lentes.

—Pero si no los hubiera llevado puestos, usted no hubiera podido hacer una identificación precisa.

—No.

—Gracias —dijo Mason—, y eso es todo.

—Y con esto —anunció Hamilton Burger— concluye el caso de la acusación.

La decisión del fiscal constituyó una evidente sorpresa para el juez Keith y para la mayoría de los funcionarios del Tribunal que habían acudido a la sala para escuchar el interrogatorio por Mason de la señora Maynard.

—La audiencia queda aplazada por diez minutos —dijo el juez Keith— antes de que la defensa comience a exponer su caso.

—Diablos, Perry —le dijo Paul Drake en voz baja al abogado durante el descanso—. ¿No crees que ésa es una forma demasiado esquemática para plantear un caso de asesinato?

—Ésa es una endiablada y habilidosa forma de plantear un caso

de asesinato —replicó Mason—. La acusación tiene ya bastante para hacer que mi cliente sea declarada convicta de asesinato en primer grado si no hay defensa alguna, y nosotros nos enfrentamos con la alternativa de, o bien presentar a la señora Fargo en el estrado de los testigos, o no hacer esto.

—¿Ambas cosas son malas? —preguntó Drake.

—Las dos son terribles —dijo Mason—. Si nosotros no la llamamos a declarar, el juez la observará con sospecha. Y si nosotros la llamamos al estrado y ella trata de insistir en su coartada, entonces está hundida.

»Su única posibilidad real sería el decir lo que yo creo que es la real verdad. Una historia que por alguna razón ella trata de no contar.

—¿Y qué es ello? —preguntó Drake.

—Ella proyectaba tomar el autobús para ir a ver a su madre, pero tuvo una riña con su marido. Él había invertido una parte del dinero que le pertenecía a ella por separado y que heredó de un tío rico que había muerto, y yo creo que ahora es más que evidente que Fargo había andado falseando las cuentas y se encontraba falto de dinero en un total de unos veinticinco o treinta mil dólares. Creo que la señora Fargo lo sorprendió en eso y que entablaron una disputa. Me parece probable que ella lo amenazó con denunciarlo a la policía y que Fargo la encerró a ella en su dormitorio manteniéndola allí como una virtual prisionera. Creo que ella estaba allí mientras yo me encontraba visitando la casa fingiendo que quería comprarla y creo que Fargo proyectaba huir.

—¿Y después crees que se pelearon? —dijo Drake.

—Después creo que Fargo abrió la puerta del cuarto donde ella estaba encerrada y que trató probablemente de asfixiarla, y que ella tenía un cuchillo y lo apuñaló, no con el propósito de matarlo sino tratando de defenderse y golpeando a ciegas. Ella lo apuñaló en la garganta, le seccionó la arteria, comprobó lo que había hecho y llena de pánico corrió escaleras abajo, saltó dentro de su coche y comenzó a huir con la impresión de que solamente si tomaba aquel autobús podría prepararse una coartada. Yo creo que ella realmente pensaba tomar el avión de las seis de la mañana para aquel viaje y si después acudió al autobús fue sólo para servirse de ello como una coartada. Creo que telefoneó a la madre para que ésta corroborase

su historia sobre el autobús.

—¿Y supongamos que la llamas al estrado y haces que ella cuente esa historia? —preguntó Drake—. Eso resultaría ser en defensa propia y...

—Pero subsiste el hecho de que ella trató de fabricarse una coartada y que hizo una declaración falsa con objeto de que subsistiese esa coartada, y al revelarse esto ahora la perjudicaría ante el ánimo del público, que se pondría contra ella. Hay alguna razón por la cual ella no quiere decir lo que verdaderamente ocurrió. Si yo lograra descubrir cuál era esa razón y probarlo, tendríamos una buena oportunidad todavía.

—¿No será acaso un intento de proteger a su hijo?

—No. Por algún tiempo yo también creí que lo era, pero ahora ya no lo creo. Se trata de otra cosa, de otra razón más persuasiva y poderosa.

—¿Y no podrías obligarla a que te contase esa historia?

—No.

—¿Y no puedes decirle al juez lo que verdaderamente crees que ocurrió?

—Si solamente supiese yo la razón que está sellando los labios de ella, podría hacerlo. Pero sin saber esa razón, lo único que conseguiría sería hundirla más de lo que ya lo está ahora. El público pensaría que lo había inventado para que ella contase una buena historia, pero también creería que en realidad ella había matado a su esposo con objeto de cobrar el seguro de vida.

—¿A cuánto asciende su seguro?

—A veinticinco mil dólares. Casi exactamente el mismo dinero necesario para cubrir el desfaldo en las cuentas de su esposo.

—¿Y el seguro pasaría a favor de ella o pasaría a formar parte conjunta de la herencia?

—Es ella la beneficiaría.

—Estás en un verdadero dilema ahora, Perry.

—Maldito si no lo estoy —replicó Mason—. La única satisfacción que tengo es que ésta es una audiencia preliminar. Si puedo hacer algo para dejar en entredicho o anulado el testimonio de esa Maynard, entonces ya habré averiguado mucho más y sabré mejor qué hacer cuando el proceso vaya al Tribunal Superior.

—¿Vas a tratar de conseguir la libertad provisional de tu cliente

después de esta audiencia preliminar?

—No —dijo Mason—, voy a dejar que el juez ordene su prisión. No me atrevo a llamarla al estrado a declarar; no me atrevo a hacer nada hasta que consiga que ella me cuente exactamente lo que ocurrió.

—¿Estás convencido de que su coartada es falsa?

—Claro que es falsa —dijo Mason—. El fiscal del Distrito lo ha demostrado bien. Sin embargo, es posible que yo, pueda todavía desacreditar a esa Maynard, después que averigüemos lo de sus lentes. Observa que ella no tiene lentes de repuesto y, por lo tanto, con eso quizá nos ganemos un punto. Yo voy a prolongar la defensa lo suficiente hasta llamar al estrado al doctor Radcliff y ver qué es lo que él dice.

Della Street se acercó a Mason y dijo:

—Jefe, tengo una contribución más para la prueba.

—¿Qué es?

—La señora Ingram usa el mismo perfume que su hija.

Mason se puso a digerir esta información.

—Pero no veo que eso nos lleve a ninguna parte, aunque sea un punto interesante. Sin embargo, Clark Sellers dice que es la letra de Myrtle Fargo la que figura en el sobre que contenía el dinero.

»Ella todavía jura que no envió ese sobre ni escribió en él mi nombre ni me envió dinero ni... Ahí viene el juez.

El juez Keith, sentándose de nuevo en la presidencia, le dijo a Mason:

—¿Hará usted la defensa?

—Sí, Su Señoría. Quiero llamar a un testigo.

El rostro del fiscal del Distrito se iluminó con la esperanza de una oportunidad para interrogar a la señora Fargo, pero Mason dijo:

—El doctor Carlton B. Radcliff, que está citado para comparecer por la defensa. ¿Quiere usted subir al estrado de los testigos, por favor?

Un grito ahogado se oyó en el silencio de la sala.

Y todo el mundo se volvió hacia donde la señora Maynard había comenzado a ponerse en pie y gritaba:

—Usted no puede hacer eso. Usted no puede sacar ante el público mi vida privada aireándola como...

El juez Keith golpeó con su mazo.

—Silencio —gritó el juez—. Orden en la sala. Los espectadores permanecerán callados. Los derechos de las partes litigantes serán ampliamente protegidos por los respectivos abogados.

La señora Maynard se tambaleó, fue presa de un golpe de tos y después se sentó en su sitio.

Mason estaba pensativo y ceñudo cuando le hizo al doctor Radcliff las preguntas preliminares y después dijo:

—¿Usted es un óptico debidamente provisto de licencia y calificaciones, doctor?

—Lo soy. Sí, señor.

—¿Y usted conoce a la señora Newton Maynard, la testigo que ha declarado hace poco?

—Sí, la conozco.

—¿Forma parte de la profesión de usted el recetar y preparar lentes?

—Lo es. Sí, señor.

—Y ahora dígame, ¿vio usted a la señora Maynard el día veintiuno de setiembre de este año?

—No la vi. No, señor.

—¿No la vio usted? —preguntó Mason.

—No.

—¿El día veinte?

—No, señor.

—Pues yo creía que le había llevado a su establecimiento unos lentes para arreglar —dijo Mason.

—Sí, lo hizo. Sí, señor.

—¿Cuándo?

—El día veintidós de setiembre.

—¿El día veintidós? —exclamó Mason.

Mason se volvió hacia el juez.

—Pido la venia del Tribunal. Este testigo no es exactamente hostil, pero anteriormente se ha negado a hacer declaraciones basándose en que al hacerlo traicionaba los intereses de su paciente, y manifestando que haría sólo tales declaraciones en respuestas a preguntas, si fuese citado y llamado al estrado de los testigos.

—Muy bien —dijo el juez Keith inclinándose adelante y mostrando el mayor interés.

—¿A qué hora le llevó los lentes el día veintidós? —preguntó

Mason.

—A eso de las ocho de la mañana.

—¿Y tenía usted abierto su establecimiento a las ocho de la mañana?

—No, señor. Pero vivo en la parte alta de mi establecimiento y tengo conectada desde éste una extensión del teléfono. Ella me llamó a las ocho y me dijo que tenía un asunto de urgencia y quería saber cuánto tiempo me llevaría el arreglarle un par de lentes.

—¿Y qué le dijo usted?

—Yo le contesté que no me era posible tenerle sus lentes listos antes del día siguiente, y entonces me pidió que le enviase los lentes a su casa tan pronto como estuvieran arreglados.

—¿Y eso fue a las ocho?

—Sí, con una diferencia de uno o dos minutos. Yo había comenzado a tomar mi desayuno. Siempre tomo el desayuno a las ocho.

—¿Y después le llevó sus lentes personalmente?

—Ella no me los llevó. Me los mandó por un mensajero unos minutos más tarde.

—¿Y quién era el mensajero?

—Un muchacho. No lo había visto nunca antes. Llevaba los lentes en un paquete.

—Y los lentes ya arreglados, ¿cuándo le fueron enviados a la señora Maynard?

—El veintitrés, conforme le había prometido.

—Según entiendo, púes —prosiguió Mason triunfalmente—, la señora Maynard le mandó a usted sus lentes a las ocho de la mañana del día veintidós y no los recibió devueltos hasta el día siguiente. Por lo tanto, si ella no tenía otro par de lentes de repuesto, era imposible que llevase los lentes puestos el día veintidós. Creo que puede interrogar al testigo, señor Burger.

—Un momento —manifestó el testigo—. Yo no sé si usted me está o no formulando una pregunta, pero no era del todo imposible para ella el llevar *sus* lentes puestos el día veintidós, porque aquellos que me mandó no eran *sus* lentes.

—¿Que no eran sus lentes? —dijo Mason tratando de ocultar la decepción en su voz.

El fiscal del Distrito rió ampliamente.

—No, señor —dijo el doctor Radcliff—, éstos eran enteramente diferentes.

—¿Está usted seguro?

—Desde luego que estoy seguro. Éstos eran unos lentes para una persona de unos sesenta años. No eran en forma alguna los recetados a la señora Maynard.

—¿Quiere decir —preguntó Mason— que usted conocía la receta prescrita a la señora Maynard?

—No conozco la receta, pero sí sé que aquéllos no eran sus lentes.

—¿Y cómo puede usted decir eso si no sabía la receta correspondiente a ella?

—Porque me basta con echar una mirada a sus ojos y observar cómo están hechos los lentes para poder decir que eran recetas completamente diferentes. Ella tiene la característica pupila larga y el blanco del ojo muy claro, y esto se asocia con la cortedad de vista o miopía. Y aquellos lentes eran del tipo opuesto y para una persona de unos sesenta años.

—¿Entonces usted puede saber la edad de una persona mediante la receta de sus lentes?

—En general, sí. En realidad se puede decir mucho en relación a una persona examinando sus lentes. Aquellos lentes eran probablemente para una persona de ascendencia eslava. Yo diría incluso que eran para un hombre más que para una mujer, a causa de las medidas para la nariz. Se trataba de una nariz más bien bulbosa y...

—¿Querría usted decirnos ahora —dijo Mason, dando suelta a su irritación, ahora que el triunfo que había parecido estar en sus garras se le escapaba por entre sus dedos— cómo puede usted asegurar que un hombre sea de ascendencia eslava simplemente inspeccionando sus lentes?

—Bueno, no puedo decirlo de una forma absoluta. Yo dije probablemente —manifestó el testigo.

—¿Y qué causa dio lugar a que usted creyese que podía ser de ascendencia eslava?

—Por medio de los lentes pueden decirse muchas cosas —dijo el doctor Radcliff—. No se trata sólo de la receta para los cristales sino que también hay que tener en cuenta la forma, el estilo y la

construcción de la montura. Por ejemplo, en estos lentes de referencia había una medida muy amplia para la nariz, lo que revelaba una nariz bulbosa; las sienes eran muy estrechas; las piezas laterales que sostienen la armazón sobre las orejas, medían aproximadamente tres pulgadas y media desde el enganche en los aros al comienzo de la curva en la oreja. Eso indicaba una persona con el tipo de cráneo que habitualmente se encuentra en personas de ascendencia eslava. La medida promedio de las sienes es de cuatro y media o cinco pulgadas. Otros tipos presentan una mayor distancia entre el ojo y el oído. Añadido a esto había indicaciones de que la oreja izquierda estaba aproximadamente una media pulgada más alta que la oreja derecha. Además había arañaduras paralelas en la parte exterior de los cristales, indicando que la persona que usaba esos lentes se los quitaba con frecuencia y los colocaba boca abajo sobre una mesa. Las partículas ordinarias de polvo no arañan los cristales de los lentes, pero si éstos son colocados sobre una superficie dura que contenga partículas quizá de arena, entonces son posibles las arañaduras. Esto es particularmente verdad en el caso de los lentes de referencia que tienen una curvatura interior de diez dioptrías que producen una concavidad excepcional de fondo, de manera que esos lentes cuando se colocan sobre una mesa con los cristales hacia abajo son muy susceptibles de recibir arañaduras. El promedio interior de curvatura es de seis dioptrías.

—¿Y usted observó todas esas cosas en aquellos lentes?

—Sí, señor. En los cristales y en la montura.

—¿Y por qué tomó usted un interés tan particular en ellos? —preguntó Mason.

—Porque ése es mi oficio.

—¿Y qué hizo usted con esos lentes?

—Les remplacé los cristales con otros nuevos y se los mandé por un mensajero la mañana del día veintitrés a la señora Maynard, a una dirección de Los Ángeles.

—Creo que eso es todo —dijo Mason.

—Eso es todo —anunció el fiscal del Distrito con una abierta sonrisa—. No tengo preguntas que formular.

—¿Algún otro testigo? —preguntó el juez Keith.

Mason sacudió la cabeza negativamente.

—Bajo estas circunstancias, Su Señoría, no presentaremos ninguna otra defensa. No tenemos objeción alguna a que el tribunal ordene el procesamiento de la acusada. Sin embargo, puesto que está cerca la hora del aplazamiento, desearía tener hasta mañana para considerar esto debidamente.

El fiscal del Distrito estaba en pie y replicó:

—Yo me opongo a que la vista sea prolongada por un día más...

—Puede que yo decida de aquí a mañana el hacer comparecer en el estrado de los testigos a la acusada —interrumpió Mason.

Hamilton Burger carraspeó.

—Ante esas circunstancias retiro mi objeción. No tenemos, pues, objeción alguna al aplazamiento hasta mañana por la mañana.

—Muy bien. Hasta mañana a las diez —dijo el juez Keith—. La vista queda aplazada.

Capítulo 19

Perry Mason, Paul Drake y Della Street hallábanse sentados en el despacho del primero.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Drake.

Mason, paseando por la estancia, dijo:

—Caramba, Paul, en este caso retrocedemos cada vez más.

—¿Cómo es eso?

—Yo estoy procediendo a través de lo que mi clienta me dice a mí y... mi clienta está mintiendo, probablemente con objeto de proteger a su hijo.

—Ella está mintiendo en relación a su coartada —intervino Della Street—. Eso sí es cierto, pero nosotros no sabemos si ella miente respecto a...

—Ella miente en relación a haberme mandado a mí el dinero —interpuso Mason.

Drake dijo:

—Seguramente que el confesar que ella te había enviado ese dinero no la comprometería. Ella está en una posición ahora en la que necesita de tus servicios. El haber pagado por ellos por adelantado, sería tanto mejor para ella en lo que le concierne.

Mason meneó la cabeza impaciente y dijo:

—Ése es el problema, Paul. Que nosotros estamos buscando razones antes de encontrar los hechos. Tratemos entonces de averiguar los hechos y a través de ellos descubriremos las razones.

—Bien, ¿y cuáles son los hechos?

—Los hechos —dijo Mason— están todos eslabonados en una enloquecedora cadena de acontecimientos, y tendremos que analizar esa enloquecedora cadena con objeto de descubrir de dónde proceden las piezas que la integran. Y cuando uno recuerda que las cosas materiales representan emociones humanas, vidas

humanas, odios humanos y temores humanos, entonces uno puede empezar a conseguir una comprensión del problema.

—¿Y cuál es tu punto de partida? —preguntó Della Street.

—Uno puede empezar en cualquier punto, pero por lo que a nosotros concierne el comienzo fue cuando entramos tú y yo en el «Ganso Dorado». Ahora, pues, comencemos a ajustar y unir todo lo que debe de haber ocurrido a partir de ese momento. En primer lugar, esta mujer y su esposo deben haber estado en el «Ganso Dorado». Alguien debió de haberme señalado a la mujer, pero no al marido. Yo estoy dispuesto a jurar que Arthman Fargo no tenía idea de quién era yo cuando lo visité a la mañana siguiente fingiendo que buscaba una casa que fuese una ganga para comprarla.

—Bueno —dijo Drake—, debe de haber sido Pierre quien te señaló. Cuanto más averiguamos sobre Pierre, más comprobamos que está eslabonado a esto en alguna forma que no resistiría a una investigación. Ha desaparecido sencillamente esfumándose en el aire. Salió de ese cabaret nocturno poco después que vosotros hablasteis con él y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

—Muy bien, eso es un hecho significativo —dijo Mason—. Y ahora dime: cuando esta mujer me telefoneó, ella estaba bajo la impresión del terror producido por algo.

Drake asintió con la cabeza.

—Y —añadió Mason— poco tiempo después que yo había hablado con ella e inmediatamente después que Pierre había sido visto hablando conmigo, una mujer que era por completo extraña para nosotros se nos acercó para contarnos una historia respecto a que su niña fue robada y colocada para adopción.

—Bueno —preguntó Drake—, ¿cómo demonios estás tratando de relacionar esas dos cosas?

Mason, paseando de un extremo a otro del despacho, empezó de pronto a castañetear los dedos de su mano derecha y dijo:

—Aquí está la respuesta. Aquí está la llave del asunto que yo había pasado por alto. Esto es lo que tiene que ser.

—No lo comprendo —dijo Drake.

Mason continuó excitadamente:

—Paul, quiero que me averigües todo sobre ese antiguo caso de chantaje de Helen Hampton..., aquella a que se refiere el recorte que venía en el sobre. Quiero que me consigas las huellas

dactilares... No, espera un momento, ya no hay tiempo. Nosotros ni siquiera sabemos cuándo ocurrió eso. Voy a tener que ir por el atajo... Espera un momento ahora, pensemos con rapidez, procedamos en la forma en que podamos dominar la cuestión. Nosotros no podemos arriesgarnos a fracasar en esto. Vamos a ver.

Mason hizo, una pausa y se detuvo, permaneciendo en pie pensativamente y repitiendo en voz alta:

—Helen Hampton.

»Aquellos lentes —dijo casi en un susurro—. La señora Maynard casi se desvaneció y cayó sin sentido al suelo cuando yo planteé la cuestión de aquellos lentes... Y la amiga de Arthman Fargo es una muchacha que trabaja en el «Ganso Dorado» y anteriormente era la esposa de Pierre... —De nuevo Mason castañeteó los dedos y después dijo triunfalmente—: Ya lo tengo. Por Júpiter, que ya lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Drake.

Mason sacó rápidamente una libreta de notas del bolsillo.

—Éste es el número del teléfono de Celinda Gilson, Della. Llámala. Y cuando esté al habla quiero que tu voz suene tan excitadamente como te sea posible. Finge que has llegado corriendo y que estás sin aliento, que estás asustada y tratando de enviarle un mensaje. ¿Crees que podrás hacerlo así?

—Puedo intentarlo —dijo Della Street.

—Consigue que se ponga al habla Celinda Gilson. Dile que eres una amiga de Helen Hampton; que a pretexto de probar las reacciones de ella, la policía le ha dado a Helen una inyección de suero de la verdad y que ella está contándolo todo. Después cuelga el receptor lanzando una exclamación, como si estuvieran acercándose a éste y tuvieras que abandonarlo.

—Santo Dios —dijo Della Street—, yo debiera de haber estudiado para actriz.

—Tú ya lo eres y además una actriz muy buena —le dijo Mason—. Vamos, apresurémonos a representar este acto a ver sus efectos.

Della Street dijo:

—Debiera tener, cuando menos algo de eso.

—Ponlo a máquina si así lo quieres —le dijo Mason—. Tú tendrás que lanzar esas palabras por teléfono. Y tienen que sonar como si se tratase de algo urgente. No puedes fallar ni tropezar en

lo que dices sino que tienes que aparentar como que estás bajo un miedo mortal.

—No comprendo todo eso —dijo Paul Drake—. ¿Qué diablos estás intentando realizar, Mason?

—Estoy tratando de atrapar al hombre de los lentes —dijo Mason, sonriendo entre dientes.

Della Street colocó el papel en la máquina de escribir y sus dedos volaron sobre el teclado. Mason estaba de pie detrás de ella mirando por encima; asintió un par de veces y después dijo:

—Está bien así, Della.

Della Street sacó el papel de la máquina, se acercó al teléfono y leyó rápidamente el improvisado acto.

—Hay aquí un punto débil —dijo Mason, con el lápiz en la mano, señalando al escrito—. Y es que no suena lo bastante urgente.

Entonces tachó un par de palabras, luego un párrafo entero y después escribió una interlínea breve y dijo:

—Probemos esto.

Della volvió a leerlo todo de nuevo.

—Perfecto —dijo Mason señalando hacia el teléfono—. Haz la llamada.

Permanecieron tensos y silenciosos mientras los dedos de Della Street marcaban el número en el disco del teléfono.

—Conque sólo respondiesen... —dijo Mason como hablando consigo mismo—. Conque sólo respondiesen...

De pronto Della Street dijo al teléfono:

—Hola, ¿es Celinda Gilson...? No se preocupe de quién le habla. Yo soy una amiga de Helen Hampton e incluso más que una amiga. Comparto muchas cosas con ella. Nosotras no tenemos secretos. Entérese de esto y entérese bien. Yo no debo ser vista al teléfono. Nadie debe saber que le he telefonado. La policía ha venido al departamento. Para ello presentaron un pretexto que no sé qué fue, pues yo estaba fuera. La policía le aplicó a Helen una inyección. Ella se la dejó poner creyendo que se trataba de algún ensayo de reacción. Pero resulta que es sodio de amyta..., el suero de la verdad. Y ella ha comenzado a hablar. Yo no sé lo que está diciendo; pero, por Dios, que ciertamente está hablando. Parece como si estuviera hablando en sueños, pero lo está haciendo

torrencialmente. He pensado que debía avisarla a usted. Yo..., *joh!*
—Della Street bajó la voz y con un susurro dijo al teléfono—: Tengo que irme de aquí...

Suavemente colgó el auricular otra vez en el gancho.

—Ha sido magnífico —comentó Mason, y dirigiéndose al guardarropa tomó su sombrero y se marchó.

Capítulo 20

Los nudillos de Mason golpearon suavemente en la puerta del departamento de Celinda Gilson.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Soy yo —dijo Mason en voz baja.

—Bien, no sea usted tan tímido. La puerta no está cerrada con llave y...

Mason empujó la puerta abriéndola y entró en el departamento.

Celinda Gilson, de pie y completamente desnuda frente al espejo de cuerpo entero, se volvió para mirarlo.

La sonrisa en el rostro de ella se transformó en una mirada de horror.

—Maldito sea usted —exclamó, y con paso rápido alcanzó la butaca en cuyo respaldo había colocada una bata. Se envolvió en la bata y con los ojos llenos de llameante furia dijo—: Tiene usted una cara bien dura para entrar aquí en esta forma..., yo me estaba vistiendo.

—Fue usted quien me mandó entrar —dijo Mason.

—Bien, es que yo creí que era otra persona.

—¿Quién?

—A usted no le importa.

Mason se dirigió a la butaca de la cual ella había tomado la bata, se arrellanó en ella cómodamente y sacó la pitillera del bolsillo preguntando:

—¿Quiere usted uno?

—Diga, ¿quién cree usted que soy yo?

—Una muchacha muy atractiva —replicó Mason.

—Usted no llega todavía al punto inicial.

—El punto inicial no me interesa en absoluto —dijo Mason.

—¿Y qué es lo que le interesa?

—El resultado completo.

—Pero está utilizando procedimientos equivocados.

Mason encendió el cigarrillo.

—Será porque ando en malas compañías. ¿Seguro que no quiere usted fumar un cigarrillo?

—Escuche, ¿quiere usted decirme qué es lo que usted pretende?

Mason replicó:

—Puesto que usted quiere hablar en términos vagos, voy a plantearle cuestiones hasta que una de ellas dé resultado.

—Pero yo no voy a contestarle.

—Sí que contestará usted —dijo Mason cruzando sus largas piernas—. Tiene usted que hacerlo.

—Por favor, ¿quiere usted decirme qué demonios cree que está haciendo aquí?

—Me estoy ocultando.

—¿Ocultándose?

—Así es.

—¿De quién?

—Créalo usted o no —dijo Mason—, me estoy ocultando de la policía.

—¿Es cierto eso?

—Es cierto.

—Bueno, pues entonces vino usted a ocultarse en un sitio equivocado.

—Pues no lo creo así.

—Pues yo sí. Probablemente no se dio cuenta, señor Mason, pero se ha puesto usted a sí mismo por completo bajo mi dominio.

—¿De veras?

—Usted ya sabe que sí.

—¿Cómo?

—Al haberme dicho que está usted ocultándose de la policía. Así, todo lo que tengo que hacer es acercarme a ese teléfono, descolgar el receptor, pedir que me comuniquen con la jefatura de Policía y entonces seré una heroína.

—Siga usted —la invitó Mason.

—Bueno, no crea que no lo haré.

—Pues no sé qué es lo que la detiene a usted. Hágalo ya.

—No se trata más que de que odio el ser una soplona.

—Ya lo sé —le dijo Mason—. Usted no está acostumbrada a llamar a la policía.

—¿Y por qué está usted ocultándose? ¿Qué es lo que la policía tiene contra usted?

Mason dijo:

—Porque traté de hacer una jugada y di un resbalón.

—¿Qué dice usted?

—Que se me metió en la cabeza algo que creí que me daría grandes resultados. Pero no fue así.

—¿Por qué?

—Porque me arriesgué demasiado. Yo puse en acción a unos detectives privados para que entrasen en contacto con una muchacha de la cual yo quería obtener ciertas informaciones y ellos hicieron una mala jugada.

—¿Y quién era ella?

—Helen Hampton. Nosotros esperamos hasta sorprenderla a ella manejando su coche y la acusamos de conducir embriagada. Ella lo negó con indignación. Entonces le dijimos que pertenecíamos a la policía del Estado, pero vestidos de paisano, y que queríamos obtener de ella una muestra de su sangre para analizarla y comprobar el grado de alcohol que presentaba. Como ella estaba completamente serena concordó en que se le hiciese la prueba que quisiésemos. Y eso nos dio ocasión para hacer lo que en realidad queríamos.

La muchacha lo observaba con ojos llenos de curiosa sorpresa.

—¿Qué querían ustedes, entonces?

—Nosotros le aplicamos una inyección de sodio amytal —dijo Mason— con el pretexto de extraerle alguna sangre y..., ya sabe usted lo que es el sodio amytal. Es el suero de la verdad.

—¡Cómo, usted..., usted...!

—Exactamente —dijo Mason— eso fue un truco, pero sencillamente yo precisaba saber la verdad.

Los ojos de la muchacha estaban ahora fríos de cautela.

—¿Y ustedes lo consiguieron?

—¿Si lo conseguimos? —dijo Mason burlón—. Nos salió el tiro por la culata. Ella estaba empezando a hablar cuando una de sus amigas íntimas, supongo que una compañera de departamento, que era por cierto un bomboncito, se nos escurrió por el pasillo y llamó

por teléfono. La atrapamos haciéndolo y en seguida nos dijo la verdad: que estaba telefoneándole a la policía.

—¿Y entonces, qué ocurrió?

—¿Qué se supone usted que ocurriese? —dijo Mason—. Pues que nos marchamos a toda prisa. No podíamos hacer frente a una cosa como ésa. Y ello me ha colocado en una posición endiablada. Yo he jugado muchas partidas, pero ésta posiblemente fue el riesgo más desesperado que haya corrido.

—¿Y por qué lo hizo usted?

—Porque creí que su declaración nos daría la clave que andamos buscando en ese caso de asesinato.

—¿Helen Hampton? ¿Y qué sabe ella sobre todo eso?

—Por la forma en que ella estaba hablando antes de producirse el fracaso —dijo Mason— yo creo que ella sabe muchísimo.

—¿Y usted quiere que yo crea que ocurriendo lo que usted dice no esperó hasta sacarle la última palabra?

—Oh, nosotros esperamos tanto como nos fue posible arriesgarnos —dijo Mason—. Pero al final ella se estaba durmiendo profundamente. Yo creo que le aplicamos una dosis demasiado fuerte. Sin embargo, conseguí una clave con la cual puedo trabajar, si me es posible liberarme de la intromisión de la policía por ahora.

Celinda Gilson lo miró pensativamente.

—Pero usted no puede permanecer aquí.

—Sea usted generosa —dijo Mason—. Podría ocultarme aquí.

—¿Quiere usted decir, estar aquí *permanentemente*?

—No, sólo hasta que este asunto se aplaque. Hasta que yo pueda...

—Vamos, que usted está más loco que...

—Después de todo —interrumpió Mason— usted tiene cierto interés en esto.

—¿Que yo tengo cierto interés en qué...? Diga, ¿qué es lo que usted está tratando de hacer? ¿Qué clase de cuento se trae usted?

Mason se limitó a sonreír y a lanzar al espacio el humo de su cigarrillo.

De repente ella dijo:

—Escuche, hay alguien que va a venir aquí. Y yo tendré que despacharlo.

La muchacha se dirigió hacia el teléfono.

Mason la agarró de la muñeca.

—Déjeme usted —dijo ella forcejeando por desprenderse—. Yo gritaré, llamaré a la policía...

—Eso es exactamente lo que está usted tratando de hacer ahora —le dijo Mason—. Si usted se acerca a ese teléfono, llamará a la policía y...

—No, no. Juro que no lo haré. Honradamente se lo digo. En realidad puedo prestarle una ayuda. Es posible que pueda dejarlo permanecer aquí por ahora, pero no puedo dejar que esta otra persona se entere de que está usted en mi departamento. Yo...

—Pero no hable por teléfono —dijo Mason—. Salga a su encuentro a la puerta y dígame que usted está ocupada.

—Él le partirá a usted el corazón.

—¿Tanto como eso?

—Tanto como eso.

—Bien, yo observaré el número que usted marca. Y si usted llama a la policía, arrancaré el teléfono.

—Eso es justo, eso es justo —dijo ella.

La muchacha se dirigió al teléfono seguida por Mason. Cuando estaban a medio camino, ella se detuvo y dijo pensativamente:

—Dígame, todo eso me huele muy mal.

—¿El qué?

—Esa historia respecto a que usted le suministró a Helen una inyección de suero de la verdad. Usted no podía estar desesperado a ese extremo. Y ella no lo hubiera aceptado. Usted... Dígame, ¿cómo supo usted que el nombre de ella era Helen Hampton? ¿De quién eran las cartas que ha leído usted? Usted...

Se oyó un golpear de nudillos sobre la puerta.

Ella miró a Mason con la expresión de un animal apresado en una trampa.

Mason se puso en pie, cruzó el cuarto en dos rápidas zancadas y abrió la puerta de par en par.

Medford D. Carlin apareció en el umbral, con una sonrisa fatua en el rostro, que fulminantemente se convirtió en una expresión de extrema sorpresa cuando sus ojos parpadearon al reconocer al abogado.

Su mano derecha se dirigió rápida al bolsillo de la cadera del pantalón y Mason le descargó un golpe como un rayo en la punta de

la mandíbula.

Capítulo 21

Mason bajó la cama empotrada en la pared, le arrancó las sábanas, las rasgó en tiras y tranquilamente preparó una mordaza para el cuerpo inconsciente que había arrastrado al interior del departamento desde el pasillo. Después le ató las manos, los brazos y los pies con las tiras de las sábanas, teniendo luego máximo cuidado en asegurarse de que no había posibilidad de que se soltase y que el hombre quedaba amarrado con toda seguridad.

Celinda Gilson permanecía de pie en el rincón más alejado del departamento mordiéndose los nudillos. Por dos veces la muchacha empezó a hablar, pero ambas se detuvo antes de decir una sola palabra.

Mason se levantó del piso alfombrado limpiándose el polvo de las rodillas de sus pantalones.

—¿Y adonde cree usted que todo esto va a conducirlo? —preguntó ella.

Mason sonrió entre dientes.

—¿Cómo puedo saberlo yo? Puedo ganar un caso de asesinato.

—No sea usted tonto. Esto no tiene nada que ver con el caso de asesinato. La perra de la mujer de Fargo fue quien lo mató y usted lo sabe.

Mason miró contemplativamente a la figura amarrada que comenzaba a moverse al recobrar el conocimiento.

—¿Y dónde encaja todo esto en el cuadro general?

—Ésto es otro cuadro por sí solo. O bien pudiera ser otro marco —replicó Mason pensativamente.

En el suelo, Carlin, que recobraba el conocimiento, lanzó un suave quejido que sonó como un ruido inarticulado detrás de la mordaza. Abrió los ojos, parpadeó un par de veces y luego, de pronto, comenzó a debatirse.

Mason lo observó con un interés natural y desprendido hasta que vio que ninguno de los nudos se soltaba y entonces se volvió hacia Celinda Gilson.

—Desde luego —dijo el abogado— usted no debe esperar que Carlin se ponga de su parte. Él es inteligente. Él se ha dejado para sí mismo una puerta de escape en todo. Este Carlin es un tipo extraordinariamente agudo.

En el suelo, Carlin trató de hablar. Pero el resultado de ese intento fueron sólo unos sonidos inarticulados y tartamudeantes detrás de la mordaza.

Mason caminó hacia el teléfono, descolgó el receptor y marcó en el disco la llamada para el telefonista y después dijo:

—Póngame con la Jefatura de Policía, por favor.

Esto produjo el resultado decisivo.

Celinda estaba ya a su lado echándole los brazos al cuello.

—Por favor, señor Mason, por favor. Por amor de Dios. Concédale a una muchacha una oportunidad, ¿no puede usted? Usted...

—Póngase usted algunas ropas —le dijo Mason por encima del hombro—. Y mientras usted se viste, puede decidir si quiere o no hablar.

—Yo no he hecho nada, señor Mason. Solamente..., bien, una muchacha tiene que vivir.

—¿Y era esa una buena vida?

—No.

—Yo ya pensé que no —dijo Mason—. Usted es una muchacha de buen carácter y amistosa. Ellos la utilizaron a usted y probablemente sólo le dieron lo bastante para ir pasando.

—Creo que eso era todo lo que yo quería.

—Mejor será que se vista usted.

El cuerpo que estaba en el suelo lanzó tartamudeantes e inarticulados sonidos moviendo la cabeza violentamente de un lado a otro en ademán negativo.

—Él me matará si yo hablo —dijo ella.

—Seréne usted —le dijo Mason—. Precisamente ahora tiene usted una oportunidad. Él está amordazado y no puede hablar. Si usted les cuenta su historia primero, puede ser que el teniente Tragg se la crea.

—¿Quién es el teniente Tragg?

—Él de Homicidios. Usted habló con él el otro día.

—Yo le digo a usted que esto no tiene nada que ver con el asesinato.

—¿Con cuál? —preguntó Mason.

—¿Cómo?... Con el único, claro es.

De nuevo Carlin forzó las ataduras de las tiras de sábanas.

—No sea tonta —dijo Mason—. Hubo dos.

—¿Dos qué?

—Dos asesinatos.

—Ya sé, pero uno fue..., fue...

—¿Qué?

—Fargo —dijo ella.

—Naturalmente —dijo Mason.

—No, no. Yo quiero decir...

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, me parece.

—Mejor será que se ponga algunas ropas —dijo Mason.

La muchacha se dirigió hacia el ropero y de pronto se volvió y dijo:

—Muy bien, usted ganó. No se trataba de asesinatos. Era sólo un negocio de niños. Era una nueva modalidad de lo que antes se hacía.

Carlin, en el suelo, levantó sus piernas y golpeó con los tacones sobre el piso.

Mason se acercó a él y lo golpeó en las costillas con el tacón del zapato diciéndole:

—No interrumpa usted cuando está hablando una dama, Carlin. Le voy a arrancar el resuello si no es usted educado. Continúe, Celinda, ¿qué estaba usted diciendo?

—Que era una nueva versión en el viejo comercio de niños —dijo ella—. Carlin conseguía niños..., niños ilegítimos. Yo ni siquiera sé cómo conseguía sus fuentes de abastecimientos, pero él, al parecer, tenía buenas relaciones. Esperaba hasta que los nuevos padres estaban ya muy prendados del niño. Entonces les hacía llegar informes de que la verdadera madre estaba empleada en el «Ganso Dorado».

»Eso era todo lo que él tenía que hacer. Una vez que un

matrimonio ha adoptado un niño y le ha tomado verdadero cariño, sienten un deseo irresistible de echarle un vistazo a la madre verdadera, particularmente si ellos creen que pueden verla sin que ella se dé cuenta.

»Así, pues, la gente venía al «Ganso Dorado» y Carlin le daba el soplo a Pierre. Pierre manejaba las cosas con mucha suavidad. Hacía una señal imperceptible cuando circulaba por entre las mesas y poco después de eso Helen Hampton se acercaba al matrimonio a vender cigarros y cigarrillos. Entonces ella se echaba a llorar y derramaba abundante llanto, al propio tiempo que contaba su historia de que le habían robado su bebé y de que era japonesa.

—¿Qué grado de japonesa tiene ella en la sangre?

—No sea usted tonto. Ella no es más japonesa que usted. Pero tiene esos pómulos salientes peculiares y ojos negros y... el resto era solamente un hábil maquillaje. Si usted le echase a ella un vistazo bajo una luz brillante, vería que había hecho un excelente trabajo alargándose los ojos.

—¿Y después, qué? —preguntó Mason.

—Después les comunicaba a los tontos padres adoptivos información bastante para que comprendiesen que ellos habían recibido para adopción al niño supuestamente robado de Helen. Creían que los documentos de adopción eran, pues, ilegales, y de ahí en adelante ya no era más que un suave chantaje.

—¿Y en ninguna ocasión los padres adoptivos decidieron desprenderse del niño al enterarse de esa historia y de la ascendencia japonesa de aquél?

—Solamente una vez, que yo sepa. Sabe usted, era una historia cuidadosamente inventada. El niño no tenía más que una fracción ínfima de sangre japonesa. Nadie se hubiera enterado de ello ni precisaba saberlo. El esquema era a prueba de bala. Los nuevos padres no podían acudir a los Tribunales contra la persona que ellos pensaban que era la verdadera madre, porque entonces el porvenir del niño quedaría destruido para siempre. Por la forma en que los nuevos padres enfocaban todo esto, Helen declararía de manera que revelaría que el niño era en parte japonés, y después de esto ya sabe usted lo que resultaría de ello. La gente no querría que sus hijos se casasen con una muchacha que era en parte asiática y las muchachas de las buenas familias no querían casarse con un niño

que tuviese una mezcla similar de sangre en sus venas. Y todo era manejado con tanta habilidad, que nunca nadie sospechó que era un chantaje.

—Pero ¿y los padres adoptivos pagaban dinero?

—Claro que pagaban dinero..., pero la mayor parte de él venía después.

—Usted dice que ellos dieron un patinazo una vez. ¿Qué ocurrió entonces?

—Pues que se equivocaron con el hombre. Hace cuatro años, Carlin trató de jugarle una partida así a los Fargo.

—¿A los Fargo?

—Sí. El hijo de los Fargo es adoptivo. Y hace tres años ellos trataron de chantajear a Fargo, pero él fue más inteligente. En lugar de avisar a la policía, Fargo obligó a Carlin a aceptarlo en la sociedad y desde entonces han trabajado siempre juntos.

»Fargo, fingiéndose ser un detective privado disfrazado de agente de compraventa de casas, empezaba a merodear en torno a las casas de los que habían adoptado niños y a hacer preguntas sobre éstos, y entonces los padres se convencían de que la madre sabía que ellos tenían a su hijo. A partir de ahí, Fargo y Carlin se entrevistaban con los padres y les sacaban todo el dinero que podían, la mayor parte del cual iba a parar a abogados y detectives ficticios que, según creían los padres adoptivos, estaban trabajando para ellos.

—¿Y la señora Fargo?

—Ella no sabe nada de todo esto. Cuando Fargo descubrió en qué consistía el juego, se quedó callado y no le dijo nada a ella. Ella todavía cree que el niño tiene sangre japonesa. Ésa es una de las ataduras que él tenía sobre ella.

—Ah, entonces es eso —explotó Mason—. Ésa es la causa de que ella no quisiese hablar. Pero ella debía de saber ya que Fargo andaba mezclado con Carlin.

Celinda se encogió de hombros.

—Yo creo que ella sabía que él andaba en algún negocio sucio, pero ignoraba de qué se trataba. —La muchacha entornó los ojos y añadió—: O quizá ella lo averiguó. Y ahora, si usted anda en busca de un estupendo motivo para que Myrt matase a su esposo...

—No lo estoy buscando —dijo Mason con una mueca—. ¿Era

usted en realidad la amante de Fargo, o solamente una cómplice en ese negocio?

—Yo comencé siendo una cómplice —dijo ella—, y después..., oh, demonios, creo que soy una impulsadora del negocio.

—¿Y estaba usted en la casa de Fargo en la mañana del veintidós de setiembre?

—No sea tonto.

—¿No estaba usted en aquel dormitorio del piso de arriba que él no se atrevió a abrir cuando yo me hallaba en la casa?

—¿Está usted loco?

—¿Estaba usted allí o no?

—No —dijo ella—, y lo que es más, no quiero oír nada más por ese estilo. Yo no sé lo que usted está tratando de colgarme, pero no me gusta. Voy a ponerme algunas ropas.

Capítulo 22

El teniente Tragg dijo:

—¿Qué demonios ocurre aquí?

Mason señaló al hombre sujeto con ligaduras que estaba en el suelo y dijo:

—Otro cadáver.

—Sí, pero éste parece un cadáver viviente —dijo Tragg.

Mason se acercó y desató el pedazo de sabana que servía de mordaza al hombre.

Carlin escupió el trozo de tela que tenía en la boca y le dijo a Mason:

—Usted, hijo de una perra.

—¿Quién es? —preguntó Tragg.

—Nuestro estimado amigo el señor Medford D. Carlin —dijo Mason.

—Y ahora supongo que usted quiere que me manifieste sorprendido —dijo Tragg.

—¿Y no lo está usted?

Tragg se limitó a sonreír entre dientes. Después de un momento añadió:

—Bueno, he averiguado un montón de cosas sobre usted, señor Carlin, si usted es en efecto el señor Carlin.

—Tómele las huellas dactilares —sugirió Mason.

—Oh, muchísimas gracias —replicó Tragg a Mason con gran sarcasmo—. Jamás se me hubiera ocurrido pensar en eso si usted no me lo hubiera dicho.

—Ustedes no tienen nada contra mí. Yo tengo una ficha penal y eso es todo —dijo Carlin.

—Apostaría que en efecto tiene una ficha —dijo Tragg—, y ya que usted está dando explicaciones, ¿de quién era el cadáver

carbonizado tan convenientemente, descubierto en el dormitorio?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Pregúnteselo a Mason. Él parece ser quien organizó todo eso.

—Y esta muchacha, ¿qué intervención ha tenido en este asunto?

—preguntó Tragg señalando con el pulgar hacia Celinda Gilson.

—¿Qué intervención tuvo usted en esto, Celinda? —preguntó Mason a la muchacha.

—Yo no intervine en ello —replicó ella.

—¿Le gustaría a usted ir a dar un paseo? —le preguntó Mason.

—Vaya una manera que tiene usted de corresponder a mi hospitalidad.

—Sólo un paseo —le dijo Mason— nada más..., todavía nada más.

—No quiero que haya malentendidos, Mason. Yo soy quien dirige este asunto —dijo Tragg.

—Claro que es usted —le contestó Mason—, pero usted está ansioso de dejar en claro este caso, ¿verdad?

—Yo me voy a la Jefatura. Vamos a sacarle esas ligaduras a ese individuo y ponerle unas esposas. Mason, le tomaré a usted la palabra de que esto está bien. Me fiaré de usted hasta ese extremo, pero no pasaré de ahí.

—Vigílelo usted bien —le advirtió Mason—; sospecho que es capaz de desaparecer incluso a través de una ventana.

Tragg ajustó las esposas a las muñecas de Carlin y dijo como disculpándose:

—De ordinario no hago esto, pero le pongo las esposas en las muñecas por detrás de su espalda, en vista de lo que ha dicho Mason.

Carlin replicó:

—Seguro, deje que Mason hable y usted escuche. Y ya le pesará el haberlo hecho. ¿Por qué demonios cree todo cuanto él dice, por qué no me pregunta a mí lo que yo tengo que decir?

—Ya le pregunté a usted —dijo Tragg—. Pero no obtuve una respuesta satisfactoria.

—Porque Mason era el único que hablaba.

—Mason estaba dando información —dijo Tragg.

—Seguro —replicó Carlin sarcástico—. Mason está tratando de conseguir un ascenso para usted. Eso es todo lo que él piensa. La

cliente que lo contrató para salvarle a ella el pescuezo en un caso de asesinato, no significa nada para él. La única cosa que Mason quiere es que el buen viejo Tragg consiga que resuelva el caso, sin importar quién aparezca culpable.

—Continúe hablando —dijo Tragg.

—Mason me golpeó dejándome sin sentido, y me amarró y amordazó de forma que yo no pudiese decir una maldita palabra y después lo llamó a usted para que se encargase del trabajo. Eso le proporciona a él una magnífica oportunidad para atraerlo a usted a su lado.

—¿Y cuál es el lado de usted? —preguntó Tragg.

—Yo salí de mi casa para realizar un viaje de negocios..., era un asunto de minas. Alguien entró en mi casa tan pronto como yo me marché, le pegó fuego a aquélla y metieron allí, al parecer, un cadáver, de forma que pareciese que yo había muerto carbonizado. ¿Y qué cooperación me concedió la policía para averiguar lo que ha ocurrido? Ni la más mínima.

—Yo no lo he visto a usted en la Jefatura de Policía para pedir cualquier cooperación.

—Yo iba a ir allí tan pronto como averiguase lo que había ocurrido. Acabo de llegar de regreso a la ciudad.

—Y vino en seguida a visitar a su amiguita —dijo Tragg.

—¿Por qué demonios no tienen ustedes sentido común? —preguntó Carlin agresivo.

—Yo ya visto pantalones largos hace tiempo —le respondió Tragg—. Vamos, amiguito, vamos a ver algunos sitios. Y entonces podrá usted hablar.

—Quiero que me quite usted estas esposas —dijo Carlin.

—Estoy un poco sordo de ese oído —contestó Tragg empujándolo hacia el pasillo—. Tiene usted que hablarme del otro lado si quiere usted hacer peticiones.

—No se preocupe —dijo Carlin—. Me pondré del otro lado y seré el lado ciego de cuando lo haga.

Mason hizo un aparatoso ademán ofreciendo su brazo a Celinda Gilson.

La muchacha le dijo:

—No, gracias. Puedo arreglármelas muy bien sin la ayuda de usted.

—Sin duda alguna —murmuró Mason.

—Y eso a partir de ahora —añadió ella.

Entre todos llenaron el pequeño ascensor, bajaron al primer piso y Carlin, que caminaba torpemente con las manos esposadas a la espalda, fue ayudado por el teniente Tragg a descender la escalera hasta el coche policíaco que estaba esperando.

Tragg le dijo al agente policíaco que lo había llevado allí:

—Usted se sienta atrás, Joe. Yo conduciré. Y no pierda de vista a este pájaro. Dele un buen golpe con la matraca si trata de hacer algo.

—Usted habrá de sonrojarse por haber hecho todo esto —le advirtió Carlin—. Quíteme usted estas esposas. Si usted me lleva a la Jefatura en esta forma, mañana habrá perdido su cargo.

—Está usted nuevamente equivocado, Carlin. A mí me pagan los contribuyentes para llevar a la Jefatura de Policía a todos cuantos cadáveres vivientes encuentre por ahí. Oficialmente usted está muerto y, por lo tanto, eso lo convierte a usted en un elemento del mundo de los espíritus. Nosotros tenemos que tomar precauciones extraordinarias con las personas que han sido asesinadas y después resucitan. Ésta es la forma en que quiere que yo proceda el Departamento de Policía.

—Continúe usted haciéndose el gracioso —le dijo Carlin—. Cuando lleguemos a la Jefatura voy a hacer que resulte cubierto de ridículo y un tonto.

—Por favor, no lo haga. Si usted lo hace y me obliga a llorar, se me van a poner los ojos enrojecidos e irritados, y tengo que rodar mucho por ahí a gran velocidad.

Tragg comprobó que ya todos los pasajeros estaban sentados en el coche, encendió el faro rojo, puso a funcionar la sirena y comenzó a rodar con velocidad constantemente creciente, mientras la sirena gemía en los cruces, apartándose del tráfico muy denso y escogiendo con gran habilidad los espacios abiertos por los cuales le era posible introducir el veloz automóvil sin aminorar nunca la marcha y manteniendo ésta elevada.

—¿Podría yo sugerir una parada? —preguntó Mason.

—¿En dónde? —inquirió Tragg.

—En donde usted puede encontrar un testigo que...

—No deje usted que este sujeto lo esté embaucando —suplicó

Carlin—. Vaya usted a la Jefatura si así quiere y escuche mi historia, después de lo cual usted decidirá. Usted dejó a Perry Mason que empezase a ponerle velitas en su pastel de cumpleaños, pero resulta que no hay cumpleaños alguno que celebrar.

—La historia de usted está más llena de agujeros que un queso de Gruyere —replicó Tragg.

Carlin contestó:

—Usted seguramente piensa que voy a aceptar el decir todos los detalles delante de este portavoz.

Tragg le dirigió a Mason una mirada interrogativa y después, súbitamente, apagó la sirena y acortó la marcha del vehículo a una velocidad que era poco más que un plácido paseo.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó Mason.

—Cállese —dijo Tragg—. Es que quiero pensar.

—No comprendo por qué quiere usted molestarse en hacer eso ahora —interrumpió Carlin—. Usted lo ha dejado a él que pensase por usted hasta ahora. Entonces bien puede darle también a él su placa policíaca y...

—Cállese —le dijo Tragg—. Ya les he dicho a ustedes que quiero pensar.

El agente policíaco que iba en el asiento de atrás levantó la mano y aplicó el dedo pulgar sobre el centro nervioso donde la mandíbula de Carlin se juntaba con el pescuezo y ejerció una repentina presión.

—¡Ohhh! —gimió Carlin.

—El teniente quiere que se esté callado —le dijo el agente.

Tragg condujo despacio, teniendo cuidado de observar todas las ordenanzas del tráfico y llegando incluso, cuando así era necesario, a ceder el derecho de paso a otros coches en los cruces.

Por dos veces Carlin empezó a decir algo, pero cada una de ellas el agente que iba sentado atrás prontamente lo hizo callar.

Mason fumó un cigarrillo. Celinda Gilson permanecía sentada en el más absoluto silencio y con el rostro completamente inexpresivo. Un par de veces el teniente Tragg, mientras esperaba a que cambiase alguna señal luminosa del tráfico en una esquina, echó una mirada de reojo y pensativa a la muchacha.

Pero, por lo que a Celinda concernía, era algo así como si ni siquiera supiese que Tragg existía.

De pronto el teniente Tragg detuvo el coche y señaló a través de la calle hacia donde se hallaba un taxi amarillo parado junto a la acera.

—¿Ve usted eso, Mason? —preguntó Tragg.

—¿El qué?

—El taxi.

—Sí. ¿Y qué hay sobre eso?

Tragg sonrió.

—Usted es un hombre muy ocupado, Mason. Tiene usted muchos hierros al fuego y multitud de cosas que hacer. Y yo no quiero en forma alguna interrumpir sus actividades. Usted me ha dedicado ya demasiado tiempo. Usted ha sido mucho más que generoso. Y simplemente yo ya no puedo aceptar de usted más sacrificios.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Mason.

—Eso quiere decir que ese taxi lo llevará a usted de regreso a su oficina o adondequiera usted ir.

—Ahora ya empieza usted a mostrar algún sentido común —dijo Carlin—. Usted...

—Cállese —ordenó el agente aplicando mayor presión en el cuello de Carlin.

El detenido, después de lanzar una exclamación de dolor, se quedó en completo silencio.

—Usted desearía tener la respuesta en este caso, ¿no es así, Tragg? —dijo Mason.

—Ya la estoy consiguiendo.

Mason dijo:

—Supongamos que fue un caso de legítima defensa propia.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Supóngase que Fargo estaba asociado con Carlin. Supóngase que la señora Fargo lo averiguó. Supóngase que todo este asunto es un conflicto putrefacto. Supóngase que el marido de ella descubrió que lo sabía y trató de matarla.

—Por mí no tiene inconveniente el que así sea —dijo Tragg—, pero usted no podrá hacer prevalecer eso.

—Pues yo creo que eso es lo que ocurrió.

—Ésta es ya una hora muy avanzada para empezar a pensar así —dijo Tragg—. Usted no puede cambiar de caballos en medio de la

corriente.

—Pero yo no estoy en medio de la corriente.

—Quizá no —dijo Tragg—, pero está bastante metido dentro del agua.

—Este sujeto está loco —observó Carlin.

El agente que tenía sujeto a Carlin preguntó:

—Teniente, ¿quiere usted que hable éste?

—Ahora no —dijo Tragg—, Mason es un hombre muy ocupado. No tiene tiempo para escuchar la historia de Carlin. Es lamentable, pero Mason tiene muchas cosas que hacer y muchos sitios adonde ir. Nosotros no podemos retenerlo por más tiempo.

Mason dijo:

—Si yo consigo la respuesta, Tragg, y ésta resulta ser defensa propia, ¿se pondrá usted de mi parte?

—Yo no me pongo de parte de nadie en nada —dijo Tragg—. Todo eso queda para usted, el fiscal del Distrito y el juez. Yo me limito a obtener pruebas.

—Y si resultase ser verdad lo que yo digo, ¿no me pondrá usted obstáculos en mi camino?

—A mí me gusta siempre la verdad.

Mason dijo:

—Pues yo creo que ésta es la respuesta que encaja en todo el cuadro del hecho. Myrtle Fargo estaba tratando de proteger al chico. Ella descubrió que su esposo andaba mezclado en un negocio sucio. Ella trató de llevarlo todo a su manera. Quiso que Fargo se saliese de su vida y renunciase a todo derecho sobre el chico y después ella obtendría el divorcio basado en abandono o alguna...

Carlin interrumpió:

—Este individuo me da verdadero asco.

Tragg señaló hacia el taxi y dijo:

—Póngase en camino, Mason.

—¿Me manda usted marchar porque le doy asco a este preso? —preguntó Mason.

—No, es porque usted está hablando ya demasiado —dijo Tragg—. Ahórrese sus argumentos para contárselos al juez.

El agente que iba sentado atrás extendió el brazo y abrió la puerta del coche. Mason saltó al pavimento y la puerta volvió a cerrarse de un golpe.

Mason se quedó contemplando cómo el coche de la policía se alejaba velozmente, y después cruzó la calle hasta donde se hallaba el taxi amarillo, cuyo chófer había estado observando con curiosidad el auto policíaco.

Capítulo 23

Los periódicos de la mañana habían anunciado el descubrimiento de que el cadáver encontrado en la casa que ocupaba Medford D. Carlin no era el de Carlin, pero que ese cadáver permanecía por el momento sin identificar. Carlin, al cual se había encontrado vivo y sano, había declarado que se encontraba ausente en viaje de negocios inspeccionando sus intereses mineros en una lejana zona del Estado. Permanecía detenido por la policía para sufrir nuevos interrogatorios. Y según un rumor que circulaba entre los elementos de la Justicia, quizá el asunto del incendio provocado y el asesinato de Fargo no estaban por completo faltos de relación mutua.

Todo esto había provocado un repentino y creciente interés en el caso del Pueblo del Estado de California contra Myrtle Fargo, y Mason encontró la sala del Tribunal completamente llena de público cuando entró y se sentó para esperar que el alguacil trajese a la acusada.

Una matrona condujo a la señora Fargo hasta la puerta de la sala del Tribunal. Después un ayudante del sheriff la escoltó hasta la silla de los acusados.

Mason se inclinó adelante para una breve conferencia con ella, desarrollada entre susurros.

—Carlin está vivo —le dijo él.

—Eso me han dicho. —La voz de la mujer carecía de matices, de espíritu y no mostraba el menor interés.

Mason dijo:

—Usted me envió ese dinero.

—No.

—Usted mató a su esposo.

—No.

—¿Fue en defensa propia o fue quizá a causa de lo que usted había descubierto?

—No sé de lo que está usted hablando.

—Usted sabía que su esposo estaba mezclado en un negocio sucio con Medford Carlin.

—No.

—Usted está tratando de proteger a su hijo. Pero usted haría muchísimo mejor si...

—No, no, por favor, señor Mason. Yo ya se lo he dicho a usted todo.

Con toda intención ella se apartó del abogado.

El juez Keith penetró en la sala y llamó al público al orden, abriendo la sesión.

—Su Señoría —dijo Mason—: yo estaba interrogando a uno de los testigos de la acusación, la señora Newton Maynard. Desearía reanudar ese interrogatorio, particularmente en vista del hecho de que se han producido sorprendentes acontecimientos desde que esta audiencia quedó aplazada.

—Acontecimientos que, sin embargo, no tienen significación alguna en este caso —interpuso el fiscal del Distrito.

—Eso —señaló Mason— es lo que falta por ver.

—Que la señora Maynard comparezca de nuevo en el estrado de los testigos —ordenó el juez Keith.

La actitud de la señora Maynard había sufrido desde la víspera un extraordinario cambio. Estaba tímida, llena de cautela y precaución, igual que un hábil boxeador haciendo esgrima. Se sentó en el estrado de los testigos, colocó las puntas de los dedos sobre el parche que tenía en el ojo y luego volvióse para mirar a Perry Mason.

—Señora Maynard —dijo el defensor—, desearía saber un poco más respecto a la herida que sufrió usted en el ojo izquierdo.

—¿Y qué tiene eso que ver con el proceso? —preguntó ella.

—Oh, Su Señoría —intervino Hamilton Burger—, esto parece más bien trivial. Creo que ya se ha concordado por todas las partes a quienes concierne que esa herida se la produjo después del veintidós de setiembre. Ella tenía ambos ojos sanos en esa fecha y es por completo aparente que puede ver ahora con un solo ojo.

—Muchas personas que pueden ver con un ojo, en cambio no

pueden ver con dos —replicó Mason.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Burger.

—Quiero significar una falta de coordinación —dijo Mason—. Creo que ésa es una cuestión que puede ser demostrada por medio de la declaración de un técnico.

—¿Pero tiene eso alguna explicación en este caso? —preguntó el juez Keith.

—Creo que sí la tiene —respondió Mason—. Yo creo que Su Señoría se encontraría con el descubrimiento de que esta testigo es incapaz de ver con ambos ojos, aun cuando ella puede ver con uno. Pero para los fines del aspecto personal, ella naturalmente no quiere aparecer en público con un ojo completamente cubierto.

—Eso no es así —interpuso la señora Maynard—. Yo puedo ver perfectamente.

—Pues yo no creo que pueda —dijo Mason sonriendo confiado.

—Cómo que no. Ciertamente que puedo ver. Jamás he oído semejante cosa. Esta herida es la consecuencia de una infección. Y el doctor me ordenó llevar el ojo tapado.

—¿Qué doctor? —preguntó Mason.

—Un..., un doctor con quien consulté.

—Después de todo —dijo Burger— esto va demasiado lejos. Esto está completamente fuera de lugar.

El juez Keith miró a la testigo pensativamente.

—Pues estoy dispuesto a desafiar a la testigo —dijo Mason—. Me arriesgaré a afirmar que con ambos ojos abiertos y destapados ella no puede realizar la identificación de una persona a quien haya visto previamente y que se encuentra en esta sala. Y hago esto en forma de desafío a la acusación.

—Oh, eso es absurdo —dijo Burger.

—No me quitaré el vendaje —manifestó la señora Maynard.

—¿Ni siquiera por un breve intervalo? —preguntó sospechoso el juez Keith.

—Oh, no creo que eso pueda causar mal por un breve intervalo, pero es una tontería. Si yo puedo ver con un ojo, ¿por qué no podría entonces ver con los dos?

Hamilton Burger dijo:

—Su Señoría, esto me parece a mí que es sólo y simplemente un intento desesperado por parte de la defensa para tomar ventaja de

una situación desgraciada en la que la testigo se encuentra. Ésta sufre de una infección en un ojo que requiere un vendaje. Pero la cuestión fundamental es que ella estaba capacitada para ver claramente para poder viajar cuando fue en ése autobús y...

—Sí, para poder viajar —dijo Mason—, pero eso no significa necesariamente que pudiese también identificar a las personas.

—¿No? —preguntó sarcástico Hamilton Burger—. ¿No lo suficiente para ver a la persona que iba sentada exactamente a su lado en el autobús? No sea usted ridículo, señor Mason.

Mason sonrió, miró a su reloj y dijo:

—Después de todo, Su Señoría, hemos perdido varios minutos con esta objeción. Y todo lo que hubiera sido necesario era que la señora Maynard se quitara el vendaje por unos momentos y se le exigiese que identificara a una persona que se halla en la sala y que se levantaría a una señal dada.

—¿A una persona a quien ella conozca? —preguntó el juez Keith.

—Una persona a quien yo creo con gran seguridad que ella ha visto bajo circunstancias cuando menos similares a aquellas otras bajo las cuales asegura haber visto a la acusada en este caso.

—¿Hay alguna razón por la cual esa prueba no deba realizarse —preguntó el juez Keith— de forma que esta cuestión quede ya resuelta?

—Yo estoy perfectamente dispuesta —replicó la señora Maynard—. Si usted cree, señor Mason, que puede atraparme en esa forma, yo le daré a usted la mayor sorpresa de su vida. Yo puedo identificar a cualquiera a quien haya visto antes. Tengo una retentiva muy, muy buena para los rostros. Ésta es una cosa por la cual siento el mayor orgullo. Si yo he visto alguna vez a una persona, ya nunca más la olvido.

—Un momento —dijo Mason.

Le susurró unas palabras a Della Street, que se hallaba sentada en el exterior del recinto cerrado por una verja de nogal, inmediatamente detrás de la mesa del defensor.

Della Street asintió con la cabeza y se mezcló entre el público.

Mason dijo:

—Puedo asegurarle al Tribunal que no hago esta prueba en vano. Yo creo que la testigo es incapaz de ver con los dos ojos, aun

cuando sí puede ver con uno solo.

—Eso es completamente absurdo —replicó la señora Maynard—. Yo estoy completamente dispuesta a demostrar cuán absurdo es.

—¿Tiene usted la bondad entonces —preguntó Mason— de quitarse su vendaje?

Della Street, escurriéndose entre los espectadores cerca del medio de la sala, le pasó una nota al encargado del parque de estacionamiento, Percy R. Danvers, que se hallaba sentado en un banco.

En el estrado de los testigos la señora Maynard se hallaba manoseando con torpeza el vendaje que tenía sobre el ojo.

—¿Puedo ayudarla a usted? —preguntó Hamilton Burger inclinándose hacia ella solícito.

—Sí, por favor —dijo ella—, pero quiero conservar mis lentes puestos. Recuerde que soy tan ciega como un murciélago sin mis lentes. Ya se lo he dicho a ustedes. Quiero ponerme mis lentes y después podré ver perfectamente.

—Muy bien —dijo Burger—, tengamos ya prestos sus lentes, señora Maynard. Y ahora, que conste en acta que fue retirado el vendaje. Aquí están sus lentes, señora Maynard. Y que conste en acta que la testigo tiene ahora ajustados sus lentes. Y ahora, señor Mason, continúe usted.

Había una sonrisa de triunfal satisfacción en el rostro del fiscal del Distrito.

Mason asintió con la cabeza hacia la sala e hizo una seña.

Percy Danvers se puso en pie.

—¿Quién es esa persona? —preguntó Mason desafiante.

La señora Maynard dirigió su mirada intensamente a Danvers por un momento y dijo:

—No conozco su nombre, pero éste es el hombre que tiene el parque de estacionamiento junto a la estación de autobuses.

—¿Está usted segura? —preguntó Mason.

—Completamente segura —replicó ella.

—¿Lo ha visto usted allí?

—Sí.

—¿Y lo reconoce usted como una persona a quien vio en el parque de estacionamiento?

—Ciertamente, yo..., yo...

Su voz se arrastró bruscamente hasta morir en silencio.

—Continúe usted —dijo Mason.

—Yo cometí una ligera equivocación —dijo ella—. Quise decir que me lo habían señalado en el pasillo del Tribunal como uno de los testigos en este caso, que debería declarar que...

Mason dijo de pronto:

—Y ahora, Danvers, quiero hacerle a usted una pregunta que puede responder desde el mismo sitio donde se encuentra de pie. ¿No es acaso ésta la mujer que estacionó el automóvil en la mañana del veintidós de setiembre, y la misma persona también que le preguntó a usted respecto a tomar un taxi? Piénselo cuidadosamente y...

La señora Maynard interrumpió:

—Yo no hice semejante cosa. Yo no estaba allí. Nunca vi a este hombre antes de venir al Tribunal. Y él nunca me ha visto a mí. Yo...

—¿Entonces, por qué se da el caso de que usted acaba de decir que lo vio en el parque de estacionamiento? —preguntó Mason.

—Porque yo..., yo estaba confundida. Yo..., y además yo he estacionado mi coche allí en otras ocasiones. Yo lo he visto allí otras veces mucho antes del veintidós de setiembre.

Mason se volvió hacia Danvers preguntándole:

—¿Es ésta la mujer a quien vio usted?

—Caramba, no lo sé —tartamudeó Danvers—. Pero seguramente que lo parece.

—¿Podría ser? —preguntó Mason.

—Podría ser.

—Un momento —gritó Hamilton Burger—. Esto está saliéndose de todo control. El defensor está interrogando a dos testigos a la vez. Por este camino no vamos a ninguna parte. Estamos...

—Todo lo contrario —interrumpió Mason alzando su voz a toda potencia para ahogar la de Hamilton Burger—. Nosotros estamos llegando a la solución de este caso, Su Señoría; a la única solución que en realidad se ajusta a los hechos en este proceso.

El juez Keith golpeó con su mazo sobre la mesa presidencial.

—Procedamos ordenadamente. Nosotros...

La señora Maynard comenzó a ajustarse apresuradamente el vendaje sobre el ojo.

—Un momento —interrumpió Mason—, antes de que se ponga usted ese vendaje, señora Maynard. Se da la circunstancia de que tenemos aquí en la sala a un excelente oculista. ¿Quizás a usted no le importaría que el doctor Radcliff le examinase el ojo?

—No necesito que me lo examine ningún oculista.

—Es que yo no observé ninguna prueba de inflamación —dijo Mason.

—Ciertamente, Su Señoría, esto está al margen de la cuestión —dijo Hamilton Burger.

Mason rió.

—No, no lo está, Su Señoría. La testigo declaró bajo juramento que tenía una inflamación en el ojo derecho, una infección. Yo creo que la sala tiene una oportunidad para que sea examinado ese ojo y me consta que el doctor Radcliff ya lo hizo. Por ello creo que todo el mundo concordará en que ciertamente no hay prueba alguna de infección, no hay enrojecimiento, no hay inflamación ni...

—Es que ya pasó. Es que ya lo tengo mucho mejor —dijo la señora Maynard.

En el instante de silencio que siguió a lo anterior, Percy Danvers manifestó serenamente:

—Volviendo a pensar en ello, creo que ésta es la mujer.

Capítulo 24

Mason entrando en su despacho lanzó su sombrero en dirección al estante destinado a él en el ropero, tomó a Della Street por la cintura y alegremente comenzó a darle vueltas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Della Street.

—Bien —dijo Mason—. Finalmente conseguimos la historia completa y resulta tan simple que yo debiera haber sabido lo que era mucho más pronto de lo que lo hice.

—Pues para mí es tan clara como el agua enfangada —dijo Della Street.

—Pues aquí está lo que ocurrió —le dijo Mason—. Carlin, Fargo y Pierre Larue estaban enteramente lanzados en un negocio de chantaje con niños.

»Ellos utilizaban también a Helen Hampton para el golpe principal, pero el negocio era muchísimo más intrincado de lo que ella sabía. En efecto, comprendía el conseguir niños ilegítimos, entregarlos para ser adoptados mediante una fuerte cantidad y después, luego que los nuevos padres se habían encariñado con el niño, atraerlos al «Ganso Dorado» y dejar que Helen Hampton representase su parte. Entonces Helen recibía el soplo de Pierre. Después ella representaba su papel y alteraba la edad del niño y las circunstancias en su historia, conforme a la ocasión.

»Myrtle Fargo descubrió que su esposo estaba mezclado en algún negocio sucio con Carlin, pero nunca relacionó esto con el chantaje de que ella misma había sido víctima tres años antes. Hasta hoy mismo ella creía que su hijo adoptivo tenía sangre japonesa. ¡Y hable usted de razones supremas para que ella no me dijese la verdad...! Ella consiguió los recortes que demostraban la carrera de delincuencia de Helen Hampton, pero fue lo bastante tonta para creer que podía amedrentar a Carlin y hacer que éste excluyese de

la sociedad a su esposo... La pobre no tenía idea del alcance que el asunto presentaba.

—¿Y Carlin mató a Fargo? —preguntó Della Street.

—Ahí es donde la amante de Carlin entra en el cuadro —dijo Mason—. Pero con objeto de que comprendas eso, tienes que saber exactamente lo que ocurrió. La señora Fargo ha quedado exenta de toda culpa y sus andanzas completamente comprobadas. Y Helen Hampton ha confesado.

—Soy toda oídos.

—Myrtle Fargo estaba dispuesta a que se pusieran todas las cosas en claro —dijo Mason—. Ella no sabía en qué forma iba a hacerlo porque quería evitar el escándalo. Entonces, aquella noche en el «Ganso Dorado», la muchacha encargada del lavabo de señoras le dijo a Myrtle quién era yo. Inmediatamente Myrtle dio un pretexto y fue a su casa, tomó el dinero que había estado ahorrando y me lo envió junto con el recorte.

»Ese recorte era su mayor triunfo. Ella había abierto la caja de caudales de su esposo para conseguirlo y después se deslizó fuera de la casa. Habló con un hombre que tiene una pequeña tienda en la vecindad a quien ella conocía y, en el cual confiaba, encargándolo de entregar el sobre en el «Ganso Dorado», y después fue a la droguería para telefonarme.

»Fargo se había ido arriba a su cuarto diciendo que tenía un asunto de una venta de una finca muy importante que quería preparar, pero cuando su mujer no apareció, entró en sospechas, y descubrió que ella había abandonado la casa. Entonces hizo una comprobación en la caja de caudales. Su dinero estaba allí, pero las cosas estaban revueltas y descubrió que el recorte sobre Helen Hampton había desaparecido. Sospechó que quizás ella había ido a la droguería a telefonear..., pudiera ser que a su madre, quizás a la policía..., él no sabía a quién, pero se asustó. Ignoraba cuánto tiempo llevaba ausente y cuando la encontró en la droguería, creyó que él se le había adelantado antes de que ella hubiera tenido ocasión de hacer la llamada.

»Camino de su casa, se produjo una disputa entre ellos y Fargo notificó a Carlin que su mujer iba a causarles trastornos, y también notificó de lo mismo a Pierre.

»Entonces, me llegó a mí aquel paquete al «Ganso Dorado», y

Helen Hampton, al ver a Pierre conferenciando con nosotros, interpretó mal las señales, pues ellos habían estado esperando la llegada de los padres de uno de los niños adoptados que habían convenido en ir al «Ganso Dorado», y entonces Helen pensó que tú y yo éramos las nuevas víctimas.

—¡Qué intimidad tan deliciosa! —dijo Della Street.

—¿Verdad que sí? Bien, ya puedes imaginarte lo que ocurrió. Pierre se llevó a Helen Hampton de nuestra mesa tan pronto vio lo que estaba ocurriendo, pero no pasó mucho tiempo sin que averiguase que había sido ya demasiado tarde.

»Pierre nos concedió el crédito de ser capaces de sumar dos y dos y relacionarlo todo, tan pronto como se enteró de los hechos, y, por lo tanto, se escabulló del cabaret nocturno cuando le fue posible y corrió a la casa de Carlin. Pierre estaba lleno de pánico. Por eso quería que dividiese todo el dinero del negocio a partes iguales y huir rápidamente.

»Carlin, al contrario, estaba seguro que podría aplazar esto. Entonces Carlin y Pierre pelearon, y conforme Carlin cuenta ahora, golpeó a Pierre en la barbilla, aunque no muy fuerte. Pero evidentemente las arterias de Pierre no estaban muy sólidas, el golpe le produjo una hemorragia cerebral y Pierre murió.

—¿Quieres decir que Pierre ya estaba muerto cuando nosotros visitamos a Carlin? —preguntó Della.

—Quiero decir que ya estaba muerto y que el cadáver se hallaba tendido sobre la cama en un cuarto del piso superior, mientras Carlin preparaba café para nosotros y hablaba sobre las bellezas de la naturaleza.

Della Street se estremeció.

—Así, pues, Carlin comprendió que tenía que largarse de allí lo más pronto posible. Entonces le telefoneó a su amante, la señora Maynard, para que ésta fuese a reunirse con él, pero advirtiéndole que dejase su coche estacionado fuera de la vista de la casa. Luego procedió a preparar una bomba de relojería que incendiaría un depósito de gasolina y destruiría la casa.

»Recordarás que Pierre Larue era un suizo de anchas espaldas y de unos sesenta años, es decir, la misma edad aproximadamente de Carlin y con la misma corpulencia. Carlin estaba seguro de que el cadáver de Pierre sería encontrado y que naturalmente la policía

creería que Carlin había perecido en el incendio.

»Sin embargo, recuerda que Pierre no utilizaba lentes. Carlin no sólo los utilizaba sino que a causa de su peculiar anormalidad facial uno de sus oídos estaba media pulgada más alto que el otro. Se quitó sus propios lentes y se los puso a Pierre, esperando que aún después del incendio quedaría lo suficiente de aquéllos para que la policía los tomase como un elemento de identificación. Después, él y la señora Maynard se escurrieron fuera de la casa por la parte trasera antes de que el segundo ayudante de Paul llegase allí. Luego Carlin se ocultó en alguna parte.

»La señora Maynard tenía un par de lentes de Carlin desechados en su casa y tenía que apresurarse a conseguir unos nuevos.

—¿Y qué sobre Fargo?

—Fargo no quería saber nada con asesinatos —dijo Mason—. Él estaba dispuesto a participar en los chantajes, pero los crímenes le asustaban. Quería desentenderse de todo lo más rápido posible; su mujer se había marchado y no sabía qué era lo que aquélla iba a hacer, a causa de lo ocurrido la noche antes y a causa también de que por la mañana, antes de haberse ido, ella se había llevado los quinientos dólares de la caja. Así, pues, Carlin envió a la señora Maynard a casa de Fargo para convencerlo. La señora Maynard estaba en el cuarto de arriba cuando yo visité a Fargo. Después que yo me marché, ella y Fargo tuvieron un ajuste de cuentas. Ella lo apuñaló. Estaba desesperada. Fargo me había dicho a mí que su mujer había tomado el avión de las seis de la mañana para Sacramento, porque no quería que nadie supiese dónde verdaderamente estaba ella, pero le dijo a la señora Maynard la verdad..., que ella había tomado el autobús por la mañana. La señora Maynard se imaginó que personificando a la señora Fargo podía dejar una pista que haría aparecer que la señora Fargo había sido la autora del crimen y que había tratado de prepararse una coartada ficticia.

»En dos puntos estuvimos a punto de arruinar los planes de Carlin. La primera vez fue cuando nuestros detectives que estaban vigilando la casa hicieron sonar la alarma de incendios con tal prontitud, que los bomberos consiguieron extinguir el incendio antes de que las pruebas hubiesen desaparecido a causa del fuego. Y desde luego el hecho de que Carlin se lo había llevado todo de su

caja y dejado en ella sólo papeles quemados era la comprobación de todo ello. La segunda vez fue cuando nosotros situamos detectives en el autobús. Pero ocurrió que la suerte se puso de parte de los conspiradores por el hecho de que no había ningún otro pasajero que hubiese viajado todo el trayecto desde Los Ángeles para poder desmentir a los conspiradores y, por lo tanto, la señora Maynard pudo hacer válida su falsa declaración.

»Esto, desde luego, fue puramente cuestión de suerte, pero por otra parte el hecho de que nosotros enviáramos detectives al autobús, fue también una buena suerte. Si los planes de ellos hubieran salido adelante, nadie hubiera pensado en encontrar testigos hasta mucho después que los pasajeros se hubiesen esparcido a los cuatro vientos.

—Pero ¿cómo conseguiste atrapar a Carlin?

—Carlin —dijo Mason— se mantenía en contacto con Celinda Gilson, la ex esposa de Larue. Ella no sabía nada de los asesinatos, ni tampoco estaba complicada personalmente en los chantajes. Ella había andado un tanto en relaciones ocultas con Carlin también, pues no sabía que éste y la señora Maynard eran amantes. Cuando Carlin se ocultó después del incendio, Celinda pensó que él estaba tratando de ocultarse de una mujer y, por lo tanto, ella se prestó muy satisfecha a ayudarlo. Y cuando tú llamaste a Celinda y le dijiste que Helen Hampton estaba declarando, ella lo notificó inmediatamente a Carlin. Por lo tanto, Carlin acudió a toda prisa para averiguar lo que ocurría y entonces se tropezó conmigo. Si yo no lo hubiera golpeado primero, él hubiera sacado su revólver y disparado contra mí.

—¿Y cómo fue que supiste que la señora Maynard era la mujer que había tomado el autobús en Bakersfield? —preguntó Della.

—Eso era tan simple que ya debí de haberlo pensado mucho tiempo antes. Pero yo estaba cegado por la convicción de que Myrtle Fargo había matado a su esposo en defensa propia. En primer lugar, la señora Maynard era aproximadamente de la misma estatura, la misma complexión y la misma edad que Myrtle Fargo. Además de esto, ella misma insistía en que iban vestidas de forma muy parecida.

»La declaración del piloto sobre el hombre que había arreglado las cosas para contratar el avión y el detalle de los movimientos

incierto de ese hombre misterioso, hubieran sugerido ya a una persona que no podía ver bien y, por lo tanto, cabía relacionarla con el arreglo ordenado por la señora Maynard de unos lentes para un amigo. Y la descripción de esos lentes señalaba a Carlin..., especialmente cuando recordé que tenían una curvatura lateral para acomodarse a una persona con los ojos salientes. La mujer que tomó el autobús en Bakersfield llevaba puesto un velo, y cuando la señora Maynard compareció en la sala del Tribunal llevaba un ojo vendado en tal forma que las cintas del esparadrapo le tiraban de la piel de la frente de tal manera que esto le cambiaba la expresión en el otro ojo. Debí comprender entonces que ella estaba tratando de evitar el que la identificasen.

»Al hacerle creer que yo estaba haciendo cuestión de principio el que ella no podía ver con ambos ojos, conseguí que se quitase el vendaje, y al desafiarla a que reconociese al empleado del parque de estacionamiento, logré que se traicionase a sí misma y se delatase.

Los ojos de Della Street chispeaban cuando dijo:

—En verdad conseguiste un éxito con todo eso, jefe.

Mason hizo una pequeña mueca.

—Sí, tuve que utilizar una cierta cantidad de ingenio para sacar a mi cliente a flote, pero el utilizar el ingenio para sustituir con él la buena técnica policíaca es algo así como tratar de caminar sobre una cuerda floja por encima de las cataratas del Niágara, sin ir provisto de una pértiga para mantener el equilibrio. Indudablemente esto era cuestión de actividad, ingenio y suerte.

—No creo que la técnica policíaca haya hecho mucho en este caso —dijo Della Street.

Mason sonrió entre dientes.

—Después resultó que Tragg se las había arreglado para conseguir las huellas dactilares del cadáver encontrado en la casa de Carlin. Comparó esas huellas con los datos de los ficheros de la policía y comprobó que el muerto era realmente John Lansing, alias Pierre Larue, que había estado complicado con Helen Hampton en el primitivo negocio de chantaje.

—¿Y quieres decir que Tragg sabía todo eso —dijo Della Street — y, sin embargo, dejó que Myrtle Fargo corriese el riesgo de ser declarada convicta de asesinato?

—Lo que él no sabía era si el nombre de Medford D. Carlin era simplemente otro alias más de Larue. Además de eso, creyó que yo había abierto la caja de Fargo y extraído de ella documentos que yo temía que pudiesen comprometer a mi cliente. Por lo tanto, Tragg perdió gran cantidad de tiempo siguiendo una pista falsa.

—Pero tienes que confesar que abriste la caja.

—Bah —dijo Mason—. Tienes que utilizar razonamientos más cuidadosos. Yo solamente abrí la combinación.

—Perdóname —dijo Della Street presurosa.

—Caramba, cómo hubiera querido haber averiguado antes algo sobre aquellas huellas dactilares que Tragg había obtenido del muerto...

—Bueno, después de todo —le contestó Della Street—, tenías que hacer algo y trabajar duro para ganarte tus quinientos setenta dólares...